



**CLIVE  
CUSSLER**

**Incurción  
NOCTURNA**

Lectulandia

Dirk Pitt, el intrépido experto en rescates submarinos, afronta un nuevo y peligroso desafío. En esta ocasión, debe recuperar un antiguo documental vital para la buena marcha de las relaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Las dos únicas copias existentes de dicho documento se encuentran bajo el agua: una en el mar, a bordo de un transatlántico hundido; otra en el fondo del río Hudson, dentro de un tren descarrilado. Pero son muchos los intereses en juego, y Dirk deberá lidiar con un rival difícil de batir.

Lectulandia

Clive Cussler

# Incursión nocturna

(Dirk Pitt - 05)

ePUB v1.0

Nordal 08.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Night probe*  
Clive Cussler, 1981  
Traducción: Elvira Heredia  
Diseño/retoque portada: Nordal

Editor original: Nordal (v1.0)  
ePub base v2.0

Agradecimientos a  
Jerry Brown, Teresa Burkert, Charlie Davis,  
Derek & Susan Goodwin, Clyde Jones, Don Mercier,  
Valerie Pallai-Petty, Bill Shea y Ed Wardwell,  
que me mantuvieron en el camino.

# **PRÓLOGO:**

## **DÍA MORTAL**

*Mayo, 1914 - Norte del estado de Nueva York.*

Mientras el *Manhattan Limited* atravesaba la zona rural de Nueva York, el resplandor de los relámpagos presagiaba la inminente tormenta. El humo de la locomotora se elevaba hacia el cielo, salpicado de estrellas.

En el interior de la cabina, el maquinista sacó un Waltham de plata del bolsillo de su mono, abrió la tapa y contempló la esfera del reloj a la luz de la caldera. No era la tormenta lo que le preocupaba, sino el implacable y lento pasar del tiempo.

Tras dirigir su mirada hacia el lado derecho de la cabina, echó un vistazo a las traviesas de la línea férrea, sobre la que se deslizaban las ocho sólidas ruedas de su locomotora, una Consolidation modelo 280. Como un capitán de barco, conducía con orgullo desde hacía tres años las cien toneladas de hierro y acero de la locomotora, a la que llamaba cariñosamente *Gallopín Lena*.

Construida en 1911 por la Alco's Schenectady Work, estaba lacada en negro brillante con una franja roja horizontal, en la que destacaba el número 88 de color dorado.

El maquinista escuchó el familiar sonido de las ruedas de acero deslizándose por los raíles y el traqueteo de los siete vagones que arrastraba la locomotora.

En el vagón de cola, un coche Pullman privado de veintiún metros de longitud, viajaba Richard Essex. Demasiado cansado para dormir y agotado del tedioso trayecto, escribía una carta a su esposa en un intento de ocupar el tiempo. Empezó describiendo detalladamente la decoración del coche: el abigarrado mobiliario de nogal circasiano, las elegantes y doradas lámparas eléctricas, las lujosas sillas tapizadas de terciopelo rojo y las verdes palmeras, que conferían a la estancia un toque de exotismo. Su descripción era tan precisa, que incluso mencionó los espejos biselados y la exquisita cerámica que cubría el suelo del cuarto de baño.

Detrás de él, cinco oficiales de la armada, vestidos de paisano, jugaban a cartas. El humo de sus cigarrillos ascendía hasta el techo de artesonado, formando una espesa nube sobre sus cabezas. De vez en cuando, uno de los jugadores se volvía para escupir en las escupidoras doradas situadas a ambos lados de la mesa, dispuesta sobre una alfombra persa. Essex pensó que el lujo que rodeaba a aquellos hombres quizá era mayor del que jamás habían imaginado. De hecho, el alquiler de aquel vagón debía de costar al gobierno unos setenta y cinco dólares diarios, lo que sin duda constituía una cantidad desorbitada, teniendo en cuenta que su misión consistía tan sólo en custodiar un simple pedazo de papel.

Mientras firmaba la carta, Essex suspiró. Después la dobló con sumo cuidado y la introdujo en un sobre, que guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Incapaz de

conciliar el sueño, se sentó junto a la ventanilla y contempló el paisaje nocturno, al tiempo que escuchaba el silbato de la locomotora segundos antes de llegar al siguiente pueblo. Al cabo de unos minutos, se levantó y se encaminó al elegante salón, donde se sentó a una mesa, cubierta con un impecable mantel blanco y dispuesta con una fina cristalería de Bohemia y cubertería de plata. Tras comprobar la hora en su reloj de bolsillo, vio que faltaban unos minutos para las dos de la madrugada.

—¿Qué desea, señor Essex? —le preguntó un camarero negro que había entrado en el salón sin que él lo advirtiera.

Essex le miró y sonrió.

—Sé que es muy tarde, pero me preguntaba si sería posible tomar un ligero refrigerio.

—Será un placer servirle, señor. ¿Qué le apetece tomar?

—Algo que me ayude a conciliar el sueño.

El camarero esbozó una servicial sonrisa y dijo:

—¿Me permite que le sugiera una botella de Pommarad de Borgoña acompañada de una taza de caldo caliente?

—Gracias, magnífica sugerencia.

Al cabo de un rato, mientras degustaba el exquisito vino, Essex no pudo evitar preguntarse si Harvey Shields también estaría padeciendo una larga noche de insomnio.



## 2

De pronto, Harvey Shields tuvo la impresión de encontrarse en medio de una pesadilla. Su mente se negaba a aceptar cualquier otra explicación. Los chirridos del metal destrozado y los gritos de agonía y terror que escuchaba en la oscuridad de la noche eran demasiado aterradores para ser reales. Tratando de olvidar la infernal escena, se dio la vuelta en la litera de su camarote y cerró los ojos. Sin embargo, un intenso dolor despertó sus sentidos y, de inmediato, comprendió que no estaba soñando.

Luego, como si una presa cediera a la incontenible presión del agua, percibió un horrible estallido seguido de una ráfaga de viento, que sacudió sus entrañas e hizo que contuviera la respiración. Shields trató de abrir los ojos, pero sus párpados parecían sellados. Todavía no había advertido que su cabeza y su rostro estaban cubiertos de sangre. Su cuerpo, rígido y en tensión, adoptó una posición fetal, pegándose contra el frío metal de la pared. Un olor nauseabundo y un creciente dolor le condujeron a los límites de la conciencia.

Shields intentó mover las piernas y los brazos, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Un extraño y sobrecogedor silencio le invadió, siendo alterado tan sólo por el monótono chapoteo del agua. Luchando por recuperar la actividad motriz de su cuerpo, respiró hondo.

De repente, notó que recobraba la sensibilidad de uno de sus brazos y gimió al sentir una fuerte presión.

El dolor hizo que recobrar definitivamente la conciencia y, al abrir los ojos, contempló el lamentable estado en que se encontraba el camarote del lujoso trasatlántico canadiense que viajaba rumbo a Inglaterra.

El armario de nogal, la mesilla de noche y el escritorio habían desaparecido. Donde debía encontrarse el ojo de buey había un imponente boquete y, ante su mirada perpleja, sólo emergía una oscura niebla y las tenebrosas aguas del río St. Lawrence. Era como si se encontrara al borde del vacío. De pronto, levantó la mirada hacia el techo y sus ojos vieron un pálido resplandor. No estaba solo.

Entre los escombros del techo, atisbó la rubia cabellera de una muchacha, cuya cabeza parecía suspendida en un ángulo grotesco. La sangre brotaba abundantemente de sus labios, tiñendo de rojo los dorados rizos, que caían como una cascada.

Aquella visión hizo que, por un instante, ignorara el fuerte dolor que sentía. Hasta aquel momento el espectro de la muerte no había cruzado su mente, pero en el cadáver de aquella joven vio escrito su funesto destino.

Desesperado, Shields buscó con la mirada el maletín que había custodiado desde que embarcara en Canadá.

Había desaparecido entre los restos del naufragio. Al pensar en las terribles

consecuencias que la pérdida de aquel maletín suponía, empezó a sudar mientras luchaba por liberar su cuerpo del peso que lo inmovilizaba.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues había perdido por completo la sensibilidad de sus piernas, lo que con seguridad indicaba que su columna vertebral estaba rota.

Alrededor de Shields el colosal trasatlántico agonizaba mientras se hundía lentamente en las frías y profundas aguas del río St. Lawrence, cuyo lecho se convertiría desde aquel día en su eterna sepultura. Los pasajeros —algunos vestidos con traje de etiqueta y otros en pijama corrían despavoridos hacia las cubiertas del barco para saltar a los botes salvavidas o lanzarse al agua, agarrándose a cualquier resto flotante del naufragio. El pánico colectivo iba en aumento. Todos eran conscientes de que, en cuestión de minutos, el río engulliría para siempre al *Empress of Ireland*.

—¿Martha?

Al escuchar una voz desesperada procedente de los escombros del que había sido el pasillo contiguo a su camarote, Shields volvió la cabeza.

—¿Martha...?

—¡Aquí! —gritó Shields con todas sus fuerzas—. ¡Por favor, ayúdeme!

Sin obtener respuesta a sus súplicas, Shields suspiró, resignado. Sin embargo, al cabo de unos segundos, el rostro de un hombre con la barba cubierta de polvo apareció entre los escombros.

—¡Mi Martha...! ¿Ha visto a mi Martha? —repetía el hombre, desesperado.

—¿Una joven... rubia?

—Sí, sí —respondió con los ojos desorbitados—. Es mi hija...

Shields dirigió su mirada hacia el techo y balbuceó:

—Lo lamento, pero me temo que...

La tensión reprimida de aquel padre desesperado al contemplar el rostro inerte de su hija, sobrecogió a Shields.

—Una muerte rápida y sin dolor... —trató de consolarle.

El hombre, que parecía estar al borde de un ataque de nervios, cayó al suelo de rodillas y alzó sus manos hacia el techo como si tratara de acariciar por última vez la cara de su hija.

—Lo siento —musitó Shields.

De pronto, tras una terrible sacudida, el casco del barco se inclinó hacia estribor. Consciente de que su fin estaba próximo, Shields trató de persuadir al visitante de que buscara el maletín.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—Hemos colisionado —respondió con un hilo de voz—. Yo estaba en cubierta. Un barco emergió entre la espesa niebla y se abalanzó sobre nosotros... —El padre

miró a su hija y se echó a llorar. Con un nudo en la garganta y la voz entrecortada, balbuceó—: Martha me suplicó que la llevara a Londres. Su madre no quería, pero al final la convencí. ¡Dios mío, si hubiera sabido que... yo...!

—Es inútil lamentarse —trató de consolarle Shields—.

Ya no puede hacer nada por ella. ¡Luche por salvar su propia vida!

El hombre se volvió bruscamente y susurró con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Yo la he matado!

—¡Escúcheme! —exclamó Shields, consciente de que era su última oportunidad—. Sepultado bajo los escombros, hay un maletín con un importante documento que debe ser entregado al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres. ¡Por favor, búsquelo!

El nivel del agua estaba subiendo y el penetrante olor a petróleo y carbón se hacía insoportable. En el silencio de la noche, los gritos de cientos de almas clamando por sus vidas eran sobrecogedores.

—¡Por favor, haga lo que le pido! —suplicó Shields—.

Su hija ha muerto —insistió tratando de que el hombre reaccionara—. ¡Sálvese antes de que sea demasiado tarde!

Encuentre mi maletín y entréguelo al capitán. Él sabrá qué hacer con él.

Con voz temblorosa, el padre balbuceó como si pronunciara una oración:

—No puedo dejar sola a Martha... Tiene miedo a la oscuridad...

Sin duda la muerte de su hija había supuesto un duro golpe para aquel hombre, cuya mente parecía haber penetrado en las fauces del delirio y la locura.

Ante la imposibilidad de recuperar el maletín, Shields sintió que su frustración se desvanecía. La proximidad de la muerte había cobrado en él una dimensión inesperada y, por unos segundos, visionó con total claridad todos y cada uno de los episodios de su vida.

De pronto, una fuerte explosión sacudió de nuevo el casco del barco, que se precipitó bruscamente hacia estribor para hundirse por completo en las profundas aguas del St. Lawrence.

Desde el instante de la colisión hasta el momento en que el *Empress of Ireland* fue engullido por el río, sólo habían transcurrido veinte minutos. Eran exactamente las 2.10 de la madrugada.

Mientras su camarote se inundaba, Shields ni siquiera trató de luchar. Resignado, tomó aliento por última vez y abrió la boca para permitir que la muerte penetrara en sus pulmones. La sensación de ahogo y el sufrimiento fue breve. En cuestión de segundos, su mente se quedó totalmente en blanco. Después, todo fue oscuridad, una profunda y vacía oscuridad...

«Una noche infernal», pensó Sam Harding, jefe de estación de la New York & Quebec Northern Railroad, mientras, de pie en el andén de su estación, contemplaba los álamos mecidos por el intenso viento.

Aquellos días se vivía el final de una ola de calor que había azotado los estados de Nueva Inglaterra. El periódico local de Wacketshire había publicado en grandes titulares que se trataba del mes de mayo más caluroso desde 1880. No obstante, aquella tarde, poco antes de anochecer, los relámpagos serpenteaban amenazadoramente en el cielo y la temperatura descendió varios grados en menos de una hora. La humedad del ambiente era tan intensa que Harding, a pesar de tener la camisa empapada de sudor, sintió frío.

Mirando hacia el río, atisbó las pálidas luces de las barcazas, que se deslizaban por las tranquilas aguas. Una tras otra, vio cómo las pequeñas embarcaciones pasaban bajo los pilares del imponente puente.

La estación de Harding estaba situada en las afueras del pueblo, junto a un cruce de vías. Por el norte, la vía férrea principal conectaba la región con Albany, mientras que la vía secundaria pasaba por el puente de Deuville-Hudson, en dirección a Columbiaville, antes de desviarse al sur, camino de Nueva York.

Aunque aún no había empezado a llover, el olor a humedad impregnaba el ambiente. Harding se dirigió a la caballeriza, donde tenía aparcado su Ford T, cerró las ventanas y entró en la oficina de la estación.

Hiram Meechum, el telegrafista de la Western Union, estaba sentado frente al tablero de ajedrez, absorto en su pasatiempo favorito: jugar contra un colega a través de la línea telegráfica. El zumbido del viento contra los cristales y el sonido metálico del telégrafo componían una cadencia armónica en el silencio de la noche. Harding se acercó a la estufa de queroseno y cogió la cafetera para servirse una taza de café.

—¿Quién gana? —preguntó.

Meechum levantó la cabeza y respondió:

—Estoy jugando contra Standish, de Germantown.

Es un rival duro de pelar. —La llave del telégrafo emitió un sonido seco y Meechum movió una de las piezas—.

Reina a caballo cuatro —murmuró—. Este tipo sabe lo que hace...

Harding sacó el reloj de su bolsillo y, al mirar la hora, frunció el entrecejo con gesto pensativo.

—El *Manhattan Limited* lleva doce minutos de retraso.

—Quizá se debe a la tormenta —comentó Meechum, mientras comunicaba a su oponente el siguiente movimiento y apoyaba los pies en la mesa en espera de recibir la respuesta de Standish.

En el exterior, el viento soplaba con fuerza y las paredes de madera de la estación crujían. Harding sorbió su café e inconscientemente dirigió la mirada hacia el techo, preguntándose si el farol del tejado seguiría encendido. De pronto, sus pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre del teléfono.

—Será el jefe de estación de Albany comunicando que el *Limited* ya ha salido —predijo Meechum.

Harding descolgó el auricular.

—Aquí Wacketshire.

La voz del jefe de estación de Albany era casi inaudible debido a las interferencias causadas por la tormenta.

—¿El puente...? ¿Puedes ver el puente?

Harding volvió la cabeza en dirección a la ventana, pero en la oscuridad de la noche no pudo ver más que el final del andén.

—Está muy oscuro... No puedo verlo.

—¿Sigue ahí...?

—¿De qué estás hablando?

—¡Del maldito puente!

—Por supuesto que sigue ahí —respondió Harding con acritud—. ¿Qué diablos ocurre?

—El capitán de un remolcador acaba de enviar un mensaje desde Catskill —respondió el jefe de estación de Albany—. Ha informado de que una viga del puente se ha desprendido, destrozando una de sus barcasas. El jefe de estación de Columbiaville teme lo peor, porque el *Manhattan Limited* circula con retraso.

—Dile que se tranquilice. El *Limited* todavía no ha pasado por Wacketshire.

—¿Estás seguro?

—¡Maldita sea! —exclamó Harding, fuera de sus casillas—. ¿Acaso crees que soy tan estúpido como para no darme cuenta de si un tren pasa por mi estación?

—Gracias a Dios estamos a tiempo de evitar una gran tragedia. En el *Limited* viajan noventa pasajeros, sin contar con el personal del tren y un coche especial del gobierno en el que viaja un mandamás de Washington. Inspecciona el puente y haz señales al maquinista para que detenga el tren.

Harding se despidió de su colega y colgó el auricular. A continuación cogió una lámpara de señales, que colgaba de la pared, y comprobó si el depósito de queroseno estaba lleno. Meechum miró a su amigo con preocupación y preguntó:

—¿Tienes que hacer señales al *Limited*?

Harding asintió con la cabeza y respondió:

—Albany asegura que una viga se ha desprendido del puente. Quieren que compruebe su estado antes de que el tren lo cruce.

—¿Quieres que me encargue de las señales mientras inspeccionas el puente? —se

ofreció Meechum.

En aquel instante, el silbato de una locomotora se escuchó a lo lejos. Harding trató de calcular la distancia y exclamó:

—¡No tenemos tiempo! Será mejor que indique al maquinista que detenga el tren, de lo contrario...

De pronto, antes de que pudiera terminar la frase, la puerta se abrió de par en par y un extraño, de pie en el umbral, lanzó una mirada amenazadora a Harding. Se trataba de un tipo delgado y de baja estatura. Era rubio, llevaba bigote y cubría su cabeza con un sombrero panamá. Iba elegantemente vestido con un traje inglés de Weber & Heilbroner y camisa de seda; calzaba un par de pulcros zapatos de cuero. De no haber sido por la Mauser automática que empuñaba, Harding y Meechum hubieran pensado que se encontraban ante un caballero.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó Meechum con tono airado.

—Un atraco, caballeros —respondió el intruso, esbozando una sonrisa maliciosa—. Creo que es obvio.

—¿Está loco? —intervino Harding—. Aquí no encontrará nada de valor.

—Su estación tiene una caja fuerte —puntualizó el hombre, dirigiendo su mirada hacia un rincón de la oficina de Harding— Tengo entendido que las cajas fuertes suelen contener mercancías valiosas, como por ejemplo las nóminas del personal.

—Caballero, le recuerdo que asaltar una estación del ferrocarril constituye un delito federal. Además, Wacketshire es una comunidad agrícola. Así que le aseguro que no encontrará dinero en la caja fuerte. ¡Diablos, pero si ni siquiera tenemos banco! —dijo Harding.

—¡No estoy de humor para discutir acerca de la economía de Wacketshire! —exclamó el forajido, apuntando a Harding con su Mauser—. ¡Abra la caja fuerte! —ordenó a continuación.

En aquel momento volvió a escucharse el silbato del tren, pero esta vez mucho más cerca. Harding sabía por experiencia que el *Limited* se encontraba a tan sólo medio kilómetro de la estación.

—Está bien, haré lo que me ordena, pero antes tengo que salir al andén para indicar a ese tren que se detenga.

Sin pensarlo dos veces, el tipo apretó el gatillo de su arma y una bala atravesó el tablero de ajedrez, lanzando por los aires todas las piezas.

—¡Basta de estupideces! Le sugiero que obedezca de inmediato.

Harding miró fijamente al forajido y, con los ojos desorbitados, gritó:

—¿No lo entiende...? ¡El puente puede haberse desplomado!

—No se pase de listo, amigo.

—¡Se lo juro por Dios...!

—Está diciendo la verdad —intervino Meechum—. Acabamos de recibir un aviso

urgente de Albany. Tenemos que detener el tren antes de que sea demasiado tarde.

—¡Por favor, escúchenos! —suplicó Harding—. Si no lo hace, la muerte de cien personas recaerá sobre su conciencia. —Harding guardó silencio durante un instante.

Su rostro palideció al escuchar el sonido de la máquina de vapor acercándose a la estación. El *Manhattan Limited* se encontraba a menos de doscientos metros—. ¡Por el amor de Dios...!

Meechum saltó de la silla, arrebató de las manos de Harding la lámpara de queroseno y se encaminó hacia la puerta. En aquel momento, el tipo volvió a disparar y alcanzó a Meechum en la cadera. Lanzando un alarido de dolor, el telegrafista cayó al suelo y trató de arrastrarse hacia la puerta. Sin embargo, antes de llegar, su agresor le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su arma, dejándolo inconsciente.

—¡Abre esa maldita caja fuerte! —ordenó apuntando a Harding que, al ver la sangre de Meechum en el suelo, comprendió que aquel hombre estaba decidido a todo.

Mientras abría la caja fuerte, Harding volvió la cabeza hacia la ventana y contempló consternado las luces de los vagones pasando frente a la estación. En menos de un minuto el tren alcanzaría el puente y su fatal destino.

Tras escucharse un sonido metálico, Harding giró la manivela y abrió la portezuela de la caja fuerte. En el interior sólo había un par de paquetes, viejos libros de registro del jefe de estación y una caja de caudales.

—¡Dieciocho dólares y quince centavos! —exclamó el asaltante tras contar el dinero que había en la caja—. ¡Menuda mierda! Bueno, supongo que podré comer durante un par de días.

El tipo dobló los billetes, los guardó en un billetero de piel y metió las monedas en el bolsillo de su pantalón.

A continuación, con total indiferencia, lanzó la caja sobre el escritorio y, tras pasar junto a Meechum, que seguía inconsciente en el suelo, salió de la oficina y se alejó en la oscuridad de la noche.

Al cabo de unos segundos, Meechum recuperó momentáneamente el sentido y balbuceó:

—¡El tren...!

Harding se arrodilló junto al telegrafista y, tratando de contener la hemorragia con un pañuelo que sacó de su bolsillo, susurró:

—Estás perdiendo mucha sangre...

Apretando los dientes para soportar el dolor, Meechum miró a Harding y farfulló:

—Llama a la estación del este... para comprobar que el tren está a salvo.

Harding se incorporó y se dirigió al teléfono, descolgó el auricular y trató en vano de ponerse en contacto con la estación de Columbiaville. Tras cerrar los ojos y rogar

que alguien respondiera, volvió a intentarlo, pero la línea telefónica parecía cortada. Por fin decidió llamar a la estación de Albany, pero obtuvo la misma respuesta...

—Nadie contesta —dijo desesperado—. La maldita tormenta debe de haber inutilizado las líneas.

De pronto, el telégrafo empezó a emitir un mensaje.

—El telégrafo todavía funciona —murmuró Meechum—. Es Standish...

El telegrafista se arrastró hasta la mesa. Luego, incorporándose con dificultad, envió un mensaje de emergencia. Aterrorizados, los dos hombres se miraron mutuamente. El alba empezaba a despuntar y una ráfaga de viento abrió la puerta de par en par, lanzando por los aires los papeles que había sobre la mesa.

—Telegrafiaré a la estación de Albany —dijo Meechum—. Corre hacia el puente, Harding.

Como si se encontrara sumido en una terrible pesadilla, el jefe de estación salió a toda prisa de su oficina, saltó a la vía y corrió hacia el puente. Al llegar, preso de una sensación de impotencia, se dejó caer de rodillas.

Horrorizado, descubrió que el puente se había desplomado. Sin duda el *Manhattan Limited* y sus cien pasajeros se encontraban en las profundidades del río Hudson.

—¡Muertos...! —exclamó fuera de sí—. ¡Todos muertos por dieciocho malditos dólares y quince centavos!



**PRIMERA PARTE:  
EL GARROTE DE ROUBAIX**

*Febrero, 1989 - Washington, D. C.*

No había nada de extraño en el hombre sentado en el asiento trasero de un vulgar Ford Sedan, que avanzaba lentamente por las calles de Washington. Para los transeúntes que en aquel momento cruzaban la calzada, tal vez se trataba de un simple vendedor de periódicos a quien su sobrino conducía de camino al trabajo. Sin embargo, nadie había advertido el distintivo de la Casa Blanca que figuraba en la matrícula del vehículo.

Alan Mercier era un hombre rollizo, casi calvo, y aunque las facciones joviales de su rostro recordaban al simpático Falstaff de Shakespeare, su mente era astuta y analítica. Lejos de cuidar su imagen, solía vestir despreocupadamente y siempre llevaba en el bolsillo superior de su chaqueta un pañuelo blanco de lino mal doblado.

Todas aquellas características hacían de él un blanco perfecto para los caricaturistas políticos, que solían ensañarse con lógico entusiasmo.

Pero Mercier no era un vendedor de periódicos.

Recientemente nombrado asesor de Seguridad Nacional del nuevo presidente del país, todavía se mantenía en el anonimato público. Era un hombre respetado en los círculos intelectuales y gozaba de una merecida reputación como analista de asuntos internacionales. No en vano, antes de que el presidente le eligiera, ejercía el cargo de director de la Comisión de Proyectos contra la Crisis Mundial.

Tras ajustarse las gafas estilo Ben Franklin en su prominente nariz, Mercier colocó sobre sus rodillas el ordenador portátil e introdujo una combinación de dígitos que le pondría en contacto, vía satélite, con su despacho en la Casa Blanca. Al cabo de unos segundos, el ordenador central —programado por sus ayudantes— cobró vida y empezó a procesar su programa de trabajo, que de inmediato apareció en la pantalla del monitor; en primer lugar la correspondencia, seguida de una serie de memorándums redactados por su equipo de consejeros; a continuación los informes diarios de varias agencias gubernamentales, de los jefes de grupo de su equipo y del director de la Central de Inteligencia. Tras estudiar los distintos datos, Mercier borró los contenidos de la unidad de memoria del microprocesador, excepto dos que llamaron poderosamente su atención.

Cuando el automóvil cruzó la puerta oeste de la Casa Blanca, releyó con cierta perplejidad los datos que había conservado en el ordenador.

En cuanto llegó a su despacho, Mercier se sentó a la mesa del escritorio y marcó el número privado del Departamento de Energía.

—Despacho del doctor Klein —contestó una voz masculina.

—Al habla Alan Mercier. ¿Está Ron localizable?

Tras una breve pausa, el doctor Ronald Klein, ministro de Energía, atendió la llamada.

—Buenos días, Alan. ¿Qué deseas?

—Me preguntaba si sería posible que hoy nos viéramos...

—Bueno, la verdad es que mi agenda está repleta —le interrumpió Klein.

—Se trata de un asunto importante. Elige tú mismo la hora, Ron.

Klein no soportaba las urgencias, pero el tono de voz empleado por Mercier le hizo comprender que el asesor de seguridad del presidente no aceptaría una negativa por respuesta. Así pues, tras consultar su agenda con su secretario, finalmente sugirió:

—Lo siento, pero sólo dispongo de media hora. ¿Qué te parece entre las dos y media y las tres?

—Perfecto —respondió Mercier—. Después de asistir al almuerzo previsto en el Pentágono, pasaré por tu despacho.

—¿Es realmente tan importante...?

—En breves palabras —replicó Mercier con tono circunspecto—, tras estropear el día al presidente, tengo previsto arruinar el tuyo.

Sentado al escritorio del Despacho Oval de la Casa Blanca, el presidente cerró los ojos tratando de evadir su mente unos minutos de la presión de la jornada. Para ser un hombre que había tomado posesión del cargo más alto de la nación hacía sólo unas semanas, parecía extremadamente abrumado. La reciente campaña electoral había sido larga y agotadora, y apenas había tenido tiempo de recuperarse.

Se trataba de un hombre de baja estatura, cabello castaño y plateadas canas poblando su sien. Desde el instante en que asumió la presidencia del país, la jovialidad que hasta entonces le había caracterizado se había transformado en solemnidad.

Tras percibir una fría brisa invernal filtrándose por el ventanal situado a su espalda, hizo girar su sillón hacia él, abrió los ojos y contempló el gélido paisaje urbano. En el exterior, el intenso tráfico avanzaba con dificultad por la calzada helada de Pennsylvania Avenue.

Echaba de menos el cálido clima de su Nuevo México natal y, por un instante, se imaginó caminando por las montañas de la Sangre de Cristo, próximas a Santa Fe.

Jamás había albergado intención alguna de convertirse en presidente de Estados Unidos. Al margen de la ambición ciega que caracteriza a la clase política, había ocupado un escaño en el Senado durante veinte años con total entrega y dedicación. Sin embargo, y a pesar de su sólida reputación, su nombre había pasado inadvertido durante aquel tiempo, hasta que finalmente el partido decidió nombrarle candidato presidencial. Contra todo pronóstico, resultó elegido por amplia mayoría, después de que un periodista político desvelara una serie de fraudulentos negocios en el pasado de su oponente.

—¿Señor presidente?

—¿Mmm...? —balbuceó al escuchar la voz de su secretario. —El señor Mercier aguarda para despachar con usted la cartera de seguridad.

—Hazle pasar.

Al cabo de un minuto, Mercier entró en el despacho, se sentó frente al presidente y le entregó un extenso dossier.

—¿Cómo se encuentra el mundo hoy? —preguntó esbozando una leve sonrisa.

—Lúgubre como siempre —replicó Mercier con acritud—. Mi equipo ha terminado el proyecto de reservas energéticas de la nación y, como podrá comprobar —dijo señalando con el dedo el dossier que acababa de entregarle—, las expectativas a corto plazo no son alentadoras.

—¡Qué novedad! —ironizó el presidente—. ¿Cuáles son las últimas previsiones al respecto?

—La CIA concede dos años a los países de Oriente Medio antes de que sus pozos petrolíferos se agoten.

Esto dejaría las reservas de petróleo mundiales conocidas por debajo del cincuenta por ciento de la demanda.

Los rusos están acumulando sus reducidas reservas y los recursos mineros mejicanos son inferiores a los previstos. En cuanto a nuestros depósitos petrolíferos...

—Ya he leído las estadísticas —le interrumpió el presidente—. La exploración realizada hace unos años dio con algunos pozos, ¿no es cierto?

Mercier echó un vistazo a los documentos que guardaba en una carpeta y replicó:

—Bueno, como sabrá, la radiación solar, la energía eólica y la automoción eléctrica son, por el momento, posibles alternativas al problema. Sin embargo, el nivel de desarrollo actual en que se hallan estas tecnologías es aproximadamente el mismo en que se encontraba la televisión durante la década de los cuarenta.

—Es lamentable que los programas de combustible sintético sean a tan largo plazo.

—Cierto. Serán necesarios cuatro años antes de que las nuevas refinerías alcancen un rendimiento óptimo.

Entretanto, el sector del transporte americano estará en apuros.

Ante el tono pesimista de Mercier, el presidente esbozó una leve sonrisa y replicó:

—No seas tan fatalista. Me resisto a creer que no haya un resquicio de esperanza en el horizonte.

—Es cierto, señor presidente. En realidad, la bahía de James es nuestra única esperanza...

—¿Te refieres al proyecto energético canadiense?

Mercier asintió con la cabeza y empezó a exponer algunos datos del proyecto:

—Dieciocho presas, doce centrales eléctricas, una plantilla laboral de diecinueve mil trabajadores y la recanalización de dos ríos de iguales dimensiones a las del Colorado. En definitiva, tal y como lo describe el gobierno canadiense, se trata del proyecto hidroeléctrico más complejo, ambicioso y caro de la historia de la humanidad.

—¿A cargo de quién corre semejante proeza?

—De la Quebec Hydro, la autoridad provincial en materia energética. Empezaron a trabajar en el proyecto en mil novecientos setenta y cuatro. La inversión de capital ha sido considerable, veintiséis billones de dólares, la mayoría procedentes de los bancos de Nueva York.

—¿En cuánto se estima la producción?

—En más de cien millones de kilovatios, el doble dentro de los próximos veinte años.

—¿Cuántos fluyen por nuestras fronteras?

—Los suficientes para iluminar quince estados.

Ante la respuesta de Mercier, el rostro del presidente se ensombreció.

—Depender de Quebec en materia de energía eléctrica no es lo mejor para nuestro país. Me sentiría mucho más seguro si la energía consumida procediera de las plantas nucleares nacionales.

Mercier movió la cabeza con gesto de resignación.

—Muy a nuestro pesar, señor presidente, hemos de admitir que el suministro de nuestras instalaciones nucleares es inferior en un tercio a la demanda de energía nacional.

—Como de costumbre, estamos hasta el cuello...

—balbuceó el presidente.

—Bueno, la situación se debe, en parte, a los aumentos constantes de los costes de construcción y los correspondientes gastos en mejoras de infraestructuras, así como al descenso gradual de la demanda de uranio. —Mercier se interrumpió por un instante y luego añadió—: Por no mencionar las movilizaciones de los grupos ecologistas...

El presidente permaneció en silencio con gesto pensativo.

—Nuestro error ha sido contar con reservas inagotables que en realidad no existían —prosiguió Mercier—.

Mientras nosotros consumíamos sin tener en cuenta la escasez de provisiones, nuestros vecinos del norte, más astutos y previsores, elaboraban un plan alternativo para solucionar el problema. Así pues, no nos queda más remedio que depender de ellos.

—¿A qué precio estamos pagando nuestro error?

—Por ahora, debemos sentirnos afortunados de que los canadienses mantengan

sus tarifas al mismo nivel de nuestras compañías eléctricas.

—Un rayo de esperanza...

—Así es, aunque sólo provisionalmente.

El presidente suspiró y miró a Mercier con evidente inquietud.

—Señor, ¿ha olvidado que Quebec tiene previsto celebrar un referéndum para decidir su independencia el próximo verano?

—En absoluto, pero si hasta el momento el primer ministro Sarveaux ha logrado detener a los grupos separatistas de Quebec, ¿no crees que volverá a lograrlo?

—No, señor. Nuestro servicio de inteligencia asegura que el ministro Guerrier, del Partido Quebequés, obtendrá los votos suficientes para consolidar la independencia de Quebec.

—Si se separan de Canadá, pagarán un precio muy alto —puntualizó el presidente—. Su economía es un auténtico caos.

—Al parecer, confían en que Estados Unidos apoye su gobierno.

—¿Qué ocurriría si no fuera así?

—Muy sencillo, aumentarían considerablemente las tarifas eléctricas o simplemente interrumpirían el suministro.

—Guerrier nunca hará semejante locura. Sabe que su país sería penalizado con sustanciosas sanciones económicas como represalia.

Mercier miró al presidente con acritud.

—Pasarían semanas, incluso meses, antes de que el gobierno quebequés recibiera las correspondientes sanciones. Mientras tanto, es obvio que nuestro sector industrial se paralizaría por falta de suministro eléctrico.

—Eres realmente pesimista...

—Eso sería sólo el principio del fin —prosiguió Mercier con tono apocalíptico y luego añadió—: Supongo que la SLQ debe de resultarle familiar, ¿me equivoco, señor?

La sola mención de aquellas siglas hizo que el rostro del presidente ensombreciera de inmediato. La denominada Sociedad Libre de Quebec era un movimiento terrorista clandestino, que contaba en su haber con la muerte de varios militares canadienses.

—Un informe reciente de la CIA ha descubierto la tendencia pro moscovita de dicha sociedad. Si la SLQ consiguiera hacerse con el control del gobierno de Quebec, asistiríamos al nacimiento de una segunda Cuba.

—¡Una segunda Cuba! —exclamó el gobernante con un hilo de voz.

—Así es, y con el poder suficiente para hacer que América se postrara a sus pies.

El presidente se levantó de su sillón, se encaminó lentamente hacia el ventanal y contempló los jardines cubiertos de nieve que rodeaban la Casa Blanca. Tras permanecer en silencio durante casi un minuto, finalmente dijo:

—No podemos ni debemos prestarnos a semejante juego con Quebec, especialmente durante los próximos meses. —Tras interrumpirse un instante, volvió la cabeza hacia Mercier y añadió—: Este país está hasta el cuello de deudas, Alan. Verás, entre tú y yo, dentro de unos años no tendremos otra alternativa que declarar la nación en bancarrota.

Mercier se incorporó en su asiento. Por un momento, la serenidad que le caracterizaba pareció desvanecerse.

—Lamentaría que ocurriera durante su administración, señor presidente.

Éste suspiró con resignación y dijo:

—Desde Franklin Roosevelt en adelante, todos y cada uno de los responsables ejecutivos de esta nación han jugado al ratón y al gato, cediendo a sus sucesores sus respectivos fracasos financieros. Pues bien, el juego se ha hecho insostenible y, al parecer, tendré que cargar con las consecuencias. Si los estados del nordeste se quedan sin suministro eléctrico durante veinte días o más, las repercusiones serán trágicas. El plazo que tenía previsto para el anuncio de la nueva deflación monetaria tendrá que ser drásticamente revisado. Necesito tiempo, Alan; tiempo para preparar a la población y al sector financiero para semejante recorte económico. De lo contrario, la reducción nos conducirá inevitablemente a un nuevo *crack* del veintinueve. Debemos evitar a toda costa que nuestras refinerías se detengan por falta de suministro energético extranjero.

—¿Cómo diablos evitaremos el posible boicot de Quebec? —inquirió Mercier, consciente del inminente peligro que se avecinaba.

—Lo ignoro, Alan. Lo único que puedo asegurarte es que nuestras posibilidades son limitadas.

—Cuando todo intento por salvar una economía que irremediablemente se hunde en el lodo fracasa, sólo restan dos alternativas —puntualizó Mercier con el rostro desenchajado—. En realidad, se trata de dos opciones tan antiguas como el tiempo... Una es rezar para que se produzca un milagro.

—¿Y la otra?

—Declarar la guerra al enemigo.

A las dos y media en punto de la tarde Mercier entro en el Forestal Building de Independence Avenue y tomo el ascensor hasta la séptima planta. Una vez allí y sin presentaciones protocolarias, fue conducido al despacho de Ronald Klein, secretario de Energía.

Sentado a una gran mesa repleta de documentos, Klein, un hombre de apariencia juvenil, largo cabello blanco y nariz aguileña, saltó de su asiento y se dirigió hacia la puerta para estrechar la mano de Mercier.

—¿De qué importante asunto tenemos que tratar con tanta urgencia, Alan? —preguntó Klein con tono jovial y desenfadado.

—Más que importante, diría que es inusual —puntualizó Mercier—. Ha llegado a mis manos una solicitud oficial del Departamento del Tesoro para invertir seiscientos ochenta millones de dólares, a cargo de los fondos federales, en el desarrollo de un zahorí.

—¿Un zahorí...? —inquirió el ministro sin dar crédito a sus oídos.

—Bueno, en realidad así es como los geólogos llaman a cualquier artilugio tecnológico destinado a la detección de minerales.

—Muy interesante... pero no veo qué relación tiene este asunto conmigo.

—Verás, la suma en cuestión fue destinada al Departamento de Energía hace tres años y, sin embargo, no existe documento alguno que acredite su inversión en ningún proyecto. En este sentido, creo que sería conveniente sugerir al personal a tu cargo que iniciara una investigación para, o bien justificar el desembolso, o dar con el paradero de dichos millones. Esto es Washington y, como sabrás, los políticos no podemos librarnos de los errores cometidos por nuestros antecesores. En otras palabras, Ron, si el anterior secretario de Energía gastó millones en la compra de un elefante blanco, será mejor que estés preparado por si alguno de nuestros queridos congresistas decide abrir una investigación.

—Agradezco tu sabio consejo, Alan —dijo Klein—.

Ordenaré a mi gente que ponga el ministerio patas arriba, te lo aseguro.

Mercier se levantó, estrechó la mano del ministro y exclamó:

—¡Buena suerte!

Poco después de que Mercier abandonara el despacho ministerial, Klein se acomodó en su sillón con gesto pensativo.

—¡Increíble...! —murmuró—. ¿Cómo es posible que alguien pueda perder el rastro de seiscientos ochenta millones de dólares?



La sala del generador del proyecto hidroeléctrico de la bahía de James aturdió los sentidos de Charles Sarveaux durante su visita a la colosal central eléctrica. Ocupando una extensión de cinco hectáreas y a doce metros de profundidad, la nueva central contaba con tres filas de colosales generadores, impulsados por turbinas de agua, que convertían la energía hidráulica en millones de kilovatios de electricidad por segundo. Sarveaux parecía realmente impresionado, lo que comunicó de inmediato a los directores de la Quebec Hydro Power.

Aquella era su primera visita a la central desde su elección como primer ministro de Canadá.

—¿Cuánta energía produce cada generador? —preguntó Sarveaux con evidente interés.

Percival Stuckey, el director jefe, respondió de inmediato:

—Quinientos mil kilovatios, primer ministro.

Sarveaux asintió con la *cabeza*, y esbozó una sonrisa de aprobación, un gesto estudiado que sin duda le había sido de gran utilidad durante la campaña electoral.

Atractivo y carismático, Sarveaux hubiera vencido no sólo a John F. Kennedy, sino también a Anthony Edén, de haber competido con ellos. Sus claros ojos azules conferían a su mirada un halo cautivador y las angulosas facciones de su rostro, así como su canoso cabello, peinado con un cuidado estilo desenfadado, hacían de él un hombre extremadamente interesante. De estatura media, su compleción era el sueño de todo sastre, aunque prefería comprar personalmente sus trajes en los grandes almacenes.

Candidato comprometido entre los liberales, a caballo entre el Partido Independentista Canadiense y el francófono Partido Quebequés, Sarveaux había caminado por la cuerda floja durante sus tres primeros años de mandato. Se consideraba a sí mismo un segundo Lincoln, dispuesto a luchar para preservar la unidad de su nación y mantenerla a flote. Sólo la amenaza de la fuerza mantenía a los separatistas radicales controlados. Sin embargo, su constante insistencia en fomentar un gobierno central estable había caído en un mar de indiferencia.

—Quizá le gustaría visitar el control central de la planta —sugirió Stuckey.

Sarveaux miró a su secretario y preguntó:

—¿Cómo andamos de tiempo?

Ian Jeffrey, hombre de una seriedad y eficiencia encomiables a pesar de su juventud, comprobó la hora en su reloj.

—No tenemos mucho tiempo, primer ministro. Deberíamos estar en el aeropuerto dentro de treinta minutos.

—No obstante, creo que podríamos encontrar un hueco en nuestra agenda —

replicó Sarveaux, esbozando una sonrisa—. Ya que estamos aquí, sería una lástima desaprovechar la ocasión de ver algo que, según los informes, es digno de admirar.

Stuckey asintió con la cabeza e hizo un gesto al primer ministro de que le siguiera a un ascensor. A diez plantas por encima de la sala del generador, Sarveaux y su séquito se detuvieron frente a una puerta en la que había una placa que rezaba: «ZONA RESERVADA AL PERSONAL CON TARJETA DE SEGURIDAD.» Stuckey sacó una tarjeta plastificada, que llevaba colgada del cuello, y la introdujo en una ranura situada encima del pomo de la puerta. A continuación, se volvió y, dirigiéndose a los acompañantes de Sarveaux, dijo:

—Lo lamento, caballeros, pero debido al reducido espacio de la sala de control, sólo puedo autorizar la entrada del primer ministro.

Ante las protestas de sus guardaespaldas, Sarveaux les ordenó que guardaran silencio y, siguiendo los pasos de Stuckey, cruzó el umbral de la puerta y avanzó por un largo pasillo. Tras repetir la operación de identificación con su tarjeta, la puerta de acceso a la sala de control se abrió.

El centro de control de la central hidroeléctrica, además de reducido, era espartano. Sentados frente a una consola, cubierta por un enjambre de luces e interruptores, cuatro ingenieros supervisaban un panel de diales e indicadores que ocupaba la pared principal de la sala.

Excepto por una hilera de monitores de televisión que colgaban del techo, la reducida habitación sólo contaba con las cuatro sillas que ocupaban los técnicos.

—Parece increíble que tan formidable concentración de energía sea controlada sólo por cuatro hombres y un modesto sistema de equipamiento —comentó Sarveaux, tras echar un vistazo alrededor.

—En realidad, la central y las estaciones de transmisión funcionan gracias a los ordenadores instalados dos plantas más arriba —explicó Stuckey—. El proyecto está automatizado en un noventa y nueve por ciento. Lo que está viendo en este momento, señor Sarveaux, es el sistema manual que entraría inmediatamente en funcionamiento en caso de que los ordenadores fallaran.

—Celebro que el ser humano tenga cabida en tan sofisticado engranaje —ironizó Sarveaux.

—A pesar de los avances tecnológicos, todavía no estamos obsoletos —replicó Stuckey, esbozando una sonrisa—. Convendrá conmigo, señor, en que hay aspectos en los que la ciencia jamás podrá superar al hombre.

—¿Cuándo está previsto que esta riqueza energética empiece a ser canalizada?

—La central alcanzará su máxima operatividad en cuestión de días. En otras palabras, la bahía de James no tardará en iluminar toda la provincia de Ontario, Quebec y el nordeste de Estados Unidos.

De pronto, una inquietante idea cruzó la mente de Sarveaux.

—¿Qué ocurriría de surgir un fatal imprevisto?

—¿A qué se refiere, señor? —inquirió Stuckey, sorprendido ante la inesperada pregunta del primer ministro.

—A una avería, un sabotaje...

—Para su tranquilidad, señor Sarveaux, ha de saber que, salvo un terremoto, nada podría poner la central fuera de servicio. Tenemos previsto que cualquier incidente aislado o avería sea automáticamente solventado por dos sistemas alternativos de seguridad. No obstante, si éstos fallaran, contamos con el control manual de los ingenieros encargados de esta sala.

—¿Han tomado medidas antiterroristas?

—Por supuesto, señor —respondió Stuckey sin dilación—. Nuestro sistema electrónico de seguridad es una maravilla de la más avanzada tecnología, pero además disponemos de quinientos guardias para reforzarlo. Le aseguro que ni una división de tropas de asalto podría hacerse con el control de esta sala en menos de dos meses.

—En el caso de que lo logaran, ¿es posible que alguien pudiera paralizar la central?

—Además de imposible, sería inviable para una sola persona —repuso Stuckey con absoluto convencimiento—.

Para cortar el suministro de la central es necesario que cada uno de los ingenieros aquí presentes, y por supuesto yo mismo, introduzcamos en el monitor nuestras respectivas claves. Ni que decir tiene que ninguno de nosotros conoce el código del otro. Puede estar tranquilo, señor, hemos previsto todas y cada una de las posibilidades.

Las explicaciones de Stuckey no sirvieron para tranquilizar a Sarveaux. A pesar de ello, asintió con la cabeza y, estrechando su mano, se despidió:

—Ha sido una visita muy interesante. Gracias por el interés que me han dispensado.

Foss Gly había sido extremadamente meticuloso al seleccionar los medios y el lugar para atentar contra la vida de Charles Sarveaux. Cualquier imprevisto, por remoto que fuera, había sido tenido en cuenta y contrarrestado de antemano. Había estudiado la trayectoria ascendente del avión, así como la velocidad. Gly había pasado horas comprobando todos los detalles de la conspiración, hasta asegurarse de que el plan era perfecto.

El lugar elegido era un campo de golf situado a un par de kilómetros al sudeste del aeropuerto de la bahía de James. En aquel punto, de acuerdo con sus cálculos, el avión gubernamental del primer ministro habría alcanzado una altitud de 50 metros y una velocidad de 300 kilómetros. Dos misiles Argo de fabricación británica, robados del arsenal militar de Val Jalbert, serían lanzados desde tierra contra el aparato.

Armados, los misiles pesaban trece kilos cada uno, aunque desmontados podían ser fácilmente camuflados en el interior de una mochila.

Para llevar a cabo su sofisticado plan, Gly contaba con cinco hombres, tres de ellos, ataviados con equipos de esquí, que aguardaban en el campo de golf y un cuarto, provisto de un radiotransmisor, que estaba situado en la terraza del edificio terminal del aeropuerto. Después de que los misiles impactaran en el blanco, el grupo de ataque tenía previsto esquiar tranquilamente hacia la casa club del campo de golf y emprender la retirada en un todoterreno, conducido por el quinto hombre que integraba el comando.

Gly dirigió sus prismáticos hacia el cielo, mientras sus colegas ensamblaban los misiles. Había empezado a nevar, reduciendo la visibilidad considerablemente.

Aunque la blanca cortina de nieve resultaría propicia para ocultar sus movimientos, les dejaría tan sólo unos segundos para apuntar y disparar a un objeto móvil durante el breve intervalo en que éste fuera visible.

Mientras Gly oteaba el horizonte, un jet de la British Airways sobrevoló la zona y aquél cronometró el tiempo que el avión empleaba antes de desaparecer entre las densas nubes.

«Apenas seis segundos. Mal asunto», pensó, consciente de que la posibilidad de que los dos misiles dieran en el blanco se había reducido a causa de la inoportuna inclemencia del tiempo.

Gly se sacudió la nieve que había caído sobre su espesa cabellera y bajó los prismáticos. Sus ojos marrones tenían un brillo especial y, a pesar de las rudas y marcadas facciones de su rostro, a primera vista resultaba un tipo normal y corriente. No obstante, había algo en su aspecto que paradójicamente le confería gran atractivo entre las mujeres: su peculiar nariz, larga y amorfa a consecuencia de numerosas y brutales peleas callejeras.

El pequeño radiotransmisor que llevaba en el bolsillo de su chaqueta emitió un leve pitido.

—Mensajero a Field Foreman.

—Recibido, mensajero —respondió Gly, tras presionar el botón de transmisión.

Claude Moran, un marxista de aspecto enfermizo que trabajaba de secretario del gobernador general, ajustó el auricular de su radio e informó a Gly de la situación que observaba desde el ventanal de la terraza principal del aeropuerto.

—Tengo el cargamento. ¿Estás preparado para recibirlo, Field Foreman?

—¿A qué hora saldrá? —preguntó Gly.

—El camión estará solo en breves minutos, tan pronto como los estibadores descarguen un cargamento procedente de Estados Unidos.

La inocente conversación que estaba teniendo lugar entre ambos hombres era una estratagema para evitar cualquier sospecha en caso de que alguien tuviera conectada

la misma frecuencia. Sin embargo, Gly comprendió de inmediato el doble significado de las palabras de Moran: el avión del primer ministro tenía prevista su salida inmediatamente después de un jet comercial de la American Airlines.

—Recibido, mensajero. En cuanto el camión abandone el muelle de carga, comunícamelo.

Gly no sentía una animadversión especial hacia Charles Sarveaux. Para él, el primer ministro no era más que un nombre publicado en los periódicos. De hecho, el cerebro gris de aquella conspiración contra el jefe de la nación ni siquiera era canadiense.

Gly había nacido en Flagstaff, Arizona, fruto de la unión fortuita entre un boxeador profesional y la joven hija de un sheriff local durante una noche de alcohol.

Había tenido una infancia terrible a causa de los malos tratos y las palizas que le propinaba su abuelo. No obstante, su instinto de supervivencia había hecho de él una persona fuerte, de carácter frío e impasible. Cuando consideró que había llegado el momento de vengar a su madre, Gly mató al sheriff y abandonó el estado. Después de aquel episodio, su vida se convirtió en una lucha continua por sobrevivir, liderando a un grupo de ladrones de automóviles en Los Ángeles o secuestrando camiones de gasolina en Texas. La lista de sus delitos era interminable.

Sin embargo, Gly no se consideraba un mero asesino a sueldo, sino un estratega del crimen organizado.

Era la clase de hombre a quien solicitaban sus servicios cuando todos los demás se negaban a afrontar un riesgo excesivo. Líder de especialistas, tenía una merecida reputación de fría y sanguinaria eficiencia.

En la terraza, Moran retiró su cara un par de centímetros del cristal del ventanal antes de que su aliento lo empañara. Por un momento, el avión de Sarveaux pareció desaparecer entre la densa nieve que caía sobre la pista de despegue.

—¿Field Foreman?

—Adelante, mensajero.

—Lo siento, pero me temo que va a resultar casi imposible determinar la hora exacta de la llegada de la carga.

—Entendido —respondió Gly—. Ponte en contacto conmigo después del almuerzo.

Sin acusar recibo de la consigna de Gly, Moran bajó por la escalera mecánica que conducía al vestíbulo principal, salió del aeropuerto y tomó un taxi. Una vez acomodado en el asiento trasero, encendió un cigarrillo y se preguntó qué alto cargo en el nuevo gobierno de Quebec podría solicitar como recompensa a sus servicios.

En el campo de golf, Gly se volvió hacia los hombres de su equipo encargados de disparar los misiles.

—El objetivo está a punto de despegar.

Transcurrieron casi cinco minutos antes de que Gly escuchara en la distancia el rugido de los motores del avión mientras avanzaba por la pista cubierta de nieve.

Sus ojos trataron de penetrar la blanca cortina en espera de vislumbrar el anagrama rojo y azul de las líneas aéreas americanas.

Sin embargo, cuando ya era demasiado tarde, cayó en la cuenta de que los aviones presidenciales tenían preferencia sobre los vuelos comerciales. De pronto, ante sus ojos apareció la familiar imagen de la hoja roja de arce canadiense.

—¡Es el avión de Sarveux! —gritó Gly—. ¡Disparad!

Los dos hombres activaron sus respectivos misiles en cuestión de segundos. El primero apuntó hacia el centro del avión, pero la trayectoria del misil se desvió y pasó rozando la cola del objetivo. El segundo hombre lanzó su proyectil con mayor acierto y la cabeza explosiva del mismo impactó en la parte posterior de la turbina de uno de los motores. Tumbados en el suelo, los hombres dirigieron su mirada hacia el cielo. Tras comprobar cómo el avión se perdía entre la densa cortina de nieve, escucharon una sorda explosión y, a continuación, el inconfundible estruendo de los motores renqueando. Sin perder tiempo, desmontaron las lanzaderas y se dirigieron esquiando hasta el aparcamiento. En cuestión de minutos, el todoterreno se internó en el denso tráfico que circulaba por la carretera de la bahía de James.

El motor se incendió, las palas de la turbina se desprendieron y chocaron contra el fuselaje del avión, destrozando el compresor y vertiendo chorros de combustible.

En el interior de la cabina sonó la alarma de incendio y el piloto, Ray Emmet, trató de reducir la velocidad y activó los extintores, mientras su copiloto, Jack May, echaba un vistazo a la lista de procedimientos de emergencia.

—Torre de la bahía de James, aquí *Canadá Uno*. Tenemos problemas y solicitamos permiso para regresar —dijo Emmet con sorprendente frialdad.

—¿Se trata de una emergencia? —preguntó rutinariamente el controlador aéreo.

—Afirmativo.

—Despejaremos la pista veinticuatro. ¿Cree que podrá aterrizar sin dificultades?

—Negativo, bahía de James —respondió Emmet—.

Tengo dos motores averiados, uno de ellos en llamas.

Sugiero preparen equipo de salvamento.

—El equipo está en su puesto y la pista despejada para su aterrizaje, *Canadá Uno*. ¡Buena suerte!

Consciente de que el piloto del *Canadá Uno* estaba sometido a una gran tensión, el controlador aéreo prefirió no distraer su concentración y guardó silencio.

Desde la torre de control del aeropuerto, salvo esperar el fatal desenlace, nada podía hacerse.

A consecuencia de la avería y del incendio en el motor, el avión fue perdiendo velocidad, por lo que Emmet aceleró para tratar de corregir el rumbo hacia un

amplio descampado. Afortunadamente la tormenta de nieve se suavizó, la visibilidad aumentó en un radio de tres kilómetros y el piloto pudo avistar los campos que se extendían bajo sus pies y la silueta de una carretera iluminada.

En la cabina de pasajeros, los dos efectivos de la Real Policía Montada de Canadá, que escoltaban al primer ministro las veinticuatro horas del día, reaccionaron de inmediato ante el repentino impacto del misil. Tras sujetar fuertemente a Sarveaux en su asiento con el cinturón de seguridad, apilaron cojines alrededor del cuerpo del político. En la zona delantera del avión, el grupo de secretarios y el habitual contingente de periodistas que solía acompañarle en sus desplazamientos oficiales, dirigieron sus miradas hacia la ventanilla, contemplando cómo el motor en llamas amenazaba con destrozar el ala del aparato.

Debido al impacto, el sistema hidráulico se había averiado y May desconectó el piloto automático. Él y Emmet lucharon por hacerse con el control del aparato, conscientes de que se encontraban cada vez más cerca del suelo. Sin embargo, a pesar de que aumentaron la potencia de los motores al máximo, eran incapaces de mantener el avión en el aire. Cuando el avión, en su inevitable descenso, se encontraba a seiscientos metros del suelo, Emmet decidió aguardar hasta el último momento para accionar el tren de aterrizaje, con la esperanza de mantener la velocidad.

Al sobrevolar los alrededores del aeropuerto, el avión había descendido a sesenta metros de altura y Emmet bajó el tren de aterrizaje. Desde el interior de la cabina, la franja de tres kilómetros de longitud de la pista de aterrizaje pareció ensancharse. En el momento en que las ruedas estaban a punto de contactar con el asfalto de la pista de aterrizaje, Emmet y May tiraron de la palanca de freno con todas sus fuerzas. En aquellas circunstancias, un aterrizaje suave hubiera sido un auténtico milagro. Al tomar tierra, el fuselaje del avión se estremeció y los neumáticos del tren de aterrizaje estallaron.

El motor izquierdo salió despedido de sus ejes y, en un imprevisible giro, impactó en el suelo y rebotó contra la parte interior del ala derecha, abriendo un boquete en el depósito de combustible exterior. Al instante, la gasolina ardió en una enorme bola de fuego, que envolvió en llamas la parte derecha del avión.

Ante el incontrolable incendio, Emmet reaccionó de inmediato desconectando los motores y tratando de mantener el equilibrio del aparato, que inevitablemente se inclinaba hacia la izquierda. Restos de caucho del tren de aterrizaje volaban frenéticamente por los aires. Una parte del ala incendiada salió despedida y cayó en medio de la pista.

Siguiendo la estela de humo que dejaba tras de sí el avión, que avanzaba a toda velocidad, los coches de bomberos, con las luces prioritarias rojas intermitentemente encendidas, hacían sonar sus sirenas. Envuelto en llamas, el fuselaje se desintegró, mientras el interior del aparato se convertía en un infierno dantesco. En cuestión de

segundos, los pasajeros morirían abrasados o asfixiados a causa de las llamas y el humo que desprendía el material aislante carbonizado. Uno de los policías logró abrir la puerta de emergencia, mientras otro desabrochaba bruscamente el cinturón de seguridad del primer ministro y le empujaba hacia la puerta. Ian Jeffrey, el secretario de Sarveaux, entró tambaleándose en la cabina de mando y gritó algo a los pilotos antes de caer de bruces al suelo. Sin embargo, su presencia pasó totalmente inadvertida a Emmet y May, que estaban demasiado ocupados tratando de mantener el rumbo del avión.

Los dos policías que custodiaban al primer ministro le empujaron hacia la escotilla situada en la parte posterior del avión. Al ver horrorizados que el fuselaje de la cola estaba a punto de ceder, cubrieron la cabeza de Sarveaux con una manta y lo lanzaron al exterior.

Aquella manta salvó la vida del primer ministro, pues amortiguó el golpe que éste recibió en la cabeza al caer en el duro asfalto. Tras levantarse, Sarveaux se tambaleó como un borracho; tenía el hombro dislocado y sufría múltiples quemaduras en el cuerpo.

Emmet y May, así como otros cuarenta y dos hombres y tres mujeres, murieron abrasados, víctimas de la inevitable explosión del avión. Los efectivos del cuerpo de bomberos trataron de extinguir el incendio, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Cuando el fuego remitió, hombres ataviados con trajes especiales iniciaron la búsqueda de los posibles supervivientes, hallando tan sólo los irreconocibles restos calcinados de los cuerpos.

Aturdido y horrorizado, Sarveaux levantó la cabeza y contempló el desastre. Al principio, los enfermeros no le reconocieron.

—¡Santo cielo! —exclamó uno de ellos, tras arrodillarse junto a él y contemplar su rostro—. ¡Es el primer ministro!

Sarveaux trató de responder, pero fue incapaz de balbucear palabra alguna. Consciente del estado en que se hallaba, cerró los ojos y se desmayó.



## 6

Ni el resplandor de los flashes ni los focos de las cámaras de televisión, impidieron que la atractiva Danielle Sarveaux se abriera paso entre los periodistas —agolpados en la entrada del hospital— con el habitual porte majestuoso que caracterizaba a la primera dama de Canadá.

Antes de cruzar el umbral de la puerta que conducía al vestíbulo, se detuvo con un gesto estudiado durante unos segundos. El carisma de Danielle Sarveaux era arrollador; poseía una indescriptible aura que las mujeres envidiaban e intimidaba a los hombres. Ante su presencia, incluso los más reputados estadistas se comportaban como inexpertos adolescentes.

Para los que la conocían, su porte altivo, su frialdad y autoestima resultaban sumamente irritantes. Sin embargo, para la gente corriente estas cualidades la habían convertido en un símbolo nacional, que demostraba al resto del mundo que Canadá estaba muy lejos de ser un provinciano país de leñadores.

Jamás descuidaba su aspecto... Ya fuera asistiendo a un acto social o corriendo junto a su marido accidentado, siempre iba elegantemente vestida.

En aquella ocasión lucía una falda beige de crepé con un sensual corte lateral y una americana de color gris. Su cabellera negra caía como una cascada sobre su hombro derecho.

Asediada por decenas de micrófonos, Danielle hizo caso omiso a las insistentes preguntas formuladas por los periodistas y avanzó con paso firme hacia el ascensor, mientras sus guardaespaldas trataban de abrirle paso. Al llegar a la cuarta planta, el doctor Ericsson, jefe médico, se acercó a ella y se presentó.

Sin atreverse a formular la aterradora pregunta, Danielle le miró con gesto de preocupación. Como si le hubiera leído el pensamiento, Ericsson sonrió profesionalmente.

—El estado de su marido es grave, aunque no crítico.

Sufre quemaduras en un cincuenta por ciento de su cuerpo, pero no se aprecian mayores complicaciones.

Los injertos de piel servirán para reparar el tejido dañado de sus manos. Considerando el grado y número de fracturas sufridas por el primer ministro, he de informarle de que el cirujano, asesorado por el equipo de especialistas en ortopedia, ha hecho una labor encomiable.

No obstante, su recuperación será lenta. Necesitará unos tres a cuatro meses.

Ante la evasiva mirada del médico al pronunciar su diagnóstico, Danielle preguntó:

—¿Puede prometerme que Charles volverá a ser el mismo de siempre transcurrido ese tiempo?

Acorralado, Ericsson no tuvo más remedio que hablar con sinceridad.

—Verá, debo confesar que el primer ministro padecerá una ligera pero irreversible cojera.

—Lo que en términos médicos debe calificarse de mal menor, ¿no es cierto? —inquirió Danielle con acritud.

—Así es, señora. El primer ministro es un hombre afortunado. Afortunadamente no presenta fracturas internas. Su cerebro y sus funciones vitales no han sido dañadas. Por lo que respecta a las heridas externas, no tardarán en cicatrizar. En el peor de los casos, tendrá que usar bastón, eso es todo.

Ericsson se sorprendió al advertir que Danielle esbozaba una cínica sonrisa.

—¡Charles con bastón! —exclamó con ironía—. ¡Dios mío, es para morirse de risa!

—Perdón, señora, pero... —balbuceó Ericsson sin entender el inesperado comentario de la primera dama.

«La maldita cojera le reportará veinte mil votos más en las próximas elecciones», pensó Danielle, pero de inmediato, haciendo gala de la capacidad camaleónica que la caracterizaba, cambió la expresión de su rostro por la de una desconsolada esposa.

—¿Puedo verle?

Ericsson asintió con la cabeza y señaló una de las puertas que se encontraban al final del pasillo.

—He de advertirle que todavía está sometido a los efectos de la anestesia, por lo que es posible que el primer ministro se exprese vagamente y con dificultad.

Dadas las circunstancias, aconsejaría que la visita fuera lo más breve posible. El personal de la planta ha habilitado la habitación contigua a la de su marido por si desea estar junto a él durante su recuperación.

—Se lo agradezco, doctor Ericsson, pero los consejeros de Charles creen que debo permanecer en la residencia oficial para atender los deberes presidenciales en su ausencia.

—Comprendo... —replicó al tiempo que abría la puerta y hacía un gesto a Danielle de que entrara en la habitación.

Junto a la cama del primer ministro había un par de médicos y un policía montado, que dieron un paso atrás al ver que Danielle se aproximaba.

El intenso olor aséptico que se respiraba en la habitación y la visión de las múltiples quemaduras sin vendar de Sarveaux, hicieron que Danielle sintiera náuseas.

Con los ojos entreabiertos, él la reconoció al instante y, esforzándose en sonreír, murmuró:

—Danielle, perdóname por no abrazarte.

Por primera vez veía a su marido desprovisto de la armadura de autosuficiencia y orgullo que le caracterizaban. En el pasado, jamás le había considerado una persona

vulnerable, y no podía creer que aquel cuerpo desvalido que yacía en la cama fuera el hombre vanidoso con el que había convivido durante diez años. El rostro pálido y desencajado por el dolor no era el que ella recordaba, sino el de un perfecto extraño.

Con cierto recelo, Danielle se acercó a él y le besó en ambas mejillas. Luego, retiró un mechón de cabello gris que caía sobre la frente de su marido y permaneció en silencio sin saber qué decir.

—Tu cumpleaños... —balbuceó Sarveaux—. Me olvidé del día de tu cumpleaños.

—Todavía faltan meses para mi cumpleaños, querido —replicó, confusa.

—No te he comprado ningún regalo —insistió él.

Danielle se volvió y miró al médico.

—Lo que dice no tiene sentido.

—Es el efecto de la anestesia —aclaró Ericsson.

—¡Gracias a Dios que he sido yo y no tú el que ha tenido el accidente! —musitó Sarveaux con un hilo de voz—. Ha sido culpa mía...

—¡Shhh...! No, no tienes la culpa de nada —le tranquilizó Danielle.

—El asfalto de la carretera estaba helado... y el parabrisas cubierto de nieve. No podía ver nada. Iba demasiado deprisa al tomar la curva y los frenos no respondieron. Perdí el control...

De pronto, Danielle cayó en la cuenta.

—Hace años tuvo un accidente de circulación —aclaró a Ericsson— en el que su madre murió.

—Es normal que desvaríe. A veces la anestesia hace que la mente del paciente retroceda en el tiempo.

—Charles —dijo ella—, será mejor que te tranquilices y descanses. Volveré mañana.

—¡No, no te vayas! —suplicó Sarveaux, y dirigiéndose a Ericsson añadió—: Quisiera estar a solas con Danielle.

Tengo que hablar con ella.

Ericsson guardó silencio durante un instante y se encogió de hombros.

—Si insiste... —dijo el médico y luego miró a Danielle—.

Tienen un par de minutos, señora.

Cuando el personal médico y el policía abandonaron la habitación, Sarveaux trató de decir algo, pero su cuerpo se convulsionó de dolor.

—¡Llamaré al médico! —exclamó ella, asustada.

—¡Espera...! —musitó entre dientes—. Tengo instrucciones que darte.

—Ahora no, querido. Será mejor que esperes a estar mejor...

—El proyecto de la bahía de James... —la interrumpió Sarveaux.

—Sí, Charles, el proyecto de la bahía de James —replicó Danielle, esbozando una

sonrisa.

—El control de la sala del generador... Tenemos que reforzar el sistema de seguridad. Díselo a Henri.

—¿A quién?

—A Henri Villon. Él sabrá qué hacer.

—Te lo prometo, Charles.

—Canadá corre un gran peligro si alguien contrario a nuestra política descubriera... —Sarveaux se interrumpió.

Con el rostro desencajado, ladeó la cabeza y emitió un leve e intenso quejido de dolor.

Danielle no era lo bastante fuerte como para verle sufrir de aquella forma. Tras retroceder un paso, se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

—Max Roubaix... —dijo Sarveaux entre jadeos—. Dile a Henri que consulte con Max Roubaix.

Danielle no pudo soportarlo más y salió corriendo de la habitación.

El doctor Ericsson estaba estudiando el historial de Sarveaux cuando la enfermera jefe entró en su despacho.

—Quedan diez minutos para que comience el espectáculo, doctor —dijo sirviéndole una taza de café y un par de donuts.

Ericsson se frotó los ojos y consultó la hora en su reloj.

—Supongo que los periodistas deben de estar impacientes...

—Parecen perros de presa —replicó la enfermera—. Si no les echamos algo de comer, son capaces de destrozarse el hospital —ironizó y, tras entregar una bolsa de viaje a Ericsson, agregó—: Su esposa le ha traído un traje recién planchado y una camisa limpia. Ha insistido en que esté presentable ante las cámaras de televisión cuando comunique el parte médico del estado del primer ministro.

—¿Alguna novedad?

—Descansa plácidamente. El doctor Munson le inyectó un sedante poco después de que la señora Sarveaux abandonara el hospital. Por cierto, una mujer tan atractiva como impresionable.

Ericsson cogió la taza de café y bebió un sorbo.

—Debí de estar loco al aceptar la petición del primer ministro de que le suministrara un estimulante después de la intervención.

—¿Qué diablos debería pasar por su cabeza en aquel momento?

—No tengo la menor idea —respondió Ericsson, mientras se quitaba la bata—. Sin embargo, he de admitir— que fue muy convincente cuando fingió encontrarse bajo los efectos delirantes de la anestesia.

Danielle bajó del Rolls-Royce conducido por su chófer y contempló la mansión residencial del jefe de Gobierno de Canadá. Ante sus ojos, se alzaba una sólida construcción de tres plantas, que siempre le había parecido fría y mórbida, fantasmagórica como las mansiones descritas por Emile Bronte en sus novelas. Tras atravesar el imponente vestíbulo, suntuosamente decorado, subió por la escalera circular de mármol que conducía a su dormitorio.

Aquella habitación, la única en la mansión que Charles le había permitido redecorar, era su paraíso particular. Un halo de luz procedente del cuarto de baño perfiló una silueta envuelta entre las sábanas de su cama.

Sintiendo un nudo en el estómago, Danielle cerró la puerta tras de sí y murmuró:

—¡Estás loco! ¿Qué diablos haces aquí?

—Me pregunto cuántas esposas del país estarán haciendo la misma pregunta a sus amantes en este mismo instante —susurró una voz masculina.

—La Policía Montada custodia la residencia...

—Franceses leales entrenados para ver, oír y callar.

—Tienes que marcharte.

El hombre se incorporó en la cama. Completamente desnudo, tendió sus brazos hacia Danielle y exclamó:

—¡Ven a mí, *ma nymphe*! —¡No..., aquí no! —El tono rotundo con que pronunció aquellas palabras evidenciaba la lucha interna por reprimir su pasión hacia él.

—No tenemos nada que temer.

—¡Charles está vivo! —exclamó de pronto—. ¿No lo entiendes? ¡Charles todavía vive!

—Lo sé —replicó él con acritud y, sentándose en la cama, apoyó sus pies descalzos en la alfombra.

Era un hombre de cuerpo atlético y fornidos músculos —simétricamente formados a lo largo de años de disciplinado ejercicio—. Tras acariciarse la calva, se puso de pie y avanzó hacia ella. Al igual que su cráneo, tenía todo el cuerpo afeitado: las piernas, el pecho y el pubis.

Su piel era tersa y suave como la de un bebé. Rodeando el cuello de Danielle con sus manos de acero, la atrajo hacia sí. Con la cabeza apoyada en su fornido pecho, ella inhaló la penetrante fragancia de lo loción corporal que él solía aplicarse antes de hacer el amor.

—No pienses en Charles —le susurró al oído—. Aléjale de tu vida, haz como si no existiera...

Abrazada a él, Danielle percibió los sensuales efluvios que emanaban de los poros

de su piel y sintió un ardiente cosquilleo en la entrepierna, un irrefrenable deseo por entregarse a aquel semental imberbe que, con solo rozar su piel, era capaz de encender su pasión.

Los primeros rayos de sol se filtraron por los cristales de la habitación, iluminando los dos cuerpos entrelazados que yacían en la cama. La larga cabellera negra de Danielle destacaba sobre la blanca almohada. Inclínándose, besó con dulzura la suave calvicie de su amante, que reposaba la cabeza entre sus tersos senos desnudos.

—Tienes que irte —le susurró.

Él extendió un brazo hacia la mesilla de noche, cogió el despertador y lo dirigió hacia la luz para comprobar la hora.

—Sólo son las ocho. Aún es temprano. Me iré hacia las diez.

El rostro de Danielle cambió repentinamente de expresión.

—Los periodistas ya deben de merodear por los alrededores de la residencia —dijo con cierto nerviosismo—.

Deberías haberte marchado hace horas, de madrugada...

—Las diez de la mañana me parece una hora más que respetable para que un viejo amigo de la familia sea visto en la mansión residencial —la interrumpió él, mientras se desperezaba en medio de intensos bostezos—. Nadie advertirá mi partida. Me perderé entre los numerosos y solícitos miembros del Parlamento, que sin duda pasarán por aquí esta mañana para ofrecer sus servicios y consolar a la esposa del primer ministro.

—¡Eres un bastardo! —exclamó Danielle, incorporándose en la cama—; tierno y cariñoso durante unas horas, pero frío y calculador segundos más tarde.

—Resulta incomprensible cómo las mujeres podéis cambiar de actitud de la noche a la mañana. De haber muerto Charles en el accidente, ¿habrías despertado tan malhumorada?

—¡Debes admitir que el trabajo ha sido una verdadera chapuza! —profirió Danielle con acritud.

—Es cierto, querida —convino él.

De pronto Danielle le lanzó una mirada fría y calculadora y dijo con determinación:

—Hasta que Charles no repose en su tumba, Quebec no podrá convertirse en una nación socialista independiente.

—No puedo creer que desees la muerte de tu marido en aras de una causa política —ironizó él—. ¿Acaso tu amor se ha convertido en odio hacia él, hasta el punto de considerarle un mero símbolo a eliminar?

—Entre ese hombre y yo jamás ha habido amor —replicó Danielle, mientras encendía un cigarrillo—. Desde el principio, el interés de Charles hacia mí fue sólo

una estrategia política. La posición de mi familia facilitó su entrada en el círculo de la alta sociedad. Fui yo quien le ayudó a forjar su estilo y carisma. Sin embargo, salvo para reafirmar su imagen pública, Charles nunca me ha tenido en cuenta.

—Pero entonces, ¿por qué diablos te casaste con él?

Danielle aspiró el humo de su cigarrillo y respondió:

—Me prometió que algún día sería primer ministro y yo le creí.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando descubrí que Charles era incapaz de sentir afecto hacia mí, era demasiado tarde. Al principio, me sentía atraída, pero ahora le detesto. Cada vez que me toca...

—Vi la rueda de prensa por televisión. El médico aseguró ante las cámaras que tu ansiedad y preocupación por Charles conmovieron a todo el personal del hospital...

—Puro teatro —desveló ella, lanzando una sonora carcajada—. Soy una buena actriz, querido, no olvides que llevo diez años representando mi papel de fiel esposa.

—¿Charles te dijo algo interesante mientras estuviste a su lado?

—Bueno, en realidad, sólo divagaba. Acababan de trasladarle de la unidad de cuidados intensivos. Su mente todavía estaba obnubilada por los efectos de la anestesia.

Durante los diez minutos que estuve con él, no dejó de balbucear y hablar del pasado. Recordaba sin cesar el accidente de tráfico en que su madre había perdido la vida.

El amante de Danielle se levantó de la cama para dirigirse al cuarto de baño. Antes de entrar, dijo:

—¡Por lo menos no desveló ningún secreto de estado!

Ella dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo parsimoniosamente.

—Quizá lo hizo —apuntó Danielle maliciosamente.

—¡Vaya, eso parece interesante! —dijo él desde el lavabo y luego agregó—: Vamos, cariño, sigue hablando.

Soy todo oídos.

—Charles me ordenó que te dijera que reforzaras la seguridad en la bahía de James.

—¡Eso es absurdo! —exclamó el hombre—. Te aseguro que el número de efectivos que garantizan la seguridad de la central es el doble de lo necesario.

—Pero Charles no se refería a todo el conjunto, sino sólo a la cabina de control.

—¿De qué cabina estás hablando? —inquirió, saliendo del lavabo con una toalla en la cabeza.

—Creo que se refería a la sala del generador —respondió Danielle.

Su amante la miró perplejo y preguntó:

—¿Qué más te dijo?

—Balbuceó algo acerca del gran peligro que acecharía a Canadá si alguien descubriera... —Danielle se interrumpió por unos segundos tratando de recordar las palabras que había pronunciado su marido.

—Si alguien descubriera, ¿qué...?

Danielle se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Cuando Charles estaba a punto de decírmelo, se interrumpió a causa del dolor.

—¿Eso fue todo?

—¡No, insistió en que debías consultar este asunto con un tipo llamado Max Roubaix!

—Max Roubaix... —repitió él con escepticismo—. ¿Estás segura de que pronunció este nombre?

Danielle dirigió su mirada hacia el techo tratando de recordar y luego asintió con la cabeza. Finalmente contestó:

—Sí, estoy completamente segura.

—¡Qué extraño! Esto no tiene sentido.

Él volvió a entrar en el cuarto de baño y contempló su fornido cuerpo en el espejo, mientras ejecutaba varios ejercicios de musculatura.

Henri Villon observó su imagen con admiración. Se sentía orgulloso de su físico. Tras contemplar las viriles facciones de su rostro, pensó que su aspecto era tan perfecto como el de una escultura griega.

La esposa e hija de Henri Villon, sus colegas del Partido Liberal, así como la mitad de la población canadiense, jamás habrían imaginado que llevaba una doble vida. Como respetado miembro del Parlamento y ministro de Interior, nadie podía sospechar que, bajo la sombra de dichos cargos, se ocultaba el cerebro gris de la Sociedad Libre de Quebec, el movimiento radical que luchaba por la total independencia del Quebec francés.

Envuelta en una sábana blanca, Danielle entró en el cuarto de baño y acarició los potentes bíceps de Villon.

—¿Le conoces...? —preguntó ella.

—¿A Roubaix...?

Danielle asintió con la cabeza.

—Bueno, personalmente no, pero estoy al corriente de su reputación.

—¿Quién es ese hombre?

—Sería mejor hablar de él en pasado, querida. Creo recordar que Max Roubaix fue un asesino de masas al que condenaron a morir ahorcado hace unos cien años.



*Febrero, 1989 - Princeton, Nueva Jersey*

Heidi Milligan parecía estar fuera de lugar entre los estudiantes sentados a las mesas de la biblioteca del archivo de la Universidad de Princeton. El impecable uniforme de capitán de la armada ocultaba una figura esbelta y estilizada. Para los jóvenes que ocupaban la sala, la visión de aquella hermosa mujer rubia hacía soportable la monotonía vespertina. Sabía por instinto que en aquel momento más de uno la estaría imaginando desnuda. Sin embargo, desde que había cumplido los treinta, se mostraba indiferente a las miradas masculinas... aunque no siempre.

—Al parecer, se ha convertido en un ratón de biblioteca, capitana.

Heidi levantó la mirada y contempló el rostro sonriente de Mildred Gardner, la jefa de los archivos de la universidad.

—¿Ratón de biblioteca? —preguntó Heidi.

—Así es. Pasa un montón de horas encerrada entre estas cuatro paredes. En mis buenos tiempos a esto le llamábamos dejarse los codos.

Heidi apoyó la espalda contra el respaldo de su silla y dijo:

—Tengo que robar tiempo al tiempo si quiero avanzar en mi tesis.

Mildred retiró el flequillo que cubría su frente y se sentó junto a ella.

—Una joven tan atractiva como usted no puede pasar las noches estudiando; debería encontrar un buen hombre con el que compartir el tiempo y olvidar sus obligaciones de vez en cuando.

—Es cierto, pero antes tengo que acabar mi doctorado en historia. Luego me dedicaré a vivir...

—Me niego a creer que la pasión de su vida consista en poseer un simple pedazo de papel en que se diga que es usted doctora.

—Quizá sea porque me excita que me llamen doctora Milligan —ironizó Heidi, sonriendo—. En fin, supongo que si quiero triunfar en la armada necesitaré un buen curriculum.

—Vaya, se diría que ha emprendido una loca carrera contra el sexo opuesto.

—El sexo no tiene nada que ver con este asunto —repuso Heidi—. Mi primer y único amor es la armada.

¿Qué hay de malo en ello?

Dándose por vencida, Mildred se encogió de hombros y dijo:

—Sin duda es inútil discutir con una mujer tan testaruda como usted, y mucho menos tratándose de una capitana de corbeta... —La bibliotecaria se levantó y, tras echar un vistazo a los papeles esparcidos encima de la mesa, preguntó—: ¿Necesita algún otro documento?

—Estoy investigando la relación de Woodrow Wilson con la armada durante su administración.

—¡Qué aburrimiento! —exclamó Mildred—. ¿Por qué se le ocurrió escoger semejante tema?

—Supongo que porque, en el fondo, estoy intrigada por descubrir un episodio de la historia de nuestro país que ha permanecido en el olvido durante años.

—En otras palabras, lo que pretende es abordar un asunto que ningún hombre ha logrado desvelar hasta ahora, ¿me equivoco?

—Bueno, la verdad es que no va desencaminada...

—No envidio al pobre insensato que se case con usted —dijo Mildred—. Cuando vuelva a casa después del trabajo, ese pobre diablo tendrá que cocinar, lavar los platos, hacer la colada...

—Estuve seis años casada. Era coronel del cuerpo de *marines*. Después de tanto tiempo, mis heridas aún no han cicatrizado.

—¿Heridas... físicas o mentales?

—De las dos clases.

Mildred prefirió cambiar de conversación y comprobó el número de archivo que figuraba en la caja que Heidi tenía sobre la mesa. Luego dijo:

—Creo que va por buen camino. Este archivo contiene la mayor parte de la correspondencia que Wilson mantuvo con la armada.

—He leído estos papeles cientos de veces —señaló Heidi— sin encontrar nada que llamara mi atención.

¿Sabe si existe algún otro archivo que contenga documentos epistolares de la época?

Mildred permaneció en silencio por un instante y a continuación respondió:

—Creo tener una vaga idea. Concédame diez minutos.

Cinco minutos más tarde, Mildred se aproximó a la mesa de Heidi.

—Aquí tiene material sin publicar que todavía no ha sido catalogado —dijo esbozando una sonrisa y dejó sobre la mesa una voluminosa caja—. Yo de usted echaría un vistazo.

Heidi leyó una por una las cartas amarillentas, la mayoría escritas personalmente por el presidente Wilson: consejos dirigidos a sus tres hijas; notas acerca de su oposición a William Jennings Bryan durante la convención del Partido Demócrata celebrada en el Tammany Hall en 1912; mensajes personales a Ellen Louise Axson, su primera esposa, así como a Edith Bolling Galt, su segunda mujer.

Quince minutos antes de que la biblioteca cerrara sus puertas al público, Heidi desdobló una carta dirigida a Herbert Henry Asquith, primer ministro inglés.

El pliego de papel estaba arrugado, como si alguien hubiera tratado de recuperarlo de una papelería. En la parte superior de la carta figuraba una fecha, 4 de junio de

1914, pero no aparecía rastro alguno de acuse de recibo, lo que sugería que jamás había sido enviada a su destinatario.

Heidi leyó con atención el cuidado estilo del escrito:

*Apreciado Herbert:*

*Tras la aparente pérdida de las copias formalmente firmadas de nuestro tratado y ante las críticas que está recibiendo por parte de los miembros de su gabinete, quizá piense que nuestro acuerdo jamás debió existir. Por otra parte, dado que el traspaso formal todavía no ha tenido lugar, he dado instrucciones a mi secretario de que destruya cualquier mención de nuestro pacto. Esta inusual medida, muy a mi pesar, está plenamente justificada, ya que la mayoría de mis conciudadanos no permanecería impasible si tuviera la certeza de que...*

En aquel punto, una inoportuna arruga en el pliego de papel hacía imposible descifrar el contenido exacto de las palabras que seguían, aunque el final de la carta era perfectamente legible:

*Atendiendo la petición de sir Edward, y con la concurrencia de Bryan, he registrado los fondos de nuestro tesoro destinados a su gobierno como crédito.*

*Su amigo, WOODROW WILSON.*

Heidi estaba a punto de guardar la carta en el archivo correspondiente, pues no había hallado mención alguna de la armada, cuando la curiosidad hizo que su mirada se centrara en la frase «destruya cualquier mención de nuestro pacto».

Durante más de un minuto contempló aquellas palabras, tratando de descifrarlas. Después de dos años de intensa investigación, creía conocer a Woodrow Wilson como si se tratara de su propio tío y, por supuesto, no había descubierto nada irregular en la trayectoria de aquel ex presidente durante su mandato oficial.

El timbre de la biblioteca sonó, alertando que diez minutos más tarde se procedería al cierre del archivo. Sin perder tiempo, Heidi transcribió la carta en un papel y echó un vistazo a los documentos de la última de las cajas que le había traído la bibliotecaria.

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó Mildred.

—Una señal de humo inesperada —respondió Heidi.

—¿Cuál será el siguiente paso en su investigación?

—Washington... el Archivo Nacional.

—¡Buena suerte! Espero que no tarde en descifrar la clave.

—¿La clave?

—Sí, ya me entiende, que logre descubrir el tesoro oculto que anda buscando.

—¡Nunca se sabe! —exclamó y se encogió de hombros.

Heidi no se había planteado investigar el significado exacto de la extraña carta de

Wilson. Sin embargo, dado que había hallado una senda inesperada, estaba dispuesta a seguirla hasta el final.

El historiador del Senado recostó su espalda contra el respaldo de la silla.

—Lo siento, capitana —se excusó—, pero en el desván del Capitolio no tenemos suficiente espacio para almacenar todos los documentos del Congreso.

—Lo comprendo —dijo Heidi—. Sin embargo, sé que cuentan con un espléndido archivo de fotografías antiguas.

Jack Murphy asintió con la cabeza.

—Así es, conservamos una interesante colección de fotografías relacionadas con el gobierno que se remontan hasta mediados del siglo pasado. ¿Ha estado en el Archivo Nacional...? Estoy seguro de que allí encontrará material muy interesante.

—Ha sido una total pérdida de tiempo —replicó Heidi—. Le aseguro que no he encontrado nada relacionado con mi investigación.

—En tal caso, ¿en qué puedo ayudarla? —se ofreció Murphy.

—Estoy interesada en un tratado entre Inglaterra y América. Pensé que quizá aquí conservarían alguna fotografía tomada durante la firma del mismo.

—Es posible. Lo cierto es que tenemos miles de fotografías. Todavía no ha nacido un presidente que no haya solicitado los servicios de un fotógrafo para registrar la firma de un tratado internacional.

—Lo único que puedo decirle es que ésta tuvo lugar en mil novecientos catorce.

—Como comprenderá, no puedo recordar todos los actos importantes que se han celebrado en la historia de este país —se excusó Murphy con gesto pensativo—. Sin embargo, estaré encantado de ayudarla en su investigación, aunque he de advertirle que tardaré por lo menos un par de días en dar con la fotografía, si es que existe.

Le aseguro que su petición no es la única que tengo que atender.

—Lo comprendo. De todas formas, gracias por su ayuda.

Murphy dudó durante un instante, luego miró a Heidi y comentó:

—Me resulta extraño que no haya encontrado en los archivos oficiales mención alguna de un tratado angloamericano. ¿Tiene alguna referencia fiable aparte de la fecha?

—Encontré una carta del presidente Wilson dirigida al primer ministro Asquith, en que alude a la firma formal del tratado.

Murphy se levantó de la silla y le indicó con un gesto que le siguiera hasta la puerta.

—Mi equipo hará todo lo posible por ayudarla, capitana Milligan. Si existe tal fotografía, daremos con ella.

Sentada frente al tocador de su habitación en el hotel Jefferson, Heidi contemplaba una pata de gallo que asomaba tímidamente por el rabillo de uno de sus

ojos.

A sus treinta años de edad, era consciente del despiadado paso del tiempo, aunque todavía conservaba un rostro jovial y una figura esbelta.

En los últimos tres años había tenido que superar una histerectomía, un divorcio y un tierno idilio de dieciocho meses con un almirante que le doblaba la edad y que había muerto recientemente víctima de un infarto de miocardio. A pesar de todo, Heidi seguía siendo la mujer atractiva y llena de energía que se había graduado en la Academia Naval de Annapolis, obteniendo uno de los primeros puestos de su promoción.

Inclinó la cabeza hacia el espejo y observó sus profundos ojos marrones. El derecho tenía una pequeña imperfección en la parte posterior del iris, una ligera mancha gris. «Heterocromía iridiscente» fue el término médico que el oftalmólogo había diagnosticado cuando tenía diez años, aunque sus compañeros de escuela se mofaban de ella afirmando que tenía el ojo del diablo.

Desde entonces, aquel capricho de la naturaleza hizo que se sintiera distinta de sus amigos, en especial durante su adolescencia, período en que descubrió que, a pesar de todo, sus oscuros ojos atraían a los chicos.

Desde la muerte del almirante Walter Bass, no había sentido la necesidad de relacionarse sentimentalmente con otro hombre. Sin embargo, casi sin ser consciente, aquella noche había colgado su uniforme azul en el armario y se encontraba en el ascensor del hotel, luciendo un elegante vestido de seda con un generoso escote.

Además de un bolso de lentejuelas, el único complemento que llevaba era un largo pendiente de oro con forma de pluma que casi rozaba su hombro. Para protegerse del inhóspito frío invernal de Washington, se había enfundado en una amplia capa de piel sintética.

El portero del hotel suspiró al contemplar aquella hermosa visión y abrió cortésmente la portezuela del taxi que Heidi había pedido.

—¿Adónde vamos, señorita? —preguntó el taxista.

Por un momento, no supo qué contestar. Aunque tenía intención de visitar el centro de la ciudad, aún no sabía adónde ir exactamente. Heidi guardó silencio durante unos segundos. De pronto, al sentir un ligero cosquilleo en el estómago, respondió:

—A un restaurante. ¿Podría recomendarme un buen restaurante donde cenar?

—¿Qué le apetece comer, señorita?

—No estoy segura.

—¿Carne, comida china, marisco...?

—Marisco.

—En ese caso... —dijo el taxista, poniendo en marcha el motor—, conozco un restaurante encantador. Ya sabe, atmósfera romántica, vistas al río...

—Justo el lugar que andaba buscando —balbuceó Heidi, esbozando una sonrisa.

El restaurante, tal y como había dicho el taxista, era encantador. Sentada a una mesa exquisitamente adornada con un centro de flores e iluminada con la romántica llama de una vela, Heidi sorbió su copa de vino, mientras contemplaba las luces que iluminaban el Capitolio y el continuo fluir del río Potomac. No obstante, sin nadie con quien conversar, su sensación de soledad parecía aumentar por momentos. De hecho, una mujer sola en un restaurante todavía resultaba una situación insólita para la mayoría de la gente. Echando un vistazo alrededor, Heidi observó que algunos de los comensales la miraban discretamente e imaginó las especulaciones que estarían haciendo en torno a ella: «Su novio la ha dejado plantada... Acaba de separarse de su marido... Es una prostituta a la caza de un cliente distinguido...» La última era sin duda su favorita.

En aquel momento un hombre acababa de sentarse dos mesas detrás de Heidi. El restaurante estaba tenuemente iluminado y, al pasar junto a ella, lo único que pudo advertir era que se trataba de un tipo alto. Su primera reacción fue volverse y lanzarle una mirada provocativa, sin embargo, su sentido del decoro hizo que se reprimiera.

No obstante, al cabo de unos minutos, sintió la presencia de alguien junto a ella, percibiendo el inconfundible aroma de una colonia de hombre.

—Disculpe mi atrevimiento, hermosa criatura —le susurró una voz al oído—, pero desde el instante en que la vi he sabido que un alma caritativa como la suya sería incapaz de negar una copa de vino a un pobre y solitario borracho...

Perpleja, Heidi se incorporó en su silla y dirigió su mirada hacia el hombre.

Al principio, apenas pudo distinguir el rostro del desconocido. No obstante, cuando éste rodeó la mesa y se sentó frente a ella, se quedó sin habla al descubrir que se trataba de un hombre verdaderamente atractivo. Su cabello era negro como el azabache, sus ojos azules, cálidos como el mar y tenía el cutis curtido y bronceado por el sol. El tipo la miró como si estuviera a punto de saludarla y, de pronto, la expresión fría de su rostro se transformó en una amplia sonrisa que iluminó el restaurante.

—¿Heidi Milligan...? ¿Cómo es posible que no me reconozca?

Confusa, guardó silencio tratando de recordar dónde había visto antes a aquel hombre, hasta que finalmente exclamó:

—¡Pitt! ¡Oh, Dios mío, pero si es Dirk Pitt!

Impulsivamente, Heidi le rodeó las sienes con sus manos y le atrajo hacia ella, hasta rozarle los labios con los suyos. Desconcertado ante aquella inesperada reacción, Pitt se quedó boquiabierto.

—¡Es increíble cómo un hombre puede equivocarse al prejuzgar a una mujer! A decir verdad, sólo esperaba que me estrechara la mano...

Las mejillas de Heidi se ruborizaron.

—Bueno, me ha sorprendido en un mal momento...

En realidad, estaba aquí sentada sintiendo lástima por mí misma y, al ver el rostro de un amigo... En fin, espero que sabrá perdonar mi atrevimiento...

Pitt tomó las manos de Heidi entre las suyas y asintió con la cabeza.

—La comprendo —dijo—. Por cierto, lamenté mucho la muerte del almirante Bass. Era un buen hombre.

—Tuvo una muerte dulce —comentó Heidi con los ojos vidriosos—. Después de entrar en coma, cayó en un profundo sueño y nos dejó...

—¡Sólo Dios sabe qué habría sido del asunto Vixen sin su participación en el mismo!

—¿Recuerda cómo nos conocimos?

—Tras retirarse de la armada, fui a entrevistar al almirante a la cabaña cercana a Lexington, Virginia.

—Cuando le vi, creí que era un enviado del gobierno.

Lamento haber sido tan descortés con usted, pero...

Pitt guardó silencio por unos segundos y luego añadió:

—Ustedes dos estaban muy unidos, ¿no es cierto?

—Así es —asintió Heidi—. Estuvimos viviendo juntos durante casi un año y medio. Aunque pertenecía a la antigua escuela, jamás me propuso en matrimonio. Solía decir que una joven como yo no debía cometer la estupidez de atarse a un hombre que prácticamente tenía un pie en la tumba.

Al advertir que los ojos de Heidi se llenaban de lágrimas, Pitt cambió de inmediato el tema de la conversación.

—No querría parecerle atrevido, pero tiene el aspecto de una quinceañera en el baile de su graduación.

—El cumplido perfecto en el momento adecuado —dijo Heidi, incorporándose en su silla y echando un vistazo alrededor—. Agradezco su compañía, pero no quisiera hacerle perder el tiempo. Quizá ya esté citado con alguien...

—En absoluto, soy un hombre libre... —replicó Pitt, esbozando una sonrisa maliciosa—. Mi única cita esta noche es con un buen plato de marisco...

—En ese caso, si quiere compartir la mesa conmigo...

—Sólo tiene que ordenarlo. Le aseguro que estoy a su completa disposición. Estoy dispuesto a ser su esclavo durante toda la noche.

Heidi le miró fijamente y, por un momento, el bullicio del restaurante pareció desvanecerse por completo. Al cabo de unos segundos, bajó la mirada y dijo:

—Está bien, acepto su proposición.

Cuando entraron en la habitación de Heidi, Pitt la tomó entre sus brazos y la condujo a la cama.

—No te muevas —le susurró al oído—. Yo me encargo de todo...



Pitt empezó a desvestirla lentamente. Aquélla era la primera vez que un hombre la desnudaba con tanta delicadeza. Mientras lo hacía, trataba de evitar cualquier contacto de sus hábiles dedos en su piel, despertando en Heidi una creciente pasión desde lo más profundo de sí misma.

Ante la cadencia de Pitt, ella se preguntó a cuántas mujeres habría torturado de la misma forma. No obstante, la pasión no tardó en reflejarse en la ardiente mirada de Pitt, lo que hizo aumentar en ella su deseo.

De pronto, los carnosos labios de Pitt rozaron tiernamente los de ella, al tiempo que le rodeaba las caderas con sus fornidos brazos, atrayéndola hacia él. En aquel momento, Heidi creyó enloquecer y emitió un taimado gemido de placer. La sangre hervía en su interior, sabía que estaba a punto de perder el control de sí misma y, de pronto, sintió la incontenible embestida de Pitt, que la transportó a un insospechado mundo de placer.

El momento más agradable y reconfortante del sueño se produce minutos antes del despertar. Es entonces cuando el individuo expresa sus más secretas fantasías oníricas. Por eso, ser interrumpido en ese instante por el inesperado zumbido de un teléfono puede llegar a ser realmente traumático.

Aquella mañana, Heidi despertó sobresaltada al escuchar, no sólo el sonido del teléfono, sino los insistentes golpes en la puerta de su habitación. Adormecida, descolgó el auricular del teléfono y balbuceó:

—Aguarde un minuto, por favor.

A continuación, se levantó de la cama con la intención de abrir la puerta, pero antes de hacerlo se dio cuenta de que estaba desnuda.

Tras ponerse un albornoz, abrió la puerta y un botones del hotel entró en la habitación y dejó sobre la mesa un gran ramo de rosas blancas. Perpleja, Heidi dio al joven una propina y luego atendió la llamada telefónica.

—Disculpe. Al habla la capitana Milligan.

—Buenos días, capitana —la saludó Jack Murphy, el historiador del Senado—. ¿La he despertado?

—No se preocupe, acababa de levantarme —dijo Heidi, tratando de disimular su mal humor.

—La llamo en relación con la información que solicitó ayer. Tras rebuscar en los archivos fotográficos hasta altas horas de la noche, di con algo que podría interesarle.

Las palabras de Murphy hicieron que Heidi despertara de inmediato.

—Soy toda oídos.

—Tal y como le informé, en nuestros archivos no tenemos fotografía alguna que registre la firma de un tratado fechado en mil novecientos catorce. Sin embargo, he encontrado una en que aparecen William Jennings Bryan, que fue secretario de Estado del presidente Wilson, Richard Essex, subsecretario de Estado, y Harvey Shields, identificado al pie de la fotografía como representante del gobierno inglés, subiendo en un lujoso coche.

—¿Y bien...?

—Sé que tal vez la fotografía no le sirva de mucho, sin embargo, en el reverso de la misma hay una pequeña anotación que podría ser de su interés. Se trata de una fecha apenas legible, veinte de mayo de mil novecientos catorce, junto a la que aparece escrito: «Bryan saliendo de la Casa Blanca con el Tratado Norteamericano.»

Heidi asió con fuerza el auricular y exclamó:

—¡Así que estaba en lo cierto, el tratado existió realmente!

—Verá, tengo una hipótesis acerca de este asunto. A mi parecer, no fue más que una propuesta de tratado —comentó Murphy con orgullo—. No obstante, si quiere

una copia de la fotografía, tendrá que pagar una pequeña cuota.

—Sí, sí, por favor. Por cierto, ¿podrían hacer una fotocopia ampliada de la nota que figura en el reverso?

—Por supuesto, capitana. Puede venir a recoger el material a partir de las tres de la tarde.

—Estupendo. Muchas gracias.

Satisfecha de sí misma, Heidi colgó el auricular y se tumbó en la cama. Aquél era sin duda el indicio que estaba buscando. De pronto, recordó las flores que había traído el botones. Junto al ramo había una nota que rezaba: «Estás espléndida sin uniforme. Perdóname por no estar junto a ti al despertar. Dirk.»

Heidi se levantó, cogió el ramo de rosas y sonrió. Las horas que había pasado con Pitt volvieron a su mente y recordó sus cuerpos unidos en la oscuridad de la noche.

Se dijo que Pitt era como un fantasma que había aparecido y desaparecido en su vida sin dejar rastro alguno, aunque todavía sentía su presencia, su viril aroma, el suave contacto de sus manos sobre su piel desnuda.

Obligándose a olvidar aquel agradable encuentro, trató de ordenar su mente y cogió el listín telefónico de Washington. Segundos más tarde, descolgó el auricular del teléfono, marcó un número en el dial y aguardó hasta que una voz respondió:

—Departamento de Estado, ¿qué desea?

Minutos antes de las dos de la tarde, John Essex se levantó el cuello del abrigo para protegerse de la gélida brisa del norte y echó un vistazo a sus cultivos de moluscos. Junto a las lagunas del río Potomac, en la granja vivero situada en Coles Point, Virginia, Essex se dedicaba a la crianza y reproducción de ostras.

El anciano estaba tomando una muestra de agua cuando escuchó que alguien gritaba su nombre. Se trataba de una mujer, enfundada en un abrigo de oficial de la armada, que avanzaba por el sendero que transcurría entre los estanques. A pesar de los problemas de visión propios de su edad, Essex advirtió de inmediato que se trataba de una mujer hermosa. Tras guardar el instrumental de análisis, se aproximó a ella lentamente.

—¿Señor Essex? —le interpelló ella, esbozando una sonrisa—. He hablado con usted por teléfono esta mañana. Mi nombre es Heidi Milligan.

—Olvidó mencionar su rango, capitana —replicó el anciano al reconocer la insignia naval que lucía en sus galones y luego añadió—: Siempre he tenido buenos tratos con la armada, pero la verdad es que nunca había visto a un oficial tan atractivo... ¿Le apetece una taza de té?

—Muchas gracias. Acepto encantada su invitación —dijo Heidi—. Espero no haber interrumpido su trabajo.

—En absoluto. Con este tiempo, debería estar agradecido por haberme salvado de contraer una neumonía.

Heidi percibió el fuerte hedor que se respiraba en la atmósfera y comentó:

—Huele como si estuviéramos en una pescadería...

—¿Le gustan las ostras, capitana?

—Por supuesto, especialmente sus perlas.

Essex se echó a reír e ironizó:

—Típico comentario femenino. Cualquier hombre hubiera alabado sus cualidades gastronómicas.

—¿Se refiere quizá a sus cualidades afrodisíacas? —preguntó ella maliciosamente.

—Eso no es más que un mito —repuso el anciano.

—Es posible, pero debo reconocer que no siento especial predilección por ellas.

—Afortunadamente para mí, la mayoría de la gente no comparte su opinión. El año pasado, en estas mismas lagunas, obtuvimos una producción cercana a las quince mil toneladas.

Mientras Essex seguía hablando acerca del cultivo de las ostras y conducía a Heidi a la mansión colonial de su finca, ella trató de mostrarse interesada por el tema. Tras invitarla a que se sentara en el sofá de su estudio, el anciano preparó el té. Heidi

le observó atentamente mientras lo servía.

John Essex tenía los ojos azules. Sus rollizas mejillas se perfilaban ocultas bajo una poblada barba blanca.

A pesar de sus setenta y cinco años de edad, conservaba una figura esbelta, e incluso vestido con su mono de trabajo y enfundado en sus botas Wellington, la elegancia y distinción propias de un antiguo embajador americano en Londres seguían presentes en él.

—Bien, capitana, ¿está aquí en visita oficial? —preguntó mientras le ofrecía una taza de té.

—No, señor. Estoy aquí por un asunto personal —puntualizó Heidi.

Essex arqueó las cejas maliciosamente.

—Mi querida señorita, si tuviera treinta años menos, le aseguro que hubiera interpretado sus palabras como si fueran una insinuación. Sin embargo, lamento tener que decirle que en la actualidad sólo excitan mi curiosidad natural. Bueno, supongo que el tiempo no pasa en vano...

—dijo Essex, resignado—. En fin, ¿en qué puedo servirla?

—Verá, señor Essex, en la investigación que estoy llevando a cabo para la elaboración de mi doctorado, he encontrado una carta del presidente Wilson dirigida a Herbert Asquith. —Heidi se interrumpió un instante y entregó al anciano la transcripción de la carta—. Como podrá observar, se menciona la existencia de un tratado entre Inglaterra y América.

Essex se ajustó las gafas y leyó la carta un par de veces. Luego levantó la mirada y le preguntó:

—¿Por qué cree que fue redactada personalmente por el presidente?

Sin responder a la pregunta, Heidi le mostró la copia de la fotografía y la ampliación de la nota que figuraba en el reverso. Luego esperó la reacción del anciano.

En la imagen, William Jennings Bryan se disponía a subir a una limusina. Detrás de él, dos hombres parecían conversar amigablemente. Richard Essex, elegantemente vestido, mostraba una amplia sonrisa, mientras Harvey Shields ladeaba ligeramente la cabeza y también sonreía.

Junto a la portezuela, el chófer aguardaba a que los caballeros entraran en el interior del vehículo.

Mientras contemplaba la fotografía, el rostro de Essex permaneció impasible. Al cabo de unos minutos, levantó la mirada e inquirió:

—¿Qué anda buscando realmente, capitana?

—El Tratado Norteamericano —respondió Heidi—. Ni en los archivos del Departamento de Estado ni en los del Senado hay indicio alguno de dicho tratado. No puedo creer que un documento de semejante naturaleza se haya extraviado.

—¿Por qué cree que puedo ayudarla en su búsqueda?

—El hombre que aparece junto a William Jennings Bryan es Richard Essex, su abuelo, así que pensé que quizá no le importaría mostrarme sus documentos y su correspondencia personal.

—Lo siento, pero me temo que está perdiendo el tiempo. La documentación personal de mi abuelo fue entregada a la Biblioteca del Congreso después de su muerte.

—Lo sé, pero pensé que no perdía nada intentándolo.

—¿Ha estado en la biblioteca?

—Así es, toda la mañana. Su abuelo fue un hombre muy prolífico. El volumen de sus documentos póstumos es desbordante.

—¿Ha investigado también los escritos de Bryan?

—Sí, señor —admitió Heidi—, pero he de confesar que, dada su integridad religiosa y limitada oratoria, no puede afirmarse que Bryan perdiera el tiempo redactando memorándums durante su mandato como secretario de Estado.

Essex bebió un sorbo de té y dijo:

—Richard Essex era un hombre muy meticuloso y Bryan contaba siempre con él para que le asesorara y redactara la correspondencia diplomática. Los documentos escritos por mi abuelo reflejan una obsesión casi patológica por la eficiencia y el detalle. En realidad, había pocos asuntos del Departamento de Estado en los que no imprimiera su sello personal.

—En mi opinión, debió de ser un hombre muy reservado —comentó Heidi.

—¿Reservado...? —repitió Essex, perplejo.

—Bueno, sus éxitos políticos están lo bastante contrastados, sin embargo, no existe dato alguno que describa a Richard Essex como persona. Al margen de su biografía oficial, en que figuran datos como el lugar de nacimiento, el nombre de sus padres o las escuelas en que estudió, no he hallado ninguna descripción acerca de su personalidad o carácter. Incluso sus notas están redactadas en tercera persona. Es como si se tratara de un autorretrato inacabado.

—¿Insinúa que no existió? —preguntó Essex sarcásticamente.

—En absoluto —replicó Heidi de inmediato—. Usted es la prueba evidente de que no fue así.

Essex contempló el fondo de su taza de té con gesto pensativo y dijo:

—Es cierto. Salvo las notas diarias del Departamento de Estado y algunas fotografías del álbum de familia, guardo en la memoria muy pocos recuerdos de mi abuelo.

—¿Ni siquiera un leve recuerdo de la infancia?

Essex negó con la cabeza.

—Cuando murió, el mismo año en que yo nací, aún era joven, tenía cuarenta y

dos años.

—En mil novecientos catorce, ¿no es así?

—El veintiocho de mayo, para ser exactos —puntualizó Essex.

—Ocho días después de la firma del tratado en la Casa Blanca —dijo Heidi, mirándole fijamente.

—Me temo que va muy deprisa, capitana. No hubo ningún tratado.

—¿Olvida la fotografía? ¿No le parece que constituye una prueba más que aceptable?

—Bryan y mi abuelo acudían a la Casa Blanca con frecuencia. La nota escrita en el reverso de la fotografía es sin duda un error. Por lo que respecta a la carta, quizá usted la haya malinterpretado.

—Los hechos parecen indicar lo contrario —insistió Heidi—. El sir Edward al que el presidente mencionaba en la carta, era con toda seguridad sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores inglés. Por otra parte, el crédito de ciento cincuenta millones de dólares concedido a Inglaterra una semana antes de la fecha de la carta, es sin duda un dato a tener en cuenta.

—Una cantidad estimable para la época —comentó Essex—. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, Inglaterra luchaba por poner en práctica un programa de reformas sociales, al tiempo que se aprovisionaba de armamento con vistas al conflicto que se avecinaba. No es de extrañar, pues, que necesitara ayuda económica para solventar la crisis en que se hallaba sumida. Recibir un crédito tan sustancioso de otro país, algo que actualmente es contemplado como un negocio rutinario por las esferas políticas internacionales, en aquella época resultaba bastante extraño.

Heidi se levantó.

—Siento haberle molestado, señor Essex. No me gustaría hacerle perder más tiempo...

—Tratándose de usted, capitana, le aseguro que puede hacerlo siempre que guste —ironizó el anciano sonriendo de nuevo.

—Por cierto —dijo Heidi, mientras se dirigía a la puerta—, en la biblioteca hay un compendio completo de los memorándums mensuales de su abuelo, excepto el correspondiente al mes de mayo. Al parecer se ha perdido.

Essex se encogió de hombros.

—Nada misterioso... Debió de morir antes de acabarlo. Probablemente se extravió entre los papeles que tenía sobre la mesa cuando limpiaron su despacho.

Essex permaneció de pie junto a la ventana hasta que el coche de Heidi desapareció entre la arboleda que rodeaba la granja. El anciano bajó la cabeza, giró sobre sus talones y se dirigió con paso cansino hacia un antiguo secreter de madera tallada. Tras accionar un resorte oculto, se abrió un cajón situado en la parte baja del

mueble que contenía un libro encuadernado en piel desgastada.

Sentado en su sillón, Essex se ajustó las gafas y empezó a leer el viejo libro, un ritual que solía llevar a cabo varias veces al año. En realidad, no necesitaba fijar la mirada en aquellas amarillentas páginas, pues había memorizado todas y cada una de las frases contenidas en el libro mucho tiempo atrás.

Mientras permanecía sentado en el salón, el sol se ocultó y cayó la noche. Essex estrechó el libro contra su pecho sin poder evitar sentir temor e indecisión.

En la penumbra de la habitación, un anciano solitario y cansado había sido atrapado por el pasado.



El teniente Ewen Burton-Angus estacionó su coche en el aparcamiento del club Glen Echo Racquet, cogió la bolsa de deporte y se la echó al hombro. Tras pasar junto a la piscina vacía y las pistas de tenis cubiertas de nieve, se dirigió a la casa club.

Al entrar, encontró al recepcionista sentado a una mesa frente a una vitrina repleta de trofeos.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el recepcionista.

—Mi nombre es Burton-Angus. Soy invitado de Henry Argus.

El recepcionista comprobó la agenda del club.

—Bien, teniente Burton-Angus, lo lamento, pero el señor Argus ha llamado para informar de que no podría acudir a su cita con usted. Me ha dicho que tratara de localizarle en la embajada, pero usted ya no estaba allí cuando he llamado.

—Qué lástima —se lamentó Burton-Angus—. De todas formas, puesto que estoy aquí, ¿hay alguna pista libre de frontenis?

—Lo siento, pero cuando el señor Argus canceló su reserva, alquilé la pista a otro caballero. Por cierto, quizá no tenga inconveniente en jugar con él.

—¿Dónde puedo localizarle?

—Está en el bar. Hasta dentro de media hora, su pista no estará libre. Su nombre es Jack Murphy.

Burton-Angus encontró a Murphy tomando una copa junto a una ventana con vistas al canal Chesapeake.

Tras presentarse, preguntó:

—¿Le importaría tener un oponente con quien jugar?

—En absoluto —respondió Murphy, sonriendo—. Jugar solo es muy aburrido. Por otro lado, siempre resulta interesante enfrentarse a nuevos retos.

—Le aseguro que conmigo no lo tendrá difícil.

—¿Juega a menudo?

—Bueno, en realidad, mi deporte favorito es el squash.

—Debí suponerlo, por su acento británico. —Murphy le indicó con un gesto que se sentara—. Tome una copa conmigo. Tenemos bastante tiempo antes de que la pista quede libre.

Burton-Angus aceptó la invitación y pidió que le sirvieran una ginebra.

—Hermosa panorámica. Este canal me recuerda al que fluye cerca de mi casa en Devon.

—El Chesapeake fluye por Georgetown y desemboca en el río Potomac —dijo Murphy como si fuera un guía turístico—. Cuando en invierno el agua se congela, la gente no duda en transformar el canal en una pista de patinaje.

—¿Trabaja en Washington? —preguntó Burton-Angus.

—Así es —respondió Murphy—. Soy historiador del Senado. ¿Y usted a qué se dedica?

—Soy asesor del agregado naval de la embajada británica.

De pronto, Murphy cambió la expresión de su rostro y, por un momento, Burton-Angus se sintió incómodo ante la extraña mirada del americano.

—¿Ocurre algo?

Murphy negó con la cabeza y respondió:

—Por supuesto que no. Pero cuando ha mencionado que pertenece a la fuerza naval británica, me ha hecho recordar a una mujer: una capitana de la armada de los Estados Unidos que acudió a mí recientemente para que la ayudara a descubrir un documento relacionado con un tratado entre nuestras dos naciones.

—Supongo que debe de tratarse de un tratado comercial.

—Yo no estaría tan seguro. En este asunto hay algo muy extraño porque, salvo una vieja fotografía, no hay rastro alguno de la existencia de dicho tratado en los archivos del Senado.

—¿Una fotografía?

—Sí, con una anotación en su reverso, mencionando un misterioso tratado norteamericano.

—Me encantaría ayudarle. Si quiere, puedo buscar en los archivos de la embajada... —se ofreció Burton-Angus.

—No se preocupe, no es un asunto tan importante como para que pierda el tiempo en él.

—En absoluto. Para mí no supondrá molestia alguna —insistió el inglés—. ¿Tiene alguna fecha?

—Sobre el veintiocho de mayo de mil novecientos catorce.

—¡Es casi historia antigua! —exclamó Burton-Angus.

—En mi opinión, dicho tratado no fue más que un proyecto.

—No importa. Echaré un vistazo —dijo y, mientras alzaba su vaso, exclamó—: ¡A su salud!

Sentado a su mesa en la embajada británica, situada en Massachusetts Avenue, Alexander Moffat era la viva imagen del funcionario arquetípico. De cabello corto, imaculadamente peinado, espalda erguida, lenguaje y maneras refinadas, él, al igual que el resto de funcionarios de la embajada, parecía cortado por el mismo patrón.

—Lo lamento muchísimo, teniente, pero no he hallado nada en nuestros archivos relacionado con un tratado angloamericano fechado en mil novecientos catorce.

—Qué extraño... —comentó Burton-Angus—. El americano que me pasó la información parecía estar seguro de la existencia de dicho tratado, o al menos de un proyecto de negociación entre ambos países.

—Quizá se equivocara de año...

—Siendo historiador del Senado, es poco probable.

—¿Quiere que volvamos a comprobarlo, teniente?

—preguntó Moffat con acritud.

Burton-Angus miró al funcionario con gesto pensativo.

—Creo que será mejor dirigirnos al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres. Es posible que en sus archivos haya algo relacionado con el caso.

Moffat se encogió de hombros.

—En mi opinión, teniente, no veo qué importancia puede tener actualmente un evento de primeros de siglo.

—Es posible que ninguna, sin embargo he dado mi palabra a un amigo de que haría todo lo posible por averiguar algo. ¿Debo cumplimentar algún impreso para solicitar la investigación?

—No será necesario, teniente. Telefonaré a un viejo amigo que dirige la biblioteca del ministerio en Londres y le pediré que eche un vistazo en los archivos. Me debe un favor, así que no dudará en prestarme su ayuda. Pase por aquí mañana y si ha encontrado algo se lo comunicaré, aunque lo más probable es que su búsqueda sea inútil.

—¡Nunca se sabe! —profirió Burton-Angus—. ¡Hay tantos documentos enterrados en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores!

Peter Beaseley conocía mejor que nadie en Londres el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como jefe de la biblioteca se había encargado de los archivos oficiales desde hacía treinta años y, por supuesto, estaba relacionado con todo lo referente a los asuntos internacionales británicos. Su especialidad era descubrir deslices políticos y escandalosas intrigas, del pasado y presente de los diplomáticos, sobre las que se había corrido un tupido velo.

Beaseley se mesó su cabello canoso y cogió una de las pipas de su colección, que tenía amontonadas en una bandeja. Tras releer el impreso oficial que tenía sobre la mesa, frunció el entrecejo.

—Tratado Norteamericano... —murmuró hablando consigo mismo—. Jamás he oído hablar de él.

Para cualquier miembro de su equipo, aquella afirmación habría sido tan categórica como un dictamen divino. Si Peter Beaseley no había oído hablar acerca de dicho tratado, no había la menor duda de que nunca había existido.

El viejo bibliotecario encendió su pipa, aspiró y contempló con gesto pensativo el humo. El año 1914 había marcado el fin de una época de negociaciones. Después de la Primera Guerra Mundial, la aristocrática elegancia de las negociaciones internacionales fue relegada y sustituida por meras maniobras estratégicas. El mundo se había vuelto superficial y banal.

—¿Señor Beaseley? —inquirió su secretaria, asomando la cabeza por el umbral de la puerta.

—Hmmm... —balbuceó, absorto en sus pensamientos—. Perdone, señorita Gosset, estaba distraído.

—Si no me necesita, me voy a comer.

—¡A comer...! —exclamó al tiempo que comprobaba la hora en su reloj de bolsillo—. ¡Ah, sí...! Me temo que, como siempre, he perdido la noción del tiempo. No tenía idea de la hora que era. Por cierto, ¿adonde va a ir?

¿Tiene una cita?

Aquellas inesperadas preguntas dejaron perpleja a la señorita Gosset.

—Bueno, de hecho... iba a comer sola. Tenía previsto ir al nuevo restaurante indio de Glendower Place.

—¡Estupendo! —profirió Beaseley—. En ese caso, comeremos juntos.

Una invitación del señor Beaseley era un hecho insólito, por lo que la señorita Gosset se mostró realmente sorprendida.

Ante la expresión de su secretaria, Beaseley esbozó una sonrisa maliciosa y comentó:

—No me malinterprete, señorita Gosset, aunque en realidad, podría decirse que

mi invitación es un soborno. Verá, necesito que me ayude a investigar un viejo tratado. Convendrá conmigo en que cuatro ojos ven más que dos...

Antes de que su secretaria tuviera tiempo de ponerse el abrigo, Beaseley la había conducido a la puerta del edificio y reclamado la atención de un taxista con su paraguas.

—Al edificio Sanctuary, calle Great Smith —ordenó al conductor.

—Habiendo cinco edificios en Londres en los que se guardan documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores —dijo la señorita Gosset, retocando su pañuelo—, ¿cómo puede saber dónde hallar ese tratado?

—Muy sencillo, la correspondencia mantenida con América durante el año mil novecientos catorce está archivada en la segunda planta del ala este del edificio Sanctuary —respondió el bibliotecario categóricamente.

Impresionada por la respuesta de su jefe, la señorita Gosset permaneció en silencio hasta que llegaron a su destino. Beaseley pagó al taxista. Tras apearse del coche, entraron en el edificio, mostraron sus respectivas credenciales oficiales al conserje, firmaron en el registro y luego subieron a un viejo ascensor. Al llegar a la segunda planta, Beaseley se dirigió directamente a la sección del archivo situada en el ala este.

—Revise el mes de abril, yo comprobaré el de mayo —ordenó a su secretaria.

—Todavía no me ha dicho qué estamos buscando —dijo ella.

—Cualquier referencia acerca de un tratado norteamericano.

La señorita Gosset consideró insuficiente la indicación de Beaseley quien, sin perder tiempo, se volvió y escogió una de las voluminosas carpetas, que contenían cientos de viejos y amarillentos documentos oficiales, así como memorándums departamentales. Resignada, la secretaria del bibliotecario tomó la carpeta que correspondía a abril de 1914.

Transcurridas cuatro largas horas, no hallaron mención alguna del tratado.

—Disculpe, señor Beaseley —balbuceó la señorita Gosset, sintiendo los retortijones de su estómago vacío—, pero ¿cuándo vamos a comer?

—¡A comer...! —exclamó mirando su reloj—. Lo siento, no tenía idea de la hora que es —repitió—. Dadas las circunstancias, creo que será mejor que la invite a cenar.

—Gracias, señor Beaseley, no sabe cuánto se lo agradezco.

Cuando se disponían a firmar en el registro de salida, Beaseley se dirigió al conserje.

—Me gustaría echar un vistazo al archivo de secretos oficiales del sótano. Mi credencial me permite la entrada...

—Así es —respondió el conserje, esbozando una leve sonrisa de cortesía—, pero no a la joven, la suya sólo es apta para la biblioteca...

Beaseley apoyó su mano en el hombro de la señorita Gosset y murmuró:

—Sé que estoy abusando de su paciencia... Le prometo que sólo tardaré cinco minutos.

El conserje hizo un gesto a Beaseley de que le siguiera y ambos bajaron por la escalera que conducía al sótano. Tras recorrer un largo pasillo, se detuvieron frente a una gran puerta de acero, que el funcionario abrió con una llave maestra.

—Tendré que encerrarle dentro, señor —dijo el conserje—. En la cámara hay un teléfono. Cuando desee salir, marque en el dial el número cero y le abriré la puerta.

El expediente que contenía documentación relativa a la primavera de 1914 sólo contaba con catorce páginas, que no revelaron nada a Beaseley acerca del tratado. Sin embargo, cuando se disponía a introducirlo de nuevo en el fichero, advirtió algo extraño que le llamó la atención.

En la parte posterior del archivo había un viejo dossier, cuya pestaña doblada sobresalía por encima del resto.

Intrigado, el bibliotecario tiró de él y, al abrirlo, comprobó que contenía lo que parecía un informe, en cuya primera página podía leerse: «Tratado Norteamericano.»

Tras sentarse a la mesa metálica, empezó a leer con avidez.

Diez minutos más tarde, la expresión de su rostro parecía la de alguien que acababa de ver un fantasma. Sus manos temblorosas apenas pudieron descolgar el auricular del teléfono y marcar el número cero en el dial.

Heidi comprobó su tarjeta de embarque y echó un vistazo al monitor de televisión en que aparecía la hora de salida de su vuelo.

—Todavía quedan cuarenta minutos de larga espera.

—Tiempo más que suficiente para tomar una copa —replicó Pitt.

Tomándola por el brazo, condujo a Heidi por el concurrido vestíbulo del aeropuerto Dulles hasta la cafetería, donde la invitó a sentarse a una pequeña mesa situada en un rincón.

—¡Desearía tanto quedarme aquí...! —exclamó Heidi con nostalgia.

—¿Qué te lo impide?

—La armada... Tengo que presentarme en la Estación Naval de Comunicaciones de San Diego mañana al mediodía para recibir mi nuevo destino.

Pitt la miró fijamente.

—Al parecer, nuestro romance es víctima de la geografía...

—Apenas hemos tenido ocasión de disfrutarlo.

—Quizá jamás debió ocurrir... —replicó Pitt.

Heidi le miró y exclamó:

—¡Eso mismo dijo él!

—¿Él...?

—El presidente Wilson en su carta.

—Lo siento, pero no entiendo una sola palabra.

—Olvídalo, no tiene importancia —dijo Heidi.

—Me temo que te implicas demasiado en tus investigaciones, capitana.

—Tienes razón, estaba distraída pensando en... Bueno, ya me entiendes, suele ocurrir cuando investigas algo. Te metes de lleno en un tema, hallas una pista inesperada y la investigación cambia por completo de rumbo.

En aquel momento, la camarera les sirvió las copas que Pitt había ordenado y ambos guardaron silencio hasta que aquélla se retiró.

—¿Estás segura de que no puedes solicitar una prórroga de servicio?

Heidi negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera hacerlo... pero me temo que ya he agotado todas las prórrogas anuales de que disponía.

Hasta dentro de seis meses no puedo volver a pedir otra, aunque... —Heidi se interrumpió por un instante y, de pronto, su rostro se iluminó—. ¿Por qué no vienes conmigo a San Diego? Podríamos pasar un par de días juntos antes de que embarque.

Pitt tomó la mano de Heidi entre las suyas.

—Lo siento, cariño, pero mi agenda no me lo permite. Asuntos laborales reclaman mi presencia en la provincia de Labrador esta misma semana...

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Un mes..., quizá cinco semanas.

—¿Volveremos a vernos algún día...? —preguntó Heidi con melancolía.

—¡No lo dudes! —exclamó Pitt—. Siempre he sido de la opinión de que los buenos encuentros se repiten...

Veinte minutos más tarde, tras tomar una segunda copa, Pitt acompañó a Heidi a la puerta de embarque.

Al escuchar por el altavoz la última llamada a los pasajeros del vuelo a San Diego, Heidi dejó su bolso y su neceser de viaje en una de las sillas de la sala de espera y miró a Pitt con expectación. Éste, tomándola entre sus brazos, la besó apasionadamente.

—¡Acabo de echar a perder mi reputación de mujeriego! —exclamó él sonriendo maliciosamente.

—¡No es posible!

—¡Estoy perdido! Cuando se corra la voz de que he sido visto besando a un marinero...

—¡No seas payaso...! —le reprendió Heidi, mientras rodeaba el cuello de Pitt con sus brazos para atraerle y besarle de nuevo—. ¡Adiós, Dirk Pitt! —se despidió con los ojos obnubilados por las lágrimas reprimidas.

—¡Adiós, Heidi Milligan!

Tras coger el bolso y el neceser, Heidi se encaminó a la rampa de embarque. De pronto, se detuvo como si hubiera recordado algo, giró sobre sus talones y retrocedió. Mientras lo hacía, rebuscó en el interior de su bolso hasta encontrar un sobre que entregó a Pitt.

—¡Lee estos papeles! —le pidió—. En ellos hallarás el motivo de mis cavilaciones. Estoy segura de que se trata de un asunto de suma importancia... Por favor, Dirk, échales un vistazo. Si consideras que estoy equivocada, que mi tesis es absurda, llámame a San Diego...

Antes de que Pitt pudiera responder, Heidi había desaparecido.



Dicen que al morir no hay paraje más idílico donde aguardar la eternidad que el cementerio de un pueblo inglés.

Junto a la parroquia, en las losas de piedra cubiertas de hiedra y musgo, apenas podían leerse los nombres grabados en ellas hacía más de un siglo.

A las afueras de Londres, en el pequeño pueblo de Manuden, una campana tañía en señal de duelo. Aunque el frío era muy intenso, el sol brillaba y hacía un día espléndido.

Agrupadas alrededor de un ataúd cubierto con una bandera militar, unas cincuenta personas escuchaban en silencio el responso fúnebre que pronunciaba el vicario local.

Pero entre los asistentes, una mujer de unos sesenta años de edad, que conservaba parte de su indudable belleza, parecía más interesada por la presencia de un hombre apostado en las escaleras de la parroquia que por las palabras del clérigo.

«Debe de rondar los sesenta», pensó la mujer, advirtiendo que, a pesar de las canas que plateaban su cabello negro, el atractivo y la elegancia que siempre le habían caracterizado seguían presentes en él.

Cuando la ceremonia finalizó y el cortejo fúnebre se dispersó, el hombre caminó lentamente hasta la sepultura y contempló en silencio la lápida, como si al hacerlo, echara un vistazo al pasado a través de una ventana.

—¡Se diría que para ti no pasan los años...! —dijo la mujer, situada detrás de él.

Reconociendo de inmediato aquella voz femenina, él se dio la vuelta, sonrió y la besó en la mejilla.

—¡Estás magnífica, querida! —exclamó—. Más hermosa y seductora que nunca...

—¡Nunca cambiarás...! —replicó ella, mesándole instintivamente su cabello canoso—. ¡Sigues siendo un adulator...!

—¿Cuándo nos vimos por última vez?

—Hace veinte años —contestó ella, con aparente nostalgia—, cuando dejaste el servicio...

—¡Dios mío, parece que hayan pasado siglos!

—¿Tu nombre actual sigue siendo Brian Shaw?

—Así es —asintió y, dirigiendo su mirada hacia la lápida, añadió—: Él insistió en que adoptara una nueva identidad cuando me retiré.

—Sabia decisión —comentó ella—. Por aquel entonces, tenías más enemigos que Atila, rey de los hunos. De hecho, cualquier agente que hubiera logrado asesinarte se hubiera convertido en un héroe soviético.

—Eso pasó hace tanto tiempo... —dijo Shaw, esbozando una sonrisa melancólica—, que dudo mucho que mis viejos enemigos sigan vivos o ni siquiera se acuerden de

mí. ¡Qué le vamos a hacer... soy un nombre del pasado!

En la actualidad, nadie daría un centavo por mi cabeza...

—No te casaste... —dijo ella categóricamente.

Shaw se encogió de hombros y bajó la cabeza.

—Sí, pero duró poco. La asesinaron, ¿recuerdas?

—Bueno, yo... —balbuceó ella, ruborizándose—. Supongo que nunca acepté el hecho de que pudieras tener una esposa.

—¿Y tú?

—Me casé un año después de que tú dejaras el servicio activo. Mi marido trabajaba en el Departamento de Análisis Criptográfico. Su nombre es Graham Huston.

Vivimos en Londres, mejor dicho, sobrevivimos gracias a nuestras modestas pensiones y los beneficios que nos reporta una pequeña tienda de antigüedades.

—Nada que ver con los viejos tiempos...

—¿Sigues viviendo en las Antillas?

—En absoluto. Para mí era un lugar poco saludable, así que decidí volver a casa y comprar una granja en la isla de Wight.

—Me resulta difícil imaginarte en una granja...

—¿Y qué me dices de ti...? ¿Crees que alguien que te conoció en el pasado te hubiera imaginado vendiendo antigüedades?

De pie junto a la lápida, ambos permanecieron en silencio, mirándose.

—Quería a ese anciano —dijo finalmente Shaw—. Confieso que a veces deseé matarle, pero he de admitir que otras hubiera dado lo que fuera por poder abrazarle como a un padre.

—Es cierto, sentía un afecto especial por ti —comentó la mujer—. Cuando te enviaba a una misión, se preocupaba realmente de que estuvieras bien. El resto de los agentes que tenía a su cargo no eran más que meras piezas de ajedrez, pero tú... ¡eras su preferido!

—Nadie le conocía como tú. Un hombre tiene pocos secretos que ocultar a su joven secretaria...

—Después de veinte años a su lado, incluso era capaz de leerle el pensamiento...

—La mujer se interrumpió.

Estaba tan emocionada, que no pudo evitar derramar un par de lágrimas.

Shaw la tomó por el brazo y la acompañó a la puerta del cementerio.

—¿Tienes tiempo de tomar una copa conmigo? —le sugirió.

—Lo siento, pero debo volver a Londres —respondió ella, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—En ese caso, será mejor que nos despedamos. ¡Adiós, señora Huston!

—Brian... —balbuceó sin atreverse a pronunciar su verdadero nombre—. Nunca

me acostumbraré a llamarte Brian Shaw.

—Las dos personas que tú y yo fuimos un día, murieron mucho antes que nuestro jefe —comentó él.

La mujer tendió su mano a Shaw.

—¡Es lamentable que no podamos librarnos del pasado! —Antes de que respondiera, ella sacó un sobre del interior de su bolso y lo introdujo en el bolsillo del abrigo de Shaw, y luego añadió con un hilo de voz—: ¡Adiós, señor Shaw, cuídate...!

La fría tarde de invierno se cernió sobre Londres mientras un taxi se detenía frente a un gran edificio de piedra vista en Hyde Park. Tras bajar del vehículo, Shaw permaneció de pie en la acera por unos segundos, contemplando el edificio gris en que había trabajado durante tantos años.

Las ventanas, así como la fachada, habían adquirido un color grisáceo a causa del polvo y la polución de más de medio siglo de negligencia. A Shaw le pareció extraño que, a diferencia de otros edificios de la ciudad, aquel edificio histórico no hubiera sido restaurado.

Tras subir por las señoriales escaleras de la entrada, se introdujo en el vestíbulo, donde un agente de seguridad comprobó que su nombre figuraba en la agenda de visitas.

—Señor Shaw, le esperan en la décima planta —dijo el agente.

Mientras subía, el ascensor crujía como lo había hecho en el pasado, aunque el ascensorista había sido sustituido por un panel de botones. Shaw detuvo el ascensor en la planta novena y caminó, a través de un largo y desierto pasillo, hasta la puerta del que un día fuera su despacho. Esperando encontrar en él a una secretaria mecanografiando un informe y a alguien sentado a su escritorio, tras abrir la puerta, se quedó perplejo al comprobar que estaba completamente vacío y abandonado.

Con cierta nostalgia, Shaw se encogió de hombros y pensó que el paso del tiempo era inexorable y, aunque las cosas habían cambiado bastante en aquel edificio, por lo menos la imponente escalera seguía estando en el mismo lugar.

Shaw subió a pie hasta la planta décima, donde encontró a una mujer rubia, ataviada con un ajustado vestido de punto, que estaba de pie frente a la puerta del ascensor.

—Si no me equivoco, me están esperando.

Sobresaltada, la mujer giró sobre sus talones y preguntó:

—¿Señor Shaw...?

—Así es. Disculpe el retraso, pero este edificio me trae viejos recuerdos y he decidido dar un paseo antes de subir hasta aquí.

La joven le miró con cierta curiosidad.

—El general le espera. Sígame.

Ella golpeó la puerta que tan familiar resultaba para Shaw y a continuación la

abrió.

—El señor Shaw, señor.

Salvo por el escritorio y el rostro del general, el despacho estaba intacto, seguía tal y como lo recordaba.

Por un momento, Shaw se preguntó si había viajado en el tiempo y se encontraba en su viejo hogar.

—Adelante, señor Shaw.

El general de brigada Morris V. Simms le saludó tendiéndole la mano. Sus ojos azules le conferían una mirada franca y amigable, pero Shaw, experto conocedor de la psicología humana, intuyó de inmediato que el militar le observaba con recelo.

—Por favor, tome asiento —dijo Simms.

Shaw se sentó en una incómoda silla. De inmediato, pensó que quizá se trataba de una estratagema poco original utilizada por el general para incomodar a sus subordinados —sin duda su antiguo jefe la habría considerado propia de un aficionado—. Vio que la mesa del militar estaba desordenada y llena de polvo y, en aquel instante, comprendió que se trataba de una farsa. La ausencia de un ascensorista y de agentes de seguridad custodiando las escaleras le pareció sorprendente, pero el hecho de que su despacho estuviera totalmente vacío resultaba inaudito.

Era, pues, evidente que la antigua sede del Servicio Secreto de Inteligencia británico al que había pertenecido había sido trasladada. Todo aquello no era más que una pantomima dispuesta para recibirlo.

El general Simms se recostó contra el respaldo de su silla y miró a Shaw. El rostro del militar era totalmente inexpresivo, y tan inescrutable como un Buda tallado en piedra de jade.

—Supongo que es su primera visita a la vieja guarida desde que se retiró del servicio activo.

Shaw asintió con la cabeza. Le resultaba extraño estar sentado en aquel despacho, frente a un general tan joven.

—Debe de resultarle familiar, ¿no es cierto? —inquirió el militar.

—Así es, aunque ha habido algunos cambios...

Simms frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Se refiere al personal?

—Bueno, el tiempo nubla la memoria —replicó Shaw filosóficamente.

—Sin duda ha de preguntarse por qué le he hecho venir.

—A decir verdad, el hecho de que, durante un funeral, introdujeran en el bolsillo de mi abrigo una invitación me pareció poco habitual y bastante teatral por su parte —replicó Shaw—. Creo que una simple carta o una llamada telefónica hubiera sido más normal e igualmente efectiva.

Simms esbozó una sonrisa forzada.

—Tengo mis razones... Razones de peso, por supuesto.

Shaw procuró mantenerse distante. Desde el primer momento había sentido cierta antipatía por Simms y, además, sospechaba que la razón por la que le había citado estaba relacionada con un asunto de carácter civil.

—Supongo que no me ha llamado para mantener una simple reunión informativa conmigo.

—En efecto —dijo Simms, abriendo un cajón del escritorio para apoyar en él uno de sus pies—. En realidad, me gustaría proponerle que volviera al servicio activo.

Shaw se quedó perplejo y se preguntó qué diablos estaba ocurriendo. Luego repuso:

—No puedo creer que el Servicio Secreto esté tan ocupado como para tener que recurrir a décrepitos y viejos agentes...

—Es demasiado crítico con usted mismo, señor Shaw. Creo que no es exagerado afirmar que usted era el mejor agente secreto del país. De hecho, se convirtió en una leyenda.

—Vamos, Simms, los dos sabemos que eso no fue más que un lastre de mi pasado que, por otro lado, me obligó a retirarme del servicio activo.

—Está bien, pero en cualquier caso, tengo una misión que proponerle. Verá, Shaw, este asunto requiere la intervención de un hombre maduro, con mente analítica y sobrada experiencia. Se trata de una investigación para la que sólo se precisa de una buena dosis de intuición.

A pesar de sus escrúpulos con respecto a su edad, no tengo la menor duda de que sólo un hombre de su talento será capaz de llevarla a cabo con éxito.

Shaw seguía sin dar crédito a sus oídos.

—¿Por qué yo? Sin duda debe de haber otros agentes mejor cualificados. Además, ¿ha pensado en los rusos...?

En cuanto me reincorpore al servicio activo, el KGB no tardará en dar conmigo...

—Nos encontramos en la era de los cerebros electrónicos, señor Shaw. Los jefes de sección del Servicio de Inteligencia ya no necesitan sentarse en sus viejos despachos y pensar a cuál de sus agentes deben asignar las distintas misiones. Todos los datos son introducidos en complejos ordenadores, en enormes bases de datos que nos informan al instante de qué hombre es el adecuado para cada misión. Al parecer, ninguno de los efectivos con que contamos en la actualidad satisfizo a nuestra máquina. Así que introdujimos en la memoria la lista de agentes retirados del servicio activo y, al cabo de unos minutos, su nombre encabezó la lista de candidatos. En cuanto a nuestros amigos los rusos, le aseguro que no tiene de qué preocuparse. Operará al margen de ellos, no tendrá que negociar.

—¿Le importaría aclararme por qué demonios creen que soy su hombre? —inquirió Shaw, con creciente excitación.

—Porque se trata de seguir los pasos a alguien.

—Si los rusos están al margen de este asunto, ¿quién está detrás de todo esto?

—Los americanos —respondió Simms con frialdad.

Atónito, Shaw permaneció en silencio. Se resistía a creer que aquello estuviera sucediendo realmente.

—Lo siento, general, pero creo que sus «robots» han cometido un error. Jamás he ocultado mi opinión acerca de los americanos. Convendrá conmigo en que sus maneras no tienen nada que ver con las británicas, aunque no por ello debemos deducir que son unos bárbaros. Durante mis años de servicio, hice buenos amigos entre ellos. He colaborado estrechamente con agentes de la CIA. ASÍ pues, me niego rotundamente a espiarles.

Será mejor que busque a otro para esta misión, Simms.

El rostro de Simms enrojeció de pronto y exclamó:

—¡Me temo que se está extralimitando! No le estoy pidiendo que robe información secreta de los archivos yanquis. Sólo le pido que los controle durante algunas semanas. No pretendo ser melodramático, pero el asunto que nos ocupa podría poner en peligro el gobierno de su majestad.

—Lo siento —se disculpó Shaw—. Por favor, prosiga.

—Gracias —replicó Simms con tono altivo—. Iré al grano. Se trata de una investigación rutinaria en torno a un tratado norteamericano. Según parece los americanos han desenterrado sus viejos archivos... En definitiva, su labor consistirá en descubrir qué saben respecto al dichoso tratado y qué pretenden hacer con él.

—Sus palabras resultan bastante vagas. ¿Cuál es el contenido exacto de ese tratado?

—Por el momento, será mejor que se mantenga al margen del tema de las negociaciones abordadas en él.

—Lo comprendo.

—No, no lo comprende, pero eso no viene al caso.

¿Qué responde, señor Shaw? ¿Está dispuesto a aceptar la misión?

Por un instante, Shaw se mostró indeciso. Sus reflejos no eran los de antes; su fortaleza mucho menor.

Aunque todavía era capaz de acertar a una perdiz a cincuenta metros de distancia, hacía más de veinte años que no disparaba un revólver. Shaw era consciente de que había envejecido, algo que, por otra parte, jamás había tratado de ocultar.

—¿Qué haré con mi granja...? —preguntó de pronto.

—Será dirigida por un profesor de agronomía durante su ausencia —respondió Simms, esbozando una sonrisa—. Si accede a mi petición, no tardará en descubrir que somos mucho más generosos que en el pasado. Puedo asegurarle que, cuando finalice su misión, las treinta hectáreas que rodean su granja serán adquiridas a su

nombre... Cortesía del servicio.

No había duda de que los tiempos habían cambiado, pero no la eficiencia de la sección. Shaw no había imaginado que durante todos aquellos años había estado bajo vigilancia. Era evidente que estaba envejeciendo.

—En estos términos, me resulta casi imposible rechazar su propuesta, general.

—En tal caso, acepte.

«¿Por qué no...?», se preguntó Shaw.

—Está bien, acepto.

Simms golpeó la mesa con sus nudillos y exclamó:

—¡Gracias a Dios! —A continuación, abrió uno de los cajones del escritorio y entregó a Shaw un sobre—. Aquí tiene los billetes de avión, los cheques de viaje y varias reservas de hotel. Viajará con su identidad actual, por supuesto. ¿Tiene el pasaporte en regla?

—Sí —respondió Shaw—, pero necesitaré unos días para solucionar ciertos asuntos personales.

—Lo siento, pero lamento comunicarle que su avión sale dentro de cuarenta y ocho horas. No se preocupe, déjelo en nuestras manos. ¡Buena caza!

Shaw miró fijamente al general y dijo:

—Al parecer, estaba seguro de que aceptaría.

Simms esbozó una leve sonrisa de satisfacción y comentó:

—Aposté por un viejo caballo que ansiaba ganar otra carrera... Eso es todo.

Shaw supuso que debía sonreír ante la ocurrencia del general y, tras hacerlo, preguntó:

—Entiendo, pero ¿por qué diablos ha montado esta representación?

Simms guardó silencio, mirándole fijamente mientras Shaw seguía hablando.

—Esta mascarada es absurda. Hace años que la organización abandonó el edificio. La verdad, general, podríamos haber hablado en cualquier parque de la ciudad.

—Quizá hayamos exagerado un poco, es cierto, pero no debemos olvidar que los americanos tienen la singular habilidad de descubrir lo que se cuece en los círculos de la Inteligencia británica. Además, comprenderá que debía comprobar si usted seguía en forma.

—Bien, general, ¿he superado su examen? —inquirió Shaw.

—Por supuesto —respondió Simms que, tras levantarse, le tendió la mano—. Lamento sinceramente haber alterado su agenda, señor Shaw, pero no estaba dispuesto a confiar en un novato. Le aseguro que en este asunto soy como un ciego en medio de un desierto. Le necesito. Usted es mi única esperanza.

Diez minutos más tarde, el general Simms y su secretaria bajaban en el ascensor. Mientras ella se abrochaba la gabardina, Simms estaba sumido en sus pensamientos.

—Un hombre extraño —dijo ella, rompiendo el silencio.

—Lo siento, ¿decía...?

—Estaba pensando en el señor Shaw. Se mueve como un gato. Cuando apareció detrás de mí, me dio un susto de muerte.

—¿Subió por las escaleras? —preguntó Simms.

—Subió desde la novena planta, donde el indicador del ascensor se detuvo.

—Suponía que lo haría —señaló Simms—. Me satisface comprobar que conserva intacta su astucia.

—Parece un tipo amable.

—Le aseguro que ese tipo tan amable ha eliminado a más de veinte hombres.

—Jamás lo hubiera sospechado —dijo ella, sorprendida.

—Esperemos que no seas la única a la que engañe —comentó Simms, mientras la puerta del ascensor se abría—. No tiene ni la más remota idea de la pesada carga que lleva sobre sus espaldas.



Un oficial vestido con el uniforme de la armada se acercó a Brian Shaw mientras éste cruzaba la aduana del aeropuerto.

—¿Señor Shaw?

—Sí, soy yo.

—Teniente Burton-Angus, de la embajada británica.

Lamento haberle hecho esperar, pero el tráfico estaba imposible. Bienvenido a Washington.

Mientras estrechaba su mano, Shaw observó el uniforme con un gesto de desaprobación.

—¿No cree que deberíamos actuar con mayor discreción? —preguntó.

—En absoluto —respondió Burton-Angus, sonriendo—. Si me hubiera presentado en el aeropuerto vestido de paisano, alguien podría haber pensado que trataba de ocultar algo. Es mejor no alterar la rutina diaria.

—¿Es necesario que recoja mi equipaje?

—Bueno, en realidad, su estancia en la capital será muy breve.

—¿A qué hora sale mi avión y cuál es mi próximo destino? —preguntó Shaw.

—Dentro de cincuenta minutos tomará un avión hacia Los Ángeles. Aquí tiene el billete y la tarjeta de embarque.

—¿Podríamos discutir el asunto?

—Por supuesto —respondió Burton-Angus, tomando a Shaw por el brazo—, pero sugiero que lo hagamos en el vestíbulo, rodeados de gente. De esta forma, pasaremos inadvertidos a cualquier posible observador.

Shaw asintió con la cabeza.

—¿Hace mucho tiempo que está en activo?

—El general Simms me reclutó hace seis años —respondió el teniente, mientras pasaban por delante de las diversas tiendas del aeropuerto—. Supongo que sabrá que estamos juntos en este asunto.

—He leído el informe. Usted es el tipo que descubrió el primer indicio del tratado.

—Sí, a través del historiador del Senado.

—¿Jack Murphy?

Burton-Angus asintió con la cabeza.

—¿Podría obtener más información al respecto? —preguntó Shaw.

—El general Simms opina que es mejor no presionarle. Así que le he dicho a Murphy que Londres no tenía documentación alguna del tratado.

—¿Se lo tragó?

—Bueno, en realidad no tenía motivo para dudar de mi palabra.

—Así pues, dejaremos a Murphy al margen y encaminaremos nuestra investigación hacia otros derroteros —comentó Shaw.

—Ésa es la razón por la que debe viajar a Los Ángeles. Murphy descubrió lo del tratado cuando una oficial de la armada le pidió que investigara el asunto en los archivos del Senado. El historiador halló una vieja fotografía y le entregó una copia. Uno de nuestros hombres se personó en la oficina de Murphy hace unos días y comprobó el registro de peticiones. La única oficial que figuraba en él era la capitana Heidi Milligan.

—¿Tenemos alguna posibilidad de dar con ella?

—La capitana Milligan es oficial de comunicaciones a bordo de un navío de transporte anfibia con rumbo al océano Índico. Zarpó de San Diego hace dos horas.

—Con Milligan fuera de nuestro alcance, ¿qué demonios tenemos que investigar? —inquirió Shaw, deteniéndose de pronto.

—Afortunadamente el buque *Arvada* permanecerá anclado en el puerto de Los Ángeles durante tres días. Al parecer, deben realizar algunas modificaciones en el sistema automático de navegación.

Mientras caminaban, Shaw miró de reojo al teniente, sorprendido por su eficiencia.

—Veo que está muy bien informado.

—Es mi deber —replicó Burton-Angus orgulloso—.

Los americanos tienen pocos secretos para los británicos.

—Reconforta saberlo.

Burton-Angus aceleró el paso.

—Debemos dirigirnos a la puerta de embarque número veintidós. Su avión no tardará en despegar.

—Dado que ha habido cambio de planes, me gustaría conocer las nuevas instrucciones.

—Creo que son obvias —replicó Burton-Angus—.

Cuenta exactamente con setenta y ocho horas para averiguar qué sabe la capitana Milligan del tratado.

—Necesitaré ayuda.

—Cuando esté instalado en el hotel, el señor Graham Humberly, un respetable representante de la Rolls-Royce, se pondrá en contacto con usted. El se encargará de concertarle una entrevista con la oficial Milligan.

—¿Habla en serio? ¿Quién es ese tipo? —preguntó Shaw, con acritud.

—Para su información —replicó Burton-Angus, al advertir la expresión escéptica del rostro de Shaw—, Humberly es un reputado ciudadano británico que posee muchos contactos, especialmente en la armada de Estados Unidos.

—Y, por supuesto, él y yo entraremos en un navío de la armada americana

ondeando la bandera del Reino Unido, silbando *Britania rules the waves* y exigiendo interrogar a uno de sus oficiales —ironizó Shaw.

—Si hay alguien que pueda conseguirlo, es Graham Humberly —dijo el teniente. Shaw aspiró el humo de su cigarrillo y le miró fijamente.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—En mi opinión, señor Shaw, usted fue uno de los mejores agentes. Además, ha tratado con los americanos en infinidad de ocasiones. Humberly le presentará como un hombre de negocios británico, un viejo amigo de la armada real. Es evidente que, por su edad, nadie dudará de que pueda ser cierto.

—Parece lógico —convino Shaw.

—El general Simms no espera milagros, sin embargo, no podemos fracasar en esta misión. Lo peor que debemos esperar de Milligan es que sea un hueso duro de roer.

—Se lo preguntaré una vez más, ¿por qué yo? —insistió Shaw.

Burton-Angus se detuvo y echó un vistazo al panel de salidas.

—Su avión está a punto de despegar. Aquí tiene sus billetes. No se preocupe del equipaje, nos ocuparemos de él.

—Así lo espero.

—Bueno, espero que tenga éxito con la capitana Milligan, lo que sin duda, teniendo en cuenta su reputación con las mujeres, no le resultará difícil. El general Simms está convencido de que así será. Además, no debemos olvidar el hecho de que Milligan mantuvo un idilio con un almirante que le doblaba la edad, lo que también juega a su favor.

Shaw fulminó a Burton-Angus con la mirada e ironizó:

—No se preocupe, contrariamente a lo que la mayoría opina, eso es algo que se aprende con el paso del tiempo.

—Disculpe, no pretendía molestarle.

—Hace seis años que está en el servicio, ¿no es cierto?

—Seis años y cuatro meses, para ser exactos —puntualizó el teniente.

—¿Le prepararon para detectar la presencia de alguien que le siguiera los pasos?

Perplejo, Burton-Angus arqueó las cejas y respondió:

—Por supuesto, ¿por qué lo pregunta?

—Porque me temo que no aprendió bien la lección —contestó Shaw, y a continuación ladeó la cabeza con disimulo y agregó—: ¿Ve aquel hombre que lleva un maletín metálico y está mirando la hora en su reloj? Pues bien, nos ha estado siguiendo desde que cruzamos la aduana, así como la azafata vestida con el uniforme de la Pan American que se encuentra detrás de él. La oficina de la compañía aérea para la que se supone que trabaja se encuentra en el otro vestíbulo, así que no hay duda de que operan juntos. Además, estoy seguro de que, aunque todavía no le he

descubierto, hay un tercer hombre.

El rostro del teniente Burton-Angus empalideció.

—¡No es posible! —murmuró.

Shaw se volvió y mostró la tarjeta a la azafata que se encontraba junto a la puerta de embarque. A continuación, miró al teniente e ironizó:

—Me temo que los británicos también tienen pocos secretos para los norteamericanos.

Shaw se alejó lentamente por el pasillo que conducía al avión, dejando a Burton-Angus sumido en un mar de dudas e inquietudes.

Sentado en su asiento, Shaw se sintió inesperadamente animado y pidió a la azafata que le sirviera una copa de champán. Segundos más tarde, descorchó un botellín de champán californiano, que se sirvió en un vaso de plástico. De hecho, hubiera preferido saborear un exquisito Tattinger reserva brut vintage. «Burbujas californianas y vasos de plástico —pensó enojado—. Estos americanos nunca serán gente civilizada...»

Tras apurar la última gota, cerró los ojos y pensó que la CIA había seguido sus pasos desde el mismo instante en que salió de Inglaterra, tal y como el general Simms había supuesto.

No obstante, no estaba preocupado. Había pasado por aquella situación en innumerables ocasiones, lo que de alguna manera hizo que se sintiera seguro de sí mismo. A pesar de los años, su aguda percepción no le había abandonado. Una vez más, estaba practicando su juego preferido...

La inhóspita gasolinera estaba situada en la zona industrial de las afueras de Ottawa. Inaugurada poco después de la Segunda Guerra Mundial, su estructura metálica cuadrangular albergaba tres surtidores de gasolina oxidados por el paso del tiempo. En el interior de la oficina, las latas de aceite se amontonaban en las estanterías polvorientas, mientras que en el exterior de la misma, un destartado letrero de neón anunciaba la venta de neumáticos usados.

Henri Villon condujo su Mercedes-Benz por el carril de acceso a la gasolinera y lo estacionó frente a uno de los surtidores. Al escuchar el zumbido del motor, un empleado, vestido con un grasiento mono, salió de debajo de un coche que estaba reparando y se acercó al surtidor.

—¿Qué será? —preguntó al tiempo que limpiaba la grasa de sus manos con un mugriento trapo.

—Llene el depósito, por favor —respondió Villon.

El empleado miró de reojo a un hombre y a una mujer, sentados en el banco de una parada de autobús cercana, y luego susurró para que no pudieran oírle:

—Veinte litros es el límite impuesto por el gobierno debido a la escasez de petróleo. Ya sabe...

Villon asintió con la cabeza y guardó silencio mientras el empleado dispensaba la gasolina. Cuando terminó, rodeó el coche e hizo una señal a Villon de que abriera el capó.

—Sería conveniente que revisara la correa del ventilador. Parece bastante gastada.

Villon bajó del automóvil, se acercó al empleado y, simulando echar un vistazo al motor, murmuró:

—¿Tienes la más remota idea del lío que has organizado a causa de tu estúpida inoperancia?

Sin levantar la vista del motor, Foss Gly respondió:

—Lo hecho, hecho está. En el último momento la tormenta de nieve obstaculizó nuestra visibilidad y el primer misil no impactó en el objetivo. Así de simple...

—¡Y una mierda...! —profirió Villon, controlando en todo momento el tono de su voz—. Casi cincuenta personas han muerto innecesariamente. Si la inspección de seguridad aérea descubre la verdadera causa del siniestro, el Parlamento en pleno solicitará que se investiguen todas las organizaciones del país, incluidos los Boy Scouts. Cuando la prensa se entere de que veinte de sus mejores periodistas políticos han muerto en el accidente, no dejará títere con cabeza. Pero lo peor de todo es que todas las acusaciones recaerán en la Sociedad Libre de Quebec.

—Nadie acusará a la SLQ —afirmó Gly con su habitual frialdad.

—¡Maldita sea! —balbuceó Villon fuera de sus casillas—. ¡Si por lo menos

Sarveaux hubiera muerto... habríamos aprovechado el desconcierto del gobierno para que Quebec diera un paso de gigante...!

—A tus amigos del Kremlin sin duda les habría gustado la maniobra...

—Dudo mucho que pueda seguir contando con su apoyo si sufrimos otro contratiempo de semejante magnitud —le interrumpió Villon.

Mientras Gly comprobaba el nivel de aceite del motor, preguntó irónicamente:

—¿Para qué preocuparse por esos rojos de mierda?

Una vez han echado el anzuelo, jamás dejan escapar su presa.

—Me trae sin cuidado tu opinión al respecto, pero para tu información, la única posibilidad de que Quebec logre la independencia es contando con un gobierno comunista.

Gly resopló con indiferencia y siguió fingiendo que estaba revisando el motor.

—¿Qué diablos quieres de mí? —preguntó, indignado.

—Lo mejor que podéis hacer tú y tu equipo de especialistas, como sueles llamarles, es seguir encubriendo vuestra identidad. No sois franceses, así que nadie sospechará de vosotros.

—¿Insinúas que sigamos escondidos como ratas hasta que nos atrapen?

—Olvidas que estás hablando con el ministro de Interior. Todos los asuntos de Seguridad Nacional pasan por mi despacho. Cualquier sospecha que recaiga sobre ti y tus muchachos será sutilmente obviada.

—Sigo pensando que me sentiría mucho más seguro si abandonara el país.

—Sobreestimas los hechos, señor Gly. En estos momentos el gobierno se tambalea y las protestas procedentes de distintas partes del país son cada vez más frecuentes. La única cuestión pendiente es saber cuánto tiempo tardará Canadá en saltar por los aires. Tanto yo como Charles Sarveaux lo sabemos, así como esos malditos ingleses que se dedican a soltar discursos retóricos junto al Támesis. Así es, amigo mío, muy pronto el Canadá que todo el mundo conoce desaparecerá. Créeme, cuando llegue ese momento, el caos será incontenible y tú podrás aprovechar la ocasión para abandonar el país.

—Me quedaré sin trabajo...

—Sólo temporalmente —ironizó Villon—. Mientras haya gobiernos, corporaciones financieras e individuos poderosos capaces de contratar a mercenarios como tú, señor Gly, los de tu calaña jamás se verán obligados a trabajar en una gasolinera durante mucho tiempo.

Gly ladeó la cabeza y fulminó a Villon con la mirada. A continuación, cambiando el tema de la conversación, preguntó:

—¿Cómo puedo contactar contigo si surge algún problema?

Villon tomó a Gly por el antebrazo y susurró, mirándole a la cara:

—Hay dos cosas que nunca debes olvidar: primera, no habrá más problemas;

segunda, bajo ninguna circunstancia debes ponerte en contacto conmigo. No puedo correr el riesgo de que relacionen mi nombre con la SLQ.

Al sentir la fuerte presión de la mano de Villon en su brazo, Gly cerró los ojos, pero luego tomó aliento y empujó ligeramente al ministro hacia atrás. Ambos guardaron silencio hasta que Villon, esbozando una sonrisa, comentó:

—Te felicito, veo que estás en plena forma.

Gly se frotó el antebrazo y replicó:

—Hacer pesas es una buena manera de pasar el tiempo cuando no se tiene nada mejor que hacer.

—Si no fuera por tu repulsiva nariz, mucha gente nos tomaría por hermanos —dijo Villon, subiendo en su flamante Mercedes.

—¡Métase en sus asuntos, Villon! —exclamó Gly, con tono de voz beligerante, y a continuación añadió—: Son dieciocho con sesenta, señor.

—Cárguelo en su cuenta —señaló Villon, pisando el acelerador.

Villon untó con mantequilla una tostada y, mientras desayunaba, leyó el titular del periódico matinal: «NO HAY PISTAS DEL ATENTADO TERRORISTA CONTRA EL AVIÓN DEL PRIMER MINISTRO.»

Foss Gly había sabido cubrirse las espaldas. Villon estaba al corriente de la investigación oficial del atentado y sabía que, con el paso del tiempo, el interés por el asunto remitiría. No obstante, en espera de que se descubriera alguna prueba definitiva, había utilizado su influencia para eliminar cualquier indicio que relacionara a los supuestos terroristas con la SLQ. Hasta el momento, su plan seguía según lo previsto, sin mayores complicaciones.

Sin embargo, la euforia de Villon se desvaneció cuando, por un momento, su mente se centró en Gly.

Aquel hombre no era más que un salvaje mercenario al servicio del mejor postor. Sabía que no podía confiar en él, no había garantía alguna que le asegurara que un perro de presa como Gly no se lanzaría contra él si se veía atrapado.

En aquel momento, la esposa de Villon irrumpió en el comedor. Era una mujer hermosa, de cabello oscuro y ojos azules.

—Tienes una llamada telefónica en el estudio —le comunicó.

El ministro se levantó de la silla y se dirigió al estudio. Tras cerrar la puerta, descolgó el auricular del teléfono.

—Soy Villon.

—Buenos días, señor. Soy el comisario McComb —respondió una voz grave—. Espero no interrumpir su desayuno.

—En absoluto —mintió Villon—. ¿Es usted el oficial encargado de los archivos de la Policía Montada?

—Así es, señor —respondió McComb—. El informe que solicitó acerca de Max Roubaix está sobre mi mesa.

¿Quiere que envíe una copia a su oficina?

—No será necesario —contestó Villon—. ¿Le importaría darme los datos más importantes por teléfono?

—Bueno, la verdad es que no se trata de un informe breve...

—Estoy seguro de que será cuestión de cinco minutos —comentó Villon, sonriendo para sí. Por el tono de voz de su interlocutor, imaginó cuál sería su estado de ánimo. No había duda de que se sentía molesto por haber tenido que abandonar a su familia un sábado por la mañana y acudir al departamento de archivos para satisfacer sus órdenes.

—Los documentos que contiene el informe tienen más de cien años y están escritos a mano. La caligrafía es casi ilegible, pero haré lo posible por descifrarla —



se disculpó McComb—. Veamos, los primeros datos de la vida de Roubaix son muy vagos. No figura su fecha de nacimiento. Sin embargo, como huérfano, hay un listado de las familias que lo acogieron durante su infancia. El primer dato oficial que aparece es su detención a la edad de doce años por matar pollos.

—¿Ha dicho pollos? —inquirió Villon, sorprendido.

—Así es, señor. Al parecer, los decapitaba con alambres. Según consta, trabajó para el granjero que perdió los pollos como castigo. Después se trasladó a un pueblo cercano, donde se especializó en caballos. El muy granuja decapitó la mitad de un establo antes de ser arrestado de nuevo.

—Vaya, sin duda se trataba de un psicópata juvenil con sangre fría —dijo Villon irónicamente.

—Bueno, en realidad, por aquel entonces la gente del pueblo desconocía el significado de la palabra «psicópata», así que lo consideraban poco menos que idiota —puntualizó McComb—. Jamás hubieran imaginado que aquel muchacho, que disfrutaba sacrificando animales, terminaría convertido en un sangriento asesino.

Roubaix fue condenado a dos años de prisión por la muerte de los caballos, pero debido a su edad, tenía catorce años, le concedieron la posibilidad de vivir con el sheriff del pueblo y trabajar de jardinero. Al poco tiempo, la gente de los alrededores empezó a descubrir cuerpos de vagabundos y borrachos que habían sido estrangulados.

—¿Dónde ocurrieron estos hechos?

—En un radio de ochenta kilómetros alrededor de la actual ciudad de Moose Jaw, Alberta.

—¿Roubaix fue arrestado como principal sospechoso? —preguntó Villon.

—Bueno, en el siglo pasado la policía no era tan eficiente como lo es ahora —respondió McComb—. Cuando le imputaron la realización de los crímenes, Roubaix ya había huido a los bosques del norte, de los que no regresó hasta la rebelión de Riel en mil ochocientos ochenta y cinco.

—Sí, la revuelta que llevaron a cabo los descendientes de comerciantes franceses e indios —dijo Villon, recordando la historia.

—Les llamaban *métis*. Louis Riel era el líder de su causa. Roubaix se unió a las fuerzas de Riel y no tardó en pasar a la historia de Canadá como nuestro más cruel asesino.

—¿Cuánto tiempo estuvo en las montañas? ¿Qué ocurrió después?

—Seis años —respondió McComb—, pero no hay ningún dato registrado en el archivo correspondiente a esa época, salvo algunos asesinatos sin resolver atribuidos a él por las características de los mismos.

—¿Qué tenían en común?

—Al parecer, todas las víctimas fueron estranguladas.

La habilidad de Roubaix con el cuchillo estaba contrastada. Sin embargo, nadie parecía escandalizarse por sus asesinatos. En aquella época, la gente se regía por otros códigos morales, por lo que Roubaix dejó de ser un criminal para convertirse en algo parecido a un benefactor, puesto que sólo eliminaba a indeseables enemigos de la comunidad.

—Creo recordar que su fama aumentó cuando, durante la rebelión de Riel, asesinó a varios miembros de la Policía Montada.

—Trece, para ser exactos.

—Roubaix debió de ser un hombre muy fuerte...

—En absoluto —replicó McComb—. En realidad, todas las descripciones de él coinciden en afirmar que se trataba de un tipo delgado y débil. El forense que lo examinó momentos antes de su ejecución, testificó que padecía de tisis, lo que en la actualidad conocemos como tuberculosis.

—¿Cómo podía un hombre de semejante complexión asesinar a otros hombres muchos más fuertes que él?

—preguntó Villon, con expectación.

—Muy sencillo, Roubaix usaba algo parecido a un garrote para ejecutar a sus víctimas. Él mismo lo había construido incorporando una finísima tira de cuero, tan incisiva como el filo de una navaja. Se trataba sin duda de una singular y repulsiva arma capaz de seccionar la garganta de sus víctimas, a las que solía sorprender mientras dormían. Señor Villon, todo el mundo sabe que usted es un hombre fuerte y musculoso, pero le aseguro que incluso su delicada esposa podría acabar con usted si dispusiera del garrote de Roubaix.

—Habla del maldito garrote como si todavía existiera.

—En efecto —respondió McComb—. Lo tenemos expuesto en la sección criminal del museo de la Policía Montada. Si le interesa, cuando desee, pueda venir a echarle un vistazo. Como cualquier otro asesino múltiple, Roubaix trataba con extremado celo su «instrumental de trabajo». La empuñadura de madera es una obra de artesanía, tiene grabadas dos cabezas de lobo.

—Quizá visite su museo cuando mi agenda me lo permita —se excusó Villon, con apatía. Por un momento, permaneció en silencio, tratando de comprender el sentido exacto de las instrucciones que Sarveaux había dado a Danielle en el hospital. Las palabras del primer ministro carecían de sentido, parecían más bien un mensaje en clave. De pronto, Villon preguntó—: Si tuviera que describir el caso de Roubaix, ¿cómo lo sintetizaría en una sola frase?

—Lo siento, pero no comprendo a qué se refiere.

—En otras palabras, ¿qué era Max Roubaix?

Como si tratara de hallar la respuesta, al cabo de unos segundos, McComb dijo:

—Supongo que podríamos decir que era un maníaco homicida, un sádico que

disfrutaba estrangulando a sus víctimas.

—Está bien, comisario, gracias por la información.

—Si hay algo más que yo pueda...

—No, no, le aseguro que su colaboración me ha sido muy útil —le interrumpió.

Después de colgar el auricular del teléfono, Villon cerró los ojos tratando de imaginar la expresión de impotencia en el rostro de las víctimas de Roubaix, mientras éste aumentaba la presión del garrote en sus gargantas.

De repente, las delirantes palabras de Sarveaux cobraron un borroso sentido en su mente.

Tumbado en la cama del hospital, Sarveaux asintió con la cabeza mientras el primer ministro en funciones, Malcom Hunt, le saludó esbozando una sonrisa.

—Me alegro de que hayas venido, Malcom. Soy consciente de la dura batalla que en estos momentos debes de estar librando en la Cámara de los Comunes.

Hunt le tendió la mano, pero de inmediato la retiró al advertir los brazos vendados del primer ministro.

—Coge una silla y siéntate —dijo Sarveaux y luego agregó—: Si te apetece, puedes fumar.

—Mi pipa hará que pierda los votos del colectivo médico en las próximas elecciones —comentó Hunt, sonriendo—. Así que será mejor que me reprima...

Sarveaux miró a Hunt y abordó directamente la cuestión:

—He hablado con el director de seguridad aérea y me ha confirmado que la tragedia de la bahía de James no fue un accidente.

La expresión de Hunt cambió de repente.

—¿Cómo puede saberlo con certeza?

—Una pieza del motor fue hallada a medio kilómetro de la carretera próxima al aeropuerto —explicó Sarveaux—.

El análisis de los fragmentos del fuselaje demuestra que se produjo el impacto de un misil Argo tierra-aire de los usados por el ejército. Un inventario exhaustivo del arsenal de Val Jarvey ha puesto de manifiesto que dos misiles de estas características, así como varias cabezas nucleares, fueron sustraídos.

—¡Dios mío! —exclamó Hunt, perplejo—. Eso significa que los pasajeros que viajaban en tu avión fueron asesinados.

—Así es, todos los hechos apuntan hacia esa dirección.

—¡La Sociedad Libre de Quebec! —gritó Hunt, fuera de sus casillas—. Me resulta difícil creer que no fueran ellos.

—Estoy de acuerdo contigo, pero jamás podremos demostrar su culpabilidad.

—¿Por qué no? —preguntó Hunt, y antes de que Sarveaux respondiera añadió—: O la SLQ vive al margen de la realidad o están completamente locos al pensar que pueden salirse con la suya. La policía nunca permitirá que los terroristas que están detrás de un crimen de semejante magnitud escapen impunemente. Como movimiento radical, sus días están contados.

—No te precipites, viejo amigo. El atentado que he sufrido no tiene nada que ver con las actividades que han llevado a cabo durante los últimos cuarenta años, secuestros, explosiones... La mayoría fueron perpetrados por aficionados que militaban en la SLQ y que acabaron siendo condenados a prisión. Sin embargo, la matanza de la bahía de James fue sin duda concebida y dirigida por auténticos

profesionales. De lo contrario, la SLQ se habría atribuido la autoría del atentado. La hipótesis del comisario jefe de la Policía Montada es que los terroristas fueron contratados fuera del país.

Hunt miró a Sarveaux con los ojos desorbitados. Sin duda no esperaba aquella declaración.

—Los terroristas de la SLQ podrían abocar al país a una guerra civil.

—Eso es imposible —dijo Sarveaux, seguro de sí mismo—. Jamás lo permitiré.

—¿Has olvidado que en el pasado amenazaste con movilizar el ejército para detener a los separatistas?

—Sólo fue un farol. Eres la única persona que lo sabe.

Jamás he tenido la intención de ocupar militarmente Quebec. La represión armada de los independentistas no resolvería la situación.

Hunt metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y dijo:

—Creo que encenderé mi pipa.

—Adelante.

Los dos hombres permanecieron en silencio mientras el primer ministro en funciones llenaba de tabaco la chimenea de su pipa y la encendía.

—Así pues, ¿cuál es la situación actual del país? —inquirió Hunt.

—El Canadá que conocemos se desintegrará si no hacemos algo para impedirlo —respondió Sarveaux con tristeza—. En realidad, la plena independencia de Quebec parece inevitable. La política autonómica no ha supuesto más que una medida transitoria. En la actualidad, Alberta, Ontario y la Columbia Británica reclaman para sí las mismas condiciones de autogobierno concedidas a Quebec.

—Tú luchaste por mantenernos unidos, Charles.

Nadie puede ponerlo en duda.

—Fue un error —se lamentó Sarveaux—. Tú y yo, el partido, la nación, jamás debimos negar la evidencia.

Debimos haberlo previsto desde el principio. Ahora ya es demasiado tarde; nos enfrentamos a la inevitable división de Canadá.

—Me niego a aceptarlo —repuso Hunt, con un hilo de voz.

—Las diferencias fundamentales entre tus provincias angloparlantes y mi Quebec francés son demasiado importantes como para conciliarlas con meros discursos patrióticos —dijo Sarveaux, mirando a Hunt a los ojos—.

Eres de ascendencia británica, te graduaste en Oxford, perteneces a la élite que siempre ha dominado la estructura económica y política de este país... Las aulas donde tus hijos estudian están presididas por una fotografía de la reina de Inglaterra, mientras que en las de los niños franceses de Quebec hay una de Charles de Gaulle.

Como bien sabes, éstos tendrán pocas oportunidades para alcanzar el éxito social y económico, mientras que los primeros tendrán la misión de gobernar al país.

—Sin embargo, todos somos canadienses —objetó Hunt.

—Te equivocas. Hay alguien entre nosotros que se ha vendido a Moscú.

Hunt se quedó perplejo y preguntó con incredulidad:

—¿De quién diablos estás hablando?

—Del líder de la SLQ —respondió Sarveaux—. Poco antes de mi visita a la bahía de James, descubrí que ha iniciado tratos con la Unión Soviética, que surtirán efecto en cuanto Quebec abandone la confederación. Es más, ese hombre goza de la confianza de Jules Guerrier.

La confusión de Hunt parecía aumentar a medida que Sarveaux hablaba.

—¡El primer ministro de Quebec...! ¡No puedo creerlo! Jules es francocanadiense hasta la médula. Jamás ha mostrado simpatía alguna por el comunismo y, por supuesto, no oculta su animadversión hacia la SLQ.

—Sin embargo, Jules, al igual que nosotros, siempre ha creído que nos enfrentábamos con aficionados. Un error lamentable por su parte. El hombre del que estoy hablando no es un simple líder radical, sino que ostenta una alta posición en nuestro gobierno.

—¿De quién se trata...? ¿Cómo has conseguido esta información? —preguntó Hunt con nerviosismo.

Sarveaux negó con la cabeza y respondió:

—Lo siento, sólo puedo decirte que la información procede de más allá de nuestras fronteras, eso es todo.

En cuanto al nombre del traidor, todavía no estoy totalmente seguro. Los rusos se refieren a él utilizando varios nombres en clave. Su verdadera identidad es un secreto muy bien guardado.

—¡Dios mío! ¿Qué sucedería si le ocurriera algo a Jules?

—En ese caso, el Partido Quebequés se derrumbaría y la SLQ se alzaría con el poder.

—Y de esa forma Rusia tendría un pie en Norteamérica.

—Así es —convino Sarveaux.

Henri Villon miró a través de las ventanas que había en la sala de control de la central eléctrica de la bahía de James. La sonrisa de satisfacción dibujada en la comisura de sus labios se reflejó en el cristal.

La solución al enigma del garrote de Roubaix se encontraba en el generador principal, situado en la planta inferior.

Detrás de él, totalmente perplejo, Percival Stuckey permanecía de pie.

—No tengo más remedio que protestar enérgicamente —dijo Percival—. Lo que se propone no es ético.

Villon se volvió y miró a Stuckey con absoluta frialdad.

—Como miembro del Parlamento y ministro de Interior, puedo asegurarle que este examen es de vital importancia para el país. La ética no tiene nada que ver con este asunto.

—Lo que solicita es muy irregular —murmuró Stuckey.

—Habla usted como un verdadero oficial —dijo Villon con sarcasmo—. En tal caso, quizá no le importe obedecer las órdenes del gobierno.

—Desviar millones de kilovatios es bastante complejo y supone la necesidad de un complicado y exhaustivo control. Además, hay que tener en cuenta que el exceso de potencia energético haría saltar nuestros propios sistemas.

—¿Puede hacerlo? —insistió Villon.

—Sí —asintió Stuckey—, sin embargo, sigo sin entender qué pretenden interrumpiendo el fluido eléctrico de todas las ciudades situadas entre Mineápolis y Nueva York.

—Cinco segundos —dijo Villon, ignorando el comentario de Stuckey—. Sólo tiene que interrumpir el fluido eléctrico durante cinco segundos.

Stuckey lanzó una última mirada desafiante a Villon y a continuación se dirigió hacia el panel de control.

Tras pulsar varios interruptores, los monitores de televisión parpadearon emitiendo vistas panorámicas de algunas ciudades norteamericanas.

—Las ciudades más oscuras son Boston, Nueva York y Filadelfia —anunció Stuckey comprobando la hora en su reloj—. En Chicago es medianoche y el sol se está poniendo en Mineápolis.

—¿Cómo estaremos seguros de haber conseguido nuestro objetivo en una ciudad en que todavía no ha anochecido? —inquirió Villon.

Stuckey hizo un leve ajuste en el monitor de Mineápolis y en la pantalla apareció la imagen de uno de los cruces más transitados de la ciudad. La imagen era tan nítida que Villon leyó los nombres de las calles.

—Lo sabremos cuando los semáforos se apaguen —respondió Stuckey.

—¿El apagón afectará también a Canadá?

—Sólo en los pueblos situados cerca de nuestras terminales.

Los técnicos sentados frente al panel de control se dispusieron a ejecutar las órdenes de Stuckey, que se volvió y, mirando a Villon, señaló:

—No estoy dispuesto a asumir la responsabilidad de las posibles consecuencias.

—No se preocupe. Usted sólo obedece órdenes —dijo Villon—. Proceda...

Stuckey echó un vistazo a los monitores mientras su mente se debatía en un mar de dudas. Sabía que lo que estaba a punto de hacer recaería inevitablemente sobre sus hombros. «Cinco segundos», había dicho Villon...

Tras ejecutar la orden, la cuarta parte de Estados Unidos quedó sumida en la más profunda oscuridad.



**SEGUNDA PARTE:**  
***EL DOODLEBUG***

*Marzo, 1989 - Washington, D. C.*

A altas horas de la noche, Alan Mercier se encontraba en su despacho revisando un montón de informes militares relacionados con la seguridad nacional. Por un momento, se sintió invadido por un sentimiento de impotencia y miedo. No podía dejar de preguntarse si el nuevo presidente sería capaz de afrontar la cruda realidad. Declarar la bancarrota nacional implicaba poco menos que una acusación de alta traición, sin que importara que fuera lo mejor para el país.

Mercier apoyó su espalda en el respaldo de la silla y se frotó los ojos. Las propuestas mecanografiadas que tenía sobre su mesa se habían convertido en decisiones que afectarían a millones de seres humanos.

Se sentía acorralado. Las inevitables consecuencias iban más allá de lo que podía imaginar. El gobierno, el mundo entero, se habían vuelto demasiado complejos para que la mente de un solo hombre pudiera controlarlos.

Por un momento se vio a sí mismo en medio de una tormenta que lo arrastraba inevitablemente hacia el desastre.

El curso de sus delirantes pensamientos se vio interrumpido por la irrupción de uno de sus ayudantes, que entró en el despacho.

—Tiene una llamada, señor. Es el doctor Klein.

—Hola, Ron —dijo Mercier tras descolgar el auricular del teléfono—. Al parecer, el trabajo tampoco te permite dormir.

—Tienes razón —convino Klein—. Creí que te gustaría saber que he descubierto algo importante acerca del costoso artilugio del que hablamos el otro día.

—¿De qué se trata?

—No puedo decirlo con exactitud. De hecho, en el ministerio nadie tiene la más remota idea.

—Tendrás que ser más explícito.

—Verás, como tú dijiste, los fondos fueron ingresados a nombre del Departamento de Energía, pero de inmediato fueron transferidos a otra agencia gubernamental.

—¿A cuál? —preguntó Mercier, con impaciencia.

—A la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas.

Mercier permaneció en silencio, con gesto pensativo.

—¿Estás ahí, Alan? —preguntó Klein.

—Sí, lo siento —se disculpó Mercier.

—Parecer ser que nuestro departamento actuó de intermediario —prosiguió Klein—. Desearía ofrecerte más información, pero es todo lo que he descubierto.

—Este asunto resulta bastante sospechoso —comentó Mercier—. ¿Por qué el Departamento de Energía traspasaría semejante suma de dinero a un organismo especializado en biología marina?

—Lo ignoro. ¿Quieres que ordene una investigación al respecto?

Mercier meditó la respuesta durante un par de segundos y luego respondió:

—No es necesario, será mejor que yo mismo me encargue de ello.

—No te envidio, tendrás que lidiar con Sandecker.

—¡Ah, sí...! El director de la NUMA. No le conozco personalmente, pero he oído que es un bastardo testarudo.

—Yo sí le conozco y te aseguro que tu descripción se ajusta a la realidad —comentó Klein—. Creo que si logras atrapar al lobo, Washington te concederá una medalla.

—Vamos, no exageres. Apuesto a que se trata de un buen tipo.

—En cualquier caso, ese hombre no es idiota. Sabe manejar a los políticos, mantiene buenas relaciones con todos ellos. Además, es capaz de arriesgarlo todo por conseguir sus propósitos. Nadie que se haya enfrentado a él ha salido airoso. Te aconsejo que, si sospechas de él, ocultes tus recelos, de lo contrario, podrías tener problemas...

—Todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario —dijo Mercier.

—No olvides que es un tipo escurridizo. No es fácil localizarle.

—Lo sé, pero creo conocer la forma de atraparlo —dijo Mercier confidencialmente—. Gracias por tu ayuda, Ron.

—No hay de qué —respondió Klein—. Buena suerte.

Tengo el presentimiento de que la necesitarás.

Todas las tardes, cinco minutos antes de las cuatro, el almirante James Sandecker, director jefe de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas, salía de su oficina para dirigirse al departamento de comunicaciones en la décima planta.

Era un hombre delgado y de baja estatura. A sus sesenta y un años de edad, gozaba de una salud excelente. Celoso de su forma física, cada día tomaba vitaminas y recorría a pie los diez kilómetros que separaban su apartamento del edificio de la NUMA.

Sandecker entró en la enorme sala de comunicaciones, en que trabajaba un grupo de cuarenta y cinco ingenieros y técnicos. Seis satélites conectaban la agencia con varias estaciones meteorológicas y un centenar de expediciones oceanográficas diseminadas por todo el planeta.

El director de comunicaciones, habituado a la rutina de Sandecker, dijo al verle entrar:

—Proyección en la sala B, almirante.

Sandecker asintió con la cabeza y se dirigió a lo que parecía el escenario de un pequeño teatro. A continuación, se sentó en una cómoda silla y esperó pacientemente hasta que la imagen de un hombre alto y desgarrado, a miles de kilómetros de distancia, apareció en la pantalla.

Dirk Pitt estaba sentado en una silla con los pies irreverentemente apoyados en una consola electrónica.

—Lo siento, almirante, creo que me han sorprendido recuperando fuerzas —dijo irónicamente, al tiempo que acercaba el bocadillo que estaba comiendo a la cámara.

—No se disculpe —respondió el almirante con acritud—. Nunca se ha caracterizado por respetar las formalidades. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Bueno, le juro que en esta mierda flotante hace tanto frío como en el jardín de un esquimal. Para entrar en calor, hay que quemar una tonelada de calorías.

—Ya se lo advertí. El *Doodlebug* no es un crucero de placer.

Pitt dejó el bocadillo en la consola y dijo:

—Lo sé, pero apuesto a que en el próximo viaje la tripulación apreciaría que el sistema de calefacción fuera revisado.

—¿A qué profundidad se encuentran?

Pitt consultó un dial y respondió:

—A doscientos veinticinco metros de profundidad.

La temperatura del agua es de dos grados bajo cero.

Como ve, las condiciones no son las más adecuadas para disputar un partido de waterpolo.

—¿Hay algún problema?

—Ninguno —respondió Pitt sin dejar de sonreír—.

Hasta el momento, el *Doodlebug* se ha comportado como una auténtica dama.

—No vamos muy sobrados de tiempo —le advirtió Sandecker—. Estoy esperando una llamada del nuevo presidente en cualquier momento. Tendré que informarle de cuál es la situación...

—Seguiremos adelante hasta que se agote el combustible, almirante, no puedo prometerle nada más.

—¿Habéis detectado algún mineral?

—Hemos descubierto grandes depósitos de hierro, uranio comercializable, torio, oro y manganeso, pero ni rastro de nuestro objetivo.

—¿El terreno geológico sigue siendo prometedor?

—Se observan interesantes pliegues en el terreno, pero nada parecido a una elevación o una marisma subterránea.

—Espero que deis con un yacimiento estratigráfico.

—Haremos todo lo posible, almirante.

—Está bien, pero mantén los ojos abiertos. Recuerda que no podré hacer nada por ti si te sorprenden al otro lado de la calle...

—Por cierto, quería preguntarle si sería posible que mi video transmisor tuviera menos audiencia —ironizó Pitt.

—No te inquietes...

—¿Señor...?

—La red de comunicaciones satélites de la NUMA está enlazada con unas cuarenta estaciones. Todas ellas reciben tus transmisiones al instante. Para cualquiera que reciba esta frecuencia, tu voz y tu imagen resultarán completamente ilocalizables.

—No sé si podré acostumbrarme a la popularidad.

—Bien, por el momento será mejor que sigas disfrutando de tu bocadillo.

Pitt trató de ocultar el pesimismo que le embargaba esbozando una amplia sonrisa.

—Corto y cierro, almirante.

Sandecker vio cómo la imagen de Dirk Pitt se desvanecía en el monitor. Al cabo de unos segundos, se levantó de la silla y abandonó la sala de proyección para dirigirse al centro informático. Tras pasar por el control de seguridad, entró en una habitación con paredes de cristal y saludó a un hombre que estaba sentado frente un sofisticado ordenador.

—Buenas tardes, doctor —le saludó Sandecker.

El doctor Ramón King, sin desviar su mirada del monitor, le devolvió el saludo con un gesto.

King era un hombre delgado, de tez pálida, prominente mandíbula y cejas pobladas. Poseía el clásico rostro inexpresivo del genio incomprendido.

A pesar de sus conocidas excentricidades, se había ganado la admiración y el respeto de Sandecker, pues era la mente responsable de la creación y el desarrollo del *Doodlebug*.

—¿Todo va bien? —preguntó Sandecker, tratando de entablar conversación.

—La prueba está funcionando perfectamente, tal y como lo hizo ayer, anteayer y hace dos semanas. Si nuestro bebé tiene algún problema, usted será el primero en saberlo.

—Prefiero recibir buenas noticias que malas.

King se apoyó contra el respaldo de la silla y miró fijamente a Sandecker.

—No sólo pide la luna, sino también las estrellas.

¿Por qué proseguir con esta arriesgada expedición? El *Doodlebug* ha demostrado ser un éxito. Es capaz de sumergirse a mayor profundidad de lo que suponíamos.

Sin duda supone un avance que abre nuevas puertas a la investigación submarina. ¡Por el amor de Dios, Sandecker, hágalo público de una vez!

—¡No! —exclamó Sandecker—. ¡No hasta que llegue el momento!

—¿Qué intenta demostrar? —insistió King.

—Muy sencillo, quiero demostrar que es mucho más que una sofisticada varilla de zahorí.

King se ajustó las gafas y volvió a mirar el monitor para comprobar los datos que aparecían en él.

—No suelo hacer apuestas, almirante, pero por una vez me arriesgaré, a pesar de ser consciente de que el Ministerio de Justicia podría acabar acusándome de ocultar datos de vital importancia para la nación. —King se interrumpió durante un instante y miró a Sandecker de reojo—. No puedo negar que tengo especial interés por el *Doodlebog*. Al igual que usted, me gustaría comprobar que, en efecto, es el sumergible más sofisticado del mundo. Sin embargo, si surgen problemas y nuestros muchachos son capturados como ladrones en medio del océano, lo mejor que usted y yo podemos esperar es que seamos exiliados a la Antártida. En cuanto a lo peor, prefiero no pensarlo...

La comunidad atlética de Washington veía con recelo los hábitos deportivos de Sandecker. Era la única persona de la ciudad que hacía *footing* mientras fumaba un cigarro habano.

Aquella mañana, mientras se dirigía hacia el edificio de la NUMA, un hombre sentado en el banco de una parada de autobús, que simulaba leer el periódico, pronunció su nombre al pasar frente a él.

—Almirante Sandecker, ¿puedo hablar con usted?

Al escuchar aquellas palabras, Sandecker se volvió para mirar al hombre que se había dirigido a él, sin reconocer que se trataba del asesor de Seguridad Nacional del presidente.

—Llame a mi secretaria y concierte una cita —dijo con total indiferencia—. No me gusta que interrumpen mi ejercicio diario.

—Almirante, soy Alan Mercier.

Sandecker se detuvo al instante y exclamó:

—¡Mercier!

Mercier dobló el periódico y se levantó.

—Lamento haberle molestado, pero tengo entendido que es un hombre muy ocupado, así que he pensado que ésta era la mejor forma de ponerme en contacto con usted.

—Su cargo es más importante que el mío, así que, de haberlo deseado, sólo tenía que llamarme y hubiera acudido de inmediato a la Casa Blanca.

—Lo sé, pero detesto el protocolo —señaló Mercier—.

Además, una reunión informal como ésta tiene sus ventajas.

—Como por ejemplo sorprender al adversario fuera de su territorio —dijo Sandecker sutilmente—. Una buena táctica. Yo también suelo usarla.

—Según los rumores, es todo un maestro...

El rostro de Sandecker palideció por un momento, pero de inmediato lanzó una sonora carcajada, al tiempo que sacaba un encendedor del bolsillo de su chándal para encender el cigarro.

—Sé cuando tratan de adularme —ironizó Sandecker—. Además, intuyo que el motivo de su emboscada no es robarme la cartera, señor Mercier. ¿Qué se trae entre manos?

—Está bien, iré diré directamente al grano. ¿Qué puede contarme acerca de una varilla de zahorí?

—¿Un varilla de zahorí...? —preguntó el almirante, aparentemente sorprendido—. Un instrumento geológico de mucha utilidad. Sin duda debe de saber cuál es su finalidad.

—Será mejor que me lo explique usted...

Sandecker se encogió de hombros teatralmente.

—Bueno, podría decirse que es un artilugio para detectar agua y minerales subterráneos.

—Me resulta difícilmente comprensible que semejante artilugio pueda costar seiscientos ochenta millones de dólares —comentó Mercier con tono reprobatorio.

—¿Qué es exactamente lo que quiere saber? —inquirió Sandecker, intuyendo las intenciones de Mercier.

—Estoy interesado en averiguar si ese extraño instrumento existe...

—¡Por supuesto que sí! —exclamó el almirante—. El proyecto *Doodlebug* no sólo existe, sino que es un éxito.

—¿Estaría dispuesto a justificar los gastos que ha generado la puesta en marcha y el desarrollo de este proyecto?

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—Si me concede dos semanas, me comprometo a entregarle un informe exhaustivo.

Mercier no estaba dispuesto a claudicar.

—Dos días...

—Sé en qué está pensando, señor —le interrumpió el almirante—, pero le juro que tras este proyecto no se oculta escándalo alguno. Confíe en mí... al menos concédame una semana para preparar mi informe.

—Me siento como si fuera cómplice de una estafa...

—¡Por favor, sólo le pido una semana...!

Sorprendido ante sus insistentes súplicas, Mercier miró fijamente a Sandecker. Luego, tras hacer una señal a su chófer, que aguardaba al volante del coche oficial a pocos metros de ellos, asintió con la cabeza.

—Está bien, almirante, le concedo una semana.

—¡No se arrepentirá! —exclamó Sandecker, esbozando una sonrisa de satisfacción y, tras despedirse, siguió corriendo.

Mercier permaneció de pie contemplando cómo el almirante se alejaba en dirección al edificio de la NUMA.

El tono de aquella entrevista, contrariamente a lo que había imaginado, no sólo le había dejado perplejo sino también intranquilo...



El día había resultado agotador para Sandecker. Tras el inesperado encuentro con Mercier, había asistido a una reunión con un comité de administración del Congreso hasta las ocho de la noche. Enumerar los éxitos conseguidos por la NUMA para obtener fondos adicionales necesarios para continuar con los proyectos y las operaciones de la agencia, aunque de vital importancia, no dejaba de ser un trámite burocrático que siempre había detestado.

Tras una ligera cena en el club de la armada, se dirigió a su apartamento, en el edificio Watergate, y se sirvió un vaso de leche.

Cuando, tras descalzarse, se disponía a tumbarse cómodamente en su sofá, sonó el teléfono. Sandecker estaba tan cansado que hubiera ignorado la llamada telefónica, de no haber advertido que se trataba de la línea directa que conectaba con la NUMA.

—Sandecker al habla.

—Buenas noches, almirante, aquí Ramón King. El *Doodlebug* tiene problemas...

—¿Se trata de una avería técnica? —le interrumpió Sandecker.

—En absoluto —respondió King—. Nuestros sistemas de barrido han detectado la presencia de un intruso.

—¿Se ha cruzado con nuestra nave?

—Negativo.

—En ese caso, lo más probable es que se trate de uno de nuestros submarinos —comentó Sandecker con optimismo.

Por el tono de su voz, King parecía preocupado.

—El rumbo del intruso es paralelo al nuestro. Navega a tan sólo cinco kilómetros de distancia del *Doodlebug*. No hay duda alguna de que nos está siguiendo.

—Mal asunto... —balbuceó Sandecker.

—No podré tener una idea exacta de la situación hasta que el ordenador nos proporcione un análisis detallado de nuestro desconocido perseguidor.

Sandecker permaneció en silencio y bebió un sorbo de leche con gesto pensativo. Finalmente dijo:

—Llama al departamento de seguridad y haz que se pongan urgentemente en contacto con Al Giordino.

—¿Giordino está al corriente de...? —balbuceó King—.

Bueno, me preguntaba si él sabe que...

—Lo sabe —sentenció Sandecker—. Yo mismo le puse al corriente del proyecto desde el principio por si, a última hora, tenía que sustituir a Pitt. Intenta localizarle lo antes posible. Me reuniré contigo dentro de quince minutos.

El almirante colgó el auricular. El peor de sus temores se había materializado. Durante unos segundos, Sandecker contempló el líquido blanco que contenía su vaso

como si, al hacerlo, pudiera visualizar el misterioso intruso que acechaba al *Doodlebug*. Consciente de que el mayor proyecto que jamás había tenido en sus manos corría un grave peligro, dejó el vaso sobre la mesa y, sin reparar en que no llevaba puestos los zapatos, se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

En las profundidades del océano Atlántico, cerca de la costa del Labrador en Terranova, Pitt analizaba en silencio la lectura electrónica aparecida en el monitor del submarino sin identificar que seguía su rastro. De pronto, la pantalla parpadeó y perdieron contacto con el intruso.

Bill Lasky, el operador del panel de control, volvió la cabeza y miró a Pitt.

—Lo siento, Dirk, al parecer, nuestro visitante es un poco tímido. He perdido su señal.

Pitt apoyó la mano en el hombro de Lasky y dijo:

—Sigue intentándolo. Tarde o temprano volverá a aparecer. Sé que sigue ahí...

Pitt cruzó la sala de control, atestada de un laberíntico conjunto de sofisticados instrumentos electrónicos, y avanzó sigilosamente hasta alcanzar una escalera que conducía a la cubierta inferior. Luego entró en un reducido camarote, se sentó a los pies de una litera y extendió sobre un pequeño escritorio los planos del *Doodlebug* para estudiar las características de su diseño.

«Un artefacto deforme». Ésta fue la irónica definición que pasó por su mente la primera vez que Pitt vio la nave de investigación más sofisticada del mundo. Su inusual línea aerodinámica no le pareció, en un principio, la más adecuada para sumergirse en las profundidades submarinas, incluso podía pensarse que era realmente ridícula.

Las descripciones más benévolas definían al sumergible como: «la mitad del ala de un avión» o «la torre de un submarino sin casco». Así pues, el *Doodlebug* era un bloque metálico que navegaba en posición vertical. No obstante, su singular diseño era el resultado del avance tecnológico en la investigación submarina. En el pasado, todos los sistemas mecánicos y electrónicos eran diseñados en función del espacio limitado de los submarinos, mientras que el armazón de aluminio del *Doodlebug* había, sido concebido pensando en los instrumentos que debía albergar en su interior.

Las comodidades destinadas a los tres miembros que componían su tripulación eran las mínimas, ya que el potencial humano de la nave sólo era esencial en caso de una operación de emergencia o mantenimiento. La nave era automáticamente pilotada por el cerebro del ordenador central de la NUMA en Washington, a casi cinco mil kilómetros de distancia.

—¿Quieres un poco de jarabe para tu garganta?

Pitt levantó la cabeza y observó la mirada melancólica de Sam Quayle, el genio informático de la expedición. Quayle llevaba en la mano un par de tazas de plástico y una botella de coñac medio vacía.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Pitt, incapaz de reprimir la risa—. Ya sabes que las normas de la NUMA prohíben el consumo de alcohol a bordo de sus naves.

—Yo no tengo la culpa —replicó Quayle con sorna—.

He encontrado esta pequeña tentación bajo mi litera.

Algún armador despistado debió de olvidarla.

—¡Qué extraño!

—¿A qué te refieres?

—A una extraña coincidencia —respondió Pitt, al tiempo que levantaba la almohada y mostraba a su amigo una botella de whisky Bell—. Al parecer, nuestro querido armador también olvidó otra botella debajo de mi litera.

Quayle sonrió y le ofreció una taza.

—Si no te importa, guardaremos mi jarabe por si contraemos alguna enfermedad...

Pitt sirvió whisky y se sentó en la litera.

—¿Qué opinas de nuestro «amigo», Sam?

—¿Te refieres a nuestro fantasmal perro de presa?

—Por supuesto —respondió Pitt—. Se diría que está jugando al gato y al ratón. ¿Qué te parece si... le diéramos una pequeña lección?

Quayle se bebió el whisky de un trago y se encogió de hombros.

—Debido al diseño del *Doodlebug*, es probable que el sistema de radar de ese submarino tenga dificultades para detectar nuestra posición. En ese caso, su capitán no dudará en establecer contacto con tierra para que envíen un avión de reconocimiento a la zona. —Quayle se llevó la taza a sus labios en un intento por apurar las últimas gotas de whisky. Luego miró la botella y preguntó a Pitt—: ¿Te importa si...?

—Sírvete tú mismo.

Quayle se sirvió otro whisky y comentó:

—Me sentiría mucho más seguro si supiera quiénes son esos tipos.

—No te preocupes, no podrán acercarse a nuestra posición sin ser detectados por nuestro sonar. Sin embargo, me pregunto cómo pueden avanzar sin dejar rastro alguno.

—No se trata de un milagro —dijo Quayle, haciendo una mueca al sentir el calor del whisky bajando por su garganta. Luego agregó—: Sus conversores miden continuamente nuestras sondas. Conocen perfectamente cuáles son nuestras coordenadas, porque sin duda cuentan con un sofisticado equipo de rastreo.

Pitt se levantó y frunció el entrecejo.

—Supón por un momento... —Pitt se interrumpió, salió del camarote y subió a toda prisa por la escalera hasta la sala de control. Quayle apuró su whisky y la siguió.

—¿Ha habido algún cambio? —preguntó Pitt.

Lasky negó con la cabeza.

—El intruso sigue con su habitual cautela.

—Reduce gradualmente la utilización de las sondas.

Quizá así provocaremos que se acerque a nuestra posición. Cuando entre en nuestro radio de localización, lánzale múltiples señales.

—¿Pretendes atraer un submarino nuclear comandado por una tripulación de profesionales con un truco de principiantes? —preguntó Quayle, con escepticismo.

—¿Por qué no? Apuesto mi jarabe contra el tuyo a que morderán el anzuelo.

Perplejo, Quayle miró a Pitt y exclamó:

—¡Estás loco!

Durante la hora siguiente, la actividad reinante en el *Doodlebug* fue febril. Sus tres tripulantes se dedicaron a revisar el funcionamiento del instrumental y equipamiento de la nave. Finalmente Pitt comprobó la hora en su reloj e hizo un gesto a Lasky.

—Todos los sistemas preparados.

—Sistemas preparados —repitió Lasky.

—Adelante, trinca a ese bastardo —ordenó Pitt.

La unidad de datos del panel de control cobró vida y en el monitor aparecieron las coordenadas del submarino:

«Contacto: 3.480 metros. Rumbo: uno, cero, ocho.

Velocidad: diez nudos.»

—¡Lo conseguimos! —exclamó Quayle—. ¡Tenías razón, ha mordido el anzuelo!

—¡Es de los nuestros! —profirió Lasky, leyendo los datos que aparecían en el monitor.

«Longitud: 76 metros.

Anchura aproximada: 10,7 metros.

Probable desplazamiento sumergido: 3.650 toneladas.

Potencia: reactor nuclear.

Diseño: Hunter-killer.

Modelo: Amberjack.

Nacionalidad: USA.»

—Bueno, al parecer estamos entre amigos —murmuró Quayle.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Pitt.

—¡Atención, nuestro amigo ha alterado su rumbo a cero, siete, seis! Está aumentando su velocidad —exclamó Lasky sin apartar la mirada del monitor—. Esto no me gusta, chicos. Ese bastardo se está alejando de nosotros.

—Me gustaría equivocarme —dijo Quayle, con gesto pensativo—, pero me temo que se dispone a atacarnos.

—Explícate —ordenó Pitt.

—Hace varios años fui miembro de un equipo de diseñadores navales que desarrolló un sistema de armamento submarino para la armada. Sé por experiencia que un Hunter-killer vira y modifica su rumbo en pocos segundos para alejarse de su objetivo tras lanzar sus torpedos.

—Debe de ser como freír a tu enemigo mientras escapas corriendo.

—Muy ilustrativo —comentó Quayle—. Esos submarinos están armados con torpedos provistos de sensores ultrasónicos, magnéticos y caloríficos. Una vez lanzados, persiguen su objetivo y nada los detiene. Eso significa que, si no aciertan en el blanco, retroceden y dibujan círculos alrededor de su presa atraído por el calor de los motores. Por eso el submarino agresor debe iniciar una maniobra inmediata de evasión para no ser alcanzado por sus propios torpedos.

De inmediato, una sombra de preocupación se cernió sobre el rostro de Pitt.

—¿A qué distancia estamos del fondo?

—A doscientos treinta metros —respondió Lasky.

—¿Qué clase de terreno detectan los sensores?

—Parece sólido... Se trata de una superficie rocosa.

Ahí abajo algunas rocas superan los quince metros de altura.

Pitt se dirigió hacia una pequeña mesa y echó un vistazo a un mapa del fondo marino de la zona. Al cabo de unos segundos, ordenó:

—Pasa a control manual y desciende hasta el fondo.

Lasky le miró boquiabierto.

—La NUMA no verá con buenos ojos que desobedezcamos sus órdenes.

—Washington está a cinco mil kilómetros de distancia. Además, quienes están a punto de perder el pellejo somos nosotros. Será mejor que tome el mando de la nave hasta que sepamos realmente a qué nos enfrentamos.

Quayle parecía tan sorprendido como Lasky y preguntó:

—No creerás en serio que se disponen a atacarnos, ¿verdad?

—Mientras haya una probabilidad entre cien de que así sea, no estoy dispuesto a correr ningún riesgo. —Pitt hizo un gesto a Lasky con la cabeza y añadió—: Bájanos al fondo. Espero que, ocultos entre las rocas, pierdan nuestro rastro.

—Pero... si paso a manual necesitaré utilizar el sonar para evitar las rocas.

—Ni se te ocurra —ordenó Pitt—. Utiliza los focos y los monitores de televisión.

—¡Esto es una locura! —exclamó Quayle.

—Si estuviéramos cerca de la costa de Siberia, ¿acaso crees que los rusos dudarían en eliminarnos del mapa?

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó Lasky.

Pitt y Quayle se quedaron inmóviles y sus ojos se desorbitaron al leer los datos que aparecieron en la pantalla del monitor:

«Emergencia. Nueva posición: uno, nueve, tres.

Velocidad: setenta nudos. Situación: colisión inminente.

Tiempo de impacto: un minuto y once segundos.»

—¡Lo hicieron! —susurró Lasky, palideciendo de pronto—. Han lanzado un torpedo...

Al irrumpir en la sala de control, Giordino tuvo un mal presentimiento.

El doctor King y el almirante Sandecker no prestaron atención alguna al pequeño italiano. Ambos estaban totalmente concentrados observando el enorme panel electrónico que cubría por completo una de las paredes de la sala. Giordino hizo una rápida lectura de los datos y comprendió la gravedad de la situación.

—Modifique su rumbo —sugirió con aparente tranquilidad.

—Es imposible —dijo King, levantando los brazos con un gesto de impotencia—. Han pasado a control manual.

—En ese caso, ordene que lo hagan.

—No podemos —intervino Sandecker—. La transmisión del satélite de comunicaciones se ha interrumpido.

He perdido su posición.

—Pues contacte con ellos a través del ordenador —sugirió Giordino.

—Está bien —murmuró King—. La unidad de entrada todavía está bajo nuestro control.

Giordino contempló la pantalla, mientras contaba los segundos que quedaban antes de que el torpedo impactara en el *Doodlebug* y King enviaba un mensaje.

—Pitt se ha adelantado —dijo Sandecker, asintiendo con la cabeza. Por un instante, los tres hombres se sintieron aliviados al advertir que la velocidad del sumergible descendía.

—Diez segundos para el impacto —anunció Giordino.

Inquieto, Sandecker descolgó el auricular del teléfono y gritó a la operadora:

—¡Póngame con el almirante Joe Kemper, jefe de Operaciones Navales!

—Tres segundos... dos... uno...

La sala quedó sumida en un silencio sepulcral. Todos temían interrumpirlo, todos temían pronunciar las palabras que supondrían el epitafio del *Doodlebug* y su tripulación. Durante unos segundos, la pantalla quedó en blanco.

—¡Ha fallado! —exclamó King, señalando a la pantalla, que volvía a reflejar la posición del *Doodlebug*—. El torpedo ha pasado junto a ellos, a tan sólo unos metros.

—El casco de aluminio del *Doodlebug* ha confundido los sensores magnéticos del proyectil —comentó Sandecker.

En aquel momento, apareció un irónico mensaje de Pitt en el monitor del ordenador: «Primer asalto: ganado a los puntos. ¿Alguna sugerencia para el segundo?»

—El torpedo se prepara para intentarlo de nuevo —dijo King.

—¿Cuál es su trayectoria?

—Parece que avanza en línea recta.

—Ordénales que sitúen el *Doodlebug* manteniendo la quilla en dirección frontal al torpedo. Eso reducirá el área de impacto —intervino Giordino.

Entretanto, al otro lado de la línea telefónica, uno de los ayudantes del almirante Kemper, comunicó a Sandecker que en aquel momento el jefe de Operaciones Navales estaba descansando y había ordenado que no se le molestara.

—¡Escúchame bien, mequetrefe! —gritó Sandecker, intimidando al joven oficial—. ¿Sabes con quién demonios estás hablando? ¡Soy el almirante James Sandecker, de la NUMA, y esto es una emergencia! Así que sugiero que muevas tu asqueroso culo y pases la llamada a Joe, de lo contrario, juro que tu nuevo destino será una estación meteorológica en el Everest. ¡Muévete, coño, tienes veinte segundos... te quedan diez!

Al cabo de unos segundos, la voz adormecida del almirante Kemper balbuceó:

—¿Jim...? ¿Qué diablos ocurre?

—¡Uno de tus submarinos acaba de atacar a una de mis naves de investigación, eso es lo que ocurre!

Kemper reaccionó como si acabaran de dispararle e inquirió:

—No puedo creerlo. ¿Dónde ha sido?

—A unos ciento cincuenta kilómetros de las islas Button, cerca de la costa del Labrador.

—¡Esa zona es de jurisdicción canadiense!

—¡Ya lo sé, maldita sea! ¡No tengo tiempo para explicaciones! —exclamó Sandecker—. Tienes que ordenar a tu submarino que destruya su torpedo antes de que tenga lugar una tragedia absurda.

—No cuelgues —dijo Kemper—. Vuelvo enseguida.

—¡Cinco segundos! —anunció Giordino a voz en grito.

—¡El círculo se ha estrechado! ¡El torpedo está a punto de impactar! —exclamó King.

—¡Tres segundos... dos segundos... uno...!

La espera se hizo interminable para los tres hombres. De pronto, King profirió:

—¡Ha vuelto a fallar! Esta vez ha pasado muy cerca, a sólo diez metros.

—¿A qué distancia se encuentran del fondo? —preguntó Giordino.

—A veinticinco metros y bajando. Pitt está intentando ocultar el *Doodlebug* tras una formación de rocas. Es su única esperanza. Si el torpedo no les alcanza de lleno en la siguiente pasada, lo más probable es que ocasione serios desperfectos en el casco.

Sandecker apretó los dientes al oír de nuevo la voz de Kemper:

—He hablado con el jefe de defensa de la zona del Ártico. Acaba de enviar un mensaje prioritario al capitán del submarino. Deseo que llegue a tiempo.

—Espero que así sea.

—Lamento lo ocurrido, Jim. La armada de Estados Unidos no suele atacar primero y preguntar después. Pero debes comprender que las órdenes del submarino son atacar a cualquier intruso que vulnere la zona de seguridad norteamericana. Joder, Jim, ¿qué diablos está haciendo tu juguete allí?

—La armada no es la única que realiza misiones secretas —dijo Sandecker con acritud—, Gracias por tu ayuda.

Tras colgar el auricular del teléfono, el almirante Sandecker volvió a concentrarse en la pantalla de la sala de control. El torpedo, representado con un parpadeante punto verde, avanzaba a gran velocidad sorteando las rocas hacia su objetivo, que se encontraba tan sólo a quince segundos.

—¡Por el amor de Dios, descended! —rogó King en voz alta—. ¡Estáis a doce metros del fondo! ¡Santo cielo, esta vez no van a conseguirlo!

Giordino trató en vano de hallar una solución, pero salvo que el torpedo fuera destruido en el último momento, el *Doodlebug* y sus tres hombres desaparecerían para siempre en las profundidades marinas.

Giordino contuvo la respiración y prefirió ignorar la cuenta atrás. En situaciones extremas, la mente humana es capaz de ignorar lo más obvio. Sin embargo, en aquel momento Giordino advirtió que Sandecker no llevaba zapatos.

—Esta vez van a alcanzarles —dijo King, cubriéndose el rostro con las manos para no ver lo que la pantalla reflejaba.

El ordenador no emitió señal alguna mientras el torpedo perforaba el *Doodlebug*. A través del impasible ordenador no pudo escucharse la explosión ni los gritos de la tripulación al morir.

Una tras otra, las señales que aparecían en la gran pantalla fueron desvaneciéndose hasta quedar completamente en blanco.

En la sala de control se hizo el silencio. Para ellos el *Doodlebug* había dejado de existir.



Mercier se sentía incómodo por lo que debía hacer.

Sentía simpatía por James Sandecker, respetaba su franqueza y la eficiencia que demostraba en el desempeño de su labor. Sin embargo, la investigación de la pérdida del *Doodlebug* era inevitable. No había tiempo que perder, deberían afrontar el riesgo de poner en peligro la seguridad nacional a manos de los insidiosos medios de comunicación, que no dudarían en lanzarse sobre ellos como buitres. Tenía que elaborar lo antes posible un plan para que el almirante y la Casa Blanca no se vieran envueltos en un escándalo.

La voz de su secretaria se escuchó a través del interfono.

—El almirante Sandecker está aquí, señor.

—Dígale que pase.

Mercier esperaba encontrar a un hombre abatido por la fatiga y la desesperación ante la terrible tragedia ocurrida, sin embargo estaba equivocado.

Vestido con su flamante uniforme Sandecker irrumpió en su despacho con aparente tranquilidad.

—Tome asiento, almirante —dijo Mercier, levantándose cortésmente de su silla—. El Consejo de Seguridad se reunirá dentro de cinco minutos.

—Querrá decir la inquisición —puntualizó Sandecker.

—Vamos, no es para tanto. El presidente sólo desea ser informado del proyecto *Doodlebug* y de los hechos acontecidos en las últimas treinta y seis horas.

—Al parecer, no han perdido el tiempo. Sólo han pasado ocho horas desde el asesinato de mis hombres.

—¿No cree que se está excediendo?

—¿Cómo diablos lo definiría usted? —preguntó Sandecker.

—No soy el más adecuado para juzgar —se excusó Mercier con tranquilidad—. Quiero que sepa que lamento de veras el fracaso del proyecto.

—Estoy preparado para afrontar las consecuencias.

Asumo por completo la responsabilidad de lo ocurrido.

—No estamos buscando un culpable, sólo queremos que nos ponga al corriente de los detalles que hasta el momento ha ocultado.

—Tenía mis razones.

—Le aseguro que estamos muy interesados en conocerlas.

En aquel instante la voz de la secretaria de Mercier volvió a escucharse:

—El consejo les espera, señor.

—Ha llegado el momento, almirante Sandecker. Si tiene la amabilidad de seguirme —dijo Mercier, dirigiéndose hacia la puerta.

Los dos hombres entraron en el gabinete ministerial de la Casa Blanca, presidido

por el retrato de Harry Truman, que colgaba solemnemente sobre la chimenea.

El presidente estaba sentado, de espaldas a la terraza que daba al jardín, a una mesa oval de caoba. Frente a él, se encontraba el vicepresidente, afanándose en ordenar un montón de papeles. El almirante Kemper, el doctor Ronald Klein, secretario de Energía, Douglas Oates, secretario de Estado y Martin Brogan, director de la CIA, también se encontraban presentes.

El presidente se levantó de la silla y se acercó a Sandecker para estrecharle la mano.

Es un placer saludarle, almirante. Por favor, tome asiento y póngase cómodo. Creo que ya conoce a todos los presentes.

Sandecker asintió con la cabeza y se sentó en una silla situada en un extremo de la mesa a cierta distancia de los miembros que configuraban el Consejo de Seguridad.

—Bien, almirante Sandecker —dijo el presidente—, ¿qué le parece si, para empezar, nos habla de su misterioso *Doodlebug*?

Zerri Pochinsky, la secretaria de Dirk Pitt, entró en la sala de control llevando una bandeja con una taza de café y un sándwich. Sus oscuros ojos marrones estaban enrojecidos. Sin duda había llorado. Le resultaba casi imposible aceptar la pérdida de su jefe, aunque sabía que, cuando tarde o temprano lo hiciera, se sentiría terriblemente abatida.

Sentado en una silla, con la mirada perdida en la pantalla inerte del ordenador, Giordino parecía hundido. Tras sentarse junto a él, Zerri susurro:

—Tu favorito, pastrami...

En silencio, Giordino movió la cabeza en un gesto de negación y se bebió el café. No obstante la cafeína no sirvió para elevar su ánimo, seguía sintiéndose frustrado y furioso por haberse visto obligado a contemplar como Pitt y los otros morían sin que él pudiera evitarlo.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas un poco? —sugirió Zerri—. Es inútil que sigas aquí compadeciendote.

Giordino bajó la cabeza y musitó con un nudo en la garganta:

—Pitt y yo éramos viejos amigos...

—Sí, lo sé.

—Jugábamos en el equipo de fútbol de la escuela. Él era el *quarterback* más escurridizo e imprevisible de la liga.

—Lo sé —repitió Zerri—. He tenido que soportar vuestros accesos de nostalgia en innumerables ocasiones.

Giordino ladeó la cabeza y sonrió.

—¿De verdad éramos tan aburridos?

—No puedes ni imaginarlo —respondió Zerri, a punto de echarse a llorar.

En aquel momento un equipo de técnicos informáticos entró en la sala de control.

El jefe del equipo se dirigió a Giordino y dijo:

—Lamento interrumpir, pero tengo órdenes de desmantelar el proyecto y trasladar todo el equipo a otra sección del departamento.

—Hay que deshacerse de cualquier evidencia, ¿no es cierto?—ironizó Giordino.

—¿Señor...?

—¿Lo ha consultado con el doctor King?

El hombre asintió solemnemente con la cabeza y contestó:

—Hace dos horas. Antes de que el doctor abandonara el edificio.

—Por cierto —intervino Zerri—, será mejor que te lleve a casa, Al.

Frotándose los ojos, Giordino se levantó y se dirigió hacia la puerta. Tras abrirla cortésmente para que Zerri saliera, se detuvo en el umbral y, en lugar de seguirla, volvió a entrar en la sala.

Giordino jamás supo qué extraña intuición lo impulsó a volver a la sala. En cualquier caso, entró en el instante en que los técnicos desconectaban los circuitos.

—¡Conectadlos de nuevo! —exclamó.

—¿Por qué? —preguntó uno de los técnicos, sorprendido.

—¡Maldita sea, conectadlos!

La amenazadora expresión de Giordino fue suficiente para que le obedecieran.

De pronto, el panel central de la sala acaparó la atención de todos los presentes que, salvo Giordino —inmóvil frente a la enorme pantalla y sonriendo—, parecían esperar la aparición de un fantasma.

Uno tras otro, los ordenadores cobraron vida.

—Veamos si lo he entendido correctamente —dijo el presidente, con una expresión de duda en el rostro—. ¿Acaba de decir que su *Doodlebug* es capaz de detectar la presencia de recursos minerales a través de quince kilómetros de roca sólida?

—Así es, y también de identificar más de cincuenta clases distintas de minerales —respondió Sandecker sin parpadear—. En efecto, señor presidente, eso es exactamente lo que acabo de decir.

—Creía que eso era imposible —intervino Brogan, director de la CIA—. Los artefactos electromagnéticos han obtenido éxitos limitados en la medición de la resistencia eléctrica de minerales subterráneos. Hasta el momento, jamás se había logrado nada parecido.

—¿Cómo es posible que un proyecto de semejante importancia fuera concebido y desarrollado sin la autorización del presidente y del Congreso? —preguntó el vicepresidente.

—Bueno, en realidad, el anterior presidente conocía la existencia del proyecto —puntualizó Sandecker y luego agregó—: El tenía especial interés en potenciar investigaciones científicas de futuro. Estoy seguro de que saben que fundó un

departamento secreto al que llamó Meta Section, cuyos científicos fueron precisamente quienes diseñaron el *Doodlebug*. Rodeado de múltiples medidas de seguridad, los planos del prototipo fueron entregados a la NUMA. El propio presidente se encargó de proporcionarnos los fondos necesarios para que lo construyéramos.

—¿Realmente funciona? —inquirió el presidente con evidente interés.

—Hasta el momento, todas las pruebas realizadas han resultado un éxito —respondió Sandecker—. Nuestros rastreos iniciales detectaron la presencia de grandes depósitos comercializables de oro, manganeso, cromo, aluminio y, por lo menos, otros diez elementos, incluido uranio.

Los hombres reunidos alrededor de la mesa mostraron distintas reacciones ante las palabras de Sandecker.

Mientras el presidente le escuchaba con interés, el almirante Kemper se mantenía impasible y el resto no ocultaba su escepticismo.

—¿Insinúa que con su juguete no sólo es posible determinar la dimensión de los depósitos, sino también evaluar el valor de cada uno de ellos? —preguntó Douglas Oates.

—Después de detectar el elemento, el *Doodlebug* elabora en cuestión de segundos una evaluación precisa del yacimiento, el coste y los beneficios aproximados derivados de la extracción y, por supuesto, las coordenadas exactas de su localización.

De pronto, el escepticismo inicial de los miembros del Consejo de Seguridad, dejó paso a una incredulidad total. Sin embargo, Klein, el secretario de Energía, fue el único que se atrevió a formular la pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Cómo diablos funciona ese aparato?

—Sigue el principio básico de un radar o una sonda submarina, aunque el *Doodlebug* emite una intensa fuente de energía concentrada directamente al interior del subsuelo marino. La capacidad de esta fuente energética es similar en teoría a la de una estación de radio que emite distintos tonos de ondas sonoras. En nuestro caso, el *Doodlebug* lanza diversas señales de frecuencia que son reflejadas por las formaciones geológicas que encuentran a su paso. Mis ingenieros definen este proceso con la expresión «barrido de modulación». Es algo parecido a lo que ocurre cuando alguien grita en medio de un desfiladero. Cuando la voz golpea la ladera rocosa de una montaña, se produce el eco correspondiente. Sin embargo, si hay árboles o follaje, el eco se distorsiona.

—Sigo sin entender cómo puede identificar la naturaleza de los minerales —replicó Klein, confuso.

—Cada elemento que integra la corteza terrestre emite su propia y característica frecuencia. Por ejemplo, el cobre resuena a unos dos mil ciclos. Por su parte, el zinc

lo hace a cuatro mil, mientras que el lodo, las rocas y la arena poseen una señal individual inconfundible. En el monitor del ordenador, aparece la configuración de las distintas formaciones minerales con sus respectivos códigos y colores.

—¿Me equivoco al afirmar que la profundidad del depósito es medida en función de los intervalos de frecuencia? —preguntó el almirante Kemper.

—En absoluto —asintió Sandecker—, está totalmente en lo cierto, almirante.

—Pero la señal de frecuencia debería debilitarse y distorsionarse a medida que aumenta la profundidad —intervino Mercier.

—Así es —admitió Sandecker—. El haz de luz pierde energía al atravesar los distintos estratos. Sin embargo, registrando cada uno de ellos durante la penetración, hemos logrado reconocer y detectar las distorsiones reflectantes. El término científico que empleamos para explicar este fenómeno es «rastreo de densidad». Los ordenadores analizan el efecto correspondiente y lo transmiten digitalmente.

El presidente suspiró y balbuceó:

—¡Todo esto parece ciencia-ficción!

—Es posible, pero puedo asegurarles que cuanto han escuchado es cierto —puntualizó Sandecker—. Caballeros, si contáramos con una flota de diez *Doodlebugs*, podríamos analizar todas y cada una de las formaciones geológicas submarinas en tan sólo cinco años.

Por unos segundos, en la sala de reuniones de la Casa Blanca se hizo el silencio. Finalmente Oates exclamó con admiración:

—¡Dios mío, el potencial de este proyecto es impresionante!

Por su parte, Brogan se inclinó hacia adelante y, mirando fijamente a Sandecker, preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de que los rusos desarrollen investigaciones similares? Sandecker negó con la cabeza y respondió:

—Lo dudo. Hasta hace unos meses carecíamos de la tecnología adecuada para perfeccionar el haz de energía.

Aunque hayan iniciado un programa alternativo, necesitarían una década para igualarnos.

—Ha quedado en el aire una pregunta que desearía formular —intervino Mercier—: ¿Por qué se ha escogido la costa del Labrador para probar el *Doodlebug* en lugar de hacerlo en aguas de nuestra jurisdicción?

—Creí que era mejor efectuarlas en un área aislada, ajena al tráfico marítimo.

—Pero ¿por qué tan cerca de la costa canadiense? —insistió Mercier.

—Porque el objetivo principal del *Doodlebug* es detectar yacimientos petrolíferos.

—¿Petróleo...?

—Así es. Tras algunas prospecciones previas, consideré adecuado desviar el

rumbo original del prototipo hacia la costa de Terranova. La responsabilidad de la pérdida de un viejo amigo, así como de la tripulación del *Doodlebug*, es sólo mía.

Inesperadamente la secretaria de Mercier irrumpió en la estancia y sirvió café a todos los reunidos. Cuando se acercó a Sandecker, le entregó una nota que rezaba: «Tengo que verte urgentemente. Giordino.»

—Si me disculpan un momento... —se excusó Sandecker—. Un miembro de mi equipo acaba de llegar con las últimas noticias referentes a la tragedia.

El presidente hizo un gesto al almirante de que abandonase la sala y dijo:

—En tal caso, dígame que se reúna con nosotros.

Giordino entró en la sala de reunión mostrando una evidente expresión de júbilo en el rostro.

—¡El *Doodlebug* y toda su tripulación están a salvo!

—exclamó sin más preámbulos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sandecker.

—El torpedo impactó en una formación rocosa a cincuenta metros del submarino. La explosión causó una avería en el sistema central de la nave. Pitt y sus hombres han estado trabajando para restablecer la comunicación hasta hace una hora.

—¿Algún herido? ¿El casco ha sufrido daños irreparables? —inquirió el almirante Kemper.

—En cuanto a los hombres, sólo algunas magulladuras. El casco del *Doodlebug* es más resistente de lo que creíamos...

—Gracias a Dios que están a salvo —dijo el presidente.

Exultante, Giordino prosiguió:

—Pero eso no es todo. Todavía no han oído lo mejor, caballeros.

Sandecker miró a su ayudante con perplejidad y preguntó:

—¿De qué estás hablando?

—Verán, poco después de restablecer la comunicación con el *Doodlebug*, el panel de datos pareció enloquecer. Mis felicitaciones, almirante, el *Doodlebug* ha dado con el yacimiento que andábamos buscando.

—¿Han encontrado petróleo?

—Bueno, los primeros datos estimativos sugieren que estamos ante un yacimiento de proporciones casi inimaginables. En otras palabras, caballeros, estamos hablando de ocho billones de barriles de petróleo.

Todos guardaron silencio pensando en las consecuencias de aquel hallazgo.

Giordino abrió un maletín y entregó a Sandecker un pliego de papeles.

—No he tenido tiempo de envolverlo con un lazo, pero he aquí los datos y cálculos preliminares, incluidos los costes estimativos de la extracción y explotación. El doctor King tendrá un informe más detallado cuando el *Doodlebug* haya realizado una investigación más exhaustiva del terreno.

—¿Dónde se halla exactamente el yacimiento? —preguntó Klein.

Giordino extendió un mapa sobre la mesa y comenzó a delinear el rumbo del *Doodlebug* con un lápiz.

—Después de ser torpedeado, el *Doodlebug* realizó una maniobra de evasión. La tripulación ignoraba que el submarino agresor había recibido la orden de retirarse.

Dirigiéndose al noroeste de la costa del Labrador, cruzaron Gray Strait, situado al sur de las islas Buttom, hasta alcanzar la bahía de Ungava. Fue en este punto —dijo Giordino, dibujando un círculo en un punto concreto del mapa— donde descubrieron el yacimiento petrolífero.

De pronto, la inicial satisfacción del presidente se desvaneció.

—Así pues, ¿se encuentra cerca de la costa de Terranova? —preguntó el presidente.

—No, señor —respondió Giordino—. Los límites territoriales de Terranova concluyen en un punto situado a la entrada de Gray Strait. Por tanto, el petróleo se encuentra en aguas de Quebec.

El presidente miró con complicidad a Mercier. Ambos sabían lo que aquello significaba.

—De todos los lugares del hemisferio norte —musitó el presidente, cariacontecido—, tenía que ser Quebec...

# **TERCERA PARTE: EL TRATADO NORTEAMERICANO**



*Abril, 1989 - Washington, D. C.*

Pitt guardó las notas de Heidi relacionadas con el Tratado Norteamericano en un maletín, mientras la azafata comprobaba que su cinturón de seguridad estaba ajustado y su asiento en posición vertical. Tratando en vano de aliviar la intensa jaqueca que sufría desde que recibió la orden de alterar sus planes en Terranova, se frotó las sienes.

Tras su ajetreada misión, el *Doodlebug* había sido remolcado por un navío de la armada hasta Boston, donde sería reparado y perfeccionado. Bill Lasky y Sam Quayle disfrutaban de una semana de vacaciones con sus respectivas familias. Pitt les envidiaba. Él no podía permitirse el lujo de descansar, ya que Sandecker le había ordenado regresar a la sede de la NUMA para que le informara personalmente acerca de la expedición.

El avión aterrizó en el Aeropuerto Nacional de Washington unos minutos antes de las siete. Pitt permaneció sentado en su asiento mientras el resto de pasajeros se agolpaban en el pasillo. Consciente de que, por mucho que se apresurara, debería esperar a que su equipaje apareciera por la cinta transportadora, fue el último en abandonar el aparato.

Su Ford Cobra rojo del sesenta y seis estaba estacionado en el aparcamiento del aeropuerto. Su eficiente secretaria se había encargado de llevarlo a primera hora de la mañana. Pitt encontró en el parabrisas una nota:

*Querido jefe:*

*Bienvenido a casa. Lamento no haber venido personalmente a recogerte, pero tengo una cita...*

*Espero que esta noche tengas dulces sueños...*

*Le he dicho al almirante que tu avión no llegará hasta mañana por la noche. Así que, gracias a mí, tienes un día libre.*

*ZERRI.*

*P.D.: Casi olvidaba que conducir tu coche es como conducir una vieja bañera. Ha sido muy divertido...*

Pitt esbozó una sonrisa y, tras conectar el estárter, escuchó con satisfacción el rugido del motor de 427 centímetros cúbicos. Mientras esperaba unos segundos a que la temperatura del motor aumentara, releyó la nota de Zerri.

Zerri Pochinsky era la secretaria que cualquier hombre podía desear. Tenía treinta

años de edad, cuerpo escultural, larga cabellera, que caía graciosamente sobre sus perfectos hombros, y ojos castaños que conferían un halo de misterio a su mirada. A pesar de ello, no estaba casada, algo incomprensible para Pitt, que más de una vez se había planteado seducirla. Sin embargo, su larga experiencia le había enseñado que no era conveniente mezclar el trabajo con el placer.

En cualquier caso, mientras la imaginaba desnuda en su cama, aceleró el motor de su Cobra y arrancó. El viejo descapotable de dos plazas abandonó el aparcamiento del aeropuerto y se internó en la autopista que corría paralela al río Potomac. A la altura de un pueblo llamado Hague, Pitt salió de la autopista y tomó una estrecha carretera que conducía a Coles Point. Cuando vio el río a lo lejos, redujo la marcha para leer los nombres de los buzones alineados a lo largo de la calle. Al pasar junto a una anciana que paseaba su perro, se detuvo y, tras bajar la ventanilla, se dirigió a ella:

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde se encuentra la granja del señor Essex?

Recelosa, la mujer levantó el brazo y señaló en dirección opuesta a la que Pitt llevaba. Luego dijo:

—La granja de Essex está a un kilómetro de aquí. Ha pasado delante de ella. Es la casa que tiene una verja con dos leones de hierro forjado.

—Ah, sí, es cierto. Recuerdo haberlos visto.

Antes de que Pitt cambiara de sentido, la anciana se inclinó y apoyó su mano en la portezuela del vehículo.

—No le encontrará en casa. El señor Essex se marchó hace cuatro o cinco semanas.

—¿Sabe cuándo regresará? —preguntó Pitt.

—¡Quién sabe...! —exclamó encogiéndose de hombros—. En esta época del año acostumbra cerrar la casa para ir a Palm Springs. Mi hijo se encarga del cuidado de su vivero de ostras. El señor Essex va y viene. Claro, como vive solo, no tiene que dar explicaciones a nadie...

Sólo hay una manera de saber cuándo se larga: cuando su buzón está saturado de cartas.

De todas las personas a las que Pitt podría haber preguntado la dirección de Essex, pensó que había escogido a la mejor, pues aquella adorable anciana era sin duda la chismosa del pueblo.

—Gracias —dijo Pitt—. Me ha sido de mucha ayuda.

En aquel momento, la mujer esbozó una amable sonrisa y sugirió gentilmente:

—Si quiere dejarle un mensaje, yo misma puedo dárselo cuando vuelva. De hecho, cada día recojo su periódico...

—¿Sigue recibiendo el periódico en esta dirección?

La anciana asintió con la cabeza y puntualizó:

—No es de extrañar. Ese viejo es muy despistado.

Verá, sin ir más lejos, el otro día mi hijo estaba trabajando en los viveros cuando advirtió que la caldera de la calefacción desprendía vapor. Imagínese, se va de casa y deja la calefacción encendida... Menudo gasto, teniendo en cuenta las restricciones que estamos sufriendo.

—Ha dicho que el señor Essex vive solo, ¿verdad?

—Perdió a su esposa hace diez años —respondió la omnisapiente anciana—. Tiene tres hijos, pero viven lejos de aquí. Casi nunca le visitan, ¿sabe? Ni siquiera le escriben.

Pitt volvió a darle las gracias y subió la ventanilla antes de que la mujer siguiera taladrando sus tímpanos. No necesitó mirar por el retrovisor para saber que ella lo seguía con la mirada mientras se dirigía a la granja de Essex.

Tras atravesar una amplia avenida flanqueada por árboles, Pitt estacionó su coche frente a la casa de Essex, detuvo el motor y dejó los faros encendidos. Sentado al volante, escuchó el sonido de una sirena procedente del otro lado del río. Hacía una noche espléndida, clara y despejada. Las luces encendidas a ambos márgenes del río parecían ornamentos navideños.

La casa de Essex estaba a oscuras y en silencio. Pitt bajó del coche y se dirigió al garaje. Al cabo de unos segundos, abrió la puerta y vio dos coches en el interior.

Unos de ellos era un Ford y el otro un viejo Cadillac Brougham, uno de los últimos dinosaurios de la marca.

Ambos vehículos estaban cubiertos con una ligera capa de polvo.

Pitt se acercó al Cadillac y comprobó que su interior estaba immaculado. Perplejo, vio que el cuentakilómetros sólo marcaba diez mil kilómetros. Pensó que había penetrado en el mundo de Essex. A juzgar por el increíble estado de sus coches, el viejo embajador era sin duda un hombre meticoloso y ordenado.

Minutos más tarde, salió del garaje y se dirigió hacia la casa. El hijo de la anciana con quien había hablado estaba en lo cierto, la caldera de la calefacción estaba encendida y por la chimenea salía una fina columna de humo.

Pitt subió por la escalera y se detuvo en el porche, frente a la puerta principal. Luego tocó el timbre, pero nadie respondió a su llamada, por lo que instintivamente trató de abrir la puerta, que no ofreció resistencia alguna.

Ante su sorpresa, dudó unos segundos antes de entrar en la casa, pues no sólo le pareció extraño que la puerta no estuviera cerrada con llave, sino también el intenso hedor procedente del interior.

Finalmente entró asegurándose de dejar la puerta abierta tras de sí. El pequeño vestíbulo, así como la sala contigua al comedor, estaban completamente desiertos.

Pitt recorrió la casa de arriba abajo. Empezó por las habitaciones del piso superior, pero salvo el terrible hedor que impregnaba la atmósfera, no encontró nada

que llamara su atención. De nuevo en el vestíbulo, echó un vistazo al comedor, a la cocina y finalmente entró en el despacho.

John Essex estaba sentado en un sillón, con la mandíbula desencajada, los ojos desorbitados y una expresión de agonía en el rostro. Sus gafas colgaban grotescamente de una de sus orejas. Al parecer, la descomposición del cadáver se había acelerado debido a la elevada temperatura de la estancia. Essex había permanecido allí sin ser descubierto durante al menos un mes, y todos los indicios apuntaban a que había fallecido víctima de un infarto de miocardio.

Incapaz de apartar la mirada del viejo embajador, Pitt dedujo que durante las dos primeras semanas el cuerpo se había abotargado, desprendiendo los botones de la camisa. Más tarde, después de la total evaporación de los fluidos internos, la piel del cadáver había empezado a agrietarse.

El sudor perlaba la frente de Pitt. El insoportable hedor, junto con aquella terrible visión, le provocó intensas náuseas. Llevándose un pañuelo a la nariz, Pitt se arrodilló delante de Essex, cuyas inertes y rígidas manos sostenían con firmeza un viejo libro, que reposaba sobre su regazo. Al tratar de arrebatárselo, Pitt rozó el gélido dedo de Essex y se estremeció. En el pasado, había visto muchas veces el rostro de la muerte, y su reacción siempre había sido la misma: un sentimiento de repugnancia que de inmediato le hacía reflexionar acerca de que algún día a él también le llegaría la hora.

Vacilante, como si temiera despertar a Essex de un profundo sueño, tiró del libro con fuerza. A continuación, se dirigió a la mesa del escritorio, encendió una lámpara y hojeó las páginas. Al parecer, se trataba de una especie de diario personal. Tras leer con nerviosismo la primera página, las palabras parecieron revelarse en el papel amarillento y desgastado: «OBSERVACIONES PERSONALES DE RICHARD C. ESSEX. ABRIL DE 1914.»

Pitt se sentó a la mesa del escritorio y empezó a leer.

Al cabo de una hora, se levantó y contempló el cuerpo sin vida de John Essex. Tras la lectura del diario de su abuelo, en lugar de repulsión sintió pena por aquel pobre hombre.

—¡Pobre viejo loco! —musitó con tristeza.

Finalmente apagó la luz y abandonó la casa, dejando de nuevo solo y en la oscuridad de su despacho al antiguo embajador de Inglaterra.

El olor a pólvora aumentaba a medida que Pitt se acercaba al campo de tiro situado a las afueras de Fredericksburg, Virginia. Tras dejar atrás a un grupo de tiradores, que se afanaban por demostrar su habilidad en el manejo de las armas de fuego antiguas, se detuvo junto a un hombre calvo que, sentado y con los hombros encorvados, cargaba de pólvora el cañón estriado de una escopeta de un metro de longitud.

Joe Epstein, columnista del *Baltimore Sun* y ávido aficionado a las viejas armas de fuego durante el fin de semana, se levantó, apuntó su escopeta hacia el blanco y a continuación acarició suavemente el gatillo. Envuelto en una nube negra de humo, Epstein contempló la diana con unos prismáticos y luego volvió a cargar de pólvora el cañón de su arma.

—Los indios te liquidarían antes de que cargaras esta reliquia —ironizó Pitt, esbozando una sonrisa.

Los ojos de Epstein brillaron de alegría al reconocer la voz de su amigo.

—Para tu información, esta «reliquia», como tú la llamas, puede disparar cuatro cargas en un minuto.

—Usando una gastada tela de colchón y una vara, el periodista introdujo una bola de plomo en el cañón de su escopeta—. Por cierto, te he llamado varias veces.

—Lo sé, pero he estado bastante ocupado —replicó Pitt. Luego, dirigiendo su mirada a la escopeta, preguntó—: ¿Qué diablos es?

—Un trabuco de chispa. Un Brown Bess de calibre setenta y cinco, el arma que usaban los soldados británicos a finales del siglo dieciocho en la guerra de Independencia. ¿Quieres probarla?

Pitt tomó el arma que le entregó Epstein y apuntó a un blanco situado a unos trescientos metros de distancia. Mientras lo hacía preguntó:

—¿Has averiguado algo?

—En el archivo del periódico hallé algo relacionado con el caso en los microfilmes. —Epstein cargó el arma y sugirió a Pitt—: El truco es no moverse cuando la chispa del pedernal enciende la pólvora del cañón.

Pitt asintió con la cabeza mientras apoyaba la culata del trabuco en su hombro y apretaba el gatillo. En un instante, una nube de humo negro le cegó los ojos al tiempo que sentía en el hombro una fuerte sacudida.

Epstein dirigió los prismáticos hacia el blanco y dijo:

—Veinte centímetros desviado del centro. ¡No está mal para un tipo de ciudad! —En aquel momento, a través de los altavoces se anunció el cese de las pruebas de tiro y todos se dirigieron hacia las dianas para reemplazarlas—. Acompáñame y te pondré al corriente de cuanto he averiguado.

Pitt asintió en silencio y siguió a Epstein.

—Me diste dos nombres, Richard Essex y Harvey Shields. Essex era el subsecretario de Estado, y Harvey Shields el subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Ambos tenían en común su dedicación exclusiva a la política, aunque siempre desempeñaron su labor entre bastidores.

—Lo que acabas de decir no me resulta novedoso, Joe. Sin duda debes de haber averiguado algo más...

—La verdad, no mucho —le interrumpió Epstein—. Lo único que sé es que nunca se reunieron, al menos mientras ostentaron sus cargos políticos.

—Permíteme que lo ponga en duda. Tengo una fotografía de ambos saliendo de la Casa Blanca.

Epstein se encogió de hombros.

—Al parecer, me he precipitado en la deducción...

¡Como siempre!

—¿Qué fue de Shields?

—Murió en el naufragio del *Empress of Ireland*.

—Conozco la historia del *Empress*, un crucero que se hundió en el río St. Lawrence tras colisionar con un carguero noruego. Dicen que en el naufragio murieron cerca de mil personas.

Epstein asintió con la cabeza.

—Pues yo no había oído hablar de la tragedia hasta que leí la necrológica de Shields. Sin duda fue el peor desastre marítimo de la década.

—¡Qué extraño! El *Empress*, el *Titanic* y el *Lusitania* se hundieron en cuestión de tres años.

—En fin, el cuerpo de Shields nunca fue hallado, pero su familia celebró el funeral en un pequeño pueblo de Gales. Esto es todo cuanto puedo decirte acerca de él.

Al llegar a la diana, Epstein observó los impactos.

—Es impresionante, tratándose de un viejo trabuco.

—¡Menudos boquetes...! —exclamó Pitt, mirando la diana.

—Imagina lo que podría hacer una bala del calibre setenta y cinco en el pecho de un hombre.

—No quiero ni pensarlo —dijo Pitt.

Epstein sustituyó la diana y los dos volvieron a la línea de tiro.

—¿Qué sabes acerca de Essex? —preguntó Pitt.

—¿Qué puedo contarte que tú no sepas?

—Para empezar, quizá puedas decirme cómo murió.

—Murió en un accidente ferroviario —respondió Epstein— Al parecer, un puente se derrumbó en el río Hudson. Murieron más de cien personas, Essex fue una de ellas.

Pitt guardó silencio durante un instante y luego comentó:

—Estoy seguro de que, enterrado en los viejos archivos del condado en que tuvo lugar el siniestro, debe de haber un informe en que se detallen los nombres de las víctimas.

—Te equivocas —corrigió Epstein.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

—En este punto hallamos una intrigante coincidencia entre los dos hombres. Essex y Shields murieron el mismo día, el veintiocho de mayo de mil novecientos catorce, y ninguno de los dos cuerpos fueron recuperados.

—¡Magnífico! —exclamó Pitt—. Dicen que nunca llueve sobre mojado, pero hasta ahora jamás había creído que fuera cierto.

—Cuando se investiga el pasado, a menudo se descubren revelaciones realmente sorprendentes.

—La coincidencia de sus muertes parece increíble.

¿Crees que podría ser algo más que una mera coincidencia, es decir, una conspiración...?

Epstein hizo un gesto de negación con la cabeza y contestó:

—Francamente me parece improbable. Además, ¿por qué sacrificar dos mil almas cuando Shields pudo ser asesinado en medio del Atlántico?

—Es cierto —convino Pitt.

—¿Te importaría aclararme a qué viene tanto interés por este asunto?

—Todavía no tengo una respuesta...

—No me malinterpretes. Sólo lo preguntaba porque si andas tras un asunto de interés periodístico, espero que te acuerdes de los viejos amigos...

—Aún es pronto para decirlo. Por otro lado, quizá esté equivocado y se trate de algo intrascendente.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Dirk, y sé que no sueles mojarte el trasero por nada.

—Bueno, supongo que siempre me he sentido atraído por los misterios históricos.

—En ese caso, estoy seguro de que lo que voy a decirte te interesará.

—No te andes con rodeos y desembucha de una vez.

—La zona del río donde el puente se derrumbó fue dragada durante casi un mes. Pues bien, lo misterioso es que no hallaron un solo cuerpo.

Pitt se detuvo y miró a Epstein con perplejidad.

—No puedo creerlo. Lo lógico es que algunos cuerpos fueran arrastrados por la corriente hasta la orilla...

—Y eso no es todo —le interrumpió Epstein—. Lo más increíble es que el tren también desapareció.

—¡Por los clavos de Cristo!

—Por simple curiosidad profesional, leí el informe elaborado por la compañía acerca del desastre del *Manhattan Limited*. Los buzos rastrearon en vano la zona durante semanas. La locomotora y los vagones parecían haber sido engullidos por arenas movedizas. Los directores de la New York & Quebec Northern Railroad gastaron una fortuna tratando de encontrar el tren. Finalmente decidieron arrojar la toalla y, poco tiempo después, la compañía fue absorbida por la New York Central.

—Y ahí acaba la historia...

—En absoluto —puntualizó Epstein—. Se dice que el fantasma del *Manhattan Limited* sigue recorriendo el mismo trayecto desde entonces.

—¿Bromeas?

—Palabra de honor de *boy scout*. Los habitantes del lugar juran haber visto un tren fantasma circulando por la vía, desvaneciéndose al llegar a la altura del viejo puente. Como supondrás, la aparición se produce a medianoche.

—Por supuesto, es lo habitual en estos casos —convino Pitt, sarcásticamente—. Creo que has olvidado mencionar que las apariciones tienen lugar en las noches de luna llena.

Epstein se encogió de hombros y lanzó una sonora carcajada.

—Creí que las historias macabras te gustaban tanto como a mí.

—¿Hiciste copias de los documentos? —inquirió Pitt.

—¿Con quién crees que estás hablando, Pitt? Tienes a tu disposición una carpeta llena de material relacionado con el hundimiento del *Empress* y la investigación oficial de la tragedia. He incluido una lista con nombres y direcciones de personas que se dedican a la investigación de grandes desastres. La carpeta está en mi coche, dentro de un sobre. Iré por ella —dijo Epstein dirigiéndose hacia el aparcamiento del campo de tiro.

—Agradezco de veras tu esfuerzo y el tiempo perdido, Joe.

Epstein asintió con la cabeza y dijo:

—Sólo una pregunta, Dirk, creo que me la debes.

¿Trabajas por tu cuenta o esta investigación es un proyecto de la NUMA?

—Se trata de un asunto estrictamente personal.

—Lo suponía —Epstein bajó la mirada y golpeó con el pie una piedra—. ¿Sabías que un descendiente de Richard Essex fue hallado muerto recientemente?

—Sí, lo sabía, se trata de John Essex.

—Uno de nuestros reporteros cubrió la historia —comentó Epstein, mirando el Ford Cobra de su amigo—.

Un hombre que respondía a tu descripción, conduciendo un deportivo rojo como el tuyo, al parecer fue visto en los alrededores de la casa de Essex haciendo preguntas una hora antes de que la policía recibiera la llamada anónima comunicando su muerte.



—¡Qué extraña coincidencia!

—¿Coincidencia? Vamos, Dirk, ¿dime de una vez en qué diablos estás metido?

Pitt se acercó en silencio hacia su coche. Luego esbozó una sonrisa forzada y respondió:

—Créeme, amigo mío, si te digo que es mejor para ti que te mantengas al margen de este asunto.

La mansión de Graham Humberly estaba situada en lo alto de una colina de Palos Verdes, una lujosa zona residencial de Los Ángeles. Su arquitectura reunía una ecléctica mezcla de elementos contemporáneos y coloniales. Situada en el centro de la terraza principal, el agua que brotaba de una gran fuente era canalizada hasta una piscina circular. Desde la terraza, podía contemplarse una espectacular panorámica del este de la ciudad, mientras que desde la parte posterior de la mansión se divisaba el océano Pacífico y la isla Catalina.

La música que interpretaba una banda de mariachis y el murmullo de cientos de voces dieron la bienvenida a Shaw al entrar en la mansión de los Humberly. Algunos camareros se afanaban en la preparación de cócteles, mientras otros se encargaban de servir platos mejicanos en una larga mesa.

Un hombre de baja estatura, cuya cabeza parecía estar desproporcionada en relación a sus estrechos hombros, se acercó a Shaw. Iba vestido con un esmoquin que llevaba un dragón oriental bordado en la espalda.

—Hola, soy Graham Humberly —se presentó sonriendo—. Bienvenido a la fiesta.

—Brian Shaw. Encantado de conocerle.

—Ah, sí, señor Shaw. Lamento no haberle reconocido, pero nuestros mutuos amigos olvidaron enviar su fotografía.

—Tiene una magnífica mansión. No hay nada parecido en Inglaterra.

—Es muy amable, pero le aseguro que el mérito es de mi esposa. Personalmente prefería algo más modesto, pero por fortuna prevaleció su gusto estético.

Por su acento, Shaw adivinó que Humberly era de Cornualles.

—¿Se encuentra en la fiesta la capitana Milligan?

Humberly tomó a Shaw por el brazo y le condujo a un rincón apartado de la terraza.

—Sí, está aquí —susurró—. He tenido que invitar a todos los oficiales del barco para asegurarme de que vendría. Acompañeme y se la presentaré.

—Gracias, pero odio las presentaciones —se excusó Shaw—. Así que, si me indica quién es, me presentaré yo mismo.

—Como prefiera. —Humberly echó un vistazo a los invitados reunidos en la terraza, hasta que su mirada se detuvo en una mujer que se encontraba junto a la barra del bar—. Es esa rubia alta y atractiva vestida de azul.

Shaw observó de inmediato que estaba rodeada por varios oficiales vestidos con sus uniformes de gala. Calculó que tendría unos treinta años de edad y que irradiaba seguridad y confianza en sí misma, pues parecía aceptar las atenciones de los oficiales con naturalidad. Se sintió atraído por ella desde el primer momento.

—Quizá si me acerco a ella logre espantar a todos esos moscardones —sugirió Humberly.

—No se preocupe —replicó Shaw—. Por cierto, ¿podría prestarme un coche?

—Tengo toda una flota. ¿En qué clase de vehículo está pensando? ¿Quizá en una limusina con chófer?

—En absoluto, prefiero algo mucho más rápido.

Tras repasar mentalmente sus automóviles, Humberly inquirió:

—¿Qué le parece un Rolls-Royce descapotable?

—Excelente.

—Lo encontrará en el garaje. Es de color rojo y tiene las llaves puestas.

—Muchísimas gracias.

—De nada. Estoy a su entera disposición. Buena caza.

Humberly reemprendió sus labores de anfitrión, mientras Shaw se dirigía hacia el bar para presentarse a Heidi Milligan. Al acercarse a ella, un joven teniente le miró con acritud y dijo:

—No vaya tan deprisa, abuelo.

Shaw le ignoró por completo y sonrió a Heidi.

—Capitana Milligan, soy el almirante Brian Shaw.

¿Puedo hablar con usted... a solas?

Heidi observó atentamente a Shaw tratando de adivinar cuáles eran sus intenciones y respondió:

—Por supuesto, almirante.

En aquel momento el joven teniente se sonrojó como si acabara de descubrir que llevaba la bragueta del pantalón bajada.

—Acepte mis disculpas, señor, pero creí que... —se disculpó.

Shaw esbozó una benevolente sonrisa al joven y replicó:

—No lo olvides, muchacho, antes de atacar debes conocer a tu enemigo...

—¡Debo reconocer que me gusta su estilo, almirante!

—exclamó Heidi, sintiendo cómo el aire de la noche acariciaba su rostro.

Shaw pisó el acelerador a fondo y el motor del Rolls rugió mientras avanzaba a toda velocidad por la autopista de San Diego. Cuando Shaw abandonó la fiesta en compañía de Heidi, no sabía exactamente adonde ir. Habían pasado treinta años desde la última vez que estuvo en Los Ángeles.

Sentado al volante, miró de reojo a su hermosa acompañante y notó que ésta le tocaba el brazo.

—Será mejor que no vaya tan deprisa, almirante. De lo contrario, podríamos tener problemas con la policía.

Consciente de que no debía correr ningún riesgo, Shaw redujo la velocidad y a continuación encendió la radio. En aquel instante, se escucharon los románticos

acordes de un vals de Strauss. Cuando se disponía a cambiar de emisora, Heidi rozó su mano y dijo:

—No, por favor, esta música me encanta. —Heidi se acomodó en el asiento y, mientras contemplaba el cielo estrellado, preguntó—: ¿Adónde vamos?

—Una vieja trampa escocesa —comentó él, echándose a reír—. Consiste en secuestrar a las mujeres y llevarlas a lugares remotos... De esta forma se muestran interesadas y están dispuestas a hacer lo que sea para volver a casa...

—Conmigo no funcionará —repuso Heidi con firmeza—. En estos momentos, me encuentro a cinco mil kilómetros de mi casa.

—Al parecer, ha olvidado su uniforme...

—Según las normas de la armada, las oficiales están autorizadas a vestir de paisano en las fiestas sociales.

—¡Tres hurras por la armada americana! —bromeó Shaw.

Heidi miró de nuevo a Shaw y dijo:

—Nunca había conocido a un almirante que condujera un Rolls-Royce.

—Para su información, le aseguro que no encontrará ningún viejo almirante británico al volante de otro coche.

—¡Tres hurras por la armada británica! —exclamó Heidi, lanzando una carcajada.

—La verdad es que llevé a cabo una serie de afortunadas inversiones cuando comandaba un destacamento naval en Ceilán —mintió Shaw.

—Y ahora que está retirado del servicio activo, ¿a qué se dedica?

—Básicamente a escribir libros históricos. *Nelson en la batalla del Nilo* y *El almirantazgo en la Segunda Guerra Mundial* son mis obras más conocidas. No puede decirse que sean *bestsellers*, pero lo cierto es que me he ganado cierto prestigio.

—¿Me está tomando el pelo?

—¿Cómo dice?

—¿De veras escribe libros históricos?

—Se lo aseguro —respondió Shaw con aparente inocencia—. ¿Por qué iba a mentirle?

—Es increíble —murmuró Heidi—. Yo también escribo, aunque todavía no he conseguido publicar ninguno de mis libros.

—Qué agradable coincidencia —dijo Shaw, mostrándose sorprendido. A continuación tomó la mano de Heidi y, mientras la acariciaba, susurró—: ¿A qué hora tiene que reincorporarse?

—No hay prisa —respondió Heidi con voz temblorosa.

En aquel momento las luces del coche iluminaron la señal que indicaba la próxima ciudad y Shaw preguntó:

—¿Ha estado alguna vez en Santa Bárbara?

—No —respondió ella con un hilo de voz—, pero he oído que es una ciudad

maravillosa.

A la mañana siguiente Heidi pidió al servicio de habitaciones que les subieran el desayuno a la habitación.

Mientras servía el café, tuvo una extraña sensación de placer. Hacer el amor con un extraño había despertado en ella cierto temor, desconocido hasta el momento.

Recordaba fácilmente todos y cada uno de los hombres con que había estado: el tímido guardamarina en Annápolis, su ex marido, el almirante Walter Bass, Dirk Pitt y ahora Shaw... Incluso era capaz de imaginarlos alineados frente a ella, como si se encontraran en una parada militar. Sólo cinco... los suficientes para formar un pequeño destacamento.

Heidi se preguntó por qué, con el paso del tiempo, las mujeres se arrepentían de no haber aprovechado las oportunidades que la vida les brindaba. A menudo recordaba que, durante su juventud, jamás se atrevía a mantener relaciones esporádicas con los pretendientes que surgían. Enojada consigo misma, se dijo que había sido una estúpida por cerrar las puertas al sexo. Para los hombres con que había estado el sexo era tan sólo una cuestión superficial. Sin embargo, ella sentía cómo el placer brotaba de lo más hondo de su ser y se extendía por todo su cuerpo. Mientras que para ellos era algo parecido a ver una película, Heidi sabía que para una mujer era mucho más importante.

—Estás muy pensativa —dijo Shaw y retiró el cabello de Heidi que cubría sus hombros, luego besó con ternura el lóbulo de su oreja—. ¿Lamentas lo ocurrido?

—No, pero he sufrido un acceso de nostalgia.

—¿Cuándo zarpas?

—Dentro de dos días.

—Así pues, todavía tenemos tiempo de estar juntos.

Heidi movió la cabeza y susurró:

—Estaré de servicio hasta que no soltemos amarras...

Shaw se levantó, se acercó a la ventana y contempló la panorámica que se divisaba desde la habitación del hotel. La costa de Santa Bárbara estaba envuelta por una densa neblina matinal.

—¡Qué lástima! —musitó Shaw—. ¡Tenemos tanto en común...!

Tras levantarse, Heidi se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Qué planes tienes para nosotros? ¿Quizá hacer el amor por la noche e investigar de día?

Shaw se echó a reír e ironizó:

—Ah, los americanos y vuestro sentido del humor...

Me parece una buena idea. Por cierto, ¿en qué estás trabajando actualmente?

—En mi tesis doctoral: la armada durante el gobierno del presidente Wilson.

—Suenan bastante aburrido.

—Lo es —comentó Heidi, con gesto pensativo—. Por cierto, ¿has oído hablar del Tratado Norteamericano?

Shaw guardó las apariencias, aunque interiormente respiró satisfecho. Sin coacciones, sin intrigas ni torturas, Heidi estaba a punto de ponerle al corriente del asunto que constituía el objeto de su misión.

—Ahora que lo comentas... sí, creo haber leído algo acerca de ese tratado...

Heidi no podía dar crédito a las palabras de Shaw.

Estaba tan sorprendida que se quedó sin habla.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, sólo que... —balbuceó y luego, con evidente interés, preguntó—: ¿Tienes alguna referencia del tratado? ¿Conoces su contenido?

—Lo cierto es que he olvidado su contenido, aunque creo recordar que se trataba de algo intrascendente. De todas formas, si estás interesada en ese tratado, encontrarás información en cualquier archivo oficial de Londres.

—Shaw encendió un cigarrillo parsimoniosamente y preguntó—: ¿El estudio del tratado forma parte de tu tesis?

—En absoluto —respondió Heidi—. Hojeando documentos relacionados con el presidente Wilson encontré uno en que se mencionaba la existencia de un tratado.

Por mera curiosidad traté de encontrar referencias del mismo pero, hasta la fecha, no he hallado prueba histórica alguna que verifique su existencia.

—Si lo deseas, en cuanto regrese a Londres, puedo enviarte una copia del tratado.

—No será necesario, con descubrir que no es un mero producto de mi imaginación me basta. Además, todas las notas referentes al tratado las tiene un amigo mío de Washington.

—En tal caso, dame su nombre y dirección y le enviaré la copia —dijo Shaw tratando de no evidenciar su impaciencia.

—Se llama Dirk Pitt. Trabaja para la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas.

Shaw había logrado su propósito. Cualquier otro agente en sus mismas circunstancias, se habría librado al instante de Heidi para tomar un avión con destino a Washington. Sin embargo, siempre había sido un hombre atento con las mujeres; no había motivo para dejar de serlo esta vez.

Tras besar apasionadamente a Heidi, le susurró al oído:

—Todavía queda mucho por investigar... Volvamos a la cama...

Una ligera brisa matinal soplaba procedente del noroeste. Aunque la temperatura era baja, Pitt, que se encontraba junto a la orilla del río St. Lawrence, tuvo la impresión de hallarse en el Polo Norte. Al respirar hondo, percibió el singular olor a petróleo y alquitrán que desprendía la pequeña bahía situada a unos kilómetros de Rimouski, provincia de Quebec. Caminando sobre los viejos tablones del muelle, llegó hasta una pasarela que conducía a una embarcación. Esta, de unos quince metros de eslora y amplias cubiertas, contaba con dos hélices y dos motores diesel. Por sus características funcionales, era óptima para realizar excursiones de placer.

El casco estaba pintado de color negro y la superestructura era impecable, señales inequívocas de que su propietario debía de ser un aficionado.

Cuando se dirigía a la cubierta de popa, un hombre salió de la cabina de mando. Llevaba un gorro azul de lana con el que cubría su tosco cabello negro. Tenía el rostro curtido como si hubiera librado múltiples batallas, pero la expresión de sus ojos era melancólica y triste.

—Mi nombre es Dirk Pitt —se presentó—. Estoy buscando a Jules Le Mat.

El hombre guardó silencio durante un instante y, tras esbozar una amplia sonrisa, le saludó:

—Bienvenido a bordo, monsieur Pitt.

—Hermoso barco...

—Yo no diría tanto, pero he de reconocer que, al igual que una buena esposa, es fiel y servicial. —Le Mat estrechó la mano de Pitt con energía y agregó—: Ha escogido un buen día para venir. El St. Lawrence hoy está tranquilo y no hay rastro de niebla. Si me echa una mano, zarparemos dentro de unos minutos.

Le Mat volvió a la cabina de mando y encendió los motores, mientras Pitt soltaba las amarras y las recogía en cubierta. A medida que la quilla de la embarcación avanzaba por las verdosas aguas de la bahía, éstas fueron palideciendo hasta adoptar un intenso color azul.

A unos cincuenta kilómetros de distancia, atisbaron las cimas de las montañas nevadas de la orilla opuesta. En su marcha, se cruzaron con un barco de pesca que se dirigía hacia el muelle y que hizo sonar su sirena en señal de saludo. Detrás de ellos, las agujas de las pintorescas catedrales de Rimouski brillaban a lo lejos bajo el sol reluciente de la mañana. La gélida brisa aumentaba a medida que se adentraban en la parte más profunda del río y Pitt decidió entrar en la cabina.

—¿Le apetece una taza de té? —le ofreció Le Mat.

—Me encantaría —aceptó Pitt, sonriendo.

—La tetera está en la cocina —dijo Le Mat sin soltar el timón y con la mirada fija en el horizonte—. Sírvese usted mismo. No puedo distraerme... Más de uno se ha

hundido al chocar contra los témpanos de hielo que flotan en la superficie. En esta época del año el río es más traicionero que nunca.

Pitt se sirvió una taza de té y se sentó junto a Le Mat, contemplando la hermosa vista del exterior. Le Mat tenía razón. Las aguas del río estaban plagadas de témpanos de hielo del mismo tamaño que la propia embarcación.

—¿Qué tiempo hacía la noche en que el *Empress of Ireland* naufragó? —preguntó rompiendo el silencio.

—El cielo estaba despejado y el río en calma —respondió Le Mat—. La temperatura del agua era muy baja y no hacía viento. Sin embargo, una ligera niebla se había puesto sobre la superficie, algo común en primavera, cuando los aires cálidos rozan las gélidas aguas del río.

—¿Cree que el *Empress* era un buen barco?

—Sin duda uno de los mejores —replicó Le Mat con acritud al considerar ingenua aquella pregunta—. Estaba dotado de los últimos avances de la época, y no olvide que pertenecía a la Canadian Pacific Railway... toda una garantía. Él y su hermano gemelo, el *Empress of Britain*, eran dos espléndidos transatlánticos, de unas catorce mil toneladas y ciento setenta metros de eslora. Sus camarotes quizá no eran tan elegantes como los del *Olympic* o el *Mauritania*, pero no tardaron en alcanzar una sólida reputación, ya que proporcionaban a sus pasajeros una confortable y lujosa estancia durante la travesía del Atlántico.

—Creo recordar que, en su última travesía el *Empress* zarpó de Quebec con rumbo a Liverpool —dijo Pitt.

—En efecto. Zarpó a las cuatro y media de la madrugada y, nueve horas más tarde, sus restos descansaban en el fondo del río. La maldita niebla se encargó de escribir su epitafio.

—La niebla y... el carguero *Storstad*.

—Veo que ha hecho todos los deberes, monsieur Pitt —dijo Le Mat con sorna—. Lo misterioso del naufragio es que nunca se llegó a comprender por qué diablos colisionaron ambas embarcaciones. Sus respectivas tripulaciones sin duda debieron de divisar al otro barco desde varios kilómetros de distancia. Sin embargo, cuando se encontraban a tan sólo tres kilómetros, un denso banco de niebla se interpuso entre ambos. El capitán Kendall, oficial al mando del *Empress*, detuvo las máquinas. Fue un error, debió haber mantenido el rumbo. Por su parte, en la cabina de mando del *Storstad* reinó la confusión cuando, ante sus ojos, el enorme trasatlántico desapareció en la niebla. Sin duda creyeron que el *Empress* avanzaba hacia ellos por babor, cuando en realidad se había detenido justo a estribor. El primer oficial del *Storstad* ordenó virar a la derecha, condenando sin saberlo al *Empress of Ireland* y a todos sus pasajeros.

Le Mat se interrumpió y señaló hacia un enorme témpano de hielo que flotaba a la



deriva delante de ellos.

—Este año hemos tenido un frío invierno. A unos doscientos kilómetros corriente arriba, el río todavía está congelado.

Pitt escuchaba atentamente mientras sorbía su té.

—Las seis mil toneladas del *Storstad* —prosiguió Le Mat—, junto con las once de carbón que transportaba, penetraron en el casco del *Empress* como un torpedo y practicaron un boquete de ocho metros de alto por cinco de ancho. En menos de quince minutos, el *Empress* reposaba en el lecho del St. Lawrence, llevándose consigo a casi mil almas.

—Resulta extraño cómo el recuerdo de una tragedia puede desvanecerse con el paso de los años —comentó Pitt, con gesto pensativo.

—Es cierto —convino Le Mat—. Si pregunta a un estadounidense o a un europeo acerca del *Empress*, le responderán que nunca han oído hablar de él. Parece un delito que la gente olvide estas cosas.

—Usted no lo ha olvidado.

—Ni yo ni todos los habitantes de la provincia de Quebec —dijo Le Mat, señalando hacia el este—. Detrás del Pointe au Pére yacen en un pequeño cementerio ochenta y ocho víctimas de la tragedia sin identificar. —El rostro de Le Mat se entristeció al pronunciar estas palabras.

Pitt pensó que hablaba de la tragedia como si hubiera tenido lugar el día anterior—. El Ejército de Salvación tampoco ha olvidado lo que ocurrió. En el *Empress* viajaban unos ciento setenta jóvenes que se dirigían a Londres para participar en una convención, de los que sólo sobrevivieron veintisiete. Todos los años celebran en el cementerio de Mount Pleasant en Toronto el aniversario del naufragio en recuerdo de sus víctimas.

—He oído que el *Empress* se ha convertido en su obsesión.

—Es cierto, siento una profunda pasión por él. Es como si se tratara de un gran amor, como si hubiera visto a la mujer de mis sueños en una fotografía del siglo pasado y tuviera la imperiosa necesidad de encontrarla.

—No se moleste, Le Mat, pero creo más en la realidad de los hechos que en la pura fantasía —comentó Pitt.

—A veces la fantasía es más gratificante que la propia realidad —replicó Le Mat, con nostalgia. De pronto, viró bruscamente el timón para evitar un nuevo témpano que se abalanzaba sobre la quilla de la embarcación—. Entre los meses de junio y septiembre, cuando el tiempo es más cálido, suelo bucear por los alrededores de la zona donde tuvo lugar el naufragio.

—¿En qué condiciones se encuentra el *Empress*?

—Después de setenta y cinco años bajo el agua, podría estar peor. Creo que la fría temperatura del río diluye la salinidad procedente de las aguas marinas, por lo que su

casco se conserva en relativo buen estado.

—¿A qué profundidad se encuentra? —preguntó Pitt.

—A unos cincuenta metros. Demasiada profundidad para sumergirse con aire comprimido, aunque yo me arriesgo. —Le Mat detuvo los motores y dejó que la embarcación avanzara mecida por la corriente del río. Luego se volvió y miró a Pitt fijamente—. Dígame, monsieur Pitt, ¿por qué tiene tanto interés por el *Empress*? ¿Por qué se ha puesto en contacto conmigo?

—Estoy buscando información acerca de un pasajero, que murió en el naufragio, llamado Harvey Shields.

Me han dicho que nadie sabe tanto del *Empress* como Jules Le Mat.

Le Mat pensó durante un instante en la respuesta de Pitt y dijo:

—Sí, recuerdo que Shields fue una de las víctimas. No se halló rastro alguno de él durante las labores de salvamento. Supongo que ese hombre fue uno de los setecientos pasajeros que desaparecieron bajo las aguas.

—Tal vez encontraron su cuerpo pero no pudieron identificarlo, como ocurrió con las ochenta y ocho personas enterradas en el cementerio de Pointe au Pére.

Le Mat negó con la cabeza y repuso:

—La mayoría de ellos viajaban en tercera clase.

Shields era un diplomático británico, así que, de haber encontrado su cuerpo, habría sido identificado de inmediato.

Pitt dejó sobre una mesa su taza de té.

—En tal caso, puedo dar por finalizada mi investigación.

—Se equivoca, monsieur Pitt —replicó Le Mat, ante la mirada perpleja de Pitt—. El *Empress of Ireland* yace bajo nuestros pies. Si me acompaña, se lo mostraré...

Pitt siguió a Le Mat hasta la cubierta de proa, donde el francés señaló hacia una mancha anaranjada que se extendía en el fondo del río.

Poco después del atardecer, Pitt giró el volante del coche que había alquilado y abandonó la autopista para adentrarse en una estrecha carretera, que corría paralela al río Hudson. Al pasar junto a una señal que indicaba la proximidad de una zona turística, escenario de una de las batallas de la guerra de Independencia, pensó en detener el vehículo para estirar las piernas. Finalmente decidió continuar para llegar a su destino antes del anochecer. El paisaje cobraba una belleza especial a la luz del atardecer; los campos, que se extendían hasta la orilla del río, brillaban intensamente bajo una tardía tormenta de nieve. Minutos más tarde, Pitt se detuvo en una pequeña gasolinera cercana al pueblo de Coxsackie.

El empleado, un hombre mayor vestido con un mono azul, se encontraba en el interior de la oficina sentado junto a una estufa de carbón. Pitt llenó el depósito de su automóvil y entró en la oficina. El hombre echó un vistazo a través de la ventana para comprobar el número del surtidor.

—Serán veinte dólares.

Pitt pagó la cuenta en efectivo y luego preguntó:

—¿Cuánto queda para llegar a Wacketshire?

—¿Wacketshire...? —repitió el empleado, mirando a su cliente con suspicacia—. Hace años que nadie me pregunta por ese maldito pueblo. De hecho, ya no existe.

—¿Insinúa que me dirijo a un pueblo fantasma situado en pleno estado de Nueva York?

—No bromeo, señor. Cuando la línea férrea fue clausurada en el cuarenta y nueve, Wacketshire murió. La mayoría de sus edificios fueron saqueados por vándalos.

En la actualidad, nadie vive allí, salvo un escultor excéntrico.

—¿Quedan restos del viejo trazado ferroviario?

—No —repuso el viejo—. Es una lástima, aunque al menos no tenemos que soportar el ruido de las modernas locomotoras. El último tren que recorrió la vieja línea era de vapor.

—Quizá dentro de unos años los trenes vuelvan a funcionar con vapor —pronosticó Pitt.

—No viviré para verlo —comentó el empleado y, mirando a Pitt, preguntó con curiosidad—: ¿Por qué diablos está interesado en una línea muerta?

—Soy un fanático de los trenes —mintió Pitt convincentemente—. Me interesan especialmente los trenes antiguos. En la actualidad, estoy buscando información acerca del *Manhattan Limited*, de la New York & Quebec Northern System.

—Ese es el tren que cayó por el puente de Deauville, ¿verdad? ¿Sabía que en el accidente murieron cien personas?

—Sí, estoy enterado —respondió Pitt, asintiendo con la cabeza.

El viejo se volvió y, tras echar un nuevo vistazo a través de la ventana, comentó:

—El *Manhattan Limited* es especial. Tiene alma propia. Todas las noches, desde hace setenta y cinco años, recorre el mismo trayecto.

Pitt no estaba seguro de haber escuchado correctamente lo que el empleado había dicho. Sin embargo, lo más sorprendente era que el viejo hablaba del *Manhattan Limited* en presente.

—Supongo que se refiere a otro tren, ¿no es cierto?

—No, señor. Mis viejos ojos han visto al *Manhattan Limited* avanzando por la maltrecha vía, con su foco encendido y haciendo sonar su silbato como la noche en que se precipitó al río.

Pitt pensó que aquel tipo hablaba de un tren fantasma como si lo estuviera haciendo del tiempo.

Cuando detuvo el vehículo en un estrecho arcén de la carretera, estaba anocheciendo. Un gélido viento del norte agitaba las ramas de los árboles. Antes de bajar del coche, Pitt se levantó el cuello de su cazadora de piel y se cubrió la cabeza con un gorro de lana.

Mientras caminaba por un sendero helado que conducía a la orilla del río, escuchó el crujido de sus botas al hundirse en la nieve. De pronto, se dio cuenta de que había olvidado sus guantes, pero en lugar de volver al coche y perder los escasos minutos de luz que quedaban, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Tras caminar medio kilómetro, el sendero le condujo hasta un bosque de altos nogales. Abriéndose paso entre las ramas heladas, que soportaban con dificultad montones de nieve, llegó a un terraplén. La pendiente era bastante pronunciada y se vio obligado a apoyar las manos en el suelo para ascender. Cuando alcanzó la cima, contempló el trazado de la línea muerta a que se había referido el empleado de la gasolinera. Se encontraba en un estado deplorable. En algunas zonas la vía estaba completamente cubierta de nieve, mientras que la mayoría de los tramos estaban oxidados. No cabía la menor duda, aquella vieja vía era sólo un recuerdo del pasado.

En la penumbra del atardecer, sus ojos contemplaron lo que antaño había sido una línea férrea muy transitada. Los postes del telégrafo permanecían aparentemente intactos a lo largo de la vía, como si se tratara de un batallón de soldados dispuestos a entrar en batalla.

Pitt siguió avanzando hasta alcanzar el viejo y derruido puente. El aire era cada vez más frío y no tardó en sentir que sus huesos se entumecían.

Los pilares que en el pasado sostuvieron el colosal puente todavía se mantenían en pie como solitarios centinelas custodiando las aguas del río Hudson. Sin embargo, no había rastro alguno del armazón metálico que éstos habían soportado. El puente jamás fue reconstruido.

Pitt se arrodilló y permaneció allí durante un rato tratando de imaginar lo ocurrido aquella funesta noche y, por un momento, creyó ver las luces rojas del último vagón del *Manhattan Limited* hundiéndose en el río.

De pronto, le pareció escuchar el sonido de un lejano silbato que le devolvió a la realidad. Sorprendido, se levantó y prestó atención, pero lo único que oyó fue el intenso aullido del viento. Sin embargo, segundos más tarde, aquel agudo sonido volvió a resonar por todo el valle del Hudson.

No había duda, se trataba del silbato de un tren.

Al mirar a lo lejos, le pareció ver un débil e intermitente resplandor amarillo que avanzaba a toda velocidad hacia él. Al mismo tiempo, escuchó con nitidez el inconfundible traqueteo de una vieja locomotora de vapor. Una bandada de pájaros, que hasta el momento había permanecido al amparo de unos árboles, levantó el vuelo.

Se resistía a creer que aquello fuera cierto. Era sencillamente imposible que un tren avanzara a toda velocidad por una vía muerta. Solo y en silencio, en medio de la fría noche, trató de hallar una explicación racional.

Su mente se negaba a aceptar lo que sus sentidos le indicaban, aunque la luz era cada vez más intensa y el sonido del tren más audible.

Durante quince o veinte segundos, le resultó imposible mover un solo músculo. Su pulso se aceleró y una extraña sensación de miedo se apoderó de él. Por un instante, fue consciente de que perdía el sentido de la realidad y notó un nudo en el estómago.

El misterioso silbato se hizo ensordecedor mientras sus ojos quedaban cegados por la luz de la locomotora, que se acercaba peligrosamente hacia él.

Pitt jamás logró recordar cuánto tiempo permaneció petrificado contemplando el supuesto fantasma del *Manhattan Limited*. Mudo de terror, su sentido de la supervivencia le hizo despertar y, sin pensarlo dos veces, echó a correr para evitar que aquel tren fantasma le arrollara. Sin embargo, la locomotora, avanzando hacia él como un loco vengativo, estaba cada vez más cerca.

De repente, una inexplicable sensación de odio se apoderó de su espíritu, imponiéndose al miedo y la impotencia. Tenía que tomar una decisión, y no había tiempo que perder. Así pues, sin dudar, se volvió y se detuvo en medio de la vía, dispuesto a ser arrollado por lo desconocido.

La cegadora luz se desvaneció de pronto en la oscuridad de la noche.

Confuso, Pitt seguía de pie en medio de la vía tratando de habituar de nuevo sus ojos a la oscuridad. Salvo el susurro del viento, reinaba un silencio sepulcral.

Volvió a sentir el cruel azote del frío entumeciendo los dedos de sus manos y los acelerados latidos de su corazón.

Pensó que habían sido los dos minutos más largos de su vida. Sabía que jamás lo olvidaría. Guiado por su innata curiosidad, empezó a caminar lentamente por la vía en busca de algún indicio, pero salvo sus propias huellas, no encontró nada extraño sobre la alfombra de nieve que cubría los raíles.

Perplejo, siguió adelante durante medio kilómetro al acecho del espectro mecánico. Por un momento, se preguntó si había sufrido una alucinación. De pronto, tropezó con una traviesa de madera y cayó de bruces al suelo. Sus manos desprotegidas sintieron el frío contacto de un objeto metálico y exclamó:

—¡Dios mío, hay raíles...!

Levantándose del suelo, siguió avanzando torpemente hasta que, al doblar una curva, vio a lo lejos el resplandor de una pantalla de televisión a través de la ventana de una casa.

Al cabo de unos minutos, escuchó los ladridos de un perro y, a continuación, vio que alguien abría la puerta de la casa, cuyo porche daba a la vieja vía.

Al acercarse, Pitt distinguió una máquina de vapor negra situada en la parte trasera. Con suma cautela, subió a la vieja locomotora y tocó la caldera. Estaba fría como el hielo, era evidente que hacía años que no funcionaba.

Tras rodear la casa, se dirigió al porche y llamó a la puerta.

El perro volvió a ladrar hasta que un hombre, enfundado en una bata, abrió la puerta y permaneció de pie en el umbral. Un intenso resplandor iluminaba su espalda y confería a su rostro una expresión siniestra. Aunque de baja estatura, era un hombre corpulento y de anchos hombros.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó, con un tono de voz grave.

—Lamento molestarle —replicó Pitt cordialmente—.

Me preguntaba si podría charlar con usted un momento.

El hombre miró a Pitt de arriba abajo y luego asintió con la cabeza.

—Por supuesto, pase.

—Me llamo Pitt, Dirk Pitt.

—Ansel Magee —se presentó el hombre.

Aquel nombre le resultó familiar, pero antes de que Pitt tuviera tiempo de asociarlo con los muchos nombres que tenía en su mente, Magee se volvió y exclamó desde la puerta:

—¡Annie... tenemos visita!

Segundos más tarde, una mujer salió de la cocina y avanzó hacia ellos con paso cansino. Delgada y de alta estatura era el polo opuesto de Magee. Al verla, Pitt supuso que debía de haber sido modelo en su juventud.

Tenía el cabello canoso pero celosamente peinado. Ceñido a su cintura llevaba un delantal blanco que resaltaba sobre el rojo de su bata y sostenía un paño de cocina en su mano.

—Le presento a Annie, mi esposa —dijo Magee señalando con la mano en dirección a la mujer y después, dirigiéndose a ella añadió—: Éste es el señor Pitt.

—Encantada de conocerle —le saludó Annie con cortesía—. ¿Le apetece una taza de café?

—Me encantaría —respondió Pitt—. Solo, por favor.

—¡Pero si tiene las manos ensangrentadas! —exclamó Annie.

Pitt bajó la mirada y se sorprendió al ver arañazos en sus manos.

—Debo de habérmelo hecho al tropezar con los raíles. Tenía las manos tan entumecidas a causa del frío que ni siquiera me había dado cuenta.

—Siéntese junto al fuego —sugirió Annie, conduciéndole a un sofá—. Le desinfectaré las heridas.

La mujer se dirigió a la cocina para calentar agua y luego al baño en busca de alcohol.

—En tal caso, yo prepararé el café —dijo Magee siguiendo a su esposa a la cocina.

El perro parecía haberse acostumbrado a la presencia de Pitt, pues había dejado de ladrar aunque, sentado a su lado, no dejaba de observarle.

Antes de que Magee regresara al salón con una taza de café caliente, Pitt dispuso de tiempo suficiente para echar un vistazo a aquella singular estancia. El estilo del mobiliario era futurista y pintoresco. Todos y cada uno de los muebles, así como las lámparas y los objetos decorativos, estaban lacados en rojo o blanco. En lugar de en un salón, Pitt tenía la sensación de encontrarse en una galería de arte. Aquella impresión hizo que, de inmediato cayera en la cuenta de quién era en realidad su anfitrión.

—¡Usted es Ansel Magee, el famoso escultor!

—Así es, aunque me temo que ciertos críticos de arte no estarían de acuerdo con su amable apreciación... —comentó Magee lanzando una sonora carcajada.

—No sea tan modesto, señor Magee —replicó Pitt—.

Recuerdo que una vez hice más de una hora de cola para poder contemplar una exposición suya en la National Art Gallery de Washington.

—¿Es usted un entendido en arte moderno, señor Pitt?

—Más que entendido, un mero diletante. En realidad, mi verdadera pasión son las

máquinas antiguas —comentó Pitt, tratando de que aquella mentira resultara convincente—. Colecciono viejos automóviles y aviones, aunque mi obsesión son las máquinas de vapor.

—En ese caso, tenemos algo en común —dijo Magee mientras apagaba el televisor—. A mí también me apasionan los viejos trenes.

—Lo he supuesto al descubrir que posee una auténtica máquina vapor y un ferrocarril propio.

—Se trata de una Atlantic modelo 442 —aclaró Magee como si recitara de memoria un poema—. Fue construida a principios de siglo por la Baldwin Works. Esa vieja máquina —prosiguió con entusiasmo—, arrastraba el *Overland Limited* desde Chicago hasta Council Bluffs, Iowa. ¡Era la más rápida...!

—¿En qué año fue retirada de servicio? —preguntó Pitt, que al advertir que la expresión del rostro del anciano se ensombrecía, dedujo que su pregunta no había sido muy oportuna.

—Permaneció inactiva hasta que, hace dos años, restauré un kilómetro de la vía férrea. Solía invitar a los vecinos de la zona, especialmente a los niños, a subir a mi locomotora para dar un paseo por mi línea privada.

Lamentablemente, después de mi último infarto, tuve que dejarlo...

En aquel momento, Annie entró de nuevo en el salón y limpió con una gasa las heridas de Pitt.

—Lo siento —se lamentó la mujer—, pero lo único que he podido encontrar es una vieja botella de tintura de yodo. Va a escocerle un poco...

Contrariamente a lo que había pronosticado la esposa de Magee, Pitt no sintió absolutamente nada cuando ésta aplicó la tintura en sus manos, todavía insensibles.

—No soy una experta en curas de urgencia, pero supongo que el vendaje aguantará hasta que llegue a casa.

—Le aseguro que, yo no lo haría mejor —comentó Pitt.

Magee se acomodó en una silla que tenía una extraña forma de tulipán y preguntó:

—Dígame, señor Pitt, ¿qué le ha traído hasta aquí?

—Estoy recogiendo información acerca del *Manhattan Limited* —respondió Pitt sin preámbulos.

—Comprendo —balbuceó Magee, ajeno al verdadero interés de Pitt en torno al viejo tren—. Apuesto a que está mucho más interesado en conocer todo lo referente a su último viaje que en los detalles técnicos de la maquinaria, ¿no es cierto?

—Así es —admitió Pitt—. Hay ciertos aspectos relacionados con el trágico accidente que jamás han sido analizados en profundidad. De hecho, tras leer los periódicos de la época en que se habla del desastre, sigo albergando cientos de dudas al respecto.



Magee miró a Pitt con desconfianza y le preguntó:

—¿Es usted periodista?

Pitt hizo un gesto de negación con la cabeza y exclamó:

—¡En absoluto! Soy director de proyectos especiales de la Agencia Nacional de Investigaciones Submarinas.

—¿Trabaja para el gobierno? —inquirió Magee, perplejo.

—Mi sueldo lo paga el tío Sam. Sin embargo, mi curiosidad respecto al desastre ocurrido en el puente Deauville-Hudson es personal.

—Más que curiosidad, yo lo llamaría obsesión. ¿Qué otra cosa induciría a un hombre a pasear por el campo a estas horas de la noche?

—Bueno, de hecho, mañana por la mañana tengo que estar en Washington —explicó Pitt—. Ésta es mi única oportunidad de visitar el lugar de la tragedia. Además, cuando llegué todavía no había anochecido.

Magee recostó su espalda contra el respaldo de la silla y pidió disculpas a Pitt.

—Espero que no se haya molestado por someterle a un interrogatorio de primer grado, señor Pitt, pero desde que mi esposa y yo nos retiramos a vivir a estos parajes, usted es la única persona que ha llamado a nuestra puerta. Salvo algunos amigos y mi representante, el público me considera un loco excéntrico y misántropo. De hecho, me trae absolutamente sin cuidado lo que piense la gente, ¿sabe? Gracias a esta reclusión voluntaria en el valle del Hudson puedo trabajar sin el acoso continuo de críticos y periodistas inoportunos.

—¿Más café? —preguntó Annie, interrumpiendo con astucia el monólogo de su marido.

—Gracias, es usted muy amable.

—¿Le apetece tomar un poco de tarta de manzana?

—He de admitir que su propuesta es tentadora. No he probado bocado desde esta mañana.

—En tal caso, le prepararé algo para cenar.

—No, señora Magee, no se moleste. Con la tarta será más que suficiente.

En cuanto la mujer abandonó el salón, Magee prosiguió:

—Espero que entienda mi posición, señor Pitt.

—No se preocupe, jamás violaría su intimidad.

—Confío en que así sea.

Pitt notó que recobraba la sensibilidad de sus manos y sintió un fuerte escozor. Annie Magee le sirvió un pedazo de tarta, que Pitt empezó a devorar con avidez.

—Dada su fascinación por los trenes —dijo Pitt, entre bocado y bocado—, y teniendo en cuenta que viven cerca del puente donde tuvo lugar la tragedia, debe de conocer múltiples detalles que no figuran en los archivos ni en los periódicos de la época.

Con la mirada perdida en el fuego de la chimenea, Magee empezó a hablar:

—Tiene razón. He estudiado los extraños acontecimientos que rodean la tragedia del *Manhattan Limited*.

Como sabe, ha entrado a formar parte de las leyendas del valle. Sin embargo, tuve la suerte de hablar con Sam Harding, el jefe de estación que estaba de servicio la noche del suceso, unos meses antes de que muriera en una residencia de Germantown. Tenía ochenta y ocho años, pero conservaba los recuerdos intactos en su memoria. ¡Dios mío, fue como hablar con la propia historia! Casi tuve la impresión de retroceder en el tiempo y presenciar lo ocurrido —dijo Magee, con admiración.

—Según tengo entendido, en el momento en que el tren cayó al río, se produjo un robo —dijo Pitt—. Al parecer, el ladrón no permitió que el jefe de estación hiciera las señales oportunas al maquinista para que éste detuviera el tren a tiempo de salvar cientos de vidas. Es increíble, parece la trama de una novela.

—No se trata de una novela, señor Pitt, sino de un hecho real. Le aseguro que ocurrió tal y como Harding contó a la policía. El telegrafista, Hiram Meechum, recibió un balazo en la espalda.

—Estoy al corriente de ello —asintió Pitt.

—Así pues, también debe de saber que nunca cogieron al ladrón. Harding y Meechum le identificaron como Clement Massey, aunque la prensa publicó el nombre de Dapper Doyle, un ratero excéntrico que en la época había dado varios golpes por la zona.

—Parece extraño que desapareciera.

—Las cosas eran diferentes antes de la guerra. Los procedimientos policiales no eran tan eficientes como lo son ahora. Doyle era un ladrón, pero no un imbécil. Ser acusado de robo es muy distinto de serlo por haber causado la muerte de cien personas, entre ellas mujeres y niños inocentes. Doyle sabía que, si daban con él, el jurado habría tardado cinco minutos en enviarlo a la horca.

Pitt terminó de comer la tarta y se acomodó en el sofá. Luego preguntó:

—¿Hay alguna hipótesis que explique por qué jamás se recuperaron los restos del tren?

—Se dice que fue engullido por las arenas movedizas del fondo del río. En la actualidad, todavía hay grupos de submarinistas locales que siguen rastreando la zona.

Hace unos años encontraron a dos kilómetros del viejo puente una locomotora que fue arrastrada por la corriente. La gente del valle supuso que se trataba de la máquina de vapor del *Manhattan*. Por lo tanto, es de esperar que, tarde o temprano, el río devuelva el resto del tren.

—¿Más tarta, señor Pitt? —preguntó Annie.

—Su invitación es tentadora, pero no, gracias —dijo Pitt, levantándose—. Será mejor que me marche. Tengo que tomar un avión en el aeropuerto Kennedy dentro de unas horas. Agradezco de veras su hospitalidad.

—Antes me gustaría mostrarle algo —comentó Magee.

El escultor se levantó de la silla y se encaminó hacia una puerta, la abrió y entró en una habitación. Segundos más tarde, volvió al salón con una lámpara de queroseno encendida.

—Sígame —dijo, haciendo una señal a Pitt desde el umbral de la puerta.

Al entrar en la habitación, Pitt percibió un fuerte olor a madera vieja mezclado con el del queroseno. A la luz de la lámpara, recorrió la estancia con la mirada, advirtiendo que se trataba de una oficina decorada con antigüedades. Había una vieja estufa de carbón en el centro, cuya chimenea se alzaba hasta el techo. La tenue luz de la lámpara reveló la presencia de una caja de caudales situada en un rincón, cuya puerta estaba decorada con el dibujo de un tren de vapor. Sobre un secreter de nogal, situado junto a un ventanal, había un viejo teléfono. Pitt advirtió asimismo la presencia de un telégrafo en una esquina de la mesa de un escritorio, que parecía soportar el peso de un casillero de madera.

De una de las paredes colgaba un reloj Seth Thomas y un póster en que aparecía la imagen de una atractiva joven, que llevaba una bandeja con botellas de cerveza. Al pie del anuncio podía leerse: «Rupper Brewery, 94th.

Street. New York City.» Junto al póster, había colgado un calendario de la compañía de seguros Feeney & Company del año 1914.

—Nos encontramos en la oficina de Sam Harding —dijo Magee, con orgullo—. La he recreado exactamente tal y como se hallaba la noche del robo.

—Así pues, su casa es...

—En efecto, es la antigua estación de Wacketshire —le interrumpió el escultor—. El granjero a quien compré la propiedad solía utilizarla como granero. Annie y yo restauramos el edificio. Es una lástima que no lo haya visto a la luz del día. Su diseño arquitectónico responde a las características del XIX.

—Han hecho un magnífico trabajo —comentó Pitt.

—Sí. Gracias a nosotros, esta estación ha tenido mayor fortuna que el resto de estaciones del viejo ferrocarril —dijo Magee, con satisfacción—. No obstante, hemos realizado algunos cambios. Lo que antaño era el almacén de mercancías, ahora es nuestra habitación, mientras que el salón era la antigua sala de espera.

—¿El mobiliario es original? —inquirió Pitt, tocando el telégrafo.

—En su mayoría. El secreter de Harding estaba en el edificio cuando lo compramos. Encontramos la estufa en un trastero, y Annie compró la caja fuerte en un almacén de Selkirk. Sin embargo, la pieza más valiosa es esto —dijo Magee, mientras levantaba una funda de piel que protegía del polvo un tablero de ajedrez—.

Es el ajedrez de Hiram Meechum. Su viuda me lo entregó personalmente. Como podrá comprobar —agregó, señalando un orificio en el tablero—, la bala de la pistola de Massey atravesó la madera.

Pitt observó el tablero en silencio y luego dirigió su mirada hacia la ventana.

—Se diría que es posible percibir su aliento.

—Suelo sentarme aquí y trato de imaginar lo que ocurrió aquella funesta noche —reveló Magee.

—¿Ha visto pasar alguna vez al fantasma del *Manhattan Limited*?

—A veces lo imagino avanzando velozmente hacia su fin... —Magee se interrumpió y, mirando a Pitt con perplejidad, añadió—: ¿Por qué lo pregunta?

—Dicen que el tren fantasma recorre la línea muerta todas las noches...

—El valle del Hudson conserva mitos ancestrales. No es de extrañar que el *Manhattan Limited* se haya convertido en una leyenda. Algunos incluso afirman haber visto al jinete decapitado. ¡Dios mío, lo que es historia se convierte rápidamente en un rumor y, con el paso de los años, termina siendo una leyenda fantástica! —exclamó Magee con escepticismo—. La leyenda del tren fantasma surgió un año después de que el puente se viniera abajo.

Al igual que el fantasma del hombre guillotinado que merodea por la región en busca de su cabeza, las almas de los pasajeros del *Manhattan Limited*, según afirman los ingenuos habitantes del valle del Hudson, jamás descansarán hasta que el maldito tren cruce el río.

Pitt lanzó una sonora carcajada.

—Señor Magee, no hay duda de que es usted un escéptico radical.

—Se lo aseguro —convino el escultor.

En aquel momento, Pitt miró la hora en su reloj y dijo:

—Lo siento, pero debo abandonarle.

Magee le acompañó al viejo andén, donde los dos hombres se estrecharon la mano.

—Ha sido una velada fascinante —aseguró Pitt—. Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer, señor Pitt. Por favor, venga a visitarnos cuando quiera. Me encanta hablar de trenes.

Pitt esbozó una sonrisa y, antes de marcharse, dijo:

—Hay algo en lo que me gustaría que pensara.

—¿De qué se trata?

—Del origen paradójico de las leyendas y los mitos.

No nacen por azar, sino por necesidad.

Con gesto pensativo, Magee permaneció de pie en el umbral de la puerta mientras Pitt se alejaba, hasta que al cabo de unos minutos entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

Danielle Sarveaux saludó cordialmente en el pasillo del hospital a Jules Guerrier, primer ministro de la provincia de Quebec, a quien acompañaba su secretario, Henri Villon.

Guerrier besó a Danielle en ambas mejillas. Alto y delgado, con el cabello canoso y una cuidada barba, a pesar de su edad —rozaba los setenta—, todavía era un hombre atractivo. Jules Guerrier, además de primer ministro de Quebec, también era el líder del Partido Quebequés.

—Es maravilloso volver a verte, Jules —le saludó Danielle.

—Para mis viejos ojos siempre es un placer contemplar a una mujer hermosa... —dijo él con galantería.

—Charles arde en deseos de verte.

—¿Cómo se encuentra?

—Los doctores dicen que está respondiendo bien, pero las heridas tardarán en cicatrizar.

Sarveaux estaba sentado en la cama con la espalda apoyada en varios cojines. Desde allí podía contemplar el edificio del Parlamento. Cuando las visitas entraron en la habitación, una enfermera cogió sus sombreros y abrigos y se sentaron en distintas sillas alrededor de la cama. Danielle sirvió unas copas de coñac.

—Se me permite invitar a una copa a mis amigos —dijo Sarveaux—. Lamento no poder acompañaros, pero los matasanos me han prohibido mezclar el alcohol con mi medicación.

—Por tu recuperación —brindó Guerrier levantando su vaso.

—Por tu recuperación —repitieron todos al unísono.

Guerrier dejó el vaso sobre la mesilla y dijo:

—Es un honor para mí que quisieras verme, Charles.

Sarveaux le miró seriamente y comentó:

—He sido informado de que has convocado un referéndum para decidir la independencia de Quebec.

Guerrier se encogió de hombros y replicó:

—Hace tiempo que ha llegado el momento de romper nuestros lazos con la confederación.

—Estoy de acuerdo contigo y haré todo lo posible por apoyar tu propuesta.

Las palabras de Sarveaux sorprendieron a Guerrier que, con evidente nerviosismo, preguntó:

—¿Eso significa que esta vez no te opondrás?

—Así es. Quiero que consigáis vuestra maldita independencia lo antes posible.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Charles, y no puedo evitar sospechar

que tu actitud oculta otros motivos...

—Me subestimas, Jules —le interrumpió Sarveaux—. Te aseguro que no me lanzaré sobre vosotros como un perro de presa. Si Quebec desea la independencia, que así sea. Los anteriores referéndums y tus incesantes negociaciones forman parte del pasado. Canadá ha sufrido demasiado. La confederación ya no necesita Quebec.

Sobreviviremos sin ti.

—Quebec también saldrá adelante sin la incesante presión canadiense.

Sarveaux esbozó una sonrisa sardónica y agregó:

—Me gustará comprobarlo.

—Puedes apostar por ello —replicó Guerrier—. El Parlamento de Quebec será disuelto e instauraremos un nuevo gobierno, un gobierno inspirado en la república francesa. Redactaremos nuestras propias leyes, recaudaremos nuestros propios impuestos y mantendremos relaciones formales con las potencias internacionales.

Naturalmente mantendremos la unidad monetaria y otros vínculos económicos con las provincias anglófonas.

—No creas que será tan fácil —dijo Sarveaux con acritud—. Para empezar, exigiremos que Quebec cree una nueva unidad monetaria y que los acuerdos comerciales sean renegociados. Asimismo, estableceremos controles aduaneros en nuestras respectivas fronteras. Todas las instituciones canadienses y oficinas gubernamentales serán retiradas de vuestro país.

Una fugaz expresión de odio se dibujó en el rostro de Guerrier, que de inmediato repuso:

—Sabía que ibas a ser duro e intransigente, pero no suponía que adoptarías medidas tan radicales.

—Cuando los quebequeses nos hayan dado la espalda definitivamente, la salud y el futuro político de la unidad de Canadá será incuestionable. No permitiré que nada ni nadie lo ponga en duda... Por tanto, la ruptura deberá ser incondicional y completa.

Guerrier se levantó lentamente y miró a Sarveaux con frialdad.

—Esperaba que un hombre de origen francés como tú se mostrara más comprensivo, pero estaba equivocado.

—¿Cómo diablos pretendes que lo sea si mis supuestos compatriotas han asesinado a cincuenta inocentes en un salvaje atentado contra mi persona? Jules, considérate afortunado de que no haga responsable de los hechos a tu partido. Este ultraje podría causaros graves consecuencias.

—Tienes mi palabra de honor de que el Partido Quebequés no ha tenido nada que ver con el atentado.

—¿Olvidas a la SLQ?

—Nunca he secundado las acciones terroristas de la Sociedad Libre de Quebec —

puntualizó Guerrier.

—Sin embargo, tampoco has hecho nada para evitarlas.

—Oh, vamos, son como fantasmas —objetó Guerrier—.

Ni siquiera sabemos los nombres de sus líderes.

—¿Qué ocurrirá si, después de lograr la independencia, esos nombres salen a la luz?

—Cuando Quebec sea libre, la SLQ carecerá de sentido y la organización desaparecerá.

—Querido Jules, olvidas que los movimientos terroristas tienen la mala costumbre de legitimarse y constituirse como partidos políticos en cuanto les resulta posible.

—La SLQ no será aceptada como partido político por el nuevo gobierno de Quebec.

—Que tú presidirás, ¿no es cierto? —preguntó Sarveaux con sorna.

—Eso espero —respondió Guerrier con firmeza—.

¿Quién, salvo yo, podría gobernar a mi pueblo para que se convierta en una nación próspera?

—Te deseo la mejor de las suertes —ironizó Sarveaux.

No tenía sentido discutir contra el apasionado fervor de Guerrier. Los franceses eran hombres soñadores; sólo pensaban en volver a los románticos tiempos en que la flor de lis hondeaba majestuosa por todo el mundo. Sarveaux sabía que aquella noble causa supondría un verdadero desastre antes de que empezara—. Debes comprender que, como primer ministro de Canadá, me resulta imposible compartir tus ideas. Jules, te advierto que no estoy dispuesto a tolerar levantamientos políticos radicales que afecten a la seguridad de mi país.

—Te lo prometo, Charles —dijo Guerrier—. La independencia será un proceso pacífico.

Ninguno de los dos sospechaban que aquélla acabaría siendo una promesa vacía.

Villon se sentía furioso y Danielle lo supo de inmediato al contemplar su expresión. Sentado a su lado en un banco cercano al hospital, ella esperaba la airada reacción de su amante.

—¡El muy bastardo ha entregado Quebec sin oposición alguna! —exclamó, fuera de sus casillas.

—Sigo sin poder creerlo —dijo ella.

—Sin duda lo sabías. Es imposible que no intuyeras lo que Charles se proponía.

—Te aseguro que no me había comentado nada...

—¿Por qué...? —la interrumpió, enfurecido—. ¿Por qué diablos ha cambiado de opinión respecto a la unidad de Canadá?

Danielle guardó silencio. Instintivamente sentía temor por el odio reprimido que

Villon albergaba en su interior.

—Ha aflojado la cuerda antes de que podamos consolidar nuestra plataforma política. Cuando mis camaradas del Kremlin conozcan la noticia, retirarán su apoyo.

—¿Qué intereses le habrán impulsado a cambiar de opinión? —se preguntó Danielle—. Políticamente sin duda es un suicidio.

—Muy sencillo, está jugando al gato y al ratón —dijo Villon—. Con un loco senil al mando del gobierno, Quebec no será más que una marioneta dirigida por Ottawa.

Como nación, será mucho más débil que como provincia.

Danielle le miró y puntualizó:

—No tiene por qué ser así.

—¿De qué estás hablando?

Danielle tomó a Villon por el brazo y sugirió:

—De enterrar para siempre la SLQ, de dejar de actuar en la clandestinidad y luchar abiertamente contra Guerrier.

—No soy lo bastante fuerte como para luchar contra Jules —repuso Villon.

—Te equivocas. Los franceses necesitan desesperadamente un líder joven y agresivo —insistió Danielle—. El Henri Villon que yo conozco jamás se doblegará ante el poder de Canadá o Estados Unidos.

—Olvidas que tu marido ha impedido que pueda crear una organización sólida para conseguirlo. ¿No lo entiendes? Sin una plataforma política estable es imposible...

—No si Jules muriera...

Villon lanzó una sonora carcajada. Luego dijo:

—Francamente no me parece muy probable. Jules padece casi todas las enfermedades que aparecen en los tratados de medicina, pero te aseguro que nos sobrevivirá a todos.

De pronto, el rostro de Danielle cambió de expresión al sugerir:

—Jules debe morir para salvar el futuro de Quebec.

Villon comprendió al instante el verdadero significado de las palabras de Danielle.

—Matar a los ingleses estaba justificado políticamente. Sin embargo, Jules es un francés leal que lucha por la independencia de Quebec desde hace años.

—Piénsalo bien, Henri. Su muerte sería un precio ridículo ante todo lo que podríamos obtener.

—El precio de una vida nunca es pequeño —murmuró—. Últimamente no dejo de preguntarme cuántos hombres más tendrán que morir antes de que todo esto termine.



Gly contempló su nuevo rostro en el espejo.

Había aplicado una prótesis de látex en su nariz para ensanchar ligeramente la cavidad nasal. El acertado uso del maquillaje disimulaba la presencia de la prótesis, firmemente sujeta gracias a un pegamento especial. Se había depilado las cejas, sustituyéndolas por unas postizas mucho más arqueadas y pobladas que las suyas.

Gly pasó un par de minutos comparando su nuevo rostro con el de las fotografías que había colgado del marco del espejo. Satisfecho de su trabajo, se dispuso a sombrear sus mejillas con un maquillaje algo más oscuro que el color natural de su piel. Luego usó otro maquillaje para disimular su prominente mandíbula. Con un perfilador dibujó una fina línea bajo su labio inferior para que pareciera más grueso y carnoso.

El último retoque fue ponerse unas lentes de contacto, algo que detestaba, pues siempre había creído que cambiar el color de sus ojos era como cambiar su propia alma. No obstante, con aquellos ojos grises, ni él mismo se reconoció al mirarse al espejo.

Como si colocara una corona sobre su calva cabeza, se ajustó una peluca marrón.

Después de realizar aquella metamorfosis, permaneció de pie frente al espejo observando el perfil de su nuevo aspecto a la luz de una pequeña lámpara. Era casi perfecto, pensó, y muy meritorio, teniendo en cuenta las precarias condiciones del cuarto de baño del hotel en que se había registrado.

El recepcionista no se encontraba en su puesto cuando Gly cruzó el vestíbulo para salir a la calle. Dos calles más abajo, se sentó al volante de un imponente Mercedes, que había robado aquella misma mañana del aparcamiento de un banco situado cerca del hotel. Por supuesto, había tenido la precaución de cambiar la matrícula.

Gly condujo a través de las estrechas calles de Lower Town, un viejo barrio de Quebec, haciendo sonar el claxon cada vez que un peatón se cruzaba en su camino.

Pasaban unos minutos de las nueve de la noche, y las luces de Quebec se reflejaban sobre las aguas del río St. Lawrence. Gly pasó junto al célebre hotel Chateau Frontenac y luego se desvió, tomando la carretera que bordeaba el río. A medida que se acercaba al parque Battlefields —escenario del triunfo del ejército británico sobre los franceses en 1759, conquistando Canadá— el tráfico se intensificó.

Minutos más tarde, giró el volante del Mercedes para dirigirse al barrio residencial de Sillery. En aquella zona de la ciudad se alzaban grandes mansiones de estilo colonial, donde vivían los hombres más influyentes de la provincia. Gly tuvo la impresión de internarse en un cementerio repleto de panteones, habitado por muertos vivientes.

Por fin detuvo el vehículo frente a la valla de hierro forjado de una de las mansiones, pulsó un botón y se identificó a través del interfono. Tuvo que esperar unos segundos, pero luego la puerta se abrió y condujo por una avenida hasta detenerse frente a la escalinata de la imponente mansión. Tras tocar el timbre, el chófer y guardaespaldas del primer ministro de Quebec, Jules Guerrier, abrió la puerta y le invitó a entrar.

—Buenas noches, monsieur Villon. Es un inesperado placer tenerle entre nosotros.

Gly se sintió satisfecho. Su disfraz había superado la primera prueba.

—He venido a ver a unos amigos en Quebec y he pensado que tal vez sería una buena idea saludar a monsieur Guerrier. Según tengo entendido, no se encuentra muy bien de salud.

—Así es, monsieur Villon. El señor tiene la gripe —dijo el chófer, al tiempo que cogía su abrigo—. Sin embargo, lo peor ya ha pasado. Ya no tiene fiebre, aunque todavía deberá descansar un par de días antes de volver al trabajo.

—Si considera que mi visita es inoportuna, quizá será mejor que vuelva mañana.

—En absoluto. En estos momentos el primer ministro está viendo la televisión. Estoy seguro de que estará encantado de verle. Si me acompaña, le acompañaré a su habitación.

—Es usted muy amable, pero no hace falta que se moleste. Conozco bien el camino.

Gly subió por una escalera de mármol hasta la segunda planta, donde se detuvo para tratar de orientarse.

Había memorizado los planos de la mansión por si era necesario escapar a toda prisa. Recordó que, avanzando por el pasillo, el dormitorio de Guerrier era la tercera puerta a la derecha. Gly entró en la habitación sin llamar a la puerta.

Jules Guerrier estaba sentado en un sofá frente al televisor. Llevaba puesta una bata de seda sobre su pijama. De espaldas a la puerta, estaba tan absorto que ni siquiera advirtió que entraba en la habitación.

Gly caminó sigilosamente por la alfombra hasta llegar a la cama. Luego cogió una almohada y se acercó a Guerrier por la espalda. Cuando se disponía a cubrir su cabeza con la almohada, pensó tratando de satisfacer su propio ego: «Antes de hacerlo, tiene que verme.» Necesitaba estar completamente seguro de que Guerrier, que no había advertido su presencia, le confundiría con Henri Villon.

Así pues, rodeó el sillón y, tras colocarse junto al primer ministro, se inclinó para que pudiera verle.

—¿Henri? —balbuceó Guerrier, sorprendido.

—El mismo, Jules.

—¡Es imposible que estés aquí!

Gly se situó detrás del televisor y, mirando fijamente a Guerrier, exclamó al tiempo que señalaba con el dedo hacia la pantalla:

—Como ves, estoy aquí y... en el televisor.

En aquel preciso instante un primer plano de Henri Villon apareció en pantalla. El secretario de Guerrier, acompañado de Danielle Sarveaux y su esposa, inauguraba un centro artístico en Ottawa.

Guerrier no podía dar crédito a sus ojos y, por un momento, creyó estar soñando. Sin embargo, era consciente de que el acto estaba siendo retransmitido en directo, pues, de no haber sido por su inoportuna enfermedad, él habría estado allí. Mientras el Villon de la pantalla pronunciaba el discurso de apertura, Guerrier miró a Gly, estupefacto.

—¿Cómo es posible...?

Sin responder a la pregunta del primer ministro, Gly se abalanzó sobre él y cubrió su rostro con la almohada.

Un sofocado alarido surgió de la garganta de Guerrier que, agarrando a Gly por sus muñecas, trató en vano de defenderse.

Al cabo de un minuto, sus débiles manos dejaron de forcejear. Aunque Gly estaba casi seguro de que Guerrier había muerto, mantuvo la presión de la almohada durante otros tres minutos.

Finalmente dejó la almohada en la cama, apagó el televisor y auscultó el pecho de Guerrier, cuyas funciones vitales habían cesado por completo. El primer ministro de Quebec había muerto. Gly salió de la habitación sigilosamente y echó un vistazo al pasillo. Tras asegurarse de que no había nadie, volvió al dormitorio y, con suma cautela, despojó a Guerrier de su bata y la dejó en el respaldo de una silla. A continuación, le quitó las zapatillas y, con evidente sangre fría, colocó el cadáver en la cama. El siguiente paso era eliminar cualquier indicio que condujera al forense de la policía a sospechar que el primer ministro había muerto asfixiado. Así pues, Gly examinó la lengua de la víctima. Satisfecho, comprobó que Guerrier había cooperado, pues no vio lesión alguna en su lengua. Sin embargo, se apreciaban ligeras laceraciones en el interior de la boca, por lo que sacó un pequeño estuche de maquillaje de su bolsillo y escogió un lápiz de cera para disimularlas. Aunque no desaparecieron del todo, hizo un buen trabajo, e incluso logró oscurecer la mortecina palidez de sus labios.

Tras cerrarle los ojos y la boca, le practicó un masaje facial hasta conseguir que la rígida expresión de su rostro desapareciera. Luego cubrió el cuerpo con las sábanas como si estuviera durmiendo tranquilamente.

Al salir de la habitación, le asaltó una ligera duda. Se trataba de la obsesión propia de un perfeccionista como él, temeroso de pasar por alto algún detalle. Mientras bajaba por la escalera, vio al guardaespaldas y chófer del primer ministro

llevando una bandeja de porcelana.

Gly se detuvo y, de inmediato, recordó que había omitido un detalle importante. Los dientes del viejo eran demasiado perfectos. Sin duda llevaba una prótesis dental.

Antes de que el guardaespaldas advirtiera su presencia en la escalera, Gly corrió hacia el dormitorio y en unos segundos abrió la boca de Guerrier y le quitó la dentadura. Tras preguntarse dónde la guardaría por la noche, echó un vistazo a la mesilla, pero sólo vio un despertador. Se dirigió al cuarto de baño y encontró un vaso que contenía un líquido de color azul. No tenía tiempo para comprobar si se trataba de una solución dental, así que, sin pensarlo dos veces, metió la prótesis en el vaso.

Cuando abrió la puerta de la habitación, vio que el guardaespaldas se dirigía hacia él.

—Oh, monsieur Villon, he pensado que a usted y al primer ministro les apetecería tomar un té.

Gly volvió la cabeza en dirección a la cama y susurró:

—Bueno, Jules se sentía fatigado. Creo que se ha quedado dormido en cuanto ha apoyado la cabeza en la almohada.

—En ese caso será mejor que no le moleste, aunque quizá a usted si le apetezca esa taza de té.

—Gracias, pero debo marcharme —se disculpó Gly, cerrando la puerta tras de sí.

En el vestíbulo el guardaespaldas le ayudó a ponerse el abrigo y permaneció de pie en el umbral de la puerta mientras él se dirigía hacia el Mercedes. Gly se aseguró de que el hombre de Guerrier viera con claridad el coche y la matrícula.

Tras despedirse, subió al coche y condujo hasta la puerta de la entrada, que al cabo de unos segundos se abrió automáticamente. Unas calles más abajo, aparcó el vehículo entre dos grandes mansiones. Era obvio que un Mercedes estacionado en una zona residencial pasaría inadvertido durante al menos un par de días.

A las diez y diez minutos de la noche Gly se encontraba en un autobús, de regreso a Quebec. Todavía conservaba en su bolsillo el frasco de veneno con que había previsto asesinar a Guerrier. Se trataba de una sustancia utilizada por el KGB, que no dejaba rastro alguno en el cadáver.

Había tomado la decisión de asfixiar a Guerrier en el último instante, impulsado por su innato sentido de la improvisación. La mayoría de los asesinos solían seguir un plan preconcebido, un *modus operandi*, pero en el caso de Gly su plan consistía en alterar los planes. Cada uno de sus asesinatos era completamente distinto en ejecución al anterior, lo que le dejaba al margen de cualquier sospecha.

Una excitante sensación recorrió su cuerpo. Había logrado salvar el primer obstáculo, el siguiente era sin duda el más complicado y sugerente de cuantos había superado hasta el momento.

Danielle estaba tumbada en la cama contemplando las sinuosas formas del humo de su cigarrillo elevándose hacia el techo. Medio adormecida, sintió la calidez de la atmósfera que se respiraba en la pequeña habitación de la casa de campo, situada en las afueras de Ottawa.

Tras sentarse en la cama, miró su reloj. Acababa de hacer el amor y no pudo evitar sentir remordimiento.

Sabía que aquella situación no debía seguir indefinidamente, su responsabilidad se lo impedía. Así pues, había llegado el momento de volver a la realidad.

—¿Tienes que marcharte? —le preguntó el hombre que yacía a su lado.

Danielle asintió con la cabeza.

—Debo cumplir con mis obligaciones de esposa y visitar a mi marido en el hospital.

—No te envidio. Los hospitales son una pesadilla.

—Ya estoy acostumbrada.

—¿Cómo está Charles?

—Los médicos dicen que podrá volver a casa dentro de quince días.

—¿Para qué? —preguntó él con desdén—. El país ha perdido el rumbo. Si mañana hubiera elecciones, estoy seguro de que tu marido las perdería.

—Lo que sin duda te beneficiaría —comentó Danielle, mientras se levantaba de la cama y empezaba a vestirse.

Luego agregó—: Con Jules Guerrier fuera de combate, podrás anunciar públicamente tu candidatura para la presidencia de Quebec.

—Tengo que preparar mi discurso con suma cautela.

En principio, debo dar la impresión de que no aspiro a ocupar su lugar. Debo actuar con discreción.

Danielle se acercó a la cama y se sentó junto a él. El penetrante olor de su cuerpo volvió a excitarla y deslizó la mano por el pecho desnudo de su amante para sentir los latidos de su corazón.

—Esta tarde no parecías el de siempre, Henri.

Ella miró y preguntó, sorprendido:

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma en que me has hecho el amor. Jamás habías sido tan brusco conmigo.

—Bueno, creí que te gustaría...

—Y así ha sido —dijo Danielle, sonriendo y, tras besarle, añadió—: La verdad es que te he sentido como nunca en mi interior.

—¿De veras?

—Sí... y me ha encantado.

Ante la mirada atenta de su amante, Danielle se levantó y se puso el abrigo y los guantes. Antes de abandonar la habitación, se volvió y le miró fijamente.

—Nunca me has comentado cómo conseguiste que la muerte de Jules Guerrier pareciera natural —comentó.

—Hay cosas que es mejor que desconozcas —replicó él con acritud.

Aquellas inesperadas palabras la dejaron perpleja.

—Nunca habíamos tenido secretos el uno para el otro.

—Pues ahora los tenemos —respondió él, impasiblemente.

Danielle se sentía impotente ante la inesperada frialdad de su amante. Era la primera vez que adoptaba semejante actitud con ella.

—Pareces enfadado. ¿He dicho algo que te haya molestado?

Él la miró con indiferencia y, tras encogerse de hombros, replicó:

—Francamente, Danielle, esperaba más de ti.

—¿Qué insinúas?

—No me cuentas nada acerca de Charles que yo mismo no pueda leer en los periódicos.

Danielle parecía atónita.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Sus más profundos pensamientos; el contenido de las conversaciones que mantiene con los ministros de su gabinete; sus planes tras la independencia de Quebec. ¡Maldita sea, necesito información y tú no me la proporcionas!

Danielle gesticuló teatralmente con sus manos y exclamó:

—¿Qué puedo hacer si, desde el accidente, Charles parece otro hombre! Se ha vuelto más reservado. Ya no confía en nadie, ni siquiera en mí.

—En ese caso, ya no me sirves de nada —dijo él cruelmente.

Aquellas palabras hirieron a Danielle en lo más hondo de su corazón, pero su orgullo le ayudó a guardar la compostura.

—No te molestes en contactar de nuevo conmigo —prosiguió el hombre—, salvo que tengas algo importante que decirme. No estoy dispuesto a poner en peligro mi carrera política a cambio de aburridos juegos de cama.

Danielle no pudo contener su ira y exclamó:

—¡Maldito hijo de puta!

Le resultaba extraño que nunca hubiera intuido al monstruo que aquel hombre albergaba en su interior.

Echándose a llorar, se volvió y salió corriendo hacia su coche.

Mientras conducía hacia el hospital con los ojos llenos de lágrimas, Danielle no podía sospechar que en la habitación de la casa de campo Foss Gly seguía tendido en la cama, plenamente satisfecho por el exitoso y convincente papel que había

representado.

El jefe de protocolo del presidente saludó a Pitt con indiferencia y permaneció sentado tras su escritorio.

—Tome asiento, señor Pitt —dijo con arrogancia—. El presidente se reunirá con usted dentro de unos minutos.

Dado que aquel tipo no parecía dispuesto a estrechar la mano de Pitt, éste dejó su maletín sobre la alfombra y se sentó en una silla, cerca de la ventana.

Entretanto, el flamante jefe de protocolo, Harrison Moon IV, de unos treinta años de edad, respondió a tres llamadas telefónicas y reorganizó los papeles que había sobre su escritorio antes de dirigir su mirada hacia Pitt.

—Señor Pitt, quiero que sepa que, en mi opinión, esta reunión es sumamente irregular. El presidente tiene una agenda muy apretada, y no puede perder el tiempo con asuntos triviales e intrascendentes. Si su padre, el senador George Pitt, no hubiera solicitado encarecidamente esta entrevista, le aseguro que no habría cruzado la puerta de la Casa Blanca.

Con aparente ingenuidad, Pitt miró a aquel arrogante pomposo y dijo:

—¡Diablos, estoy sumamente agradecido de que me hayan permitido pisar este santuario!

El jefe de equipo fulminó a Pitt con la mirada y dijo con acritud:

—Le sugiero que mida sus palabras. Se encuentra en la oficina del presidente.

—¿Cómo puede un hombre medir sus palabras ante un estúpido inepto como usted? —preguntó Pitt, esbozando una amplia sonrisa.

Harrison Moon IV saltó de la silla y, con gesto amenazador, exclamó:

—¡Cómo se atreve!

En aquel momento, la secretaria del presidente entró en la oficina.

—Señor Pitt, el presidente le espera.

—¡Ni hablar! —gritó Moon, fuera de sus casillas—. ¡La cita ha sido cancelada!

Pitt se acercó a Moon y, agarrándolo por la solapa de su chaqueta, lo empujó contra la pared y susurró a su oído:

—Te daré un consejo, muchacho: no dejes que este trabajo se te suba a la cabeza. —Luego, tras obligarle a sentarse en su silla giratoria, añadió, mientras se dirigía al despacho presidencial—: No es necesario que me indiques el camino, he estado en el despacho oval cientos de veces.

A diferencia de su jefe de protocolo, el presidente recibió a Pitt con cortesía y le estrechó la mano.

—He leído mucho acerca de sus hazañas y proezas, señor Pitt. Particularmente estoy impresionado por su éxito en la operación del *Doodlebug*. Es un honor



conocerle.

—El honor es mío, señor presidente.

—Siéntese, por favor.

—Quizá no tenga tiempo... —dijo Pitt.

—¿Cómo dice? —preguntó el presidente, arqueando las cejas.

—Su jefe de protocolo ha herido mi sensibilidad, así que no he tenido más remedio que recordarle que es un maldito estúpido.

—¿Habla en serio?

—Se lo aseguro.

—Por un momento, temí que la CIA iba a lanzarse sobre mi cabeza.

Tras situarse detrás de la mesa, el presidente ordenó a través del interfono:

—Maggie, no quiero interrupciones hasta que termine mi reunión con el señor Pitt.

Pitt se sintió aliviado cuando advirtió que el presidente esbozaba una amplia sonrisa.

—Harrison tiene la costumbre de excederse en sus obligaciones. Quizá usted le haya dado una pequeña lección de humildad.

—Me disculparé con él cuando salga.

—No es necesario, se lo aseguro —dijo el presidente, indicando a Pitt con un gesto que le siguiera hasta una pequeña mesa y, tras sentarse frente a él en un sillón, agregó—: Su padre y yo hemos recorrido un largo camino juntos. Ambos fuimos elegidos para el Congreso el mismo año. Hace unos días me telefoneó para informarme de que usted había dado con algo... revelador. Sí, ésa fue su expresión. Aseguró que se trata de un hallazgo sorprendente.

—Bueno, papá siempre ha sido un retórico —dijo Pitt, sonriendo—. Pero lo cierto es que en este caso no exageraba lo más mínimo.

—Hábleme de ello.

Pitt abrió el maletín, sacó unos papeles del interior y los dejó encima de la mesa.

—No quisiera aburrirle con una pequeña lección de historia, señor, pero es necesario para entender el contexto de este asunto.

—Adelante, le escucho.

—Verá, en mil novecientos catorce todo el mundo en Inglaterra era consciente de que la guerra con el imperio alemán era inevitable. En el mes de marzo Winston Churchill, que por aquel entonces era jefe del Almirantazgo, había armado unos cuarenta barcos mercantes. El Ministerio de Guerra estimó que el inicio de las hostilidades se produciría en septiembre. El mariscal de campo lord Kitchener, ministro de Guerra, consciente de que el conflicto que se avecinaba causaría grandes pérdidas humanas y económicas, sólo pudo reunir municiones y suministros para tres meses de campaña.

Por aquel entonces, el gobierno inglés se hallaba ocupado en un programa de reforma social que había aumentado sustancialmente los impuestos. No era necesario ser un genio para comprender que el aumento de los costes armamentísticos, los intereses de la deuda nacional adquirida y los pagos de las pensiones desestabilizarían la frágil economía del país.

—Así pues, Gran Bretaña estaba invirtiendo las últimas monedas de su tesoro cuando entró en la Primera Guerra Mundial —dijo el presidente.

—No exactamente —puntualizó Pitt—. Poco antes de que los alemanes invadieran Bélgica, nuestro gobierno había concedido a los ingleses un préstamo de ciento cincuenta millones de dólares. Lo sorprendente del caso es que, aunque en los archivos de la época la concesión aparece registrada como un préstamo, en realidad se trató de un pago.

—Lo siento, señor Pitt, pero creo que me he perdido.

—El primer ministro Herbert Asquith y el rey Jorge IV celebraron una reunión urgente a puerta cerrada el dos de mayo y, tras varias horas de deliberaciones, hallaron una solución desesperada. En secreto, presentaron su propuesta al presidente Wilson y éste la aceptó.

Richard Essex, subsecretario de Estado a las órdenes de William Jennings Bryan, y Harvey Shields, subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, esbozaron el tratado que sería conocido como Tratado Norteamericano.

—¿Cuál era el contenido esencial de ese tratado? —preguntó el presidente.

Pitt se aclaró la garganta y respondió:

—Bueno, quizá no lo crea, pero Gran Bretaña vendió Canadá a Estados Unidos por un billón de dólares.

—Repita lo que acaba de decir... —solicitó el gobernante sin dar crédito a sus oídos.

—Comparamos Canadá por un billón de dólares, señor.

—¡No puedo creerlo!

—Pues es cierto —replicó Pitt sin titubear—. Antes de que estallara la guerra muchos miembros del Parlamento pusieron en duda la lealtad de las colonias. Tanto los liberales como los conservadores plantearon abiertamente que Canadá era un sumidero para el imperio.

—¿Tiene alguna prueba que demuestre su existencia?

Pitt le entregó una copia de la carta de Wilson.

—Esta carta, fechada el cuatro de junio, fue escrita por Woodrow Wilson y dirigida al primer ministro Asquith. Como podrá comprobar, al ser doblada por la mitad, una de las frases resulta difícil de leer. No obstante, gracias a un espectroscopio he logrado descifrar la frase. Dice así: «Mis conciudadanos son muy posesivos y no se quedarán con los brazos cruzados cuando se enteren de que nuestro

vecino del norte y nuestro querido país se han unificado.»

El presidente examinó la carta con detenimiento y a continuación, tras dejarla sobre la mesa, inquirió:

—¿Tiene otros documentos relacionados con este asunto?

Sin hacer comentario alguno, Pitt le entregó la fotografía de Bryan, Essex y Shields saliendo de la Casa Blanca con el tratado. Luego dejó sobre la mesa un viejo libro.

—Aquí tiene el diario de Richard Essex correspondiente al mes de mayo. Recoge el contenido exacto de las diversas conversaciones mantenidas, que condujeron a la constitución del Tratado Norteamericano. Como verá, la última fecha registrada por Essex es el veintidós de mayo de mil novecientos catorce, el día que éste se trasladó a Canadá llevando consigo los tratados.

—¿Tratados...? —inquirió el presidente.

—Así es. Había tres copias, una para cada uno de los países firmantes. Los primeros en estampar su firma fueron Asquith y el rey Jorge. Más tarde, Shields llevó personalmente los históricos documentos a Washington donde, el veinte de mayo, Wilson y Bryan añadieron sus nombres. Dos días más tarde, Essex y Shields partieron juntos en tren hacia Ottawa, donde el primer ministro canadiense, sir Robert Borden, les esperaba para firmar.

—Pero ¿por qué nunca se llevó a cabo la adhesión de Canadá a Estados Unidos?

—Debido a una serie de desafortunadas circunstancias —respondió Pitt—. Verá, señor, Harvey Shields, junto con otras cien almas, murieron en el naufragio del trasatlántico *Empress of Ireland* después de que éste colisionara con un carguero y se hundiera en el río St. Lawrence. El cuerpo de Shields y la copia británica del tratado jamás fueron hallados.

—Sin embargo, supongo que Essex regresaría a Washington con su copia del tratado.

Pitt negó con la cabeza y respondió:

—El tren en que Essex viajaba se precipitó por un puente y se hundió en las aguas del río Hudson. La tragedia no tardó en convertirse en un misterio al no hallarse rastro alguno de los pasajeros ni del propio tren.

—Sí, claro, pero la tercera copia del tratado debía de estar en manos de los canadienses... —sugirió el presidente.

—Su razonamiento es correcto, señor, pero en este punto las cosas empiezan a complicarse. Al parecer, el gabinete de Asquith decidió rebelarse al descubrir que su primer ministro y el rey se habían planteado vender los derechos de su más preciada colonia.

—En cualquier caso —puntualizó el presidente—, dudo que los canadienses aceptaran de buen grado la firma de ese tratado.

—Al desaparecer las dos primeras copias, a sir Robert Borden, un leal caballero inglés, le hubiera resultado fácil deshacerse de la tercera, dejando a Wilson sin evidencia alguna del tratado y sin posibilidad de reclamar Canadá para su país.

—Tratándose de unas negociaciones de semejante envergadura, parece imposible que no existan referencias en los archivos oficiales.

—Como se aprecia en la carta, Wilson ordenó a su secretario eliminar cualquier mención acerca del tratado.

No puedo hablar en nombre del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, pero apostaría a que son unos excelentes coleccionistas. Tradicionalmente los británicos no suelen destruir los documentos relacionados con su pasado. Así pues, cualquier documento en que aparezca alguna referencia acerca de ese tratado, debe de estar sepultado bajo una tonelada de polvo en un viejo almacén Victoriano.

El presidente se levantó y empezó a caminar lentamente con aire pensativo.

—Me hubiera gustado estudiar el contenido del tratado —dijo.

—Bueno, en realidad todavía es posible —comentó Pitt, esbozando una sonrisa—. Essex redactó el borrador del mismo en su diario.

—¿Puedo conservarlo?

—Por supuesto.

—Me pregunto cómo ha dado con él.

—Estaba en posesión de su nieto —respondió Pitt.

—¿John Essex?

—Así es, señor.

—¿Por qué cree que lo mantuvo en secreto durante todos estos años?

—Tal vez temía que, si lo hacía público, se produjera un grave conflicto internacional.

—Quizá estaba en lo cierto —dijo el presidente—. Si la prensa llegara a publicarlo, la reacción en ambos países sería imprevisible. Wilson tenía razón, los americanos somos posesivos. Cuarenta y ocho horas después de que este tratado saliera a la luz pública, reclamaríamos Canadá. En ese caso, sólo Dios sabe qué ocurriría en el Congreso.

—Creo haber encontrado una solución al dilema, señor.

El presidente se detuvo y preguntó:

—¿De qué se trata?

—Tampoco hay ninguna referencia de pago alguno.

El depósito inicial fue convertido en un préstamo. Incluso si apareciera una copia del tratado, los británicos rechazarían su validez alegando que nunca fueron compensados.

—En efecto —convino el presidente—, sin duda el impago invalidaría el tratado.

El presidente se dirigió a la ventana y contempló los jardines nevados que

rodeaban la Casa Blanca. Segundos más tarde, se volvió y, mirando fijamente a Pitt, preguntó:

—¿Conoce alguien, además de usted, la existencia del Tratado Norteamericano?

—La capitana Heidi Milligan, que fue quien descubrió la carta de Wilson, el historiador del Senado que halló la fotografía, mi padre y, por supuesto, el almirante Sandecker, al que informé de mi investigación por tratarse de mi superior.

—¿Alguien más? —preguntó el presidente. Pitt negó con la cabeza—. En tal caso, será mejor que mantengamos el asunto en el más estricto secreto.

—Lo que usted diga, señor presidente.

—Le estoy muy agradecido por haberme informado de este asunto, señor Pitt.

—¿Desea que prosiga con mi investigación?

—No, creo que será mejor que sigamos manteniendo en el olvido este tratado. No hay razón alguna para romper nuestras buenas relaciones con Canadá y Gran Bretaña. En mi opinión, si nadie lo conoce, nadie saldrá perjudicado.

—John Essex habría estado de acuerdo con usted.

—¿Y usted, señor Pitt? ¿Está de acuerdo?

Pitt cerró su maletín y se levantó.

—Soy ingeniero naval, señor presidente y, como tal, debo mantenerme al margen de los asuntos políticos.

—Sabía respuesta —dijo el presidente, sonriendo.

Segundos más tarde de que Pitt abandonara el despacho, el presidente ordenó a su secretaria:

—Maggie, quiero hablar con Douglas Oates.

Poco después de tomar posesión de su cargo, el presidente había ordenado instalar un sistema de comunicación holográfica en su despacho.

Tras sentarse a su mesa, la imagen tridimensional de un hombre de cabello canoso, vestido con un traje de color gris, apareció en medio del despacho oval.

Douglas Oates, el secretario de Estado, sentado en un sillón de piel, asintió con la cabeza y sonrió.

—Buenos días, señor presidente. ¿Cómo va la batalla?

—Douglas, ¿cuánto dinero ha dado Estados Unidos a Gran Bretaña desde mil novecientos catorce?

Oates le miró con perplejidad y preguntó:

—¿Dado...?

—Sí, ya me entiende, préstamos de guerra, ayudas económicas, contribuciones, lo que sea...

Oates se encogió de hombros.

—Supongo que debe de tratarse de una suma considerable.

—¿Cree que podría ser una cifra cercana al billón de dólares?

—Es posible —respondió Oates—. ¿Por qué lo pregunta?

Ignorando la pregunta, el presidente siguió hablando:

—Tengo que enviar un mensaje urgente a mi colega de Ottawa.

—¿Es algo relacionado con los recursos petrolíferos?

—insistió Oates.

—Se trata de algo mucho más interesante. Acabamos de encontrar la solución a nuestros problemas energéticos con Canadá.

—Necesitaremos toda la suerte del mundo.

—Supongo que podríamos decir que se trata de una falsa pista.

—¿Una falsa pista...?

La expresión del presidente parecía la de un felino a punto de lanzarse sobre su presa.

—Así es, una estratagema perfecta para desviar la atención de los británicos de una auténtica conspiración —comentó.

El presidente nadó hasta el borde de la piscina de la Casa Blanca y subió por la escalerilla, mientras Mercier y Klein salían del vestuario.

—He pensado que un buen baño a primera hora de la mañana no alteraría el orden de sus agendas.

—Por supuesto, señor presidente —dijo Mercier—.

Además, conviene estar en forma.

Klein echó un vistazo a la piscina cubierta y dijo:

—Así que ésta es la famosa piscina. Supongo que el último presidente que nadó en ella fue Jack Kennedy.

—En efecto. Nixon cubrió la piscina y reconvirtió la estancia en sala de prensa, pero la verdad, caballeros, yo prefiero nadar que tener que vérmelas con una horda de hambrientos periodistas.

Mercier sonrió y preguntó:

—¿Qué opinaría la prensa de Washington si escuchara su comentario?

—Bueno, se trata de un comentario extraoficial, por supuesto —dijo el presidente, esbozando una sonrisa y luego propuso—: ¿Qué les parece si tomamos un baño en el *jacuzzi*? Ayer mismo acabaron de instalarlo.

Segundos más tarde, los tres se dirigieron a una pequeña piscina circular que había en la misma estancia. El presidente ajustó el termostato a cuarenta grados. Mientras el agua se calentaba, Mercier se sintió como una langosta sumergida en agua hirviente.

—Creo que éste es un buen lugar para hablar de negocios —dijo el presidente, relajado—. Caballeros, supongo que están en disposición de informarme acerca de la situación energética canadiense.

—Las noticias no son muy alentadoras, señor —señaló Mercier—. Nuestro servicio de inteligencia ha descubierto que Henri Villon fue el responsable del apagón que se produjo en la central de la bahía de James.

—Villon... —repitió el presidente, con gesto pensativo—. ¿No es ése el tipo que lanza duras críticas contra Estados Unidos cada vez que es entrevistado?

—El mismo —respondió Mercier—. Al parecer, aspira a ser el primer presidente de la nueva república de Canadá.

—Tras la muerte de Guerrier, todo podría ocurrir —intervino Klein—. Así que lamentablemente debemos admitir que tiene posibilidades.

De pronto, una expresión de inquietud cruzó el rostro del presidente.

—No puedo imaginar nada peor que a ese Villon tomando importantes decisiones acerca de los recursos energéticos de la central de James, sobre todo ahora que la NUMA ha descubierto un importante yacimiento petrolífero.

—Esta situación es desesperante —balbuceó Mercier y, dirigiéndose a Klein, preguntó—: ¿La bolsa hallada es realmente tan grande como asegura el almirante Sandecker?

—Así es —respondió Klein—. Mis expertos han analizado los datos computerizados de la NUMA y, según éstos, estamos ante un yacimiento de proporciones descomunales. Caballeros, me refiero a que quizá podríamos extraer más de diez billones de barriles.

—¿Cómo es posible que ese yacimiento haya pasado inadvertido a las compañías petrolíferas canadienses?

—Bueno, el petróleo se encuentra a gran profundidad.

Les aseguro que, ni los equipos sísmicos habituales, ni los magnetómetros, son capaces de detectar la presencia de hidrocarburos situados por debajo de determinadas formaciones geológicas estratificadas. En resumen, la única forma de hallar la bolsa petrolífera es perforando. Los canadienses lo han hecho, por supuesto, pero no han alcanzado la profundidad necesaria, por lo tanto, en sus mapas petrolíferos la zona no aparece señalada. Sin embargo, la sofisticada tecnología empleada por nuestro querido *Doodlebug* nos ha permitido descubrir el yacimiento sin necesidad de perforación alguna.

Mercier se secó el sudor que perlaba su frente y comentó irónicamente:

—Debemos estar orgullosos, caballeros. Gracias a nuestro descubrimiento convertiremos Quebec en una de las naciones más prósperas del mundo.

—Salvo que no informemos del mismo, por supuesto —puntualizó el presidente.

Sorprendido, Klein le miró y comentó:

—¿Por qué mantenerlo en secreto? Personalmente creo que no tardarán en descubrirlo. Si informamos al gobierno de Quebec y cooperamos con ellos, estoy seguro de que nos venderían el petróleo a un precio razonable.

—Es usted demasiado optimista, Klein —repuso Mercier—. Recuerde qué ocurrió en Irán y en las naciones de la OPEP. Seamos realistas, la mitad del mundo cree que Estados Unidos comprará su petróleo a cualquier precio.

El presidente apoyó su cabeza en el borde del *jacuzzi* y, tras cerrar los ojos, dijo:

—¿Imaginan qué ocurriría si estuviéramos en posesión de un documento que estableciera que Canadá pertenece a Estados Unidos?

Sin comprender a qué se refería el presidente, Mercier y Klein se miraron con los ojos desorbitados. Finalmente Mercier pronunció las palabras que estaban en la mente de ambos:

—No logro imaginar la existencia de dicho documento, señor.

—Yo tampoco —intervino Klein.

—Olvídenlo, caballeros, no era más que una hipótesis —dijo el presidente, moviendo teatralmente la mano—.



Tenemos asuntos mucho más importantes que discutir.

Con la mirada perdida en el agua, Mercier reflexionó en voz alta:

—En estos momentos, el mayor peligro que acecha a la seguridad de nuestra nación es la posible fragmentación de Canadá. En mi modesta opinión, deberíamos hacer todo lo posible para apoyar al primer ministro Sarveaux en su lucha por evitar la independencia de Quebec.

—Tiene razón, Mercier —convino el presidente—. Sin embargo, voy a pedirle que haga precisamente lo contrario.

—¿Señor...? —inquirió Mercier.

—Así es. Quiero que coordine un plan secreto con el Departamento de Estado y la CIA para asegurarnos de que la independencia de Quebec se hace realidad.

Sin dar crédito a sus palabras, Mercier miró al presidente y objetó:

—Me temo que no es consciente de que...

—Mi decisión es irrevocable —le interrumpió—. Le pido que, como amigo mío, confíe en mí.

—¿Puedo preguntarle por qué?

El presidente fulminó a Mercier con la mirada y contestó:

—Créame, le aseguro que, en estos momentos, un Canadá dividido es lo más conveniente para los intereses de nuestro país.

Klein se abrochó la gabardina mientras esperaba su coche en la puerta de la Casa Blanca.

—No puedo evitar preguntarme si el presidente está tan loco como Henri Villon —comentó a Mercier.

—Creo que los ha malinterpretado —matizó Mercier.— Son dos hombres astutos, pero no están locos.

—¿No le parece extraña esa hipótesis acerca de la unión de Canadá y Estados Unidos?

—La verdad es que me ha sorprendido tanto como a usted. Me pregunto qué diablos estará tramando.

—Usted es el asesor de Seguridad Nacional, debería saberlo...

—Ya lo ha oído. Es obvio que me oculta información.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Esperaremos —respondió Mercier—. Sí, debemos esperar hasta que descubra sus propósitos.

—¡Vendido!

La voz del subastador resonó en la sala como el disparo de un revólver y, a continuación, se escuchó el habitual murmullo del público ante el exorbitante precio pujado por el Ford cupé del cuarenta y seis.

—¿Podemos pasar al siguiente automóvil, por favor?

Un Mercedes-Benz 540K de 1939 apareció lentamente en el escenario del Coliseum Richmond de Virginia. Cuando los focos iluminaron la reluciente e impecable carrocería blanca, un murmullo de admiración, procedente de las trescientas personas que asistían a la subasta, se alzó en la sala. De inmediato, los pujadores se arremolinaron alrededor del escenario, algunos para examinar la suspensión y la caja de cambios del Mercedes, otros para admirar su elegante tapicería, mientras los más expertos contemplaban su potente motor.

Dirk Pitt, sentado en la tercera fila, echó un vistazo al programa. El Mercedes era el decimocuarto vehículo de la subasta anual de coches antiguos y clásicos de Richmond.

—Tienen ante ustedes un hermoso y singular automóvil —anunció el subastador—; un emperador entre los clásicos. ¿Alguien ofrece cuatrocientos mil...?

Uno de los asistentes alzó su brazo y exclamó:

—¡Ciento cincuenta!

El subastador inició su delirante monólogo hasta conseguir que la puja alcanzara doscientos mil dólares.

Absorto en la subasta, Pitt no advirtió que un joven, vestido con un elegante traje, se sentó a su lado.

—¿Señor Pitt?

Éste volvió la cabeza y vio el rostro imberbe de Harrison Moon IV.

—Jamás hubiera imaginado que tuviera interés por los coches antiguos —ironizó Pitt.

—De hecho, no se equivoca. Estoy aquí por usted.

Pitt miró al joven y sonrió maliciosamente. Luego dijo:

—Si es usted gay, pierde el tiempo.

Moon frunció el entrecejo y miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba la conversación. Todos estaban pendientes de la subasta.

—No se preocupe, estoy aquí por un asunto oficial.

¿Podríamos hablar en un... lugar más discreto?

—Déme cinco minutos —respondió Pitt—. Voy a pujar por el siguiente coche.

—¡Ahora, señor Pitt! —ordenó Moon—. Este asunto es muy importante, mucho más que ver a la gente perdiendo el tiempo y el dinero en una vieja bañera.

—¡Ofrecen doscientos ochenta mil! —exclamó el subastador—. ¿Alguien ofrece trescientos?

—Es evidente que ignora por completo este negocio —dijo Pitt—. Ese Mercedes es una pieza única, una obra de arte para cualquier coleccionista, una inversión que se revalorizará en un veinte o treinta por ciento anualmente. Sus nietos no podrán ni siquiera rozarlo por menos de dos millones de dólares.

—No estoy aquí para hablar de antigüedades. ¿Podemos irnos?

—Todavía no —respondió Pitt categóricamente.

—Quizá sería menos obstinado si le dijera que vengo en nombre del presidente.

Pitt fulminó a Moon con la mirada y profirió:

—¡Maldita sea! ¿Por qué diablos cualquier petimetre que trabaja en la Casa Blanca se cree con derecho de intimidar al mundo? ¡Lárguese de una vez! Diga al presidente que ha fallado, señor Moon. Por cierto, infórmele también de que si desea algo de mí, la próxima vez envíe un mensajero con clase...

El rostro de Moon palideció. Aquello no estaba resultando tal y como lo había planeado.

—Yo... no puedo regresar sin... —balbuceó.

—¡Mala suerte!

—¡Trescientos sesenta mil a la una...! ¡Trescientos sesenta mil a las dos...! ¿Alguien da más...? ¡Trescientos sesenta mil a las tres! —exclamó el subastador y, dando un golpe seco con su mazo, añadió—: Vendido al señor Robert Esbenson, de Denver, Colorado.

Moon, consciente de que su éxito con Pitt dependía sólo de él, se tragó su orgullo y balbuceó:

—Está bien, señor Pitt, lo haremos a su manera.

En aquel momento el Mercedes fue retirado del escenario para dejar paso a un descapotable bicolor de cuatro puertas.

—Y ahora, damas y caballeros —anunció el subastador con un triunfal tono de voz—, ante ustedes el número quince del programa. Un Jensen británico del cincuenta. Se trata sin duda de una pieza única... una auténtica maravilla. ¿Alguien ofrece cincuenta mil...?

—¡Veinticinco mil! —pujó uno de los asistentes mientras Pitt permanecía en silencio.

—¿No va a pujar? —le preguntó Moon.

—A su debido tiempo —respondió Pitt.

Una elegante dama, de unos cincuenta años de edad, levantó la mano y, de inmediato, el subastador asintió con la cabeza y sonrió.

—La encantadora señora O'Leery, de Chicago, ofrece veintinueve mil.

—¿Conoce a todo el mundo? —preguntó Moon, que empezaba a mostrar cierto

interés por la subasta.

—Los coleccionistas formamos un círculo cerrado —aclaró Pitt—. La mayoría de nosotros solemos coincidir en las subastas.

Por unos minutos, la puja quedó estancada en cuarenta y dos mil dólares y el subastador insistió:

—Vamos, damas y caballeros, este coche está valorado en mucho más...

En aquel momento Pitt hizo un gesto con la mano y el subastador dijo:

—Gracias, caballero. Ofrecen cuarenta y tres mil.

¿Alguien ofrece cuarenta y cuatro?

La señora O'Leery alzó su brazo, pero antes de que el subastador anunciara la nueva cantidad, Pitt volvió a pujar.

—Ahora ya sabe que todo depende de ella —comentó Pitt a Moon.

—Cuarenta y cuatro y ahora... cuarenta y cinco.

¿Quién ofrece cuarenta y seis?

La señora O'Leery mantuvo una breve conversación con el joven que se sentaba a su lado. Resultaba extraño verla con el mismo acompañante en dos subastas seguidas. Se trataba de una mujer independiente que había amasado una inmensa fortuna con su propia firma de productos cosméticos. Poseía una colección selecta de más de cien vehículos antiguos. Cuando el subastador se disponía a solicitar la última puja, ella volvió la cabeza y guiñó el ojo a Pitt.

—Creo que ha sido el guiño de un amistoso contrincante —observó Moon.

—Así es, debería intentarlo alguna vez con una mujer madura —dijo Pitt como si estuviera hablando con un colegial—. Le aseguro que esa clase de mujeres lo saben todo acerca de los hombres.

En aquel momento una atractiva joven se acercó a Pitt y le pidió que firmara la tarjeta de compra.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó Moon.

—¿Cómo ha venido hasta aquí?

—He venido con mi novia desde Arlington.

Pitt se levantó y sugirió:

—Mientras usted se reúne con ella, yo saldaré mi cuenta. Después ella nos seguirá en su coche.

—¿Nos seguirá?

—En efecto. Si no me equivoco, usted desea hablar a solas conmigo, ¿no es cierto? Le llevaré de vuelta a Arlington en un auténtico automóvil.

El Jensen avanzaba velozmente por la autopista en dirección a Washington. Pendiente del velocímetro y de una patrulla de tráfico, Pitt pisó el acelerador.

Moon se abrochó el botón del cuello de su abrigo y preguntó:

—¿Esta reliquia no tiene calefacción?

Eufórico con su nuevo coche, Pitt ni siquiera había reparado que la capota de lona suponía una pobre protección para el intenso frío de la noche. Tras pulsar un botón, una cálida corriente de aire caldeó el interior del vehículo.

—Está bien, Moon, por fin estamos solos. Cuénteme su historia.

—Verá, al presidente le gustaría que organizara unas expediciones en los ríos St. Lawrence y Hudson.

Pitt apartó la vista de la carretera para mirar a Moon.

Luego preguntó:

—¿Bromea?

—Le aseguro que hablo en serio. El presidente opina que usted es el único hombre que puede encontrar las copias extraviadas del Tratado Norteamericano.

—¿Está al corriente de ese asunto?

—Sí. Diez minutos después de que usted abandonara su despacho, habló conmigo confidencialmente. Mi misión consiste en actuar de enlace durante su investigación.

Pitt redujo la velocidad y permaneció en silencio durante unos segundos. A continuación dijo:

—Dudo que el presidente sepa lo que me está pidiendo.

—Se equivoca. El señor presidente ha analizado el asunto detenidamente.

—Pide lo imposible y espera un milagro —objetó Pitt—.

Es imposible que un simple pedazo de papel siga intacto después de permanecer sumergido en el agua durante tres cuartos de siglo.

—Admito que las perspectivas no son muy halagüeñas —asintió Moon—. Sin embargo, si existe una sola posibilidad entre diez millones de que una de las copias del tratado siga ahí, el presidente está convencido de que debemos tratar de hallarla.

Con la mirada fija en la carretera que cruzaba los campos de Virginia, Pitt replicó:

—Suponga por un momento que tenemos suerte y damos con el documento, ¿qué ocurrirá después?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignora o... quizá lo oculta?

—No soy más que un simple colaborador del presidente... o, como usted me ha definido, un chico de los recados. Me limito a cumplir órdenes, y éstas son suministrarle los fondos y el equipo necesario para que usted lleve a cabo su misión. Si encuentra el documento, lo que ocurra después no es de mi incumbencia y, por supuesto, tampoco de la suya.

—Dígame, Moon, ¿ha leído *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*? —preguntó Pitt irónicamente.

—Jamás había oído hablar de ese libro.

—No me sorprende lo más mínimo —comentó Pitt y luego agregó—: ¿Qué ocurre si no acepto?

Moon miró a Pitt con acritud y respondió:

—El presidente sin duda se mostraría decepcionado.

—Me siento halagado.

Inmerso en sus pensamientos, Pitt condujo en silencio. Al cabo de unos minutos,ladeó ligeramente la cabeza y dijo:

—Está bien, haré todo lo que esté en mi mano por complacer al presidente. Supongo que debemos empezar la investigación lo antes posible. —Moon asintió con la cabeza y Pitt añadió—: En ese caso, tome nota de mis exigencias. Primer punto: necesitaré los recursos técnicos y humanos de la NUMA y, lo que es más importante, el almirante Sandecker debe ser informado del proyecto. No trabajaré a sus espaldas.

—Señor Pitt, esa petición es muy irregular. Cuanta menos gente conozca la existencia del tratado, menos posibilidades tendrán los canadienses de descubrirlo.

—Insisto en ello, Sandecker debe ser informado —repitió Pitt categóricamente.

—De acuerdo, hablaré con el almirante y le pondré al corriente del asunto.

—No es suficiente. Quiero que el almirante se entreviste personalmente con el presidente. Se lo merece.

La expresión de Moon parecía la de un hombre al que acabaran de robar la cartera. Sin mirar a Pitt respondió:

—Está bien, usted gana.

—Segundo punto —prosiguió Pitt—, necesitaremos un experto que se encargue de llevar a cabo la investigación histórica.

—Hay varios hombres en Washington que podrían hacerlo. Le enviaré sus currículums para que decida.

—Bueno, la verdad es que estaba pensando en una mujer.

—¿Por alguna razón en particular?

—La capitana Heidi Milligan realizó la investigación preliminar acerca del tratado. Ella sabe cómo moverse entre los archivos y, puesto que conoce la existencia del documento, no será necesario que la iniciemos en el asunto.

—Tiene sentido —convino Moon con gesto pensativo—. Lástima que en estos momentos se encuentre en medio del Pacífico.

—Pues utilice sus influencias presidenciales y póngase en contacto con el jefe de operaciones navales para que regrese.

—Utilizaré mis influencias, no lo dude —aseguró Moon con frialdad.

—Tercer punto. Una de las copias del tratado se hundió con el *Empress of Ireland*, que reposa en aguas canadienses. No será fácil mantener nuestras operaciones en secreto. Teniendo en cuenta las leyes internacionales, deberemos notificar al gobierno de Canadá, así como a la Canadian Pacific Railroad, propietaria del trasatlántico, nuestras intenciones.

—Por lo que a este aspecto se refiere —dijo Moon, seguro de sí mismo—, todo

está previsto. La documentación necesaria para iniciar los trabajos de búsqueda ya ha sido tramitada. A todos los efectos, usted y su equipo serán un grupo de arqueólogos en busca de restos históricos, que serán donados a museos marítimos americanos y canadienses. Deberán actuar con discreción para evitar cualquier sospecha.

—Cuarto punto —dijo Pitt—. El dinero.

—En este sentido, no tiene de qué preocuparse. Dispondrá de los fondos suficientes para llevar a cabo su trabajo.

Antes de responder, Pitt prestó atención al rugido de los 130 caballos del motor de su Jensen. Estaba anocheciendo y encendió las luces.

—No le garantizo nada —dijo Pitt finalmente.

—Entendido.

—¿Cómo nos mantendremos en contacto?

Moon escribió en el reverso del programa de la subasta un número telefónico.

—Estaré a su disposición las veinticuatro horas del día. No nos encontraremos personalmente salvo que sea estrictamente necesario, es decir, sólo si surgieran complicaciones. —El joven miró a Pitt tratando de adivinar su pensamiento y preguntó—: ¿Tiene alguna duda?

—No —repuso Pitt.

Sin embargo, su mente albergaba cientos de preguntas, que Moon era incapaz de responder.

Por unos segundos, Pitt trató de imaginar qué hallaría bajo las prohibidas aguas del Hudson y el St. Lawrence, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Finalmente se preguntó qué habría detrás de aquel delirante asunto, que le abocaba inevitablemente a lo desconocido.

—Ha llegado el momento de tomar una decisión —dijo Sandecker, mientras analizaba los mapas hidrográficos que cubrían casi por completo el panel central de la sala de operaciones de la NUMA—. ¿Debemos empezar por el *Manhattan Limited* o por el *Empress of Ireland*? —preguntó dirigiéndose a las cuatro personas reunidas en la sala y, antes de que contestaran, volvió a preguntar—: ¿Cuál de los dos consideran que tiene mayores posibilidades?

Heidi Milligan, cuyo rostro reflejaba la fatiga de un largo vuelo desde Honolulu, se dispuso a responder, pero no lo hizo.

—Las damas primero —bromeó Al Giordino.

—No soy la más cualificada para opinar acerca de una operación de salvamento —dijo finalmente Heidi—. No obstante, creo que hay más posibilidades de encontrar el tratado en el barco.

—¿Le importaría decirnos por qué? —inquirió Sandecker.

—Antes de que se viajara en avión —explicó Heidi—, el procedimiento habitual utilizado por los mensajeros diplomáticos que cruzaban el océano era precintar los documentos para tratar de protegerlos del agua en caso de naufragio. Recuerdo que, seis días después del hundimiento del *Lusitania*, fueron hallados intactos los documentos que llevaba el mensajero del Ministerio de Asuntos Exteriores británico.

Sandecker sonrió y asintió con la cabeza. Después de aquel comentario, estaba seguro de que Heidi sería de gran utilidad para el grupo.

—Gracias, capitana. Sus palabras son un rayo de esperanza.

En aquel momento, Giordino bostezó. Había pasado toda la noche en vela hablando con Pitt acerca del proyecto.

—Quizá Richard Essex también precintó su copia del tratado.

Heidi hizo un gesto de negación con la cabeza y puntualizó:

—Lo más probable es que la llevara en una bolsa de viaje.

—Si fue así, la posibilidad de que el documento esté intacto es mínima —comentó el almirante.

—Sigo pensando que es mejor empezar por el tren —dijo Giordino—. El *Empress* se encuentra a cincuenta metros de profundidad, mientras que el tren a sólo quince. Además, después de siete décadas bajo el mar, el casco debe de estar deteriorado a causa de la salinidad del agua, a diferencia del tren, que sin duda permanecerá intacto gracias a las frías corrientes del río Hudson.

Sandecker se volvió y dirigió su mirada a un hombre de baja estatura que llevaba unas gruesas gafas.

—¿Tú qué opinas, Rudi?

Rudi Gunn, director de logística de la NUMA, levantó la vista de la mesa repleta



de datos estadísticos y se dispuso a responder. Gunn no solía opinar salvo que sus palabras estuvieran justificadas empíricamente.

—Voto a favor del barco —dijo—. La única ventaja de iniciar las tareas de salvamento del *Manhattan Limited* es que éste se encuentra en territorio nacional. No obstante, no debemos olvidar que la corriente del río Hudson es demasiado intensa para que los buzos puedan realizar su trabajo con eficiencia. Tal y como Al ha sugerido, es posible que la locomotora y los vagones estén enterrados en el lecho del río. Sin embargo, esto supondría tener que utilizar un sofisticado equipo de drenaje.

—El salvamento de un barco en alta mar es mucho más complejo y costoso que el de un vagón Pullman en un río —objetó Giordino.

—Es cierto —convino Gunn—, pero no debemos olvidar que conocemos exactamente la posición del *Empress*, mientras que la tumba del *Manhattan Limited* jamás ha sido hallada.

—Los trenes no desaparecen, caballeros. Además, el área que debemos rastrear es inferior a tres kilómetros cuadrados. El barrido de un magnetómetro daría con el tren en menos de un par de horas.

—Hablas como si la locomotora y los vagones siguieran unidos. Me temo que olvidas que, después de precipitarse al río, probablemente se separaron. Podrían pasar varias semanas antes de que encontráramos uno de los vagones. No podemos correr semejante riesgo.

A pesar de las explicaciones de Gunn, Giordino no se dio por vencido e insistió:

—¿Qué posibilidades crees que existen de encontrar un pequeño sobre en el interior de catorce mil toneladas oxidadas?

—Caballeros, las probabilidades son siempre relativas —intervino Pitt que, con las manos entrelazadas detrás de su nuca, se había limitado a escuchar a los miembros de su equipo—. Así pues, propongo una operación simultánea.

Por un instante, se hizo el silencio en la sala de operaciones. Giordino sorbió su café con gesto pensativo mientras Gunn miró a Pitt a través de sus gruesas gafas y preguntó:

—Si dividimos nuestros esfuerzos, el coste de la operación será superior. ¿Podemos permitirnoslo?

—¿Acaso tenemos tiempo? —inquirió Pitt sin responder a la pregunta del director de logística.

—¿Estamos sujetos a un plazo límite? —preguntó Giordino.

—Afortunadamente nadie nos presiona en ese sentido —respondió Sandecker, dirigiéndose hacia una esquina de la mesa—. Sin embargo, el presidente insistió en que, de existir una copia del Tratado Norteamericano, la encontráramos lo antes posible. —El almirante hizo un gesto de negación con la cabeza y, tras encogerse de hombros, añadió—: Sea cual sea el interés que nuestro gobierno tiene en ese viejo

documento o la urgencia con que debemos encontrarlo, son aspectos que desconozco por completo. De hecho, ni siquiera se me brindó la posibilidad de formular pregunta alguna al respecto. Por tanto, Dirk está en lo cierto.

Giordino miró a Pitt y suspiró.

—¡Está bien, mataremos dos pájaros de un tiro!

—¡Dos tiros...! —corrigió Pitt—. Mientras una expedición de salvamento se encarga de las tareas de rescate del barco, otro equipo puede sondear el Hudson en busca del *Manhattan Limited*, es decir, del vagón gubernamental en que viajaba Richard Essex.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en estar preparados? —preguntó Sandecker.

Con la mirada perdida, Pitt guardó silencio por unos segundos y luego respondió:

—Bueno, necesitaremos unas cuarenta y ocho horas para reclutar la tripulación y preparar el equipo, y otras veinticuatro para cargar y abastecer un barco. En definitiva, si el tiempo nos acompaña, deberíamos llegar al emplazamiento del *Empress* dentro de cinco días.

—¿Y el *Manhattan Limited*?

—Puedo tener dispuesto un barco, equipado con su correspondiente magnetómetro y sónar, en el río Hudson pasado mañana —respondió Giordino.

Sandecker se sintió satisfecho en cuanto a las previsiones. Estaba orgulloso de contar con los mejores especialistas. Tras levantarse, el almirante asintió con la cabeza y ordenó:

—Al, te encargarás del *Manhattan Limited*. Rudi, tú dirigirás la operación de salvamento del *Empress of Ireland*. En cuanto a ti, Dirk —añadió—, coordinarás ambas operaciones.

—¿Cuál será mi misión, señor? —preguntó Heidi.

—Concentre todos sus esfuerzos en el barco, capitana. Ya sabe, planos técnicos del transatlántico, lugar exacto del camarote de Shields... cualquier dato que pueda conducirnos al tratado.

Heidi asintió con la cabeza.

—La investigación pública del siniestro fue llevada a cabo por expertos canadienses en Quebec. Analizaré los informes relacionados con el caso. Si su secretaria me reserva plaza en el primer vuelo con destino a Quebec, empezaré de inmediato.

Heidi parecía agotada, era evidente que necesitaba descansar unas horas. Sin embargo, aunque Sandecker era consciente de ello, la situación era tan comprometida que no pudo sugerirle que descansara un par de días antes de iniciar la investigación.

—Eso es todo, caballeros. Manos a la obra —dijo finalmente el almirante con poco entusiasmo.

El general Morris Simms, vestido informalmente y llevando una caña de pescar y una cesta de mimbre, caminaba por un sendero que conducía al río Blackwater, cuyo cauce atravesaba el pequeño pueblo de Seward's End, en el condado de Essex. Al llegar a la orilla, se detuvo bajo un pintoresco puente de piedra y saludó con un gesto a un hombre que, sentado en una pequeña silla plegable, contemplaba pacientemente la boya de su caña flotando en la superficie del río.

—Buenos días, primer ministro.

—Buenos días, general.

—Lamento molestarle durante sus vacaciones —se excusó Simms.

—No se preocupe —dijo el primer ministro—. Las malditas percas hoy no se deciden a morder el anzuelo. —Volvió la cabeza hacia una mesa plegable situada detrás de él, sobre la que había una botella de vino y lo que a Simms le pareció un pastel de carne—. En la cesta encontrará vasos y platos. Supongo que le apetecerá un poco de tarta y un trago de jerez... Sírvase usted mismo.

—Gracias señor, es muy amable.

—¿En qué está pensando? —preguntó el primer ministro repentinamente.

—En el Tratado Norteamericano, señor. —Simms se interrumpió para servirse un vaso de jerez. Luego siguió hablando—: Nuestro hombre en Estados Unidos nos ha informado de que los americanos han desplegado todos sus medios para encontrarlo.

—¿Qué posibilidades tienen?

—Muy pocas —respondió Simms y levantando la botella de jerez preguntó—: ¿Más jerez?

—Gracias.

Simms le sirvió un vaso de vino.

—Al principio, creí que se trataba de una investigación rutinaria, de hecho, incluso parecían dudar de la existencia del documento. Sin embargo, ahora todo indica que van detrás de él.

—Mal asunto... —balbuceó el primer ministro—. Eso significa que, si por casualidad tienen éxito en su investigación, no tardarán en poner en práctica los términos del tratado.

—Estoy de acuerdo con usted —convino Simms.

—No puedo imaginar a la Commonwealth sin Canadá —dijo el primer ministro—. Toda la estructura de nuestro comercio internacional se vería seriamente perjudicada. Teniendo en cuenta la delicada situación actual de nuestra economía, la pérdida de Canadá supondría un auténtico desastre.

—¿Tan mal están las cosas?

—Peor de lo que imagina —respondió el primer ministro—. Si Canadá dejara de

ser miembro de la Commonwealth, Australia y Nueva Zelanda no tardarían en seguir sus pasos. No creo que sea necesario que le explique lo que eso implicaría para Gran Bretaña.

Aunque las catastrofistas predicciones del primer ministro iban más allá de su comprensión, Simms era consciente de que Inglaterra, sin un imperio, era inconcebible. Por otro lado, sabía que el estoicismo británico sin duda hallaría una forma de aceptarlo.

La boya se balanceó ligeramente durante unos segundos, luego volvió a estabilizarse. El primer ministro sorbió su jerez con gesto pensativo y preguntó:

—¿Qué instrucciones han recibido los agentes encargados del caso?

—Tan sólo que se limiten a observar e informar de los movimientos emprendidos por los americanos.

—¿Son conscientes de la potencial amenaza que supone el contenido del tratado?

—No, señor.

—En ese caso, será mejor que les informe. Deben estar al corriente del peligro que corre nuestra nación.

¿Conocemos las medidas adoptadas por los americanos?

—Utilizando la NUMA como tapadera, el presidente ha ordenado una operación de salvamento del *Empress of Ireland*.

—Debemos impedirlo a toda costa. No podemos permitir que se acerquen al *Empress*.

Simms se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Cómo podemos impedirlo, señor?

—Ha llegado el momento de informar al gobierno de Canadá de las intenciones de los americanos. Les ofreceremos nuestra cooperación como miembros de la Commonwealth. Siguiendo las normas de la organización, les sugeriremos que revoquen el permiso concedido a la NUMA de operar en el río St. Lawrence. Si el presidente de Estados Unidos insiste en ello, nos veremos obligados a destruir los restos del naufragio para que la copia británica del tratado desaparezca de una vez por todas.

—¿Olvida la copia americana que se extravió en el accidente del *Manhattan*?

—Es evidente que no podemos prohibirles que operen en las aguas de un río situado en su territorio.

El primer ministro fulminó a Simms con la mirada y dijo con acritud:

—En ese caso, general, tendrá que pensar en algo más drástico, ¿no le parece?

**CUARTA PARTE:**  
***EL EMPRESS OF IRELAND***

Mayo, 1989 - Ottawa, Canadá.

Villon cerró el dossier, movió la cabeza en un gesto de negación y masculló:

—¡Absurdo!

—En absoluto —replicó Brian Shaw—. Le aseguro que el asunto es digno de consideración.

—¿Qué significa esto?

—Está todo especificado en el dossier —dijo Shaw, mirando fijamente a Villon—. Los americanos van en busca de un tratado por el que Canadá pasaría a formar parte de su territorio.

—Nunca había oído hablar de nada parecido.

—Muy poca gente conoce la existencia de ese tratado.

—Shaw se interrumpió para encender un cigarrillo—.

Poco después de la pérdida de los documentos, toda referencia en torno a las negociaciones fueron eliminadas, salvo las que han servido de pista a los americanos para deducir el contenido del tratado...

—¿En qué se basa para afirmar que van tras ello?

—Bueno, al principio mis investigaciones me situaron en el centro de un intrincado laberinto. Sin embargo, al tirar del hilo, éste me condujo a un tipo llamado Dirk Pitt, que ostenta un alto cargo en la Agencia Nacional de Investigaciones Submarinas. Tras ordenar al personal de la embajada que investigaran sus movimientos, descubrimos que está al mando de dos expediciones de salvamento: una en el área del río Hudson, donde el tren de Essex desapareció, y otra en la zona donde reposan los restos del *Empress of Ireland*. Puedo asegurarle, señor Villon, que Dirk Pitt no anda tras la pista de ningún tesoro.

Villon permaneció en silencio durante un instante y luego preguntó con solemnidad:

—¿Qué puedo hacer para ayudarle, señor Shaw?

—Para empezar, podría ordenar a Pitt y su tripulación que abandonaran las aguas del St. Lawrence.

Villon negó con la cabeza.

—¡Imposible! Los permisos para llevar a cabo la operación de salvamento fueron legalmente cumplimentados. Desconocemos por completo la reacción de los americanos si revocáramos de pronto su licencia. No descarto la posibilidad de que, como represalia, prohibieran a nuestros barcos faenar en sus aguas.

—El general Simms tuvo en cuenta esta posibilidad, así que pensó en otra alternativa... —Shaw se interrumpió y luego añadió—: Sugiere que destruyamos los

restos del naufragio.

—¿Puede hacerlo sin provocar un desagradable incidente?

—Supongo que sí, siempre y cuando llegue a la zona antes que Dirk Pitt.

Villon apoyó la espalda en el respaldo de su silla. Por la expresión de su rostro era evidente que reflexionaba en torno a la propuesta de Shaw. Con la mirada perdida en el cuadro de un clíper surcando los mares, aguardó en silencio unos segundos y luego asintió con la cabeza.

—Haré todo lo posible para ayudarle.

—Muchas gracias —dijo Shaw—. Necesitaré cinco hombres, un barco y, por supuesto, equipos de submarinismo.

—Así como la colaboración de un especialista que coordine la operación —sugirió Villon.

—¿Está pensando en alguien en particular?

—En efecto —respondió Villon—. Se trata de un miembro de la Policía Montada; bien entrenado y con mucha experiencia en esta clase de misiones. Su nombre es Gly, inspector Foss Gly. Le diré que se ponga en contacto con usted.

La expedición de búsqueda del *Manhattan Limited* pareció condenada al fracaso desde el principio. Giordino, el jefe de la operación, se sentía frustrado, ya que llevaban cuatro días de retraso con respecto a sus previsiones.

Tras reclutar a los hombres y preparar el equipo, el *De Soto*, la nave diseñada por los técnicos de la NUMA para surcar las aguas del río Hudson, no tardó en enfrentarse a un sinfín de condiciones adversas que complicaron la operación.

A pesar de que el timonel no dejó de prestar atención a las boyas del canal y a las diversas embarcaciones que encontraban a su paso, su principal preocupación era el repentino descenso del barómetro y la persistente lluvia, lo que sin duda presagiaba una fuerte tormenta antes de caer la noche.

Mientras oscurecía, las agitadas aguas del río inundaron la cubierta de popa del *De Soto*. De pronto, la intensidad del viento aumentó amenazadoramente, arrastrando la nave a la deriva. Antes de que el timonel recuperara el rumbo, el *De Soto* se internó en aguas poco profundas y embarrancó, colisionando con un tronco que causó un considerable boquete en el flanco de babor.

Durante las siguientes cuatro horas, Giordino repartió órdenes a su tripulación como si del capitán Bligh se tratara. El operador del sonar aseguró más tarde que el potente tono de voz del italiano estuvo a punto de hacer estallar sus tímpanos. Finalmente, aunque lograron reparar el casco, el agua había inundado los pantoques hasta alcanzar el nivel de la cubierta inferior del *De Soto*.

Ignorando la ligera inclinación del barco, Giordino ordenó a sus hombres que hicieran lo posible por desembarrancarlo y, tras alcanzar el centro del río, regresaron a Nueva York.

El *De Soto* permaneció en dique seco durante dos días. Cuando por fin volvieron a la zona, advirtieron que el magnetómetro estaba averiado y tuvieron que esperar a que fuera reemplazado por otro procedente de San Francisco. Habían perdido otros dos días.

Bajo la luz de la luna llena, Giordino echó un vistazo a los sólidos pilares que habían sostenido al puente Deauville-Hudson, mientras su nave avanzaba por el río.

—¿Qué profundidad hay? —preguntó Giordino, asomando la cabeza por la ventanilla de la timonera.

—Unos seis metros —respondió Glen Chase, el taciturno capitán de la nave, tras comprobar los números que aparecían en un panel digital—. Parece lo bastante seguro para anclar aquí hasta mañana por la mañana.

Tras anclar, aseguraron la posición del *De Soto* anudando unos cabos alrededor de los pilares del antiguo puente. A continuación, pararon los motores.

—En su época, debió de ser una estructura imponente —comentó Chase,



contemplando los gruesos pilares de hormigón.

—Así es. Era el quinto puente más largo del mundo —dijo Giordino.

—¿Cuál supone que fue la causa de que se desplomara?

Giordino se encogió de hombros y respondió:

—Según el informe de la investigación, no se halló explicación alguna. La mejor hipótesis apunta a que una intensa ráfaga de viento y las fuertes descargas eléctricas de los rayos debilitaron la estructura.

Chase asintió con la cabeza y dirigió su mirada hacia el fondo del río.

—¿Cree que está ahí, debajo de nosotros?

—¿Se refiere al tren? —inquirió Giordino, contemplando las oscuras aguas del Hudson y, respondiendo a su propia pregunta, dijo—: Sí, estoy seguro de ello. En mil novecientos catorce los restos del tren no fueron hallados porque los hombres que trabajaron en la operación de salvamento contaban con escasos medios y precarios equipos de buceo. Además, buscaron en el lugar equivocado.

Chase se quitó el gorro para rascarse su pelada cabeza.

—Dentro de un par de días, saldremos de dudas.

—Si tenemos suerte, quizá lo sepamos antes.

—¿Quiere una cerveza? —le ofreció Chase, esbozando una sonrisa.

—Está bien.

Chase bajó por la escalerilla que conducía a la cocina. Al pasar junto al comedor, escuchó las voces y risas de la tripulación.

En cubierta, Giordino sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo y, de inmediato, entró en la timonera.

Mientras se subía la cremallera de su cazadora, le pareció oír un extraño ruido y se detuvo para escuchar. En aquel momento, Chase entró y le ofreció una lata de cerveza.

—Lo siento, he olvidado los vasos.

Giordino le indicó con un gesto que guardara silencio.

—¿Ha oído eso...?

Chase se encogió de hombros y frunció el entrecejo.

—¿El qué...?

—Escuche...

Con la mirada perdida, tratando de concentrarse; Chase prestó atención.

—No es más que el silbato de un tren —dijo con indiferencia.

—¿Está seguro?

Chase asintió con la cabeza y respondió:

—Por supuesto.

—¿No le parece extraño? —preguntó Giordino.

—¿Por qué debería parecérmelo?

—Porque sólo las locomotoras de vapor hacían sonar sus silbatos, y la última fue retirada de servicio hace treinta años.

—Quizá se trate de la motocicleta de un muchacho.

No olvide que el sonido se propaga por el agua a gran velocidad.

—Lo dudo —dijo Giordino, aguzando el oído—. El sonido cada vez es más intenso y... cercano.

Mientras Giordino salía de la timonera, Chase buscó entre sus papeles un mapa y una linterna. Luego se reunió con él en cubierta, desplegó el mapa sobre la barandilla y lo iluminó con la linterna.

—¡Mire aquí! —exclamó señalando con el dedo dos finas líneas de color azul—. A unos treinta kilómetros al sur, la vía férrea principal está cortada.

—¿Dónde está la vía más cercana?

—A unos dieciséis o veinte kilómetros.

—Sin embargo, lo que sea que emite semejante sonido está a tan sólo dos kilómetros de aquí —dijo el italiano.

Giordino dirigió su mirada hacia la orilla. La luz de la luna llena iluminaba el paisaje con claridad y pudo distinguir la silueta de los árboles situados a dos kilómetros de distancia. El sonido, cada vez más intenso, se aproximaba por el flanco izquierdo del río. Todo parecía inmóvil y, salvo las luces lejanas de las granjas, la oscuridad de la noche les envolvía.

De pronto, se escuchó un nuevo silbato y el inconfundible traqueteo de una máquina de vapor avanzando en la oscuridad de la noche. Sorprendido, Giordino permaneció inmóvil sin articular palabra alguna.

—¡Viene hacia nosotros! —balbuceó Chase sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo—. ¡Dios mío, se precipita por las ruinas del puente!

Con la respiración entrecortada, ambos hombres se miraron sin comprender lo que sucedía, mientras el ruido del tren invisible se hacía ensordecedor. Perplejo, el rostro de Chase palideció y sus ojos se desorbitaron.

De pronto, se hizo el silencio...; un silencio sepulcral y amenazador.

Ninguno de los dos articuló palabra alguna, ni siquiera se atrevieron a moverse. De pie en cubierta, parecían dos gélidas estatuas de cera. Lentamente Giordino tendió su mano, cogió la linterna que Chase sujetaba con fuerza y enfocó el haz de luz hacia la parte superior del puente.

No había nada, salvo los impertérritos restos de la que antaño había sido una colosal estructura.

El *Ocean Venturer* estaba anclado sobre los restos del naufragio del *Empress of Ireland*. A primera hora de la mañana había caído una ligera llovizna y el immaculado casco del *Venturer* brillaba bajo los anaranjados rayos del sol. A sólo doscientos metros de distancia, la tripulación de un viejo barco de pesca contemplaba la silueta recortada en el horizonte del *Ocean Venturer*, como si se tratara de una obra de arte concebida por la mente de un excéntrico escultor.

El diseño aerodinámico de su casco hacía del *Venturer* una nave singular. Empezando por su redondeada proa, la cubierta principal se alejaba de la forma habitual de la mayoría de los barcos, e incluso el puente de mando se alzaba inusualmente formando un arco. En el centro de la nave, como si se tratara de la repulsiva nariz de Cyrano, había una enorme grúa que parecía una torre petrolífera. Aunque el resultado estético era grotesco, la funcional grúa podía cargar y transportar el equipo en unos minutos o rescatar del mar objetos pesados, como restos de naufragios. El *Ocean Venturer* era la nave perfecta para servir de plataforma de trabajo en la búsqueda del tratado.

Pitt estaba de pie en la cubierta de popa. Sujetando con una mano el gorro de marinero portugués, levantó la cabeza mientras las hélices del helicóptero de la NUMA agitaban el aire sobre su cabeza. Por unos segundos, el piloto mantuvo el helicóptero suspendido en el aire mientras comprobaba la fuerza del viento. Luego descendió lentamente y se posó sobre la cubierta.

De inmediato, Pitt se acercó al helicóptero y abrió la portezuela. Heidi Milligan, vestida con un mono de color azul, saltó a cubierta. Tras ayudarla, Pitt cogió una maleta que el piloto le entregó.

—¡La próxima vez no olvides traer una caja de manteca de cacahuete! —gritó Pitt al piloto.

El piloto le saludó informalmente y exclamó:

—¡Descuida, lo tendré en cuenta!

Pitt acompañó a Heidi y cruzaron la cubierta, mientras el helicóptero se alzaba para dirigirse hacia el sur.

Heidi volvió la cabeza, miró a Pitt y sonrió.

—No sabía que una de las misiones del jefe de operaciones fuera la de ejercer de botones —ironizó.

—Como dicen los chicos, no impongo respeto —comentó Pitt y lanzó una sonora carcajada.

Minutos más tarde, Pitt le indicó a Heidi dónde estaba su camarote y luego se dirigieron al comedor.

—¿Cómo ha ido tu viaje?

—Ha sido muy productivo —contestó ella—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Llegamos a la zona ayer por la tarde, dieciocho horas antes de lo previsto, y anclamos el *Ocean Venturer* encima de los restos del naufragio.

—¿Cuál será el siguiente movimiento?

—Un pequeño submarino dirigido por control remoto se sumergirá para inspeccionar el *Empress*. Podremos analizar y estudiar a través de nuestros monitores las imágenes recogidas por sus cámaras de vídeo.

—¿Cuál es el ángulo de inclinación del *Empress*?

—Veinticinco grados a estribor.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Heidi, frunciendo el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

Heidi extendió sobre la mesa los papeles que llevaba en un portafolios.

—Antes de responder a esta pregunta, quiero que eches un vistazo a la lista de los pasajeros que viajaban en el *Empress*. Al principio, creí que se trataba de un error, ya que no encontré el nombre de Harvey Shields entre los pasajeros de primera clase. Luego pensé que quizá viajaba en segunda para tratar de pasar inadvertido. La mayoría de transatlánticos ofrecen servicios de primera en las cubiertas de segunda clase a oficiales gubernamentales de alto rango que desean viajar de incógnito. Así fue como le encontré. Su camarote era el cuarenta y seis de la cubierta D.

—Buen trabajo. Gracias a tu investigación no perderemos el tiempo registrando el barco de arriba abajo.

—Éstas son las buenas noticias —dijo Heidi—. Ahora vienen las malas.

—Adelante, soy todo oídos.

—El carguero noruego *Storstad* colisionó con el *Empress* por el lado de estribor, provocando un enorme boquete. La proa del carguero penetró en el interior de la sala de máquinas, por debajo de la línea de flotación.

La situación en los camarotes de segunda clase, situados justo encima de la sala de máquinas, debió de ser dramática.

—¿Sugieres que el *Storstad* destruyó por completo el camarote de Shields?

—No estoy segura, pero debemos considerar esta posibilidad. —Heidi extendió una copia de los planos del *Empress of Ireland* y dibujó un círculo en el lugar donde estaba situado el camarote de Shields. Luego agregó—: Francamente Pitt, dada la ubicación del camarote número cuarenta y seis, el impacto debió de producirse justo al lado o, peor aún, directamente en él.

—Ésta podría ser la razón de que el cuerpo de Shields nunca fuera hallado.

—Tal vez murió mientras dormía.

—¿Qué opinas del ángulo de inclinación?

—Bueno, si el *Empress* está inclinado cuarenta y cinco grados a estribor, eso significa que el camarote de Shields yace enterrado bajo el lecho del río —explicó

Heidi.

—Por eso jamás se recuperó el maldito tratado. Sin embargo, si está enterrado, es posible que todavía esté intacto.

Heidi se sentó en una silla y contempló a Pitt, mientras éste tabaleaba con los dedos en la mesa.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Heidi, rozando su mano.

—En que, salvo nosotros, todo el mundo ha olvidado la tragedia del *Empress of Ireland*. Sólo Dios sabe qué encontraremos cuando entremos en esa enorme tumba, donde vagan las almas de más de cien personas.

—Espero que mi inesperada visita no le moleste —dijo el presidente mientras salía del ascensor.

—En absoluto, señor —replicó Sandecker—. La maqueta ya está terminada.

El presidente hizo un gesto a los hombres del Servicio Secreto que le acompañaban de que aguardaran junto al ascensor. Luego siguió al almirante por un largo pasillo que conducía hasta una puerta doble de cedro.

Tras abrirla, Sandecker se apartó para dejar paso al presidente.

—Adelante, señor.

Los dos entraron en una sala circular de paredes tapizadas que carecía de ventanas. La única pieza del mobiliario era una gran mesa ovalada, situada en el centro de la habitación, sobre la que se alzaba una maqueta iluminada por unos focos. El presidente se acercó a la mesa y exclamó:

—¡Impresionante!

—Señor presidente, tiene ante usted la tumba del *Empress of Ireland* —dijo Sandecker—. La maqueta ha sido construida tomando como referencia las fotografías y los vídeos filmados por el *Ocean Venturer*.

—¿Es éste el barco de salvamento? —preguntó el presidente, señalando un modelo suspendido a medio metro por encima del *Empress*.

—En efecto —respondió el almirante—. Ambas maquetas han sido diseñadas a escala. La distancia que media entre ambas embarcaciones representa la profundidad desde la superficie al lecho del río.

El presidente estudió con detenimiento la maqueta del *Empress* durante varios segundos. A continuación, se encogió de hombros y comentó:

—Teniendo en cuenta las dimensiones de este colosal trasatlántico, buscar el tratado será como buscar una aguja en un pajar... ¿Por dónde empezarán?

—Nuestra investigadora considera que lo mejor es iniciar la búsqueda por aquí —explicó Sandecker, señalando con el dedo hacia el lado de estribor del casco—.

Según sus averiguaciones, el camarote de Shields se encontraba en esta parte del barco, precisamente junto al lugar donde se incrustó la quilla del carguero noruego.

—¿Cómo lograrán llegar al camarote?

—Verá, tras realizar un rastreo del interior del barco con un pequeño submarino dirigido por control remoto —explicó Sandecker—, hemos concluido que debemos iniciar la operación de rescate en la cubierta de estribor y perforar desde allí hasta dar con el objetivo.

—Al parecer, seguirán el camino más difícil —comentó el presidente y luego inquirió—: ¿No resultaría más sencillo perforar el lecho del río situado en la parte inferior del casco?

—Es cierto, sin embargo no debemos olvidar que el camarote de Shields se encuentra enterrado bajo toneladas de lodo. Créame, señor, dragar el fondo arenoso del río, además de peligroso y agotador, no sería más que una costosa pérdida de tiempo. Por otro lado, operando desde el interior del barco, mis hombres contarán con una sólida plataforma y, aún más importante, podrán utilizar los planos del *Empress* para orientar la dirección de la perforación en todo momento.

—Me satisface comprobar que ha estudiado el asunto a la perfección, almirante —dijo el presidente con aquiescencia.

—Para abrirnos paso por las entrañas del *Empress*, contamos con cuatro sistemas distintos —prosiguió Sandecker—. Uno de ellos es la grúa que puede ver en el centro de la cubierta del *Ocean Venturer*. Diseñada para levantar pesos de cincuenta toneladas, servirá para desplazar de la zona de operaciones los restos más pesados del naufragio. El segundo sistema es un sumergible biplaza con brazos mecánicos, que servirá de unidad de apoyo.

El presidente tomó entre sus manos una réplica en miniatura situada junto a la maqueta del *Empress* y la observó con atención.

—¿Es éste el sumergible? —preguntó.

—En efecto, señor —asintió Sandecker—. El *Sappho I* fue uno de los cuatro vehículos submarinos utilizados el año pasado en el proyecto *Titanic*.

—Lamento haberle interrumpido, almirante. Por favor, prosiga.

—El tercer sistema es la clave de la operación —explicó Sandecker sosteniendo un pequeño muñeco, que parecía un oso polar enfundado en un antiguo traje de buzo—.

Consiste en un sistema articulado de submarinismo atmosférico, comúnmente llamado JIM. Equipado con este traje, que ha sido confeccionado con fibra de vidrio y recubierto de magnesio, un hombre puede trabajar a gran profundidad durante horas sin necesidad de realizar descompresión alguna. Dos de estos trajes serán más que suficientes para que seis hombres trabajen en la zona del naufragio durante las veinticuatro horas del día.

—Parece muy pesado e incómodo.

—Está en lo cierto, señor, pero sólo en parte. Aunque el peso real aproximado de un hombre con este traje sea muy elevado, bajo el agua se reduce a la mitad y resulta sorprendentemente ágil. Con este traje se puede caminar por el fondo del mar con más rapidez que por el desierto del Sahara.

Sandecker entregó el muñeco al presidente. Con evidente interés, éste movió los brazos y las piernas articuladas y comentó:

—Este traje deja obsoletos los equipos de buceo conocidos hasta la fecha.

—No exactamente —puntualizó Sandecker— El submarinismo con movilidad autónoma sigue siendo la columna vertebral de cualquier operación de salvamento. El

cuarto y último sistema se denomina «buceo de saturación» —prosiguió el almirante, señalando con el dedo la maqueta de un tanque cilíndrico—. Un equipo de submarinistas permanecerá en esta cámara de presión en la que se respira una mezcla de helio y oxígeno. Este compuesto previene los efectos narcóticos producidos al inhalar nitrógeno a baja presión. La cámara permite a los hombres trabajar bajo el agua durante horas sin correr el peligro de que el aire absorbido por los pulmones se disuelva en la sangre, formando burbujas y causando la enfermedad del buzo. Incluso tiene la ventaja de que no es necesario realizar descompresiones hasta finalizar el trabajo.

El presidente permaneció en silencio. Su formación académica era más bien la de un humanista y, aunque debía reconocer que la explicación técnico-científica de Sandecker en algunos aspectos iba más allá de su comprensión, no estaba dispuesto a evidenciarlo, por lo que, antes de formular su siguiente pregunta, midió con precisión sus palabras.

—Sus hombres no intentarán perforar el casco de acero del *Empress*, ¿verdad?

—No, señor presidente, pondrán en práctica un método mucho más efectivo.

—¿Se refiere quizá al uso de explosivos?

—Sería demasiado arriesgado —respondió Sandecker—.

Tras permanecer sumergido durante setenta y cinco años, los agentes corrosivos habrán dañado notablemente la dureza y elasticidad iniciales del acero, convirtiendo el casco en una superficie porosa. La colocación de una carga de explosivos en el lugar equivocado provocaría la total destrucción del trasatlántico.

—Comprendo. Así pues, en lugar de explosivos, utilizarán sopletes oxiacetilénicos —intervino el presidente.

—Sopletes pirofóricos, para ser más exactos. Se trata de una sustancia susceptible de inflamarse bajo el agua a una temperatura considerablemente alta. Cuando el piróforo entra en contacto con la superficie que se desea perforar, un sistema de encendido electrónico provoca la ignición. Una vez alcanzados los trescientos grados Celsius, puede derretir en cuestión de segundos incluso una sólida roca.

—Resulta realmente difícil de imaginar... —balbuceó el presidente con admiración.

—Si desea formular más preguntas, señor, estoy a su entera disposición.

El presidente hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Me satisface saber que usted y su equipo están llevando a cabo una misión encomiable.

—Aunque no encontremos el tratado, puede estar seguro de que habremos hecho todo cuanto técnicamente haya estado en nuestras manos, señor.

—Deduzco por sus palabras que no está plenamente convencido de lograrlo.

—Francamente, señor presidente, contamos con menos posibilidades que un ratón



a punto de ser engullido por un halcón.

—¿Qué opina respecto a la copia del tratado que se encuentra en el *Manhattan Limited*?

—Preferiría no pronunciarme hasta que localicemos el tren.

—Agradezco su sinceridad, almirante —dijo el presidente, esbozando una sonrisa.

Sandecker guardó silencio por unos segundos. Deseaba formular una pregunta al presidente, aunque no estaba seguro de si debía hacerlo.

—¿En qué está pensando, almirante? —inquirió el presidente.

—Bueno, señor, yo... —titubeó Sandecker—. Con todos mis respetos, señor presidente, me gustaría saber qué diablos entraña semejante despliegue de medios técnicos y humanos...

El presidente miró fijamente a Sandecker y dijo con solemnidad:

—Su interés al respecto es justificable, almirante, sin embargo, lo único que puedo responderle es que se trata de una intrincada conspiración. En realidad, se trata de la conspiración más arriesgada jamás urdida por un presidente de Estados Unidos.

El silencio de las profundas aguas del río St. Lawrence se vio alterado por un extraño zumbido seguido de un intenso haz de luz. De inmediato, acudió un banco de peces atraído por el inusitado resplandor.

Entretanto, en el interior del aljibe del *Ocean Venturer*, un equipo de ingenieros preparaba el sumergible a control remoto suspendido de un cable. Uno de los hombres ajustó los focos de las tres cámaras de vídeo mientras otro conectaba las baterías.

El RSV, de un metro de longitud y veinticinco centímetros de diámetro, no presentaba protuberancia alguna en su brillante superficie de titanio. Una pequeña turbina propulsaba el vehículo.

—Resulta extraño contemplar el lecho del río sin que nos sumerjamos —comentó Heidi.

—No olvides que estamos a un metro por encima de la superficie —respondió Rudi Gunn, sonriendo—. Mientras el río no alcance la línea de flotación, nos mantendremos a flote.

En aquel momento uno de los ingenieros hizo una señal con la mano y exclamó:

—¡Todo listo!

—¿Este artilugio no cuenta con un cordón umbilical de control electrónico? —preguntó Heidi.

—*Baby* es muy sensible y responde a los estímulos sonoros del control remoto aunque se encuentre a cinco kilómetros de profundidad —aclaró Gunn.

—¿Por qué lo llamáis *Baby*?

—Porque, como cualquier bebé, siempre está mojado... —intervino Pitt, lanzando una sonora carcajada.

—Ah, los hombres y su infantil sentido del humor...

—ironizó Heidi.

Pitt abrió la portezuela del compartimiento estanco situado bajo la línea de flotación del *Ocean Venturer* y ordenó:

—Submarinista, inmersión.

De inmediato, un hombre ataviado con un traje térmico, se ajustó la máscara que cubría su rostro y, tras abrir una escotilla, se sumergió en las oscuras aguas del St. Lawrence para acompañar al RSV en sus primeros metros de inmersión.

—Vamos a la sala de control para ver qué hay ahí abajo —dijo Pitt.

Minutos más tarde, se encontraban frente a tres pantallas situadas en una de las paredes de la sala, provista de varios ordenadores que empezaron a procesar los primeros datos transmitidos por el RSV.

Al ver entrar a Pitt, uno de los operadores del equipo técnico levantó la cabeza y

esbozó una amplia sonrisa.

—Doug Hoker, le presento a Heidi Milligan —dijo Pitt, obviando sus respectivos rangos navales—. Doug controla el RSV. En otras palabras, es la madre de *Baby*.

Hoker se levantó de la silla y estrechó la mano de Heidi.

—Bienvenida a la sala de control. Siempre es agradable contar con una hermosa audiencia.

Heidi sonrió al cortés cumplido de Hoker y respondió:

—Por nada del mundo me perdería un espectáculo como éste.

Hoker volvió a sentarse frente al cuadro de mandos del RSV y se entregó por completo a su trabajo.

—Veinticinco metros de profundidad —informó mientras manipulaba con la mano derecha el mando de control del RSV—. Temperatura del agua, treinta y cuatro grados.

—Dirige a *Baby* hacia la popa —ordenó Pitt.

—Entendido —replicó Hoker.

A cincuenta metros de profundidad, la imagen inerte y oscura del fondo del río apareció en las pantallas de vídeo, aunque los intensos focos del RSV proporcionaban tan sólo una visibilidad de unos tres metros de alcance.

De repente, la esperada imagen de una oscura y difusa silueta apareció en la parte superior de las pantallas hasta configurarse con claridad.

—Mantén el rumbo —ordenó Pitt.

—Por su forma, diría que *Baby* se está aproximando a la hélice —anunció Gunn.

En efecto, la imagen de las cuatro palas de bronce, que en su día habían impulsado al colosal trasatlántico de 14.000 toneladas de peso desde Liverpool a Quebec, fue recogida con nitidez por las cámaras del RSV.

—Cada pala debe de medir unos seis metros de largo —calculó Pitt—. La hélice entera debe de pesar unas treinta toneladas.

—El *Empress* tenía un «hermano gemelo» —comentó Heidi—. Fue rescatado y restaurado en mil novecientos sesenta y ocho.

—Asciende a quince metros de profundidad y conduce al RSV a lo largo de la cubierta de estribor —indicó Pitt a Hoker.

El pequeño sumergible se dirigió hacia la popa del trasatlántico.

—Sin duda perdió el mástil de popa a causa del impacto —dijo Pitt, analizando la imagen de la pantalla.

En cuestión de segundos la imagen de la cubierta del *Empress* apareció en las pantallas. La mayoría de los botes salvavidas seguían en su lugar, no habían sido utilizados durante el naufragio. Las dos enormes chimeneas habían desaparecido bajo el lodo.

En la sala de control se hizo el silencio durante unos minutos. Todos parecían

haber vuelto al pasado para escuchar los gritos agónicos de la multitud corriendo despavorida por las cubiertas, tratando de eludir la muerte mientras el barco se hundía inevitablemente.

El corazón de Heidi se aceleró. Era consciente de la inexplicable morbosidad que había en la contemplación de aquella escena. De pronto, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Finalmente Pitt rompió el silencio de la estancia y ordenó:

—Dirige el sumergible al interior.

Hoker sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de su frente.

—Las dos cubiertas superiores se han desplomado —murmuró como si se encontrara en una iglesia—. Maldita sea, el RSV no podrá entrar ahí adentro.

Pitt desplegó sobre la mesa los planos del interior del trasatlántico y trazó una línea imaginaria con el dedo.

—Dirígelo a la cubierta de recreo. El acceso al pasillo de primera clase quizá esté despejado.

—¿Esperáis que *Baby* entre realmente en el barco?

—inquirió Heidi.

—Para eso fue diseñado —respondió Pitt.

—Todas esas personas muertas ahí adentro... Me parece un sacrilegio.

—Durante medio siglo, innumerables equipos de búsqueda han tratado de desvelar los secretos del *Empress* —dijo Gunn, con tono paternal—. El museo de Rimouski exhibe montones de objetos rescatados del naufragio.

Además, es absolutamente necesario que sepamos con qué vamos a enfrentarnos cuando empecemos a perforar...

—¡Lo he conseguido, estamos dentro...! —le interrumpió Hoker.

—Muy despacio... —susurró Pitt—. El techo de madera debió de derrumbarse obstruyendo los pasillos.

Por unos segundos, las pantallas permanecieron casi totalmente a oscuras. Luego los potentes focos del RSV iluminaron los primeros peldaños de la escalera que conducía a uno de los salones. Cuando el sumergible se internó en éste, el panorama que contemplaron fue desolador: la alfombra persa que cubría el suelo se encontraba en un lamentable estado, así como algunas sillas y sofás.

—Creo que podremos seguir por el pasillo de popa —dijo Hoker.

—Adelante —ordenó Pitt.

Dejando atrás el salón, el RSV se abrió paso a través de los escombros. Después de avanzar diez metros por el pasillo, se internó en un camarote. La lujosa decoración por la que el *Empress* había sido reconocido había quedado reducida a un montón de escombros y desechos. Las espaciosas y cómodas literas, así como el cuidado mobiliario, habían sucumbido inevitablemente al cruel azote de la corrosión del agua.

El RSV retrocedió lenta y mortificadamente a través del tiempo. Tardó casi dos horas en llegar a otro de los antiguos salones del *Empress*.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Gunn.

Pitt consultó los planos y respondió:

—Deberíamos estar en la entrada del comedor principal.

—Sí, ahí está —dijo Heidi, señalando la pantalla—.

Debe de ser esa puerta de la derecha.

Pitt miró a Gunn y propuso:

—Será mejor que lo comprobemos. Según los planos, el camarote de Shields se encuentra en la cubierta inferior.

El RSV irrumpió en el salón y sus cámaras recogieron las sombras fantasmagóricas de las columnas, que sostenían los restos del techo artesonado. Sólo los espejos ovalados que cubrían las paredes eran los silenciosos testimonios de la opulenta decoración que una vez había despertado la admiración de los pasajeros.

De pronto, la cámara captó un extraño movimiento frente al sumergible.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Gunn.

Perplejos, todos contemplaron la misteriosa presencia de una nube etérea que flotaba delante de la cámara.

Al cabo de un rato, envuelta en un aura traslúcida, apareció una figura humana que se acercó a la cámara del RSV. En la pantalla de la sala de control surgió una imagen que recordaba al negativo de dos fotografías superpuestas.

Heidi guardó silencio y notó cómo su cuerpo se estremecía, mientras Hoker, sentado frente al panel de mandos, no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Por su parte, Gunn se acercó con decisión a la pantalla para observar de cerca aquella inexplicable aparición. Su mirada se centró en la imagen como si fuera la de un cirujano estudiando una radiografía.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Gunn—. ¡Jamás hubiera imaginado que vería un fantasma!

A pesar de la aparente serenidad de Gunn, Pitt era consciente de que aquel pequeño hombre estaba a punto de perder los nervios.

—Haz que *Baby* retroceda —ordenó Pitt a Hoker con total tranquilidad.

Aunque era la primera vez que se enfrentaba a un fantasma, en lugar de amedrentarse, Hoker se armó de valor y volvió a tomar los controles. Mientras retrocedía, el RSV dejó atrás la misteriosa y extraña forma fantasmal, pero de pronto ésta se abalanzó sobre el sumergible.

—¡Dios mío, esa cosa nos persigue! —susurró Heidi.

La atmósfera en la sala de control era tan tensa que podía cortarse con el filo de una navaja. Todos tenían la mirada puesta en las pantallas.

—¡Santo cielo! ¿Qué diablos está haciendo ahora?

—gritó Gunn, fuera de sus casillas.

Nadie respondió. Nadie, excepto Pitt, se atrevió a reaccionar.

—¡Rápido, haz virar a *Baby* para que salga de ahí!

Sin apartar los ojos de la pantalla, Hoker activó el mando imprimiendo la máxima potencia del RSV, pero éste sólo podía alcanzar tres nudos de velocidad. Al llegar al salón, las luces de los focos volvieron a iluminar los viejos y fantasmales espejos. El submarino viró lentamente, mientras la acechante masa blanquecina parecía estar a punto de envolverlo con su traslúcido manto.

Cuando Hoker por fin logró enderezar el rumbo, ya era demasiado tarde. Un segundo espectro, de largos e informes brazos, pareció surgir de la nada y se detuvo en el umbral de la puerta del salón obstruyendo el paso.

—¡Maldita sea! —profirió Pitt—. ¡Hay otro!

—¿Qué hago ahora? —preguntó Hoker con evidente desesperación.

Todas las miradas estaban puestas en Pitt. Nadie podía creer que, a pesar de las circunstancias, siguiera manteniendo la calma y el habitual autocontrol que le caracterizaba.

En aquel instante todos comprendieron por qué el almirante Sandecker confiaba ciegamente en él. En efecto, si alguna vez un hombre había estado en el lugar y momento adecuados, ése era Dirk Pitt, capaz de controlar sus nervios a pesar de enfrentarse a fuerzas sobrenaturales.

La mente de Pitt trataba de hallar desesperadamente una solución. Los demás, tras preguntarse en qué estaba pensando, sólo intuyeron que su inicial estado contemplativo había dado paso a una evidente expresión de rabia y odio reprimidos.

«Si contra el tren fantasma resultó atacar de frente —pensó Pitt—, ahora seguiremos la misma estrategia. No hay nada que perder.»

—¡Embiste a ese jodido bastardo! —ordenó a Hoker.

Tras oír aquellas palabras, todo el mundo pareció contagiarse de la determinación de Pitt. Los sombríos temores que al principio les habían acechado se desvanecieron por completo, aunque finalmente aceptaron la posibilidad de que aquellos espectros fueran las ánimas torturadas de los pasajeros del *Empress of Ireland*.

El RSV apuntó directamente hacia la barrera espectral que obstruía la puerta y se abalanzó sobre ella. Al principio no hubo resistencia alguna, pues la nebulosa desapareció, pero al cabo de unos segundos envolvió al pequeño sumergible. En las pantallas la imagen se hizo borrosa, llenándose de sombras.

—¡Sorpresa! —exclamó Pitt—. Al parecer, nuestro huésped no es insustancial.

—¡*Baby* no obedece mis órdenes! —profirió Hoker—.

¡Hay algo que ofrece resistencia!

—¡Trata de hacerte con él!

—No puedo —replicó Hoker, moviendo la cabeza en un gesto de negación—. Sea lo que sea esa cosa, lo está inmovilizando. Pitt cruzó a toda prisa la sala de control y se dirigió al panel de control de Hoker. Luego, señalando con el dedo, preguntó:

—¿Por qué el indicador de dirección vacila?

—Es como si tiraran de *Baby*, como si intentaran arrastrarlo.

Pitt apoyó su mano en el hombro de Hoker y ordenó:

—Desconecta todos los sistemas excepto las cámaras.

—¿Las luces también?

—Afirmativo. Dejemos que esos malditos fantasmas crean que han logrado destruir el sistema de propulsión de nuestro juguete.

Las pantallas parpadearon durante un par de segundos y quedaron a oscuras. La única imagen que recogían las cámaras del submarino era la fría oscuridad reinante en el interior del *Empress*. Si alguien ajeno a la operación hubiera contemplado la escena —un grupo de personas frente a unas pantallas de televisión que no emitían señal alguna—, habría deducido que se trataba del sueño de cualquier psiquiatra.

Al cabo de media hora, todo seguía igual. El nerviosismo era evidente en la sala de control. Luego, muy lentamente, las pantallas empezaron a cobrar vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pitt a Hoker.

—No hay forma de saberlo —respondió Hoker—. Sin energía no es posible obtener los datos de los sistemas.

—Actívalos, pero sólo el tiempo necesario para que los ordenadores registren los datos más relevantes.

—Sólo serán unas décimas de segundo...

—Adelante.

Hoker conectó y desconectó rápidamente el sistema de datos y, en aquel ínfimo lapso de tiempo, los ordenadores de la sala de control recibieron la información transmitida por el RSV.

—Posición: cuatrocientos metros. Rumbo: cero, veinte, siete. Profundidad: trece metros.

—¡Se acerca! —exclamó Gunn.

—Se encuentra a cuatrocientos metros a estribor —verificó Hoker.

—Hay un cambio de color en la pantalla —advirtió Heidi.

En aquel instante, un intenso haz de luz anaranjado deslumbró el objetivo de las cámaras. A continuación, aparecieron dos difusos rostros humanos, que parecían observar al RSV a través de una ventanilla.

—*Baby* se encuentra en la superficie —dijo Hoker.

En silencio, Pitt salió de la sala de control y subió por la escalerilla hasta el puente de mando. Tras coger unos prismáticos, salió a cubierta y echó un vistazo a la superficie del río.

El cielo estaba despejado y los primeros rayos de sol se reflejaban en el agua. Una ligera brisa procedente del mar acariciaba la superficie del *St. Lawrence*. Pitt sólo vio un buque cisterna con bandera de Quebec y una flotilla de cinco botes de pescadores, que se dirigían al noreste.

—¿Lo has visto? —preguntó Gunn, que había seguido los pasos de Pitt.

—No, demasiado tarde —respondió Pitt—. *Baby* ha desaparecido.

—¿Desaparecido...?

—Quizá sería mejor decir que ha sido secuestrado —puntualizó Pitt—. Probablemente en estos momentos se encuentre a bordo de unos de esos barcos. —Pitt se interrumpió y, entregando a Gunn los prismáticos, le hizo un gesto de que



mirara—. Apostaría a que está en el bote azul, en el rojo o en el amarillo. Los tres tienen las redes recogidas, por lo que es evidente que no están pescando.

Gunn miró a través de los prismáticos durante unos segundos y luego dijo:

—¡*Baby* está valorado en doscientos mil dólares! —profirió—. ¡Tenemos que detenerles! ¡Tenemos que hacer todo lo posible por recuperarlo!

—Lo siento, pero no creo que a los canadienses les gustara que un barco extranjero se dedicara a abordar simples botes de pesca en sus aguas jurisdiccionales.

Además, tenemos que mantener nuestra operación en secreto. Lo último que el presidente necesita es que se produzca un altercado internacional por culpa de un artilugio mecánico que puede reemplazar inmediatamente con algunos impuestos.

—No me parece justo —objetó Gunn.

—Oh, vamos, Gunn, reprime tus sentimientos. Por el momento, será mejor que dejemos a un lado nuestro orgullo —dijo Pitt—. Lo que realmente importa es descubrir quién está detrás de todo esto y, sobre todo, por qué. Es posible que se trate de submarinistas que se dedican a saquear restos de naufragios, pero también podrían ser especialistas desempeñando una misión parecida a la nuestra.

—Las cámaras lo confirmarán —dijo Gunn.

Cuando Pitt y Gunn regresaron a la sala de control, se respiraba un intenso nerviosismo. Temblorosa, Heidi estaba sentada en una silla. Su rostro había palidecido y tenía los ojos en blanco. Junto a ella, un joven ingeniero trataba de reanimarla obligándola a beber un sorbo de coñac. Por su aspecto, parecía que hubiera acabado de presenciar la aparición de un tercer fantasma.

Hoker y otros tres ingenieros comprobaban afanosamente el panel de control, manipulando sin cesar los instrumentos de la consola. Para Pitt era obvio que toda comunicación con el RSV había quedado definitivamente interrumpida.

Hoker levantó la mirada y comentó a Pitt:

—Tengo algo muy interesante que mostrarte.

Pitt ladeó la cabeza en dirección a Heidi y preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—Ha visto algo que la ha dejado fuera de combate.

—¿En los monitores?

—Sí, poco antes de que la transmisión se cortara definitivamente —explicó Hoker—. Echa un vistazo mientras yo rebobino la cinta de vídeo.

Pitt permaneció de pie frente a las pantallas y Gunn se acercó a él. Lentamente apareció la imagen del RSV emergiendo a la superficie.

—Aquí es cuando sacan a *Baby* del agua —dijo Pitt.

—Así es —convino Hoker—. Ahora fíjate en la siguiente toma.

Unas líneas horizontales barrieron las pantallas, que por un momento parpadearon.

—Esos cretinos no saben manipular una delicada pieza de ingeniería —dijo Hoker con acritud—. Al golpear la cámara, rompieron el tubo de imagen y, a partir de ese momento, registró las imágenes en blanco y negro.

Tras analizar repetidamente las imágenes, Gunn exclamó:

—¡Plástico! ¡La maldita nebulosa no era más que una jodida lámina de plástico opaco!

—Ahí tenemos a nuestros fantasmas, caballeros —dijo Pitt, al ver a dos submarinistas arrodillados frente a la cámara del RSV mientras lo observaban.

—Es una lástima que no se distingan sus rostros —se lamentó Gunn.

—Dentro de poco verás uno —dijo Hoker—. ¡Ahí está...!

En aquel momento las pantallas emitieron nítidamente la imagen de unas piernas, que calzaban botas Wellington, dirigiéndose hacia la cámara. El tipo de las Wellington se detuvo junto a los submarinistas e inclinó la cabeza hacia el objetivo. Llevaba un jersey del ejército británico con las correspondientes coderas y hombreras de piel. Una gorra de lana, ligeramente inclinada hacia la izquierda, cubría su largo cabello gris. Pitt pensó que debía de tener unos sesenta años de edad y, por la expresión de su rostro, dedujo que se trataba de un hombre familiarizado con el peligro. Sus oscuros y profundos ojos conferían a su mirada un aire autoritario y marcial.

Al aproximarse a la cámara, pareció enrojecer de ira y pronunció unas palabras.

—No sé leer los labios, pero juraría que ese tipo ha dicho: «Estáis locos.»

Pitt y Gunn permanecieron de pie contemplando las últimas imágenes registradas por la cámara del RSV, hasta que la grabación finalizó.

—Eso fue lo último que *Baby* registró —dijo Hoker—. Perdimos contacto cuando destruyeron sus circuitos de transmisión.

Heidi se levantó de la silla y caminó torpemente hacia ellos. Luego señaló con el dedo hacia una de las pantallas y balbuceó:

—Le conozco... Ese hombre... sé quién es.

El doctor Otis Coli introdujo un cigarrillo Maurier en su boquilla de oro y aspiró profundamente el humo.

A continuación, se dispuso a inspeccionar el corazón electrónico del RSV.

—Esos malditos americanos son realmente ingeniosos —dijo el doctor, impresionado ante lo que estaba viendo—. He leído varios artículos científicos acerca de estos sumergibles, pero nunca había visto uno.

Coli, director del Instituto de Ingeniería Marina de Quebec, había sido reclutado por Henri Villon. Era un hombre corpulento, de anchos hombros y cabello blanco. Bajo su afilada nariz, lucía un poblado bigote.

Brian Shaw, de pie junto a Coli, parecía estar preocupado.

—¿Qué opinión le merece?

—Es una verdadera maravilla de la tecnología —respondió Coli, con la misma admiración que la de un joven al contemplar las páginas centrales de un ejemplar de *Playboy*—. La información visual es codificada y enviada a través de ondas ultrasónicas al barco madre, donde la codifican informáticamente. Las imágenes registradas son más tarde reproducidas en vídeo con sorprendente calidad.

—No me parece que ese trasto sea el invento del siglo —masculló Foss Gly que, cómodamente sentado en una silla, contemplaba la escena con indiferencia.

Shaw trató de reprimir su antipatía hacia Gly y replicó:

—Ese «trasto», como usted lo llama, sin duda estaba transmitiendo imágenes mientras usted lo subió a bordo. Así pues, en estos momentos la gente de la NUMA no sólo conoce nuestra presencia, sino que además poseen una cinta de vídeo en que aparecen registrados nuestros rostros.

—¿Y eso qué diablos nos importa?

—Su jefe de operaciones ya debe de haber contactado con uno de sus helicópteros —replicó Shaw—. Por lo tanto, antes de que caiga la noche, esa cinta estará en Washington y mañana, a esta misma hora, tal vez hayan logrado identificarnos.

—Quizá le identifiquen a usted, Shaw —dijo Gly, esbozando una sonrisa maliciosa—, pero mi compañero y yo no nos quitamos las máscaras, ¿recuerda?

—Ya no podemos evitarlo. Los americanos sabrán que no somos submarinistas locales. A partir de ahora, tomarán precauciones.

Gly se encogió de hombros, se levantó y empezó a despojarse de su traje de buzo.

—Si ese pez mecánico no nos hubiera interrumpido, habríamos colocado las cargas y volado el casco de ese viejo barco.

—Mala suerte —repuso Shaw—. ¿En qué punto interrumpieron su misión?

—Acabábamos de empezar cuando vimos unas luces procedentes de popa.

—¿Dónde están los explosivos?

—Siguen almacenados en el castillo de proa —respondió Gly.

—¿Cuántos kilos hay ahí abajo?

Tras unos segundos de reflexión, Gly contestó:

—Harris y yo hicimos seis viajes cada uno, lo que significa que apilamos doscientos contenedores sellados.

—Es decir, unos mil kilos de explosivos —contabilizó Shaw que, dirigiéndose al doctor Coli, preguntó—: ¿Qué cree que ocurriría si procediéramos a la detonación?

—¿En este momento?

—Sí, ahora mismo.

—El material de esos explosivos es tres veces más potente que el TNT. —Coli se interrumpió y dirigió su mirada a lo lejos, hacia el *Ocean Venturer*—. La onda expansiva de la explosión sin duda destruiría el barco de la NUMA.

—¿Y el *Empress of Ireland*?

—También, por supuesto. La mayor parte de su estructura saltaría en pedazos.

—Sin embargo, la sección central permanecería intacta bajo el lodo, ¿no es cierto?

—Así es —respondió Coli—. Lo único que conseguiría provocando esa explosión sería la muerte innecesaria de hombres inocentes.

—Le aseguro que lo último que deseo es un enfrentamiento con los americanos —dijo Shaw con gesto pensativo.

—Si finalmente decide detonar los explosivos, no cuente conmigo —le advirtió Coli.

—Este diálogo es absurdo —intervino Gly—. ¿Adónde nos conduce?

—Por el momento será mejor que actuemos con cautela —replicó Shaw—. Nos limitaremos a observar los movimientos de los americanos. Entretanto, trataremos de encontrar otra embarcación para desviar su atención.

Gly miró a Shaw con acritud y preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Es lo único que se le ocurre?

—Salvo que usted proponga algo mejor...

—Por supuesto que tengo otra propuesta. Deberíamos hacer volar por los aires a esos bastardos —dijo Gly con frialdad y luego agregó—: Si no tiene estómago para hacerlo, viejo, yo mismo lo haré.

—¡Basta! —exclamó Shaw, fulminando a Gly con su mirada—. No estamos en guerra con los americanos, y bajo mis órdenes no se menciona el asesinato. Sólo los idiotas matan a la gente gratuitamente. A partir de ahora, inspector Gly, se limitará a obedecer mis órdenes.

Gly volvió a encogerse de hombros y guardó silencio. No estaba dispuesto a discutir inútilmente, ya que nadie, ni siquiera Shaw, sabía que había introducido un detonador por control remoto en uno de los contenedores de explosivos. Así pues, era

consciente de que, pulsando un simple botón, podría activarlos en cualquier momento.

Mercier almorzó con el presidente en el comedor familiar de la Casa Blanca. Agradecía que su jefe, a diferencia de otros mandatarios, sirviera cócteles antes de las cinco de la tarde. El segundo Rob Roy le sentó mejor que el primero, aunque sin duda no era la bebida más apropiada para acompañar un exquisito bistec Salisbury.

—Los últimos informes de la CIA aseguran que los rusos han movilizado otra división en la frontera de la India. Con ésta, ya son diez, las suficientes para iniciar una invasión.

El presidente engulló un pedazo de patata hervida.

Luego dijo:

—Los chicos del Kremlin se quemaron los dedos al invadir Afganistán y Pakistán. Como resultado, se ha extendido en el interior de sus fronteras un importante movimiento musulmán. Espero que invadan la India, es mucho más de lo que podríamos desear.

—No podemos sentarnos en sus fronteras sin intervenir militarmente en el asunto.

—No se preocupe. Blandiremos nuestros sables y pronunciaremos grandilocuentes discursos en las Naciones Unidas, denunciando otro caso de agresión comunista. Desplegaremos algunos de nuestros cargueros en el océano Índico y volveremos a boicotearles económicamente.

Mercier tomó un bocado de ensalada y comentó:

—En otras palabras, seguiremos la misma estrategia de siempre: aguardar y contemplar...

—Cómo los soviéticos cavan su propia tumba —le interrumpió el presidente—. Marchar sobre setecientos millones de personas, que viven en la más absoluta pobreza, sería como si la General Motors se atreviera a adquirir el Departamento de Bienestar Social. Créame, aunque los rusos ganen, al final saldrán perdiendo.

Aunque Mercier no estaba de acuerdo con el presidente, era consciente de que quizá estaba en lo cierto. En aquel instante, decidió cambiar el tema de la conversación para debatir un asunto prioritario para el país.

—El referéndum para la independencia de Quebec se celebrará la semana próxima. En las votaciones de los años ochenta y ochenta y seis los nacionalistas no lograron sus propósitos, pero ahora todo apunta a que podrían ver realizados sus sueños.

El presidente, que siguió comiendo con tranquilidad, no pareció dar importancia al asunto.

—Si los franceses están dispuestos a otorgar la soberanía a la utopía, cuando despierten a la realidad, la caída será muy dura.

—Podríamos disuadirlos con una pequeña demostración de fuerza —comentó

Mercier.

—Siempre piensas en lo mismo, ¿verdad, Alan?

—Permítame, señor presidente, la luna de miel ha terminado. Es sólo cuestión de tiempo antes de que la posición del Congreso y los medios de comunicación le definan como un gobernante débil e indeciso. Recuerde que en su campaña electoral prometió todo lo contrario.

—¿Sólo porque no deseo iniciar un conflicto con los países de Oriente Medio o enviar tropas a Canadá?

—Hay otras medidas menos drásticas para demostrar que somos un país poderoso —sugirió Mercier.

—No hay razón alguna que justifique la pérdida de una sola vida americana en medio de un desierto, aunque éste esté plagado de petróleo. En cuanto a Canadá, no debes preocuparte. Los problemas se solucionarán por sí mismos.

—¿Por qué tiene tanto interés en que Canadá pierda su unidad? —inquirió Mercier.

El presidente levantó la mirada y respondió con otra pregunta:

—¿Crees realmente que deseo ver cómo nuestro país vecino se precipita inevitablemente al caos?

—¿Qué otra cosa puedo opinar?

—Confía en mí, Alan —dijo el presidente con un tono de voz cordial—. Confía en lo que voy a hacer.

—¿Cómo puedo hacerlo si ni siquiera sé a qué se refiere? —inquirió Mercier, confuso.

—La respuesta es muy sencilla: estoy llevando a cabo un plan desesperado para sacar a Estados Unidos de la crítica situación en que se encuentra.

Por la gélida expresión del rostro de Harrison Moon, tenían que ser malas noticias. El presidente lo adivinó de inmediato y se sentó en su sillón, dispuesto a escuchar lo que su jefe de protocolo estaba a punto de comunicarle.

—Pareces preocupado, Harrison.

Moon dejó sobre la mesa del presidente un dossier y dijo:

—Lamento tener que informarle de que los británicos han descubierto nuestro juego.

Al abrir el dossier, el presidente contempló la fotografía del rostro de un hombre.

—Acabamos de recibir esto del *Ocean Venturer* —explicó Moon—. Un pequeño vehículo submarino estaba inspeccionando los restos del naufragio cuando fue capturado por un par de submarinistas desconocidos. Antes de que se interrumpiera la comunicación, la cámara del sumergible captó esta imagen.

—¿De quién se trata?

—Durante los últimos veinticinco años, su identidad ha sido Brian Shaw. Como

puede comprobar en el informe, se trata de un antiguo agente secreto del gobierno británico. Sus conocidas hazañas resultan una lectura interesante. Como espía, Shaw alcanzó gran notoriedad a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Después de desarticular la unidad SMERSH, no podía dar un paso sin que un agente soviético le acechara.

Su «tapadera», como suele decirse en los círculos de inteligencia secreta, se había desvanecido, lo que le obligó a retirarse del servicio activo. Todos sus éxitos profesionales fueron enterrados con su antigua identidad, cuando oficialmente fue declarado muerto en un acto de servicio en las Antillas.

—¿Cómo ha obtenido esa información en menos de veinticuatro horas?

—La capitana Milligan, que se encuentra a bordo del *Ocean Venturer*, le reconoció al ver su rostro en la pantalla. De inmediato, nos pusimos en contacto con la CIA.

—¿La capitana Milligan conoce a Shaw? —preguntó el presidente.

—Así es. Al parecer, fueron presentados en una fiesta que se celebró en Los Ángeles hace un mes.

—Creía que estaba de servicio en alta mar.

—Y lo estaba. Sin embargo, nadie cayó en la cuenta de que su barco permaneció tres días en Long Beach, durante los cuales la capitana gozó de un permiso de pernocta.

—Así pues, el hecho de que se conocieran quizá no fue una casualidad.

—Todo parece indicarlo, señor presidente. El FBI reconoció a Shaw en el aeropuerto. Controlar a los miembros de las embajadas que reciben visitas internacionales es un procedimiento habitual. Shaw fue escoltado a un avión con dirección a Los Ángeles. Allí, Graham Humberly, un reconocido magnate y colaborador de la Inteligencia británica, celebró una fiesta a la que asistieron Shaw y la capitana Milligan.

—Por tanto, debemos suponer que ella le puso al corriente de la existencia del tratado.

Moon asintió con la cabeza y dijo:

—En efecto, pero no olvide que todavía no había recibido órdenes de mantener la boca cerrada.

—Pero si Shaw le tendió una trampa para obtener información, ¿cómo diablos se enteraron antes del asunto?

—Lo ignoramos —admitió Moon.

El presidente leyó detenidamente el informe referente a Shaw.

—Parece extraño que los británicos confiaran una misión tan importante a un hombre de casi setenta años de edad.

—En principio, se diría que el gobierno británico no ha concedido demasiada



importancia al asunto. Sin embargo, no es difícil llegar a la conclusión de que Shaw es el hombre perfecto para operar de incógnito.

Si la capitana Milligan no le hubiera reconocido, dudo que le hubiéramos relacionado con la Inteligencia británica.

—Los tiempos han cambiado desde que Shaw estaba en el servicio activo. Quizá ya no sea el mismo hombre...

—No apostaría a favor de esa hipótesis, señor —dijo Moon—. Le aseguro que es un tipo astuto. Estoy convencido de que conoce todos y cada uno de nuestros movimientos.

El presidente analizó las palabras de Moon en silencio y comentó:

—Al parecer, nuestro secreto ha sido desvelado.

—Así es, señor. Es sólo cuestión de días, quizá horas, antes de que el *Ocean Venturer* sea obligado a abandonar las aguas del río St. Lawrence. Los ingleses saben que si hallamos el tratado están perdidos.

—En ese caso, debemos eliminar el *Empress of Ireland* antes de que sea demasiado tarde.

—Salvo que... —empezó a decir Moon como si estuviera pensando en voz alta.

—Vamos, continúe —le instó el presidente.

—Salvo que Dirk Pitt encuentre antes el tratado.

Pitt contempló a través de los monitores las labores de salvamento que se estaban realizando en el casco del *Empress*. Como si de dos astronautas se tratara, los hombres ataviados con los trajes de inmersión JIM colocaron con sumo cuidado el piróforo en la parte superior de la estructura. Mientras tanto, un equipo de submarinistas se disponía a sumergirse para unirse a ellos.

Pitt volvió la cabeza hacia Doug Hoker, que estaba sintonizando la imagen de un monitor.

—¿Dónde está el sumergible?

Hoker estudió los datos proporcionados por el sonar y respondió:

—El *Sappho I* se encuentra a veinte metros de la proa del *Empress*. Hasta que no retiremos los escombros, he ordenado a su tripulación que navegue alrededor del perímetro del trasatlántico.

—Buena idea —dijo Pitt—. ¿Hay algún rastro de intrusos?

—Negativo.

—Por lo menos, esta vez estaremos preparados para enfrentarnos a ellos.

Hoker se encogió de hombros y añadió:

—No contamos con un perfecto sistema de detección. La visibilidad es demasiado mala para que las cámaras tengan un gran alcance.

—¿Y el sonar...?

—Bueno, sus transductores cubren un ángulo de trescientos sesenta grados en un radio de trescientos metros, aunque, no puedo ofrecer garantías. Un hombre que se encontrara más allá de esa distancia pasaría inadvertido a nuestro sónar.

—¿Se ha detectado la presencia de algún barco merodeando por la zona?

—Hace diez minutos, pasó un petrolero y algo parecido a un remolcador que remontaba el río —respondió Hoker.

—No estará de más que mantengamos los ojos bien abiertos.

—Preparados para la ignición —anunció Rudi Gunn, que estaba sentado frente a los monitores y llevaba unos auriculares con micrófono incorporado.

—Está bien, ordena a los submarinistas que despejen la zona —dijo Pitt.

En aquel momento Heidi entró en la sala de control. Llevaba una bandeja con diez tazas de café, que fue sirviendo a los ingenieros hasta ofrecer la última a Pitt.

—¿Me he perdido algo interesante? —preguntó.

—Has llegado en el momento oportuno. Estamos a punto de iniciar la primera ignición. Mantén los dedos cruzados para que no nos hayamos equivocado con la cantidad de piróforo.

—¿Que ocurrirá si no ha sido así?

—Bueno, el mundo seguirá adelante, pero nosotros habremos perdido el tiempo.

Si colocamos demasiada cantidad de esa sustancia, la mitad del barco se desplomará. De hecho, nuestra misión podría compararse a la de un equipo de demolición que debe derruir un edificio piso por piso. Es fundamental que coloquemos los malditos explosivos en el lugar exacto para que la estructura interior del *Empress* se mantenga intacta.

—El conmutador está conectado. Iniciamos la cuenta atrás —informó Gunn.

Pitt se anticipó a la pregunta que Heidi estaba a punto de formular y explicó:

—El conmutador es un cronómetro electrónico que permite la ignición del piróforo.

—Los chicos han abandonado el barco. Diez segundos para la explosión... —dijo Gunn.

Expectantes, todos dirigieron la mirada a los monitores.

—¡Dos... uno... cero! —exclamó Gunn.

Un brillante resplandor iluminó la parte superior de estribor del *Empress of Ireland*, que por unos segundos se vio envuelto en una cortina de fuego que se extendió en círculos concéntricos hasta la superficie. Luego, ante la mirada perpleja de los ingenieros de la NUMA, la estructura de acero empezó a ceder, hasta que el piróforo practicó una abertura de seis metros de diámetro en el casco. En unos segundos, el acero incandescente pasó de un rojo intenso a gris. Eufórico, Gunn exclamó:

—¡Tiene buen aspecto!

Hoker lanzó su carpeta al aire y los demás se echaron a reír entre aplausos. La primera ignición había sido un éxito.

—Bajad la grúa —ordenó Pitt—. No podemos perder el tiempo retirando escombros.

—¡He detectado algo! —exclamó el ingeniero encargado del sónar.

De inmediato, Pitt se acercó a él y preguntó:

—¿Puedes identificarlo?

—No, señor. Está demasiado lejos para saber de qué se trata. Podría ser algún objeto lanzado por la borda del petrolero.

—¿Puedes determinar sus coordenadas?

El operador del sonar movió su cabeza y respondió:

—Lo único de lo que estoy seguro es de que en estos momentos está descendiendo.

—No puede ser un submarinista, ya que nuestro equipo habría detectado su presencia.

—¿Quiere que le siga el rastro?

—Afirmativo —respondió Pitt—. Trata de no perderle de vista y de controlar sus movimientos. —Pitt se volvió hacia Gunn e inquirió—: ¿Quién está al mando de

nuestro sumergible?

—Sid Klinger y Marv Powers.

—El sónar ha detectado algo extraño. Sería conveniente que los chicos echaran un vistazo.

—¿Crees que nuestros fantasmas nos atacan de nuevo?

—La lectura del sónar es muy dudosa —respondió Pitt, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, nunca se sabe.

Tras saltar de la barandilla de la barcaza, Foss Gly se sumergió hasta el fondo del río St. Lawrence. Iba provisto de una botella de oxígeno complementaria que, aunque aumentaba el peso y le impedía nadar con facilidad, le serviría para permanecer más tiempo en el agua.

Consciente del largo camino que tenía por delante y lo mucho que tenía que hacer, Gly se deslizaba lentamente por el lecho del río. Al cabo de unos minutos, escuchó un molesto zumbido y se detuvo un momento.

Aunque lo intentó, le fue imposible adivinar de dónde procedía el sonido. Sin embargo, de pronto vio a su derecha— un intenso y creciente resplandor. Sin duda se trataba del sumergible del *Ocean Venturer*, que avanzaba decididamente hacia él.

Tras echar un vistazo alrededor, comprobó que no había formaciones rocosas donde ocultarse. Si el submarino le detectaba, correría la misma suerte que un convicto al tratar de evadirse de la prisión.

Sin pensarlo dos veces, se desprendió de la botella de oxígeno complementaria y se tumbó en el lodo, tratando de pasar inadvertido a los tripulantes del sumergible.

Por unos segundos, contuvo la respiración para evitar que las burbujas de aire le delataran. El submarino pasó junto a él y siguió adelante. Aliviado, Gly respiró hondo, aunque sabía que el equipo del *Ocean Venturer* no se daría por vencido y volvería a rastrear la zona. Sin embargo, sorprendentemente no lo hizo.

En aquel momento, comprendió el motivo por el que su presencia no había sido captada por el sónar. El lodo del fondo había formado una especie de neblina alrededor de él. Levantando la cabeza, comprobó con satisfacción que la luz del sumergible se alejaba. Gly se arrodilló y empezó a remover el lodo mientras avanzaba. Al encender su linterna, vio que la luz se filtraba entre las partículas de arena. Por tanto, decidió que debía seguir adelante envuelto en la oscuridad. Si él estaba ciego, también lo estarían los hombres que tripulaban el pequeño sumergible.

Cuando al cabo de un rato topó con la botella de oxígeno que había lanzado, se incorporó, comprobó en su brújula fluorescente la dirección que debía tomar para llegar al *Empress*, y empezó a nadar.

—Klinger informa desde el *Sappho* —dijo Gunn.

—Deja que hable con él —solicitó Pitt, acercándose a los monitores. De inmediato, Gunn se quitó los auriculares y se los entregó a Pitt que, tras ajustados a

su cabeza, habló a través del pequeño micrófono incorporado—. Klinger, aquí Pitt. ¿Qué habéis encontrado ahí abajo?

—Una extraña turbulencia en el lecho del río —respondió Klinger.

—¿Podrías determinar la causa?

—Negativo. Pero fuera lo que fuera debía de estar enterrado en el lodo.

Pitt examinó los datos del sonar que aparecían en el monitor.

—¿Algún contacto...?

El operador del sonar movió la cabeza en un gesto de negación.

—Salvo una pequeña turbulencia registrada junto al submarino, todo está en calma.

—¿Podemos regresar y echar una mano en la operación de rescate o seguimos rastreando la zona? —inquirió Klinger desde el *Sappho I*.

Pitt guardó silencio. Las dudas de Klinger le inquietaron. Aunque sabía que la intuición humana no podía competir con las exactas predicciones de las máquinas, sospechaba que algo estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, en contra de sus instintos, Pitt ordenó a Klinger:

—Regresad al *Empress*, pero hacedlo lentamente y con los ojos abiertos.

—Recibido. Cambio y corto.

Pitt devolvió a Gunn los auriculares y le preguntó:

—¿Cómo va la operación?

—Mejor de lo que pensábamos —contestó Gunn—.

Compruébalo por ti mismo.

Pitt vio en las pantallas de televisión instaladas en la sala de control que la operación de retirada de los escombros de la galería avanzaba con rapidez, a pesar de las dificultades que entrañaba trabajar bajo la presión del agua. El equipo de submarinistas operaba con sopletes de acetileno y sierras hidráulicas. Dos de ellos apuntaban los mamparos de cubierta con pilares de aluminio para evitar que se derrumbaran.

Entretanto, los hombres equipados con los sofisticados trajes JIM se ocupaban de engarzar en el cable de la grúa los escombros más pesados.

—Si mantienen el ritmo, podremos realizar la última ignición en el área cercana al camarote de Shields dentro de cuatro días.

—Cuatro días... —repitió Pitt—. Sólo Dios sabe dónde estaremos entonces...

Tras pronunciar aquellas palabras, Pitt volvió a dirigir su mirada hacia las pantallas y su rostro se ensombreció repentinamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gunn.

—¿Cuántos submarinistas se supone que debería haber ahí abajo?

—Cuatro —respondió Gunn—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hay cinco...

Gly maldijo en silencio su decisión de arriesgar el pellejo. Sin embargo, de haberse ocultado entre los botes salvavidas, no habría observado con todo detalle la operación que el equipo del *Ocean Venturer* estaba llevando a cabo. Sin duda la idea de confundirse entre los submarinistas, aunque más sencilla, resultaba también mucho más peligrosa.

Por otro lado, entre los trajes de aquellos hombres y el suyo tan sólo había una pequeña diferencia: sus botellas de oxígeno pertenecían a un modelo más antiguo, aunque eran del mismo color. Así pues, ¿quién podría distinguir a un intruso en aquellas oscuras y turbias aguas?

Sin pensarlo dos veces, Gly avanzó hasta llegar a la cubierta del *Empress*. De pronto, una de sus aletas topó contra algo sólido. Una escotilla de acero, que había salido despedida a causa de la explosión, le impedía el paso. Antes de que pudiera reaccionar, uno de los submarinistas del equipo de rescate se acercó a él y le hizo una señal de que le ayudara a levantar la escotilla. Haciendo un exagerado gesto de asentimiento con la cabeza, Gly sujetó la pesada placa de acero por uno de sus extremos mientras el submarinista hacia lo propio y, entre los dos, la desplazaron hacia un rincón de la cubierta.

Gly siempre había opinado que la mejor decisión a tomar era la sencillez, así que, sin perder en ningún momento el control de la situación, se unió al resto del equipo.

Contrariamente a lo que había supuesto, los americanos trabajaban con encomiable rapidez y efectividad.

Los hombres de la NUMA parecían incansables mineros, conocedores del lugar exacto donde encontrar la veta madre. Según sus cálculos, cada tres horas retiraban una tonelada de escombros.

Con cierto disimulo, Gly asomó la cabeza por el boquete que habían practicado en cubierta y se preguntó cuál sería la profundidad que se proponían alcanzar los americanos y en cuánto tiempo.

De pronto, su intuición le advirtió de que algo extraño ocurría. Tras echar un vistazo alrededor advirtió que, aunque los hombres parecían estar inmersos en sus respectivas tareas, se había producido una sutil alteración.

Gly permaneció inmóvil entre las sombras conteniendo la respiración, mientras su infalible sexto sentido le alertaba de que había llegado el momento de emprender una rápida retirada. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Los cuatro submarinistas simulaban estar trabajando, pero en realidad habían estado pendientes de él desde el principio, acercándose gradualmente hasta rodearle. Era, pues, evidente que su presencia había sido detectada desde el *Ocean Venturer* y que aquellos hombres estaban recibiendo órdenes directas del barco madre a través de

unos pequeños radiotransmisores ocultos bajo sus máscaras.

Gly retrocedió lentamente hasta que su espalda topó con un mamparo. De inmediato, los dos tipos enfundados en los JIM se detuvieron frente a él impidiéndole el paso, mientras los otros submarinistas trataban de rodearle.

Movido por su instinto, Gly se inclinó y desfundó un cuchillo, dispuesto a luchar a muerte contra aquellos hombres.

Durante unos minutos los seis miembros del equipo del *Ocean Venturer* permanecieron inmóviles como si de estatuas de cera se tratara. Finalmente uno de ellos sacó una pizarra de plástico de su cinturón, escribió algo en su superficie con un rotulador fluorescente y después se lo mostró a Gly. El mensaje era breve y conciso:

«¡Vete a la mierda!»

Tras leer aquella escatológica misiva, Gly se quedó perplejo, aunque no tardó en reaccionar. Flexionando las rodillas, se abalanzó sobre uno de los submarinistas y emprendió la fuga ante la mirada impasible de los hombres de la NUMA, que no hicieron el mínimo esfuerzo por perseguirle.

—¡Maldita sea, Pitt, le has dejado escapar! —exclamó Gunn, malhumorado.

—Así es, le he dejado escapar —repitió Pitt con evidente tranquilidad.

—¡Un lamentable error...!

Haciendo caso omiso a la objeción de Gunn, Pitt permaneció impasible mientras miraba la pantalla, como un león acechando a su presa. Con gesto pensativo, finalmente dijo:

—Por su forma de empuñar el cuchillo...

—¡Tonterías! —le interrumpió Gunn—. Eran seis contra uno. Nuestros chicos le habrían reducido en un santiamén.

—Ese hombre es un asesino.

—Si fuéramos tras él, todavía podríamos alcanzarle antes de que saliera a la superficie —insistió Gunn.

—Lo dudo.

—¿Se puede saber qué diablos estás tramando, Pitt?

—Muy sencillo, amigo mío —respondió Pitt—: el pez pequeño nos servirá de cebo para pescar al grande.

—Así que se trata de eso... —dijo Gunn con cierto retintín, y a continuación profirió, entusiasmado—: ¡Ya lo entiendo! Esperaremos a que ese bastardo se reúna con sus compinches y vuelva a atacarnos. En otras palabras, les tenderemos una emboscada y luego informaremos a la autoridad competente.

—Mucho me temo que «la autoridad competente» está de su parte.

Gunn miró a Pitt con perplejidad.

—¿Qué diablos insinúas?

—Nuestro visitante sólo cumplía una misión de reconocimiento... La próxima

vez es posible que venga con sus amigos y tengamos serias complicaciones. Necesitamos tiempo para pensar...

Gunn hizo una extraña mueca y asintió con la cabeza.

—Estoy contigo, Pitt, sin embargo sigo pensando que deberíamos ir tras él. De lo contrario, perderemos la posibilidad de averiguar para quién trabaja.

—Tranquilo, hombre. ¿Acaso has olvidado que tendrá que llevar a cabo la correspondiente descompresión?

Lo más probable es que cuente con una botella de oxígeno complementaria.

—Por cierto, antes has dicho que este tipo es un asesino —comentó Gunn, mesándose el cabello con gesto pensativo—. ¿Qué te ha hecho pensar en ello?

—Su habilidad y rapidez con el cuchillo. Parecía ansioso por utilizarlo. Los tipos con instinto asesino nunca dudan...

—¡Lo que nos faltaba...! Al parecer, nuestros enemigos son gente con licencia para matar —replicó Gunn y luego añadió—: El panorama que nos espera no es nada alentador...



En la ensenada del puerto de Rimouski, junto a los dos muelles desiertos y el gran almacén portuario, el silencio era absoluto. Todavía era demasiado temprano para encontrar estibadores y escuchar el ensordecedor bramido de las grúas eléctricas.

El remolcador que hacía un par de horas se había cruzado con el *Ocean Venturer* río arriba arrastrando una barcaza, estaba amarrado en uno de los muelles. La pintura roja de su viejo y destartado casco se encontraba en un lamentable estado tras treinta ininterrumpidos años de navegación. Una pálida luz procedente del ojo de buey del camarote del capitán, situado debajo de la timonera, se reflejaba en las oscuras aguas del muelle.

Shaw comprobó la hora en su reloj y pulsó el pequeño interruptor de un aparato que parecía una calculadora de bolsillo. A continuación, tecleó una serie de diez números. Pensó que aquella sofisticada tecnología no tenía nada que ver con la de los viejos tiempos, cuando los agentes solían esconderse en las buhardillas y enviar sus mensajes a través del micrófono de un radiotransmisor. En la actualidad, las señales digitales eran recibidas, vía satélite, por los ordenadores de Londres, donde decodificaban el mensaje y lo enviaban a su destinatario a través de un transmisor de fibra óptica.

Tras llevar a cabo la transmisión del mensaje, Shaw dejó el pequeño instrumento mecánico sobre la mesa y se levantó. Tenía los músculos en tensión y le dolía la espalda. «Los años no pasan en balde», pensó, mientras abría su maleta para sacar la botella de Canadian Club que había comprado en el aeropuerto de Rimouski. Para los canadienses aquel repugnante brebaje era whisky, aunque para su exquisito paladar británico apenas se diferenciaba del bourbon americano.

Shaw se sentó en una silla y encendió un cigarrillo.

Tras dar una honda calada y exhalar el humo parsimoniosamente, se dijo que por fortuna todavía había algo que le recordaba el pasado. Lo único que en aquel momento echaba de menos era buena compañía. En momentos como aquél, a solas con su botella y reflexionando acerca de la vida, se arrepentía de no haber vuelto a casarse.

Al cabo de unos minutos, sus recuerdos fueron interrumpidos por el zumbido del pequeño aparato electrónico, que de pronto empezó a imprimir un mensaje en una estrecha tira de papel, de menos de un centímetro de ancho. Se trataba sin duda de una maravilla tecnológica que le resultaba sorprendente.

Tras ponerse las gafas —otro signo evidente del paso del tiempo—, leyó el mensaje. Después, desconectó el transmisor y lo guardó en uno de sus bolsillos.

—¿Noticias de la vieja Inglaterra?

Shaw dirigió su mirada hacia la puerta y vio a Foss Gly que, de pie en el umbral

de la puerta del camarote, no parecía tener intención de entrar.

—Bueno, en realidad no es más que el acuse de recibo del informe que acabo de enviar para comunicar los datos que usted mismo nos proporcionó —replicó Shaw al tiempo que enrollaba el papel alrededor de su dedo índice.

Gly frunció el entrecejo y miró a Shaw con cierta desconfianza.

—Todavía tengo escalofríos. ¡No me vendría nada mal un trago de ese brebaje! —dijo señalando con el dedo la botella de Canadian Club que Shaw había dejado sobre la mesa.

—Sírvase usted mismo —dijo Shaw con cortesía.

Gly entró en el camarote, se dirigió directamente hacia la mesa, cogió la botella y se sirvió un vaso de whisky que apuró de un solo trago. Los rudos y vulgares modales de aquel hombre hicieron recordar a Shaw la imagen, que había visto una vez en el circo, de un oso amaestrado bebiendo agua de un barreño.

—¡Por fin he entrado en calor! —exclamó Gly.

—No debió interrumpir la descompresión antes de que ésta finalizara —comentó Shaw—. ¿Ha advertido algún síntoma o efecto secundario?

Gly se sirvió otro vaso de whisky y respondió:

—Un leve hormigueo, eso es todo. —Al dejar la botella sobre la mesa, Gly tendió su mano y, en un rápido movimiento, agarró con fuerza la muñeca de Shaw—.

Espero que ese mensaje no tenga nada que ver conmigo, ¿verdad, abuelo?

Sin hacer comentario alguno, Shaw inclinó ligeramente su cuerpo hacia atrás para levantarse de la silla pero Gly, anticipándose a sus pensamientos, clavó las uñas en su muñeca y dijo con tono amenazador:

—Nada de trucos, abuelo, o le rompo la mano...

Aunque las palabras de Gly no le intimidaron, Shaw permaneció inmóvil.

—Se sobreestima, inspector Gly —ironizó Shaw—.

¿Acaso cree que el servicio secreto británico perdería su valioso tiempo investigando a alguien como usted?

—Lo siento —dijo Gly sin soltar la muñeca de Shaw—, pero soy muy desconfiado. Para su información, los embusteros me sacan de quicio...

—Cruel acusación, sin duda propia de una mente ruin —replicó Shaw, inclinando su cuerpo hacia atrás—. Francamente, inspector, me ha defraudado, esperaba mucho más de usted.

—Sabias palabras, «super espía». Supongamos que me dice que no ha contactado con su jefe en Londres y que éste no le ha enviado un acuse de recibo hace más de dos horas.

—¿Y si le digo que está equivocado?

—No estaría bien. He mantenido una pequeña charla con el doctor Coli en la bodega. ¿Su memoria es realmente tan mala como para no recordar que él le ayudó a

redactar su informe en ese estúpido aparato? Vamos, Shaw, apuesto a que después de que Coli se marchara añadió una posdata a su informe, algo así como una petición de que investigaran a un tal Foss Gly. Usted y yo sabemos que es así. La prueba está en su mano...

Shaw había mordido el anzuelo. Consciente de ello, maldijo su ingenuidad. No tenía la menor duda de que aquel despreciable tipo le mataría si le daba la oportunidad de hacerlo. Así pues, su única esperanza era obligarle a perder los estribos.

—El señor Villon mencionó que usted es un hombre inestable. Debí tenerlo en cuenta...

Como Shaw había previsto, la reacción de Gly no se hizo esperar, pues éste le miró con los ojos desorbitados.

—En realidad, creo que, al referirse a usted, utilizó el término «psicópata» —prosiguió Shaw.

De pronto, la expresión del rostro de Gly cambió por completo. Tras echarse a reír, liberó la muñeca de Shaw y se sentó.

—Así que ese canalla me critica a mis espaldas —farfulló Gly, mirando fijamente a Shaw—. Ahora entiendo por qué siempre me encarga los trabajos sucios. Por eso me envió al fondo del río... El maldito cerdo esperaba que, con un poco de suerte, sufriría un accidente, ¿no es cierto, abuelo?

Shaw se encontraba en un callejón sin salida. La situación era cada vez más delicada. Así pues, lo único que podía hacer era seguir adelante con su plan. Tras dejar sobre la mesa el mensaje que había recibido, miró fijamente a Gly y dijo, rompiendo el silencio:

—Lo que me sorprende es que arriesgue su vida por un gobierno y un hombre que lo único que desean es su muerte. Dígame, Gly, ¿por qué diablos lo hace?

—Quizá lo único que pretenda sea rodearme de buena compañía.

—Oh, vamos, inspector Gly, la ingenuidad no va con usted —objetó Shaw.

—¿Qué le ha contado Villon de mí?

—Nada relevante, se lo aseguro —respondió Shaw, apagando el cigarrillo en un cenicero ante la atenta mirada de Gly. Luego agregó—: Tan sólo sugirió que, si usted desaparecía del mapa, haría un gran favor a Canadá. Francamente, señor Gly, no suelo desempeñar el papel de asesino a sueldo, sobre todo sin saber por qué merecía usted morir.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Usted. —Shaw había logrado despertar el interés de Gly, aunque ignoraba por completo adónde le conduciría aquella conversación—. Desde el día que le conocí, no he dejado de observarle. Su acento francocanadiense es perfecto, pero su inglés deja bastante que desear. No me malinterprete, me refiero a su argot... En fin, el caso

es que desde el principio me sorprendió que utilizara continuamente expresiones americanas, así que solicité a Londres un informe acerca de su pasado. Encima de esa mesa está la respuesta. —Tras interrumpirse por unos segundos, Shaw añadió—: Merece morir, señor Gly. A decir verdad, nadie merece ese destino más que usted.

Gly esbozó una sonrisa maliciosa y dijo amenazadoramente:

—¿Acaso cree que un viejo como usted puede acabar conmigo?

Shaw apoyó las manos en el borde de la mesa y se preguntó cómo Gly planeaba matarle. Tal vez utilizaría una pistola con silenciador o un cuchillo. Gly permaneció sentado ante él con los brazos cruzados. Parecía muy tranquilo, quizá demasiado...

—No se preocupe. El señor Villon ha cambiado de opinión y, en lugar de matarle, ha decidido entregarle a la Policía Montada.

Al pronunciar aquellas palabras, Shaw comprendió por la expresión del rostro de Gly que había cometido un grave error.

—Lo siento, abuelo, no ha resultado. Villon no puede permitir que siga vivo. Sé demasiado acerca de él, tanto que, si quisiera, podría encerrarle hasta la próxima era glacial.

—Sólo le estaba probando —dijo Shaw con fingida indiferencia—. El informe que solicité no era acerca de usted, sino de Villon. —Shaw dirigió su mirada hacia la diminuta tira de papel que había encima de la mesa y agregó—: Compruébelo usted mismo.

Gly bajó la mirada y, en aquel instante, Shaw empujó la mesa con todas sus fuerzas, incrustando el borde en el estómago de su oponente, que reaccionó lanzando un alarido de dolor. Sin embargo, Gly no tardó en recuperarse y, agarrando la mesa por una de sus patas, la levantó en alto.

Shaw se quedó perplejo. Aquella fornida mesa de roble debía de pesar unos setenta kilos, pero Gly la sostenía en el aire como un niño sostendría una muñeca de trapo.

Desesperado, Shaw cogió una silla y se la tiró, pero Gly la esquivó moviéndose con la agilidad de un felino.

Cuando Gly se acercó a Shaw, éste advirtió que no había odio en su mirada, sino simplemente la firme y fría determinación de un asesino experto.

—Tengo una pistola —dijo Shaw, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Lo sé —replicó Gly con una sonrisa malévola—. Una vieja y anticuada Beretta del calibre veinticinco. La encontré en el cajón de su taquilla. De hecho, todavía sigue allí. Me aseguré de ello antes de venir aquí.

En aquel momento, Shaw comprendió que Gly no tenía intención de dispararle o apuñalarle, sino que se disponía a asesinarle con sus propias manos.

Tras respirar hondo, Shaw se concentró mentalmente y, en un rápido movimiento, le propinó una patada.

Sin embargo, al golpear a Gly, tuvo la impresión de que su pie impactaba contra la dura superficie de una roca.

Retrocediendo un paso, Gly agarró su pierna y lo empujó hacia atrás. Shaw perdió el equilibrio y cayó al suelo, al mismo tiempo que Gly se acercaba hacia él con los ojos desorbitados.

Shaw se arrastró hasta la pared y buscó con la mirada algún objeto contundente que pudiera lanzarle. Sin embargo, salvo un cuadro colgado en la pared, no encontró nada en aquel austero y lúgubre camarote.

Consciente de que su fin se aproximaba, Shaw se incorporó y, desesperado, se abalanzó sobre Gly, rodeando su cuello con las manos. Todos sus esfuerzos fueron en vano, lo único que consiguió fue que los huesos de sus manos crujieran como si hubiera tratado de estrujar una piedra de granito.

Sin inmutarse, Gly agarró con una mano los brazos de Shaw, inmovilizándolos detrás de su espalda, mientras apoyaba la otra en su pecho, ejerciendo una fuerte presión hasta que la espina dorsal de Shaw se arqueó.

—¡Voy a romperte la espalda, estúpido inglés!

Shaw apretó los dientes. El dolor era insoportable y a duras penas podía respirar. Por un instante, ante sus obnubilados ojos, le pareció que el camarote empezaba a dar vueltas. Todo había terminado para él, sólo la muerte podría liberarle de aquella lenta y cruel tortura.

De pronto, cuando se encontraba entregado incondicionalmente a su aciago destino, un fuerte crujido resonó en el camarote. La implacable presión que sentía en su pecho cesó momentáneamente y cayó desplomado al suelo.

Consciente de que había llegado su hora, Shaw se preguntó si su alma, que parecía estar a punto de abandonarle, recorrería un largo túnel antes de alcanzar una luz cegadora, sorprendiéndose al no escuchar los compases de una música celestial. En un repentino instante de lucidez, analizó sus sensaciones y abrió los ojos.

Shaw tardó unos segundos hasta recuperar la visión y al hacerlo, lo primero que vio fue un par de botas camperas. Al principio no podía dar crédito a sus ojos e instintivamente los cerró. Sin embargo, al abrirlas de nuevo, allí estaban: una par de botas de cuero labrado, tacón cuadrado y puntera afilada.

—¿Quién es usted? —balbuceó advirtiendo la presencia de un hombre que le miraba.

—Pitt. Dirk Pitt.

—¡Qué extraño, no tiene aspecto de ser un diablo!

—farfulló Shaw.

Pitt esbozó una sonrisa y comentó:

—A decir verdad, hay gente que no estaría de acuerdo con usted. —Tras arrodillarse, Pitt incorporó a Shaw al tiempo que decía—: Permítame que le ayude,

abuelo.

—¡Santo cielo, no soporto que me llamen abuelo!

Tumbado en el suelo, con los brazos extendidos y las piernas encogidas, Gly parecía estar muerto.

—¿Cómo lo ha logrado? —preguntó Shaw, todavía aturdido.

Pitt le mostró una gran llave inglesa y respondió:

—Bueno, supongo que es una simple cuestión de imaginación...

—¿Está muerto?

—Lo dudo. Tan sólo sufre una ligera conmoción.

Shaw respiró hondo y se frotó sus doloridas manos.

—Agradezco su oportuna intervención...

—Mi nombre es Pitt, señor Shaw. No es necesario que siga adelante con esta farsa; ambos lo sabemos todo acerca del otro...

Shaw guardó silencio durante un instante. Aunque afortunadamente había sobrevivido a su oponente, de pronto, debía enfrentarse a otro.

—Está tentando a la suerte, señor Pitt. Mi tripulación podría entrar por esa puerta en cualquier momento...

—Si alguien entrara por esa puerta —le interrumpió Pitt con acritud—, le aseguro que pertenecería a mi tripulación. Mientras usted bailaba un vals con ese saco de músculos, me aseguré de encerrar a sus hombres en la bodega.

—Le felicito —replicó Shaw—. Al parecer, una llave inglesa puede ser mucho más efectiva que cualquier arma.

Pitt guardó la herramienta en el bolsillo de su tabardo y se sentó.

—Cuenta usted con un equipo muy sociable y comprensivo. Aunque, a decir verdad, ¿quién no colabora cuando se le está apuntando con un rifle automático?

Olas de dolor recorrieron de arriba abajo la espalda de Shaw y su rostro palideció.

—Le aconsejo que visite a un osteópata después de informar a Londres de los recientes acontecimientos.

—Gracias por su interés —balbuceó Shaw—. Por cierto, ¿cómo diablos ha dado conmigo?

—Muy sencillo, en el mismo instante que su rostro fue captado por las cámaras de nuestro sumergible, se convirtió en toda una celebridad, señor Shaw.

Heidi Milligan le reconoció y, tras ponernos en contacto con la CIA, nos informaron por completo de su pasado.

Sorprendido, Shaw frunció el entrecejo y preguntó:

—¿La capitana Milligan se encuentra a bordo de su barco?

—En efecto. Ella me ha comentado que ustedes son viejos amigos. Además de encantadora, no hay duda de que se trata de una mujer muy inteligente. Se encarga de dirigir la investigación histórica de nuestro proyecto, ¿sabe?

—Comprendo —asintió Shaw—. Ella les guía por el buen camino...

—Si se refiere a que Heidi ha determinado el lugar exacto donde se encuentra el camarote de Harvey Shields, así es.

A Shaw siempre le había sorprendido la franqueza de los americanos, mientras que Pitt detestaba la sutil costumbre inglesa de andarse por las ramas.

—¿Por qué está aquí, señor Pitt?

—Porque ha llegado el momento de advertirle que no se inmiscuya en nuestros asuntos.

—¿En sus asuntos?

—No se haga el ingenuo, señor Shaw, me ha entendido perfectamente. Los dos sabemos que no hay ley alguna que le prohíba sentarse en tribuna como espectador privilegiado. No obstante, le agradecería que mantuviera a sus chicos lejos de la zona de rescate. El último que envió no albergaba buenas intenciones...

—Sin duda está hablando del señor Gly.

Pitt dirigió su mirada hacia el cuerpo inerte tendido en el suelo y dijo:

—Debí suponer que se trataba de él.

—Veinte años atrás, hubiera acabado con ese bastardo...

Pitt sonrió con franqueza.

—¡Espero gozar de la misma forma física y mental que usted cuando llegue a los sesenta y seis!

—Muchísimas gracias por el cumplido.

—Setenta y seis kilos de peso; un metro ochenta y cinco de altura; numerosas cicatrices... No se trata de un cumplido, señor Shaw. Tengo un informe completo de su biografía. Una vida llena de interesantes y arriesgadas misiones...

—Así es, sin embargo la suya no le va a la zaga —comentó Shaw, sonriendo por primera vez—. También tengo un informe completo de usted.

Pitt miró su reloj y luego dijo:

—Se hace tarde. Tengo que regresar al *Ocean Venturer*. Ha sido un placer conocerle, señor Shaw.

—Algún día le devolveré la visita. Es lo mínimo que puedo hacer por alguien que me ha salvado la vida.

Dos hombres del equipo de Pitt hacían guardia en la cubierta del remolcador.

—¿Algún problema, señor? —preguntó uno de ellos al ver salir a Pitt acompañado por Shaw.

—En absoluto —respondió Pitt—. ¿Preparados para largarnos de aquí?

—Salvo nosotros, todo el mundo está a bordo, señor.

—Adelantaos —ordenó Pitt—. Me reuniré con vosotros en unos minutos.

Los dos fornidos hombres fulminaron a Shaw con la mirada y luego bajaron por una escalerilla que conducía a una lancha amarrada junto al remolcador.



Antes de partir, Pitt se volvió hacia Shaw y dijo:

—Dé recuerdos al general Simms de mi parte.

—¿Hay algo que usted no sepa? —preguntó Shaw con evidente admiración.

—Muchísimas —respondió Pitt y, adoptando una expresión maliciosa, añadió—: Jugar al backgammon es una de ellas.

—Estaré encantado de enseñarle a jugar. El backgammon se me da bastante bien.

—Le tomo la palabra —dijo Pitt, tendiéndole la mano.

En su larga y dilatada carrera de espía, aquélla era la primera vez que Shaw recordaba haber estrechado la mano al enemigo. Mientras lo hacía, miró a Pitt fijamente.

—Espero sabrá disculpar que no le desee buena suerte, señor Pitt, pero mi trabajo consiste en evitar que encuentre el tratado. Su bando tiene todas las de ganar; el mío las de perder...

—Ambos conocemos de sobras cuál será el resultado final.

—Lamentaría tener que matarle.

—A mí tampoco me gustaría tener que hacerlo. —Pitt giró sobre sus talones y se dispuso a bajar por la escalerilla. Tras subir a la lancha, volvió la cabeza y añadió a modo de despedida—: ¡Buena suerte, señor Shaw!

De pie en la cubierta del remolcador, Shaw contempló cómo la lancha se alejaba hasta perderse en el horizonte. A continuación, bajó a la bodega para liberar al doctor Coli y al resto de la tripulación.

Finalmente, cuando regresó a su camarote, Foss Gly había desaparecido.

Una multitud de casi mil personas se había agolpado frente a la residencia del primer ministro. La gente aplaudía, ondeaba banderas y alzaba pancartas —escritas indistintamente en inglés y en francés— en las que deseaban una pronta recuperación a Charles Sarveaux, que volvía a casa después de su larga convalecencia en el hospital. Los médicos habían insistido que se trasladara en una ambulancia, sin embargo, el primer ministro había hecho caso omiso de sus advertencias. Así pues, elegantemente vestido y cubriendo el vendaje de sus manos con unas manoplas, fue conducido a su mansión en la limusina oficial.

Uno de sus asesores de imagen le había sugerido que mostrara en público los vendajes para conmover al electorado. Sin embargo, Sarveaux se consideraba un caballero y había rechazado la propuesta.

El dolor que sentía en la cadera era insoportable y cuando levantaba el brazo para saludar, un terrible escalofrío recorría todo su cuerpo. Afortunadamente la muchedumbre y los periodistas se encontraban demasiado lejos del automóvil para poder advertir que tenía la frente perlada de sudor a causa del esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo.

La limusina atravesó la verja y se detuvo frente a la escalera principal de la mansión. Danielle corrió hacia el coche y abrió la portezuela.

—¡Bienvenido a casa, Charles...! —balbuceó con un nudo en su garganta al contemplar el rostro de dolor de su marido.

—Ayúdame a entrar —susurró Sarveaux.

—Pediré a un policía que...

—¡No! —la interrumpió—. ¡No quiero que la gente crea que soy un inválido!

Con lentos movimientos, Sarveaux apoyó sus pies en el suelo. Aquél había sido un gran esfuerzo y contuvo la respiración durante unos segundos para reprimir un grito de dolor. A continuación, rodeó la cintura de Danielle con un brazo e inclinó el cuerpo ligeramente hasta conseguir ponerse de pie.

Danielle tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para sostener el pesado cuerpo de su marido. Mientras subían la escalera, notó la debilidad de sus piernas, el agónico sufrimiento que estaba sintiendo. Al llegar al umbral de la puerta, Sarveaux se giró y, disimulando su dolor, esbozó una amplia sonrisa a los periodistas, al tiempo que les saludaba con la mano.

Cuando la puerta de la mansión se hubo cerrado tras de él, todas sus fuerzas se vinieron abajo y Sarveaux se desplomó. De inmediato, un agente le ayudó a levantarse y, junto con un médico y dos enfermeras, le acompañaron a su habitación.

—Hacerse el héroe ha sido una imprudencia por su parte —le reprendió el médico tras acomodarlo en su cama—. Después de lo de hoy, su recuperación se verá

seriamente afectada.

—Lo sé, pero tenía que demostrar a la gente que su líder no es un mero vegetal —ironizó Sarveaux.

En aquel momento Danielle entró en la habitación y se sentó en la cama.

—Has representado muy bien tu papel, Charles, pero ahora será mejor que descanses y no te hagas más el valiente.

Sarveaux besó la mano de su esposa y balbuceó:

—Perdóname, Danielle.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendida.

—Te he infravalorado —susurró Sarveaux para evitar que los demás pudieran oírle—. Siempre te había considerado una niña rica malcriada, cuya única aspiración en la vida era potenciar su belleza y hacer realidad sus infantiles fantasías. Estaba equivocado.

—No te entiendo, Charles... —balbuceó Danielle.

—Durante mi ausencia has sabido tomar las riendas del país con dignidad y determinación —dijo con sinceridad—. Has demostrado con creces que Danielle Sarveaux es la primera dama del país.

Al escuchar aquellas palabras, Danielle no pudo evitar sentir lástima por él. Aunque era el hombre más inteligente que jamás había conocido, a veces podía ser el más ingenuo de todos. Sólo ahora, después de tanto tiempo, Charles empezaba a apreciar su valía. No obstante, era incapaz de advertir, ni siquiera de sospechar, que todo cuanto hacía por él era una farsa encaminada a satisfacer su particular ansia de poder. Danielle miró a su marido y pensó que, cuando descubriera su verdadero juego, ya sería demasiado tarde.

Al caer la noche, cuando Henri Villon entró en la habitación, Sarveaux estaba sentado en su sillón mirando la televisión. Desde Quebec Street, un reportero, rodeado por cientos de personas, informaba de la situación histórica que estaba teniendo lugar en aquel momento en la capital.

—Gracias por venir, Henri.

Villon dirigió su mirada a la pantalla y comentó:

—El referéndum para la independencia ha sido un éxito. ¡Lo hemos logrado, Quebec ya es una nación!

—Ahora... vendrá el caos —dijo Sarveaux con acritud.

Ante la mirada perpleja de Villon, el primer ministro desconectó el televisor y luego preguntó—: ¿Tú qué opinas?

—Estoy convencido de que la transición se llevará a cabo en un clima de máxima tranquilidad.

—Me temo que estás siendo demasiado optimista, Henri. Hasta que se celebren elecciones generales para instaurar el nuevo gobierno, el Parlamento de Quebec

estará sumido en la confusión, situación de la que sin duda se aprovechará la SLQ para consolidar su poder.

—Sarveaux hizo un gesto de negación con la cabeza y añadió con pesar—: La muerte de Jules Guerrier no podía haber ocurrido en peor momento. Él y yo hubiéramos trabajado juntos para hacer de nuestro país una nación próspera y digna. Francamente, Henri, no sé qué ocurrirá en el futuro...

—¿Acaso olvidas que el vacío que ha dejado Jules puede ser cubierto por alguien igual o más preparado que él?

—¿Quizá por... ti? —inquirió Sarveaux con acritud.

Herido en su orgullo, los ojos de Villon reflejaban su indignación.

—No hay hombre más cualificado que yo para el cargo. De no haber sido por mí, el referéndum no habría tenido lugar. Cuento con el apoyo de los sindicatos y de las instituciones financieras. Soy un líder político respetado y, aún más importante, soy un francés que cuenta con la simpatía del resto de Canadá. Quebec me necesita, Charles. Me presentaré como candidato a la presidencia y ganaré.

—Así pues, Henri Villon será el hombre que hará resurgir a Quebec de las cenizas —comentó Sarveaux.

—La cultura francesa está más viva que nunca. Mi obligación es potenciarla...

—Deja de ondear la flor de lis, Henri. Reconócelo, esta demostración nacionalista no es más que una farsa.

—Te equivocas, Charles. Los sentimientos que albergó hacia mi tierra natal están por encima de cualquier otro interés...

—Tu único y exclusivo interés es Henri Villon.

—¿Tan bajo concepto tienes de mí?

Sarveaux le miró fijamente a los ojos y respondió:

—Hace tiempo, y tú lo sabes, merecías toda mi confianza. Sin embargo, de aquel joven idealista ya no queda nada. Cegado por la ambición, te has convertido en un auténtico profesional de la intriga.

—¿De qué diablos estás hablando, Charles?

—Bueno, ¿podrías explicarme por qué ordenaste a los técnicos de la bahía de James que cortaran el suministro eléctrico a casi tres cuartas partes de Estados Unidos?

—Era necesario —respondió Villon impasible—. El apagón sirvió de advertencia a los americanos para que dejaran de inmiscuirse en nuestros asuntos.

—¿Cómo se te ocurrió poner en práctica semejante barbaridad?

—Fuiste tú quien me sugirió la idea. —Al ver que el rostro de Sarveaux palidecía de pronto, Villon lanzó una sonora carcajada. Luego añadió—: No lo recuerdas, ¿verdad, Charles?

—¿Recordar...? —inquirió el primer ministro, desconcertado.

—En el hospital, después de la operación, los efectos de la anestesia se apoderaron de tu mente. Delirabas acerca del peligro que correría Canadá si las personas equivocadas descubrían la vulnerabilidad de la sala de control de la central de la bahía de James. El significado de tus palabras resultaba confuso, decías cosas ilógicas...

Pero de pronto, ordenaste a Danielle que me dijera que me pusiera en contacto con Max Roubaix, el legendario asesino del garrote.

Sarveaux permaneció en silencio e impasible.

—Una inteligente adivinanza, considerando el estado en que te hallabas —prosiguió Villon—. He de admitir que al principio me resultó difícil hallar el paralelismo entre el arma favorita de Roubaix y el bloqueo de suministro eléctrico. Gracias, Charles, involuntariamente me mostraste la forma de hacer bailar a los americanos.

—No deliraba, Henri —sentenció Sarveaux, rompiendo su silencio—. Era plenamente consciente de cuanto decía.

—¡Imposible! Danielle me dijo...

—Las palabras que Danielle escuchó no eran las de un hombre ajeno a sus facultades mentales. Aunque el dolor que sentía era insoportable, cuando le pedí que hablara contigo acerca de Max Roubaix no deliraba.

—¿Me tomas el pelo, Charles?

Sarveaux hizo caso omiso al comentario de Villon y siguió hablando:

—Un viejo y querido amigo me advirtió que no tardarías en traicionar mi confianza y, por supuesto, la fe que el pueblo canadiense tenía puesta en ti. Al principio, me resistí a creer que fueras un traidor. Sin embargo, tenía que asegurarme de ello y por eso te tendí una trampa. Mordiste el anzuelo. El chantaje energético a los americanos es la prueba evidente. Admítelo, Henri, cometiste un grave error...

—¡Al diablo contigo y con los malditos Estados Unidos! —profirió Villon, fuera de sus casillas—. Mientras Quebec controle el río St. Lawrence y la central eléctrica de la bahía de James, les tendremos bajo control y, por supuesto, al territorio oeste de Canadá. La ingenua honradez de los americanos les ha convertido en payasos ante los ojos del resto del mundo. Siguen aferrados a su estúpida moralidad, anclados en su pasado glorioso.

Pero todo esto ha terminado. América ha dejado de ser la primera potencia mundial. La inflación destruirá su sistema económico. Si se atreven a imponernos sanciones económicas, acabaremos con ellos...

—¡Patriótico discurso! —ironizó Sarveaux—. Sin embargo, has olvidado que subestimarles no sirve de nada.

Cuando se encuentran en una situación límite, los americanos emergen fortalecidos para luchar contra su enemigo.

—Contra nosotros no tendrán agallas...

—¡Estás loco, Henri! —profirió Sarveaux—. ¡Por el bien y la prosperidad de Canadá, te juro que desenmascararé tu juego y acabaré contigo!

—¡Inténtalo! —le amenazó Villon—. No cuentas ni con una sola prueba contra mí. ¡Qué ingenuo eres, Charles!

Esos bastardos anglófonos te relegarán de tu cargo... Es sólo cuestión de tiempo. Tarde o temprano tendrás que reconocer que eres un apátrida. —Villon se levantó, sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo tiró bruscamente sobre el regazo de Sarveaux—. ¡Es mi dimisión como miembro de tu gabinete!

—Aceptada —dijo el primer ministro sin apenas inmutarse.

Villon se dirigió hacia la puerta, pero antes de abandonar la habitación de Sarveaux, se volvió y le insultó:

—¡Eres un desgraciado, Charles! Has firmado tu sentencia de muerte. Estás solo, nadie te apoyará, ni siquiera tu querida Danielle.

A pesar de las duras palabras del que había sido su mejor amigo, Sarveaux se mostró impasible. Villon esperaba contemplar la imagen de un hombre desesperado al borde del abismo pero, en lugar de ello, el primer ministro sonrió.

Tras abandonar la mansión de Sarveaux, Villon fue directamente a su despacho en el Parlamento. No tenía sentido esperar a la mañana siguiente para tener que soportar las palabras de despedida de aquellos políticos a los que siempre había detestado.

—Señor Villon —le interrumpió su ayudante, entrando en el despacho—, ha recibido varios mensajes...

Villon se encogió de hombros con evidente indiferencia y respondió:

—Será mejor que los archives, hace una hora que he dejado de ser ministro de Interior.

—Pero señor, hay uno del señor Brian Shaw que parece bastante urgente. Además, el general Simms ha llamado varias veces y ha dicho que se pusiera en contacto con él lo antes posible.

—Debe de ser por algo relacionado con el Tratado Norteamericano —dijo Villon sin levantar la vista de su escritorio—. Probablemente necesitarán más hombres y equipamiento...

—En realidad, le han llamado para solicitar que nuestra armada escolte al barco americano fuera de la zona donde se encuentra el *Empress of Ireland*.

—En tal caso, cumplimenta los impresos necesarios y fírmalos en mi nombre. Luego contacta con el jefe administrativo del distrito de St. Lawrence y ordénale que se encargue personalmente de la operación.

Cuando el ayudante de Villon se disponía a abandonar el despacho, éste le llamó.

—¡Espera! —El fervor francés de Villon parecía resurgir desde lo más profundo de su maquiavélica mente—. Informa al general Simms y al señor Shaw de que la

soberana nación de Quebec no desea que los ingleses merodeen por más tiempo en su territorio y que deben cesar de inmediato sus actividades. Después, envía un mensaje al señor Gly, nuestro querido amigo y mercenario. Comunícale que recibirá una considerable suma si despide con todos los honores que merece al barco de la NUMA. —Ante la perplejidad de su ayudante, Villon agregó—: No te preocupes, Gly lo entenderá...

A primera hora de la mañana, con la bandera enarbolada y la tripulación formada en cubierta, el destructor canadiense detuvo sus máquinas a tan sólo doscientos metros del *Ocean Venturer*.

El operador de radio subió al puente de mando, donde se encontraban Pitt y Heidi.

—El capitán del destructor canadiense *Hurón*, solicita permiso para subir a bordo.

—Qué cortesía —ironizó Pitt.

—¿Sospechas qué se trae entre manos? —preguntó Heidi.

—Bueno, en realidad es más bien una intuición —replicó Pitt y, dirigiéndose al operador, ordenó—: Presenta mis respetos al capitán. Comunícale que puede subir a bordo, pero sólo si nos honra con su presencia durante el almuerzo.

—Me pregunto qué clase de hombre será —balbuceó Heidi.

—¿A quién, salvo a una mujer, podría importarle...?

—comentó Pitt, sonriendo maliciosamente—. Apuesto a que se trata de un tipo pulcro, frío y calculador, que hablará en código Morse.

—¡No seas desagradable! —exclamó Heidi, devolviéndole la sonrisa.

—Espera y lo comprobarás por ti misma —dijo Pitt y se echó a reír. Luego agregó—: No me extrañaría que subiera a bordo silbando *Maple Leaf Forever*.

El capitán Raymond Weeks subió a bordo del *Ocean Venturer*. Contrariamente a la descripción de Pitt, se trataba de un hombre de aspecto amigable. De baja estatura, ojos azules y un grave timbre de voz, que parecía proceder de lo más hondo de su prominente barriga, de haber ido vestido de rojo, con una barba y peluca blancas, habría sido la viva imagen de Santa Claus.

Al acercarse al comité de bienvenida presidido por Pitt, Weeks se presentó sin hacer uso de protocolo alguno.

—Señor Pitt, soy Ray Weeks. Es un gran honor conocerle. Seguí muy de cerca su encomiable labor en el rescate del *Titanic*. A decir verdad, podría decirse que soy un ferviente admirador suyo.

Perplejo por los elogios de Weeks, Pitt balbuceó:

—Gracias, capitán, es usted muy amable.

—¿Conque «frío y calculador»? —susurró Heidi al oído de Pitt.

—¿Perdone...? —se disculpó Weeks, dirigiéndose a Heidi.

—Una broma sin importancia —dijo Heidi amablemente.

A pesar de que tras aquel primer contacto cualquier formalidad resultaba innecesaria, Pitt hizo las presentaciones de rigor. Sin duda el capitán Weeks era un tipo competente que estaba al corriente de la situación. De hecho, parecía conocerlo



todo acerca de los miembros que formaban el equipo del *Ocean Venturer*. Tras mencionar un proyecto arqueológico llevado a cabo por la NUMA, que Rudi Gunn, a pesar de haber sido el director de campo del mismo, casi había olvidado, fue muy solícito cuando se refirió a Heidi.

—Si todos mis oficiales tuvieran su aspecto, capitana Milligan, jamás me retiraría del servicio activo.

—Sus halagos merecen una recompensa —dijo Pitt—.

Quizá logre persuadir a Heidi de que le muestre el barco de arriba abajo.

—Me encantaría —replicó Weeks, sonriendo y, cambiando su actitud amigable por otra más seria y circunspecta, añadió—: Cuando conozca el verdadero motivo de mi visita, dejará de comportarse con tanta hospitalidad.

—Ha venido a comunicarnos que el partido ha sido suspendido a causa de la tormenta política, ¿no es cierto, capitán?

—Ha dado usted en el blanco —respondió Weeks, encogiéndose de hombros—. Lo lamento, cumplo órdenes.

—¿Cuánto tiempo disponemos para recoger nuestro equipo?

—¿Cuánto tiempo precisa?

—Veinticuatro horas.

Weeks era un experto en operaciones de rescate y sabía perfectamente lo que Pitt pretendía.

—Sólo puedo concederle un plazo de ocho.

—Es imposible subir a bordo la cámara de presión en menos de doce horas.

—Es usted más astuto que los mercaderes de un bazar turco, señor Pitt —ironizó Weeks—. Está bien, lo dejaremos en diez horas.

—De acuerdo, pero iniciaremos la cuenta atrás después del almuerzo.

Weeks hizo un gesto teatral con las manos y exclamó:

—¡Dios mío, es incorregible! De acuerdo, usted gana.

—Capitán, si es tan amable de acompañarme —dijo Heidi—, le mostraré con todo detalle la operación de rescate.

Acompañado por dos de sus oficiales, Weeks siguió a Heidi hasta una escalera que conducía al aljibe del *Ocean Venturer*, mientras Pitt y Gunn regresaban a la sala de control.

—¿Se puede saber por qué diablos tratas con tanta cortesía al tipo que nos acaba de propinar una patada en el trasero para que nos larguemos de aquí? —preguntó Gunn, fuera de sus casillas.

—Gracias a ello aún dispones de diez horas —susurró Pitt—, y te aseguro que voy a aprovechar cada segundo.

Como comprenderás, no pienso ordenar a los chicos de ahí abajo que den por concluido su trabajo.

—¿Insinúas que no vas a paralizar el proyecto? —inquirió Gunn, sin dar crédito a las palabras de Pitt.

—¡No lo haría ni aunque me lo ordenara el mismísimo diablo!

—¡Estás loco, Pitt! —exclamó Gunn, haciendo un gesto de negación con la cabeza—. Necesitaríamos dos días más para poder entrar en el camarote de Shields. A no ser que... —Gunn se interrumpió y le miró con incredulidad—: ¡No es posible...!

Pitt sonrió maliciosamente y replicó:

—Quizá estés en lo cierto, pero tengo que intentarlo...

Cuando por fin había logrado conciliar el sueño, Moon notó que alguien le zarandeaba. Desde que el *Ocean Venturer* había llegado a la zona del naufragio del *Empress of Ireland*, había permanecido en su despacho veinticuatro horas seguidas. Salvo algunos minutos, había olvidado por completo lo que significaba dormir con normalidad. Cuando por fin abrió los ojos, se sobresaltó al ver el rostro del jefe de comunicaciones de la Casa Blanca.

Tras levantarse del sillón, Moon bostezó y luego preguntó:

—¿Cuáles son las últimas noticias?

El jefe de comunicaciones le entregó un papel y dijo:

—Lee y échate a llorar.

Mientras leía, su rostro palideció.

—¿Dónde está el presidente? —preguntó.

—En este momento se encuentra reunido con un grupo de líderes laboristas mejicanos en el jardín rosado.

Moon se calzó de inmediato sus zapatos y salió a toda prisa de su despacho, al tiempo que se anudaba la corbata y se ponía el abrigo. Siguiendo el protocolo, el presidente había despedido al grupo y se disponía a regresar al despacho oval cuando Moon le abordó.

—¿Malas noticias? —preguntó el presidente.

Moon asintió con la cabeza y le entregó el mensaje.

—El último comunicado de Pitt.

—Léemelo por el camino.

—«La armada canadiense nos ha ordenado que abandonemos el St. Lawrence. Sólo contamos con diez horas para hacer las maletas. Seremos custodiados por un destructor...»

—¿Eso es todo?

—No, señor, todavía hay más...

—Adelante... —le instó el presidente.

Moon siguió leyendo:

—«Intentaremos eludir la orden canadiense. La operación de rescate sigue

adelante. Si es necesario, estamos dispuestos a repeler el abordaje.»

El presidente se detuvo y preguntó:

—¿Qué has dicho?

—¿Señor...?

—Me refiero a la última frase. Léela de nuevo.

—«Si es necesario, estamos dispuestos a repeler el abordaje.»

Atónito, el presidente exclamó:

—¡Dios mío, hace más de cien años que nadie ha ejecutado una orden parecida!

—Aunque sólo he hablado con ese hombre un par de veces, juraría que va en serio.

El presidente miró a Moon con gesto pensativo.

—Así que los ingleses y los canadienses nos han cerrado la puerta ante nuestras propias narices.

—Lamentablemente es así, señor —convino Moon y luego preguntó—: ¿Debo ordenar a Pitt que interrumpa la operación de rescate? De hecho, cualquier otra opción podría provocar una reacción militar.

—Es cierto, caminamos por la cuerda floja. Sin embargo, tener agallas en los tiempos que corren es digno de admiración.

—¿No estará sugiriendo que apoyemos la idea de Pitt? —inquirió Moon, sorprendido.

—En efecto —respondió el presidente—. Ha llegado el momento de demostrar al mundo que seguimos teniendo agallas.

Abrazados como si fuera la primera vez, contemplaron absortos la luna nueva, tratando de adivinar cuál sería el destino de las embarcaciones que navegaban río abajo. En la penumbra del camarote, sólo las luces rojas del mástil del *Hurón* iluminaban tenuemente sus rostros.

—Nunca imaginé que esto acabaría así —susurró Heidi.

—Provocaste una onda expansiva que sigue avanzando —dijo Pitt.

Heidi apoyó su cabeza en el hombro de él y suspiró.

—Parece increíble que el descubrimiento de una vieja carta en un archivo polvoriento haya involucrado a tanta gente. Fue un error divulgar su existencia.

Pitt la rodeó con sus brazos y comentó:

—Es demasiado tarde. No sirve de nada pensar en el pasado.

Heidi dirigió su mirada hacia el río y contempló la silueta del destructor canadiense. Las luces de la cubierta estaban encendidas y se oía el monótono zumbido de los generadores. Como si la niebla del St. Lawrence la envolviera, Heidi se estremeció.

—¿Qué ocurrirá si no cumplimos el plazo del capitán Weeks?

Pitt echó un vistazo a su reloj y respondió:

—Lo sabremos dentro de veinte minutos.

—¡Me siento tan avergonzada...! Ese barco no estaría ahí si no hubiera cometido el error de hablar del asunto con Brian Shaw.

—Recuerda lo que acabo de decir acerca del pasado...

—Pero... me acosté con él, lo que sin duda empeora la situación. Si alguien resultara herido, yo...

—Heidi se interrumpió al sentir el abrazo protector de Pitt.

Ambos permanecieron en silencio, hasta que, al cabo de unos minutos, alguien tosió cortésmente desde el umbral de la puerta para advertirles de su presencia. Pitt volvió la cabeza y vio a Rudi Gunn.

—Será mejor que subas a cubierta, Dirk. Weeks se está impacientando al comprobar que no nos movemos.

Lo cierto es que se me han acabado las excusas.

—¿Le has dicho que tenemos una plaga de peste bubónica y un motín a bordo?

—Vamos, Dirk, no es momento de bromear —dijo Gunn, seriamente—. El radar ha detectado la presencia de un barco navegando por el canal principal. Viene directo hacia nosotros. Temo que nuestro amigo haya pedido refuerzos.

De pie frente al ventanal del puente de mando, Weeks contempló la bruma ascendiendo como una cortina de humo desde la superficie del St. Lawrence hasta

envolverles por completo. Aunque siempre se había caracterizado por ser un hombre paciente y cordial, la preocupante indiferencia del barco de la NUMA por cumplir la orden de abandonar la zona estaba a punto de hacerle perder la paciencia. Dirigiéndose a su primer oficial, sentado frente al radar, preguntó:

—¿Podrías determinar qué clase de barco es?

—Sin duda es un barco de gran tonelaje. Lo más probable es que se trate de un buque cisterna o un carguero. ¿Puede divisar sus luces?

—Ahora resulta imposible. ¡Esta niebla me saca de quicio...!

—¡El halo misterioso de la bruma es la maldición del St. Lawrence! —comentó el primer oficial.

Weeks dirigió sus prismáticos en dirección al *Ocean Venturer*, cuyo casco también empezaba a sumirse en la densa niebla.

El primer oficial se frotó los ojos, volvió a comprobar el radar y exclamó con cierto nerviosismo:

—Señor, el objetivo avanza hacia nosotros a toda máquina.

Ante la advertencia de su subordinado, Weeks habló con la sala de radio a través de un micrófono.

—Aquí el capitán. Sintonice la frecuencia de llamada de seguridad.

Weeks aguardó hasta escuchar el sonido metálico del altavoz del puente de mando y a continuación inició la transmisión de un mensaje.

—Llamada de segundad al buque con demora cero, uno, siete grados del Pointe au Pére. Al habla el capitán del *Hurón*. Por favor, respondan. Corto.

La única respuesta que obtuvo fue el más sepulcral de los silencios. Tras repetir tres veces sin éxito el mismo mensaje, Weeks empezó a impacientarse.

—Velocidad de crucero, inferior a tres nudos y avante —le informó el primer oficial—. Alcance, ciento ochenta y cinco metros.

Weeks ordenó a un marinero que emitiera una señal fluvial para alertar al buque que se aproximaba de su presencia. De inmediato, pudo escucharse la sirena del *Hurón* en medio de la bruma: un grave zumbido corto, dos largos y finalmente otro corto.

La respuesta fue un prolongado y grave pitido que se abrió paso por la densa bruma.

Nervioso, Weeks se dirigió a la puerta del puente de mando, se detuvo en el umbral y trató de intuir la posición del buque en la oscuridad de la noche.

—El objetivo se encuentra entre nosotros y el *Ocean Venturer*, señor —informó el primer oficial.

—¿Por qué diablos no responden? ¿Por qué no se identifican?

—Si me permite una sugerencia, señor, creo que lo mejor será olvidarnos de la caballerosidad naval y actuar en consecuencia.

—Tienes razón, les tenderemos una trampa —asintió Weeks y, tras conectar el micrófono, dijo—: Advertencia al buque de babor. Al habla el capitán del destructor *Hurón*. Ordeno inmediata identificación, de lo contrario, abriremos fuego.

Transcurridos unos segundos, se escuchó una voz distorsionada, con acento tejano, que respondió:

—Crucero lanzamisiles *Phoenix*, armada de los Estados Unidos. Abran fuego, amigos...

Los granjeros locales quizá agradecieron al cielo la lluvia que caía sobre el río Hudson, pero para la tripulación del *De Soto* la inclemencia atmosférica aumentó aún más el desánimo reinante a bordo. Hasta el momento, la operación de búsqueda del *Manhattan Limited* había sido un auténtico fracaso. Salvo los restos del puente Deauville-Hudson que, como los huesos de un extinguido dinosaurio, yacían en el lecho del río, no había rastro alguno del tren fantasma.

Hora tras hora, la tripulación había permanecido atenta a los monitores de la sala de control. Una vez tras otra, el equipo de submarinistas había rastreado la misma zona por temor a haber obviado algún detalle que pudiera conducirles hasta el tren.

Estudiando por enésima vez las coordenadas cartográficas, Giordino frunció el entrecejo y, dirigiéndose a Glen Chase, comentó:

—Quizá no logremos encontrarlo nunca, sin embargo, de algo podemos estar seguros: ya sabemos dónde diablos no seguir buscando... Espero que el equipo de inmersión haya tenido más suerte hoy.

Chase asintió con la cabeza y hojeó el informe histórico acerca del *Manhattan Limited* que Heidi había redactado y enviado desde Canadá. Al llegar a las dos últimas páginas, las leyó en silencio.

—¿Y si los restos del tren hubieran sido rescatados años después del accidente, cuando para la opinión pública había perdido interés?

—Imposible —replicó Giordino—. El desastre fue demasiado importante para que, si alguien hubiera dado con el *Manhattan*, pasara inadvertido y la prensa no se hiciera eco de ello.

—¿Qué hay de cierto respecto a la afirmación de que algunos submarinistas aficionados habían descubierto el paradero de la locomotora?

—Nada que pudiera ser verificado. Sin embargo, uno de ellos jura que se sentó en la cabina e hizo sonar la campana de la máquina. Otro, incluso afirma haber entrado en un coche Pullman repleto de esqueletos. Ya se sabe, cuando un hecho de semejante magnitud no puede justificarse empíricamente, acaba convirtiéndose en un misterio...

Mientras hablaban, un hombre, ataviado con su traje de submarinismo, irrumpió en la timonera del *De Soto*.

Se trataba de Nicholas Riley, jefe del equipo de inmersión del proyecto, que, tras liberarse de su escafandra y respirar hondo, balbuceó:

—La corriente del río es terrible...

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Giordino, impaciente.

—Un verdadero depósito de chatarra —respondió Riley—. Hay múltiples secciones del puente esparcidas por el lecho del río. Algunas de sus vigas están totalmente destrozadas... —Riley se interrumpió durante un instante y luego

conjeturó—: Me atrevería a afirmar que a causa de una explosión...

—Lo que Nicholas acaba de decir figura aquí —dijo Chase, mostrando a Giordino el informe—. El cuerpo de ingenieros de la armada dinamitó los restos del puente en mil novecientos diecisiete porque constituían una grave amenaza para la navegación.

—¿Algún indicio del tren? —insistió Giordino.

—Ni siquiera una simple rueda —respondió Riley y, frotándose la nariz, añadió —: geológicamente hablando, el lecho del río es arenoso y muy blando; una moneda de diez centavos quedaría enterrada en él en cuestión de segundos.

—¿A qué profundidad se encuentra el sustrato rocoso?

—Según los resultados obtenidos por el láser —intervino Chase—, a unos once metros.

—Lo que significa que, si el tren fue cubierto por la arena, todavía sobran seis metros...

Giordino frunció el entrecejo y masculló:

—Si a los genios se les honrara con rosas y a los idiotas con espinas, a mi me correspondería recibir más de diez espinas...

—¿Por qué diablos te flagelas, Al? —ironizó Chase.

—Por lo estúpido que he sido al no ver que tenía la solución al enigma delante de mis propias narices. ¿Por qué el magnetómetro de protones es incapaz de obtener lectura alguna? ¿Por qué el detector de sustratos no ha podido hasta ahora distinguir la presencia de un tren enterrado bajo la capa sedimentaria del lecho del río?

—Estamos impacientes por conocer tu teoría... —dijo Riley sin salir de su asombro.

—En relación al desastre del *Manhattan Limited*, todos coinciden al afirmar que la debilitada estructura del puente se vino abajo a causa del peso del tren y que la locomotora, así como los vagones, se hundieron junto con las vigas de acero del puente en las aguas del río.

—Chase y Riley asintieron y miraron con ojos expectantes a Giordino que, tras tomar aliento, planteó su hipótesis—: ¿Y si el tren se hubiera precipitado al agua por un boquete practicado con anterioridad en la estructura del puente? No cabe duda de que, en ese caso, el *Manhattan* habría quedado completamente cubierto por los restos del puente...

—Que a causa de su peso —le interrumpió Riley—, habría ejercido una fuerte presión en el tren hasta enterrarlo por completo bajo el terreno arenoso del lecho del río.

—¡Muy interesante...! —intervino Chase—. Esta teoría explicaría por qué nuestro equipo de rastreo ha sido incapaz de dar con el tren. Los restos de la estructura del puente han impedido que pudiéramos obtener señal alguna de cualquier



objeto que pueda hallarse bajo éstos.

Giordino se dirigió a Riley y preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de practicar un túnel por debajo de la zona del naufragio?

—Ninguna —respondió Riley—. El sustrato intermedio entre la arena y el fondo rocoso está constituido por arenas movedizas. Además, la corriente del río es demasiado fuerte para que mis hombres puedan intentarlo.

—En tal caso, necesitaremos una barcaza provista de una grúa y una draga para retirar los restos del puente.

—¡Está bien! —profirió Riley enérgicamente—. Ordenaré a mis muchachos que tomen fotografías para poder estudiar con detalle dónde se encuentra la parte central de su estructura.

Giordino se quitó la gorra y a continuación se mesó los cabellos.

—¡Qué ironía! —exclamó—. Estaba convencido de que el salvamento del *Manhattan* resultaría cien veces más fácil que el del *Empress of Ireland* y, por el contrario, Pitt y sus hombres van a conseguirlo antes que nosotros...

—¡Sólo Dios sabe qué problemas puede depararles el St. Lawrence! —comentó Chase—. Te lo aseguro, Al, no me gustaría estar en el pellejo de Pitt.

—Pues yo no lo dudaría ni un segundo —ironizó Giordino—. Probablemente en estos momentos, el muy granuja debe de estar tomando el sol en una paradisíaca playa canadiense y disfrutando de la compañía de una mujer espectacular...

Una extraña neblina, que parecía ceñirse alrededor del *Ocean Venturer* tiñendo el río y el cielo de rojo, cegó los ojos de Pitt.

Todo había ocurrido con tanta rapidez que ni siquiera había tenido tiempo de preguntarse qué estaba sucediendo. Tras limpiar las gotas de sangre que cubrían su frente y palpar con la yema de sus dedos la herida, afortunadamente superficial, contempló perplejo los cuerpos tendidos sobre la cubierta.

Con el rostro desencajado, Rudi Gunn, arrodillado en el suelo, miró a Pitt y exclamó, fuera de sus casillas:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé! —respondió Pitt con voz entrecortada—.

¡No lo sé!

De pie en la orilla, Shaw tuvo un extraño presentimiento. Durante toda su carrera, aquélla era la primera vez que se sentía culpable.

Ignorando la orden de Villon de abandonar Canadá, se había instalado al este del Pointe au Pére, a cinco kilómetros de la zona de operaciones. Desde un pequeño bote, observaba con un telescopio de la armada británica, modelo S-66 —con el que se podía leer el titular de un periódico a ocho kilómetros de distancia—, la pequeña flotilla de barcos anclados sobre los restos del *Empress of Ireland*.

Desde la llegada a la zona del destructor canadiense, se había iniciado un intenso tráfico de lanchas en dirección al *Ocean Venturer*. Shaw sonreía para sus adentros al imaginar las intensas negociaciones que debían de estar llevando a cabo los oficiales americanos y canadienses.

El *Ocean Venturer* parecía un buque abandonado, pues no había nadie en cubierta, sin embargo, la grúa seguía en funcionamiento, lo que significaba que las tareas de salvamento no se habían detenido.

Shaw recostó su espalda contra el respaldo de la silla y cerró los ojos, tratando de relajarse. De pronto, el zumbido de un hidroavión sobrevolando la zona le sobresaltó. Su innata curiosidad hizo que dirigiera el telescopio hacia el cielo. Al cabo de unos segundos, distinguió el casco dorado del aparato, cruzado por una franja de color burdeos. Al cabo de unos segundos, Shaw advirtió que el piloto del hidroavión era Foss Gly.

El aparato empezó a planear en círculos sobre las embarcaciones y finalmente se posó sobre la superficie del río, provocando la formación de pequeñas olas que agitaron por unos segundos el bote de Shaw. Cuando por fin éste logró enfocar el objetivo del telescopio, vio con claridad la cabina del hidroavión. En aquel momento, Gly sujetaba el timón con su mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía

una pequeña caja metálica sobre la que se reflejaban los rayos del sol.

—¡No! —exclamó Shaw, al comprender lo que Gly se proponía—. ¡Maldito seas!

De pronto, el silencio de la mañana fue interrumpido por un fuerte estallido, mientras una enorme cortina de agua hirviendo se alzó hacia el cielo alrededor del *Ocean Venturer*, segundos más tarde de que Gly detonara los explosivos ocultos en la proa del *Empress of Ireland*.

El buque de la NUMA fue impulsado por la onda expansiva varios metros por encima de la superficie del río, cayendo finalmente sobre el lado de estribor.

Mientras se agarraba al trípode del telescopio para no perder el equilibrio, contempló atónito la dantesca escena.

La cascada de agua se convirtió en una densa nube, que se arremolinó sobre los mástiles del *Hurón* y el *Phoenix* hasta inundar sus cubiertas. El caos era total.

Algunos hombres se lanzaron por la borda, mientras otros permanecían tumbados en el suelo.

Cuando Shaw buscó con el telescopio la figura de Gly, vio que el hidroavión había emprendido el vuelo rumbo a Quebec. Perplejo y consciente de su impotencia, contempló con frustración cómo, una vez más, Gly escapaba.

Luego enfocó el *Ocean Venturer* y tuvo la impresión de contemplar un buque fantasma. Aunque la popa parecía haberse estabilizado, el casco había sufrido graves desperfectos, especialmente en la parte de estribor. Sobre la cubierta, la grúa se tambaleaba grotescamente de izquierda a derecha, amenazando con desprender los restos del *Empress of Ireland* que sostenía su cable. Sólo Dios podía saber cuántos hombres habían perdido la vida o resultado heridos entre aquellas paredes de acero.

Shaw no pudo soportar por más tiempo la visión de aquella infernal escena. Tras recoger el telescopio, se dirigió a la orilla, mientras en sus oídos seguía resonando el horrible estruendo de la explosión.

Por alguna razón inexplicable, el *Ocean Venturer* se resistía a aceptar su fin. Quizá la sólida estructura de su casco, diseñada para romper la superficie helada de los ríos en invierno, salvó al buque del naufragio. Su aspecto era deplorable. La mayoría de las juntas habían saltado y la quilla estaba torcida, aunque seguía manteniéndose a flote.

A través del ventanal destrozado del puente de mando, Pitt contempló cómo la grúa se derrumbaba. Al salir, por un momento se negó a admitir lo que sus ojos veían: la cubierta estaba inclinada en un ángulo de treinta grados.

Lo primero que pensó fue que el *Ocean Venturer* estaba herido de muerte y a continuación se preguntó qué habría ocurrido con los submarinistas que trabajaban en el *Empress of Ireland* en el momento de la explosión. Armándose de valor, trató de serenarse y, recuperando su habitual sangre fría, pensó en lo que debía hacer. Al cabo de unos segundos, se dispuso a entrar en acción.

Tras volver al puente de mando, descolgó el auricular del teléfono y llamó al jefe de máquinas. Transcurrió casi un minuto antes de que una voz impersonal respondiera a su llamada.

—Sala de máquinas...

—¿Eres tú, Metz?

—¡Alce la voz, apenas puedo oírle!

De inmediato, Pitt cayó en la cuenta de que, para los hombres de las cubiertas inferiores y de la sala de máquinas, el estallido sin duda había sido ensordecedor. Gritando a través del auricular, insistió:

—¡Metz, soy Pitt!

—Eso está mejor —replicó la voz metálica de Metz—.

¿Qué diablos ha ocurrido?

—La mejor explicación, la única que se me ocurre, es que se ha producido una explosión submarina...

—¡Maldita sea, creí que los canadienses nos habían torpedeado!

—¡Informe de los daños! —ordenó Pitt.

—Aquí abajo es como trabajar en una piscina. Todo está lleno de agua. Dudo que las bombas puedan desalojar tanta agua. Por el momento, hasta que no comprobemos los daños sufridos en el casco, es todo lo que puedo decir, señor.

—¿Algún herido?

—Bueno, todos salimos despedidos por los aires...

Creo que Jackson se ha roto la rodilla y Glimore tiene una fractura craneal. Son los casos más graves. El resto no son más que magulladuras y tímpanos perforados.

—Quiero que te pongas en contacto conmigo cada cinco minutos —ordenó Pitt— y, hagas lo que hagas, mantén los generadores en marcha.

—No es necesario que me lo recuerde, señor. Si los generadores funcionan, saldremos adelante.

—Has captado la idea...

Pitt colgó el auricular y miró con preocupación a Heidi, que, semiinconsciente, yacía en el suelo con la mirada fija en su pierna izquierda. Arrodillado a su lado, Gunn le sostenía la cabeza entre sus fornidos brazos.

—Es increíble —balbuceó Heidi—. No me duele...

A juzgar por el extraño ángulo de su pierna, Pitt pensó que el dolor no tardaría en aparecer.

—No te muevas hasta que consiga una camilla —dijo Pitt, acariciando sus pálidas mejillas.

Aunque hubiera deseado consolarla de otro modo, sabía que no había tiempo que perder. Como capitán, en aquel desesperado momento tenía muchos asuntos que atender. Así pues, contra su voluntad se levantó y, cuando se disponía a abandonar el puente, la voz angustiada de Hoker le detuvo:

—¡El maldito cuadro de mandos no responde! —exclamó mientras intentaba conectar la pantalla del monitor.

—¡Pues haz que funcione...! —replicó Pitt—. Tenemos que saber qué ha ocurrido ahí abajo.

Dispuesto a salvar el *Ocean Venturer*, Pitt coordinó los esfuerzos de todos sus hombres, científicos o mecánicos, que trabajaron sin cesar durante varias horas. Los heridos fueron trasladados a la enfermería pero, debido al reducido espacio, se vieron obligados a habilitar el pasillo. Mientras una parte de la tripulación trataba de enderezar la grúa, otros reparaban el casco, al tiempo que un equipo de submarinistas se disponía a realizar una inmersión de reconocimiento.

Entretanto, no dejaron de recibir mensajes radiofónicos.

—Al habla el capitán del *Phoenix*, señor —dijo el operador de radio—. Desea saber si necesitamos ayuda.

—¡Diablos, por supuesto que necesitamos ayuda!

—exclamó Pitt—. Dile que necesitamos bombas para desalojar el agua de la sala de máquinas y refuerzos humanos.

En espera de recibir una respuesta, Pitt se secó el sudor de su frente con una toalla.

—Señor, nos comunican que resistamos hasta que lleguen refuerzos —anunció el radio operador y, al cabo de unos segundos, agregó—: El capitán Weeks, del *Hurón*, pregunta si vamos a abandonar el barco.

—Sin duda sería la solución a sus problemas... —farfulló Pitt con evidente indignación.

—Está a la espera de su respuesta, señor —insistió el operador.

—Dile que, aunque el *Ocean Venturer* se hunda en estas malditas aguas, no abandonaremos el barco.

—¡Aquí Metz, señor! —exclamó el jefe de máquinas a través del interfono.

—Adelante, Metz.

—Lamento comunicarle que la popa ha sido la parte más castigada por la explosión. La verdad es que tiene más agujeros que un colador. En cuanto a la proa, afortunadamente está casi intacta.

—¿Cuánto tiempo puedes mantenernos a flote?

—A juzgar por la cantidad de agua que está entrando, diría que nos quedan unos veinte o veinticinco minutos antes de que alcance los generadores. Luego, con un poco de suerte, quizá dispongamos de otros diez.

—Abre las compuertas de carga para que los heridos puedan abandonar el barco y subir a bordo el equipo del *Phoenix*.

—Será mejor que se apresuren o, de lo contrario, temo que no podremos ofrecerles una fiesta de bienvenida —ironizó Metz.

En aquel momento, el operador de radio hizo un gesto a Pitt de que se acercara.

—He restablecido contacto con el *Sappho I* —le informó.

—*Sappho I*, aquí Pitt. Por favor, respondan.

—Al habla Klinger desde el *Sappho I* o... lo que queda de él.

—¿En qué condiciones se encuentran?

—Estamos atrapados a unos ciento cincuenta metros al sudeste de la zona del naufragio. Tenemos la popa enterrada en la arena. El casco ha soportado la onda expansiva, pero una de las pantallas de babor se ha desprendido y está entrando agua.

—¿Todavía funcionan los sistemas de emergencia?

—Afirmativo, pero el principal problema es que sólo nos quedan quince horas de oxígeno.

—¿Podéis intentar salir de ahí realizando una ascensión libre?

—Bueno, supongo que yo sí podría, ya que sólo he perdido un diente a causa de la sacudida, pero Marv Powers está muy mal. Se ha fracturado los brazos y ha recibido un fuerte impacto en la cabeza. No creo que pueda nadar hasta la superficie.

Pitt cerró los ojos. En silencio, trató de hallar una solución desesperadamente. Detestaba tener que tomar decisiones que afectaban a la vida de sus hombres. Finalmente dijo:

—Tendrás que resistir, Klinger. Os sacaremos de ahí abajo lo antes posible. Mantenme al corriente de la situación cada diez minutos.

Pitt echó un vistazo a la cubierta. Cuatro submarinistas acababan de sumergirse.

—He recuperado la imagen —dijo Hoker, eufórico, mientras una de las pantallas cobraba vida.

El monitor mostró la imagen de la cubierta de recreo del *Empress of Ireland*. Su

aspecto era desolador. No había rastro alguno de los dos hombres enfundados en sus respectivos trajes JIM. El frío objetivo de la cámara mostró el boquete que los hombres habían practicado en el casco, y Pitt pensó que estaba contemplando una puerta al infierno.

—Qué Dios les ayude —musitó Hoker—. Deben de estar muertos.

A cien kilómetros del *Ocean Venturer*, el capitán Toshio Yubari, un hombre de mediana edad, se encontraba sentado en cubierta contemplando la evolución de las pequeñas embarcaciones que navegaban por el St. Lawrence. El buque de carga *Honjo Maru* avanzaba río arriba a quince nudos.

Tras descargar 400 automóviles procedentes de Kobe, Japón, el *Honjo Maru* regresaba a su país transportando un cargamento de papel de prensa. A pesar de su volumen, las enormes balas de papel eran mucho menos pesadas que los automóviles, por lo que la línea de flotación del buque era inferior.

Shigaharu Sakai, primer oficial de a bordo, salió del puente de mando y se detuvo junto a su capitán. Luego bostezó y se frotó sus enrojecidos ojos.

—Al parecer, esta noche se ha divertido en el puerto —comentó Yubari, esbozando una sonrisa maliciosa.

Sakai balbuceó una respuesta ininteligible y cambió el tema de la conversación:

—Afortunadamente no hemos zarpado en domingo —comentó señalando a un grupo de balandros que disputaban una regata.

—Es cierto —convino Yubari—. Al parecer, durante los fines de semana el tráfico fluvial es tan intenso que es posible cruzar el río saltando de cubierta en cubierta.

—¿Tomo el mando mientras usted disfruta de la comida, capitán?

—Gracias —respondió Yubari sin apartar la mirada del horizonte—, pero prefiero permanecer en mi puesto hasta que alcancemos el golfo. Si no le importa, dígame al cocinero que me prepare unos espaguetis y me traiga una cerveza.

Sakai se disponía a obedecer la orden de su capitán, pero de pronto señaló con el dedo hacia el río y dijo:

—Ahí viene un alma valerosa o un imprudente.

Yubari llevaba varios minutos observando el hidroavión, fascinado por la velocidad que había alcanzado.

—Debe de ir a casi doscientos kilómetros.

—Si roza uno de los mástiles de esos balandros, no quedará ni rastro de ellos.

Yubari se levantó como impulsado por un resorte y exclamó:

—¡Ese loco va directamente hacia los balandros!

El hidroavión se precipitó violentamente sobre las pequeñas embarcaciones como un coyote atacando un corral de gallinas. Los tripulantes viraron el rumbo tratando de escapar, pero lo único que consiguieron fue colisionar estrepitosamente.

La tragedia se produjo cuando, segundos más tarde, el hidroavión golpeó la proa de uno de los balandros, arrancando su bauprés.

Yubari y Sakai se quedaron perplejos al observar que el aparato viraba



bruscamente para dirigirse directamente hacia ellos. A unos metros del *Honjo Maru*, distinguieron con nitidez el perfil del piloto, que parecía herido de gravedad.

Los acontecimientos se sucedían con tal rapidez que, ni Yubari ni su primer oficial, tuvieron tiempo de advertir a la tripulación de la inminente colisión. Presos de pánico, sólo pudieron correr hacia un rincón de la cubierta y contemplar impotentes el accidente.

El hidroavión se incrustó en la cubierta de babor y, de inmediato, quedó envuelto en llamas. El motor no tardó en hacer explosión y los restos del aparato cayeron sobre la cubierta, así como los cristales de las ventanas del puente de mando, que quedaron hechos añicos.

Milagrosamente ningún miembro del carguero japonés resultó herido. Yubari ordenó detener las máquinas y lanzar un bote al agua para buscar el cuerpo del piloto, pero lo único que hallaron fue una vieja cazadora de cuero y unas gafas de aviador.

A medida que la tarde avanzaba, la tripulación del *Ocean Venturer* se sentía cada vez más optimista. El *Phoenix* y el *Hurón* les habían suministrado refuerzos humanos y técnicos. Las bombas de agua auxiliares no tardaron en desalojar el agua de las cubiertas inferiores y, en cuanto el casco fue provisionalmente reparado, el ángulo de inclinación del barco se redujo a diecinueve grados.

La mayor parte de los heridos, incluyendo a Heidi, fueron trasladados a la enfermería del *Phoenix*, que contaba con avanzado instrumental médico. Pitt se encontró con Heidi en cubierta poco antes de que abandonara el *Ocean Venturer*.

—No ha sido un crucero de placer, ¿verdad? —le susurró al oído, retirando de su frente un mechón de cabello.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —dijo Heidi, tratando de sonreír.

Pitt se inclinó y la besó.

—Te visitaré cuando todo esto termine —dijo y luego se volvió para encaminarse a la sala de control, donde Rudi Gunn, de pie en el umbral de la puerta, le esperaba.

—El cuerpo de uno de los hombres equipado con el JIM ha sido hallado flotando río abajo. Al parecer, una lancha de salvamento del *Hurón* lo ha recogido.

—¿Hay noticias del equipo de perforación?

—El jefe de equipo, Art Dunning, acaba de enviar un mensaje. Todavía no han encontrado el camarote de Shields, pero sospecha que la explosión se produjo en la proa del *Empress*. Así pues, según Dunning, el castillo de proa debe de haber desaparecido. Lo realmente misterioso es quién demonios puso allí esos explosivos.

—Lo más probable es que alguien los colocara antes de nuestra llegada —dijo Pitt con gesto pensativo.

—Estoy seguro, Pitt, aunque tal vez lo hiciera después... —sugirió Gunn.

—Lo dudo. Nadie habría podido burlar el anillo de seguridad montado en la zona y, por supuesto, instalar semejante cantidad de explosivos sin ser visto.

—Olvidas que el perro de Shaw lo hizo.

—Es cierto, pero es imposible que se internara en la zona más de una vez. Apuesto a que, antes de que nosotros llegáramos, almacenaron provisionalmente los explosivos en la proa del *Empress*, hasta decidir dónde colocarlos para destruirlo totalmente.

—¿Sugieres que planeaban volar los restos del *Empress of Ireland*, y con ellos el tratado, antes de que nosotros apareciéramos?

—En efecto, sin embargo, contrariamente a lo que esperaban, irrumpimos en escena mucho antes. Por eso robaron nuestro sumergible, para ganar tiempo.

—¿Crees realmente que Shaw estaba tan desesperado como para deshacerse de

nosotros?

—Admito que esa hipótesis me desconcierta, pero no por ello debemos descartarla, aunque cuando le conocí no me pareció un carnicero.

Pitt se volvió al advertir la presencia del jefe de máquinas, que entraba en la sala de control. Metz tenía el aspecto de haber salido de una trinchera, con el rostro desencajado y manchado de grasa, la ropa totalmente empapada, desde la gorra hasta las botas.

—¡Sorpresa! —exclamó sonriendo—. El *Venturer* se ha portado como todo un hombre. Ya no es lo que solía ser, pero ¡por Dios que nos llevará a casa!

Aquella era la mejor noticia que Pitt había escuchado desde la explosión.

—Así pues, ¿has logrado detener la inundación?

Metz asintió con la cabeza y respondió:

—Hace una hora que hemos equilibrado la línea de flotación, señor. En cuanto disponga de un par de submarinistas, repararemos el boquete principal y podremos poner en marcha las máquinas.

—El *Hurón*... —dijo Pitt, impaciente—, ¿Puedes prescindir en este momento de sus bombas de agua?

—Creo que sí, señor —contestó Metz—. Con nuestro propio equipo y el del *Phoenix* debería bastar.

Sin perder tiempo y saltándose el protocolo radiofónico, Pitt se puso en contacto con el *Sappho I*.

—¡Klinger, responde, maldita sea!

Al cabo de unos segundos, escuchó la respuesta de Klinger a través del auricular.

—¡Hola, al habla el capitán Nemo, del *Nautilus*!

Cambio.

—¿Quién diablos dices que eres?

—Ya sabe, el tipo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Lo leí en Seattle cuando era niño. Lo mejor del libro es cuando se enfrenta con el pulpo gigante.

Pitt no daba crédito a sus oídos, pero de pronto comprendió qué estaba ocurriendo y exclamó:

—¡Klinger, el nivel del dióxido de carbono es demasiado elevado! ¿Lo entiendes...? Vamos, muchacho, haz un esfuerzo y comprueba la unidad de reserva de oxígeno. ¿Lo has oído? ¡Repito, comprueba la unidad de reserva de oxígeno!

La voz de Pitt parecía tan desesperada que todos los que se encontraban en la sala de mandos se volvieron al escucharle.

—¡Hummm...! ¿Qué le parece, señor? —gritó Klinger, eufórico—. Según el indicador, estamos respirando un diez por ciento de carbono.

—¡Maldita sea, Klinger, escúchame! Tienes que conseguir que el indicador descienda a cinco por ciento.

¡Estás sufriendo una anoxia!

—Negativo, señor —respondió Klinger—. Todavía nos queda una buena reserva de oxígeno.

Pitt suspiró aliviado y luego ordenó:

—Activa el localizador de sonido. Resistid un poco más, el *Hurón* no tardará en rescataros.

—Lo que usted diga, señor —farfulló Klinger.

—Informe de la magnitud de la fuga.

—En cuestión de dos o tres horas el nivel de agua alcanzará las baterías.

—¡En tal caso, aumenta el nivel de oxígeno! ¿Me has oído? —exclamó Pitt y luego repitió—: Aumenta el nivel de oxígeno. Nos veremos a la hora de cenar...

Pitt se volvió para dar instrucciones a Gunn que, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo mientras se dirigía hacia la puerta:

—Dirigiré personalmente el rescate del *Sappho I* desde el *Hurón*.

Tras asentir con la cabeza, Pitt miró a través de los ventanales de la sala de control y vio cómo, utilizando su botalón, varios miembros del *Phoenix* rescataban a uno de los dos hombres ataviados con el traje JIM. Una vez a bordo del crucero norteamericano, el equipo de salvamento liberó al buzo de la aparatosa escafandra que cubría su cabeza.

—¡Está vivo! —exclamó uno de los hombres, dirigiéndose a Pitt.

«El barco sigue a flote; dos hombres en el sumergible y un operador del JIM a salvo —calculó mentalmente Pitt—. ¡Ojalá la suerte no nos abandone...!»

Dunning y su equipo de submarinistas por fin habían localizado la cámara de descompresión, a unos doscientos metros de donde se suponía debía estar anclada. La escotilla del compartimiento exterior se había atascado y fue necesario el esfuerzo de cuatro hombres que utilizaron barras de acero como palancas, para abrirla. Tras hacerlo, los miembros del equipo miraron a Dunning con perplejidad.

Al adivinar que ninguno parecía dispuesto a entrar en la cámara, Dunning apoyó sus manos en el borde de la escotilla para impulsarse y entró. Una vez en el interior, aspiró profundamente y, tras vacilar durante unos segundos, nadó hasta la escotilla que conducía al compartimiento principal de la cámara. El cable eléctrico que, como un cordón umbilical, la unía con el *Ocean Venturer* se había desenganchado y, al principio, lo único que pudo atisbar fue una oscuridad sepulcral. Sin embargo, al encender su linterna, el haz de luz que iluminó el reducido cubículo reveló un aciago y desolador espectáculo: todos los hombres que se hallaban en el interior de la cámara habían muerto. Apilados unos sobre otros, tenían el rostro amoratado y en las múltiples heridas de sus cuerpos, así como en el suelo, había sangre coagulada a causa de la baja temperatura en la que se hallaba la cámara. Por los restos de saliva solidificada en el rictus de sus bocas, Dunning dedujo que todos habían muerto al

golpearse contra las paredes de la cámara a causa de la explosión.

Dunning permaneció inmóvil tratando de controlar la sensación de vómito que le sobrevenía al contemplar aquella dantesca imagen. Tembloroso y sin poder articular palabra alguna, transcurrieron cinco minutos antes de contactar con el *Ocean Venturer* y hablar con coherencia.

Tras recibir el mensaje de Dunning, Pitt cerró los ojos y apoyó su espalda contra el panel de control.

Consciente de su impotencia, maldijo en silencio y sintió lástima por la irreparable pérdida de aquellos hombres inocentes.

Ante la desoladora reacción de Pitt, Hoker presintió que algo terrible había ocurrido y preguntó:

—¿Se trata de los submarinistas...?

—Era Dunning —respondió Pitt con la mirada perdida—. Los hombres de la cámara... No hay supervivientes.

Todos sin excepción sufrieron conmoción cerebral. Según Dunning, faltan dos; lo más probable es que, en el momento de la explosión, estuvieran realizando un rastreo de reconocimiento...

Tras aquellas palabras, Hoker sintió un nudo en la garganta. Abatido y desolado, guardó silencio y se dispuso a trabajar en la reparación de la consola de vídeo para tratar de no pensar en lo sucedido. En cuanto a Pitt, por primera vez se sentía exhausto, incapaz de dirigir un proyecto que estaba resultando un lamentable fracaso. Además de la pérdida de diez hombres, no habían logrado cumplir su objetivo inicial: hallar el maldito Tratado Norteamericano.

Sumido en sus pensamientos, Pitt no percibió el sonido de la débil voz que hablaba a través del auricular hasta que, transcurridos unos segundos, cayó en la cuenta de que alguien, desde la lejanía, trataba desesperadamente de ponerse en contacto con la sala de control.

—Aquí Pitt. ¿Quién habla?, cambio. —Tras escuchar de nuevo el casi inaudible y distorsionado sonido de una voz, insistió—: Aquí Pitt. Hable más fuerte, apenas le oigo...

—¿Me recibe mejor ahora? —inquirió la voz.

—Afirmativo —respondió Pitt—. Identifíquese, cambio.

—Aquí Collins... —respondió, pero el resto de la frase se entrecortó a causa de unas extrañas interferencias—.

¿Qué ha ocurrido...? Hace siglos que intento contactar...

¡Esto es un verdadero infierno...!

Para Pitt el nombre de Collins no le era familiar.

Desde que había subido a bordo del *Ocean Venturer*, había estado tan ocupado preparando la operación de rescate que apenas había tenido tiempo de memorizar el

nombre de los hombres que formaban la tripulación.

—Informe de su situación, cambio —ordenó Pitt con cierto nerviosismo.

Tras una larga pausa, Collins respondió:

—Supongo que estoy atrapado, señor. Le agradecería, siempre que no haya inconveniente —ironizó—, que alguien me ayudara a salir de este maldito infierno...

Pitt cubrió el micrófono con la palma de la mano y, dirigiéndose a Hoker, preguntó:

—¿Quién es Collins y qué puesto tiene asignado?

—No puedo creer que no lo sepas...

—Si lo supiera, no te lo preguntaría —le interrumpió Pitt, malhumorado y luego añadió—: Collins dice que está atrapado y pide ayuda.

Hoker miró a Pitt con incredulidad y respondió:

—Collins es uno de los operadores del traje JIM. Se encontraba sumergido durante la explosión.

—¡Santo cielo, ese tipo debe de pensar que soy el mayor idiota de la década! —balbuceó Pitt y a continuación gritó a través del micrófono del auricular—: ¡Collins, informe de los daños sufridos y localización, cambio!

—Salvo algunos rasguños sin importancia, el traje está intacto, señor. Según el indicador, cuento con una reserva de oxígeno de dos horas, a no ser que me dedique a practicar ejercicios de *aerobic*. —Pitt esbozó una sonrisa al comprobar que, a pesar de la adversa situación, Collins hacía gala de un encomiable sentido del humor y lamentó no conocer personalmente a aquel hombre—. En cuanto a mi localización, no tengo la menor idea de dónde diablos me encuentro, señor. De lo único que estoy seguro es de que el traje y yo estamos atrapados en el fango y de que apenas puedo articular los brazos.

Hoker miró Pitt con perplejidad y preguntó:

—¿Cabe alguna posibilidad de que pueda liberarse del traje y realizar una ascensión libre?

Pitt movió la cabeza en un gesto de negación.

—Está medio enterrado en el lodo y atrapado entre los restos del naufragio.

—¿Has dicho en el lodo...? En ese caso —prosiguió Hoker—, la onda expansiva debió de arrastrarlo hasta la cubierta de segunda clase del *Empress*.

Como Hoker, Pitt había sopesado aquella posibilidad, sin embargo, después de lo ocurrido, se resistía a albergar la más mínima esperanza.

—Se lo preguntaré —dijo Pitt finalmente y luego se dirigió al buzo—: Collins, ¿sigues ahí?

—Por supuesto, señor. ¿Dónde diablos estaría mejor que aquí? —ironizó.

—¿Podrías determinar si, por casualidad, te encuentras en la zona del objetivo?

—Lo cierto es que poco después de la explosión todo pareció desvanecerse...

—Echa un vistazo alrededor y describe qué ves —le interrumpió Pitt.

Mientras aguardaba impaciente la respuesta de Collins, Pitt miró a través del ventanal de la sala de mandos a tiempo de presenciar cómo el equipo de salvamento del *Hurón*, dirigido por Gunn, conseguía sacar a flote al *Sappho I*.

—Collins al habla, señor.

—Adelante, te escucho.

La entereza y buen humor de Collins parecieron disiparse repentinamente. Como si hubiera visto un fantasma, la voz del buzo sonaba apagada:

—Creo que me encuentro en el lugar donde la proa del *Storstad* cohesionó contra el *Empress*. Los desperfectos no son fruto de la explosión de hoy. Todo está oxidado...

—Collins se interrumpió y, al cabo de unos segundos, exclamó sin dar crédito a lo que veía—: ¡Aquí abajo hay huesos! Desde mi posición puedo ver dos... ¡no!, tres esqueletos atrapados entre los escombros. ¡Dios mío, me siento como si estuviera en una catacumba!

Pitt trató de imaginar las palabras de Collins y, por un momento, deseó estar en su lugar para contemplar con sus propios ojos aquella visión.

—Continúa, ¿qué más ves?

—Los restos de esos pobres diablos, quienes quiera que fueran, se encuentran encima de mí. Si pudiera mover los brazos, apuesto que podría tocar sus cabezas.

—Querrás decir calaveras... —rectificó Pitt.

—Así es, señor. Una es pequeña, quizá perteneciera a un niño, mientras que las otras dos son de personas adultas. A decir verdad, no me importaría llevarme una a mi casa.

Por el tono macabro que estaba adquiriendo la conversación, Pitt no pudo evitar preguntarse si, ante aquella horripilante visión, Collins estaría perdiendo el sentido de la realidad.

—¿Para qué diablos la quieres, para interpretar Hamlet? —ironizó.

—¡En absoluto, señor! —replicó el buzo con evidente indignación y luego añadió—: Para su información, señor, las mandíbulas de una de las calaveras por lo menos tienen cuatrocientos dólares en dientes de oro.

Al escuchar aquel comentario, en la mente de Pitt cruzó la imagen de una vieja fotografía.

—Collins, escúchame atentamente. Analiza con sumo detalle su mandíbula superior y confírmame si los dientes centrales parecen los de un conejo y están cubiertos por dos fundas de oro.

—¡Asombroso... realmente asombroso! —exclamó Collins, perplejo—. Ha descrito sus premolares como si estuviera viéndolos, señor.

La respuesta del buzo dejó a Pitt sin habla. Si, tal como intuía, estaba en lo cierto,

no cabía la menor duda de que por fin habían dado con el camarote de Harvey Shields.



Sarveaux esperó a que su secretaria saliera del despacho y luego empezó a hablar:

—He leído su informe detalladamente y lamento tener que comunicarle que, en mi opinión, resulta un tanto... inquietante.

Sin responder, Shaw se limitó a mirar al primer ministro que, sentado a su escritorio, le pareció mucho más viejo de lo que había imaginado. No obstante, lo que más le impactó de Sarveaux fue el melancólico brillo de sus ojos y, por supuesto, que cubriera sus manos con unos guantes.

—Las graves acusaciones que formula contra el señor Villon carecen de fundamento.

—No es mi intención interpretar el papel de abogado del diablo, primer ministro —replicó Shaw—. Sólo me he limitado a presentar los hechos tal y como yo mismo los he ido descubriendo.

—¿Por qué ha decidido acudir a mí, señor Shaw?

—Creí conveniente advertirle del peligro que corre, señor. Para su información, el general Simms comparte mi opinión.

—Comprendo... —se interrumpió Sarveaux al tiempo que releía la página del informe que sostenía entre sus manos—. ¿Está seguro de que Foss Gly trabajaba para Villon?

—No me cabe la menor duda, señor.

Sarveaux recostó su espalda en el respaldo de su sillón y miró a Shaw fijamente.

—Si, tal y como parece, quiere ayudarme, será mejor que olvide el asunto...

—¿Señor...? —inclinó Shaw con perplejidad.

—Henri Villon ya no forma parte de mi gabinete. En cuanto a ese otro tipo, dudo mucho que pueda atentar de nuevo contra mí desde la tumba...

Shaw no respondió de inmediato, por lo que Sarveaux prosiguió:

—Su teoría es vaga y oscura, carece de fundamento.

Salvo sus conversaciones, no hay suficientes evidencias circunstanciales para iniciar una investigación preliminar.

Shaw miró a Sarveaux con indignación.

—El general Simms opina que, con tan sólo indagar superficialmente el asunto, descubrirá que el infame señor Gly fue el cerebro gris que organizó el accidente aéreo que atentó contra su vida y, por supuesto, de la reciente muerte del primer ministro Guerrier.

—No lo pongo en duda, ese hombre era capaz de cualquier cosa... —Sarveaux se interrumpió y miró a Shaw con resignación.

—Henri Villon tenía un motivo para desear su muerte y la de Guerrier... Como he demostrado, contrató los servicios de un conocido asesino a sueldo para llevar a

cabo su plan. Admito que lo evidente a veces puede ser discutible, pero en este caso es irrefutable.

—Lo que usted y el general Simms sugieren es repugnante —dijo Sarveaux, indignado—. Los ministros canadienses no van por ahí matándose para mejorar su posición política.

Por las palabras del primer ministro, Shaw pensó que cualquier otro argumento sería inútil, no lograría convencerle.

—Lo lamento, pero ésta es toda la información de que dispongo.

—Yo también lo lamento —repuso Sarveaux con acritud—. Sospecho que lo que les ha ocurrido a los americanos en el río St. Lawrence se debe a un error cometido por usted o alguno de sus hombres. Francamente, Shaw, creo que lo único que pretende es cubrirse las espaldas y echar la culpa a otros.

Shaw trató de controlar su ira y se excusó:

—Le aseguro, primer ministro, que se equivoca.

Sarveaux miró a Shaw fijamente y repuso:

—Las naciones no se gobiernan con cálculos de probabilidades, señor Shaw. Por favor, agradezca de mi parte sus esfuerzos al general Simms y dígame que el asunto está zanjado. Por lo que a usted respecta, infórmele de que considero que ya no es necesario seguir buscando el Tratado Norteamericano.

Perplejo, Shaw replicó:

—Pero señor, olvida que, si los americanos encuentran la copia del tratado, podrían...

—No lo harán —le interrumpió Sarveaux—. Y ahora, si me disculpa, señor Shaw...

Shaw apretó los puños, se levantó y abandonó el despacho del primer ministro canadiense.

En cuanto Shaw cerró la puerta tras de sí, Sarveaux descolgó el auricular del teléfono y marcó un número en su línea privada.

Quince minutos más tarde, el comisario Harold Finn, de la Policía Montada de Canadá, entró en el despacho del primer ministro.

Era un tipo inexpresivo, vestido con un traje arrugado, cuya presencia podría haber pasado inadvertida en medio de una multitud o una fiesta. Su cabello negro rizado, peinado cuidadosamente hacia atrás, contrastaba con sus pobladas cejas canosas.

—Lamento haberle llamado con tanta precipitación —se disculpó Sarveaux.

—En absoluto, señor. Estoy a su entera disposición —respondió Finn con firmeza y, tras sentarse en una silla, abrió un maletín.

Sin perder tiempo, Sarveaux le preguntó:

—¿Qué ha descubierto?

Finn se ajustó unas pequeñas gafas de lectura y buscó en el interior del maletín un par de informes.

—Tengo el informe de la autopsia y la declaración de Jean Boucher.

—¿El hombre que descubrió el cadáver de Jules Guerrier?

—Así es, señor, el chófer y guardaespaldas de Guerrier. Él le encontró cuando se disponía a despertar al primer ministro por la mañana. En el informe del forense se detalla que la muerte tuvo lugar entre las nueve y las diez de la noche anterior. Sin embargo, la autopsia no revela la causa concreta del óbito.

—Supongo que habrá alguna hipótesis, ¿no?

—Por supuesto, pero ninguna concluyente. Jules Guerrier estaba a un paso de la tumba. Según el análisis patológico del forense que realizó la autopsia, el pobre hombre padecía de enfisema, cálculos biliares, arteriosclerosis, lo que probablemente acabó con su vida, artritis reumática y cáncer de próstata. —Finn miró al primer ministro e ironizó—: Realmente fue un milagro que Guerrier aguantara tanto tiempo...

—Así pues, ¿insinúa que Jules murió de muerte natural? —inquirió Sarveaux.

—Todo parece indicarlo.

—¿Qué ha descubierto acerca de Jean Boucher?

—Procede de una buena familia —dijo Finn, ojeando uno de los informes—. Es un hombre culto, sin antecedentes penales. Está casado y tiene dos hijas, cuyos maridos son respetables trabajadores. Boucher fue contratado por Guerrier en mayo del sesenta y dos. Al parecer, durante todos estos años siempre se mantuvo a su lado.

—¿Hay alguna razón para sospechar que no jugaba limpio?

—No, señor —repuso Finn—. Sin embargo, la muerte de un personaje público siempre exige una atención especial. Por lo que a este caso se refiere, sin duda resultaría rutinario de no ser por las declaraciones de Boucher.

—¿A qué se refiere?

—Boucher asegura que Henri Villon visitó a Guerrier la noche de su muerte e insiste en que fue la última persona que vio al primer ministro con vida.

Sarveaux miró a Finn con incredulidad y exclamó:

—¡Eso es imposible! En aquel momento, Villon estaba pronunciando un discurso de inauguración a más de trescientos kilómetros de distancia. Fue visto por cientos de personas.

—Bueno, en realidad eran millones —puntualizó Finn—.

El acto al que se refiere fue retransmitido en directo por la televisión nacional.

—¿No cree que Boucher podría haber asesinado a Jules y utilizar este argumento como coartada?

—En absoluto —repuso Finn—, entre otras cosas, porque no contamos con evidencia alguna de que Guerrier fuera asesinado. La autopsia así lo demuestra, por

lo que Boucher no necesita ninguna coartada.

—En ese caso, ¿por qué demonios insiste en afirmar que Villon se encontraba en Quebec aquella noche?

—Lo ignoramos por completo, aunque hemos de admitir que Boucher está seguro de ello.

—Quizá sufrió una alucinación o algo así.

Finn se acomodó en el asiento y agregó:

—Ese hombre no está loco, señor Sarveaux, si es eso lo que insinúa. Boucher insistió en someterse a la prueba del detector de mentiras o incluso a una sesión de hipnosis. —Finn respiró hondo y prosiguió—: Al principio, creíamos que se trataba de un farol, pero sorprendentemente los resultados de las pruebas han demostrado que no miente.

Pensativo, Sarveaux permaneció en silencio.

—Desearía poder decirle que tenemos todas las respuestas, pero no es así —admitió Finn—. La mansión de Guerrier fue inspeccionada exhaustivamente por los miembros del laboratorio forense. Salvo una excepción, las únicas huellas dactilares halladas pertenecen a Guerrier, a Boucher, a la criada y al cocinero.

—¿A qué excepción se refiere?

—Bueno, en el timbre de la puerta principal encontramos la huella del dedo índice de una persona no identificada.

—Eso no prueba nada —comentó Sarveaux—. Podría tratarse del cartero, de un vendedor o incluso de uno de sus hombres.

Finn sonrió y dijo:

—Si así fuera, el ordenador de nuestro departamento de identificación lo habría detectado en un par de segundos. No señor, en nuestros archivos no hay dato alguno de esa persona. —Finn se interrumpió para releer una de las páginas del informe y luego siguió hablando—: Hemos averiguado que la secretaria de Guerrier, la señora Molly Saban, se presentó en la mansión a las ocho y media para ofrecer a su jefe un tazón de sopa de pollo.

Tocó el timbre, por supuesto, pero la señora Saban llevaba guantes... Además, se limitó a entregar el tazón de sopa a Boucher y luego se marchó.

—¡Sopa de pollo...! —exclamó Sarveaux—. El eterno remedio para los catarros...

—Gracias a la señora Saban, sabemos que alguien se acercó a la mansión de Guerrier después de las ocho y media.

—Si aceptamos la declaración de Boucher, debemos preguntarnos cómo demonios Villon pudo estar en dos lugares distintos al mismo tiempo.

—No tengo la menor idea —repuso Finn.

—¿El caso está formalmente cerrado? —inquirió Sarveaux.

Finn asintió con la cabeza y respondió:

—Ante la ausencia de pruebas, no tenía sentido seguir adelante.

—Quiero que vuelvan a abrirlo —ordenó el primer ministro.

—¿Señor...? —preguntó Finn, arqueando una de sus cejas.

—Aunque parezca mentira, apuesto a que tras la historia de Boucher hay algo cierto —dijo Sarveaux y entregó a Finn el informe de Shaw—. Acabo de recibir esto de un agente del Servicio de Inteligencia británico. En este informe se establece una conexión entre Henri Villon y un conocido asesino. Compruebe si eso es cierto. Además, quiero que practiquen otra autopsia al cuerpo de Guerrier.

Finn miró el rostro del primer ministro y dijo con escepticismo:

—Será difícil obtener una orden de exhumación sin que la opinión pública se haga eco de ello.

—No habrá tal orden de exhumación —comentó Sarveaux con frialdad.

—Comprendo, primer ministro —dijo Finn—. El asunto será llevado a cabo con total discreción. Yo mismo me encargaré de que así sea.

Finn guardó los informes en su maletín y se levantó, dispuesto a abandonar el despacho.

—Por cierto, hay algo más que me gustaría comentar con usted —dijo Sarveaux.

—¿De qué se trata, señor?

—¿Cuándo se enteró del romance entre mi esposa y Henri Villon?

Por un momento, el inexpresivo rostro de Finn se alteró y balbuceó:

—Bueno, yo... verá, señor, creo que hace casi dos años.

—¿Por qué no fui informado de ello?

—Porque, salvo que no se trate de un acto de traición, la Policía Montada de Canadá no debe involucrarse en la vida privada de los ciudadanos canadienses... incluyendo al primer ministro y a los miembros del Parlamento.

—Una medida muy diplomática —ironizó Sarveaux—.

Gracias, comisario. Por el momento, eso es todo.

El río St. Lawrence amaneció cubierto por una densa y mortuoria bruma.

Dos de los heridos graves a causa de la explosión habían muerto, por lo que el número de bajas había ascendido a doce. Perplejos y exhaustos, los hombres del *Ocean Venturer* formaron en cubierta para despedir a sus compañeros que, a bordo del *Phoenix*, iban a emprender el viaje de vuelta a casa. Para algunos, lo sucedido no había sido más que una pesadilla, pero para la mayoría aquel nefasto episodio permanecería en su memoria hasta el fin de sus días.

Después de rescatar y subir a bordo a Collins, Pitt ordenó interrumpir todas las operaciones de salvamento del *Empress*. Metz informó de que habían conseguido evacuar el agua que inundaba la sala de máquinas del *Ocean Venturer* y que el ángulo de inclinación de la cubierta era tan sólo de diez grados. Los especialistas de los buques que custodiaban su barco habían trabajado sin cesar para reparar los desperfectos del casco. Finalmente la nave de investigación de la NUMA podría regresar a puerto por sus propios medios, aunque con un solo motor.

Horas antes de abandonar el río St. Lawrence, Pitt bajó a la cubierta inferior y se enfundó un traje de submarinista. Mientras se ajustaba el pesado cinturón y las botellas de oxígeno, Gunn entró en el compartimiento estanco.

—Así que has decidido bajar...

—Después de lo ocurrido, sería imperdonable que nos largáramos sin lo que hemos venido a buscar —dijo Pitt.

—¿No crees que es muy arriesgado sumergirte solo?

—inquirió Gunn—. ¿Por qué no permites que Dunning y sus hombres te acompañen?

—No están en condiciones de volver a sumergirse.

Han pasado bajo el agua demasiado tiempo y el nivel de nitrógeno en su sangre es excesivo.

Gunn estuvo a punto de golpear a Pitt en la cabeza para evitar que su amigo pusiera su vida en peligro, pero no lo hizo.

—Será tu funeral —comentó.

Pitt esbozó una sonrisa e ironizó:

—Agradezco que hayas venido a despedirte de un viejo amigo.

—Controlaré tus movimientos a través de los monitores —dijo Gunn—. Te prometo que, si te portas mal y llegas tarde a casa, me encargaré personalmente de que realices la maldita descompresión a plena luz del día...

Pitt asintió con la cabeza y agradeció en silencio el reproche afectuoso de su amigo. Taciturno y paciente, Gunn era el eterno compañero en quien poder confiar ciegamente.

Sin perder tiempo, Pitt se ajustó las gafas tras escupir varias veces en el cristal. Luego se despidió de Gunn con un gesto y se sumergió en las oscuras y frías aguas del St. Lawrence.

A unos seis metros de profundidad, dirigió su mirada hacia la superficie y contempló a contraluz la quilla del *Ocean Venturer*. Tras alcanzar doce metros de profundidad, su punto de referencia había desaparecido.

El agua era densa y opaca y, a medida que descendía, podía sentir cómo aumentaba su presión. Por un momento, tuvo la tentación de regresar a la seguridad del barco, pero su curiosidad hizo que siguiera adelante.

Tras encender la linterna, ante sus ojos apareció la fantasmagórica imagen del *Empress of Ireland*, el trasatlántico con rumbo a ninguna parte.

Pitt nadó lentamente hacia la cubierta, pasó por delante de varios ojos de buey — a través de los que se observaba el misterioso interior de los camarotes— y, al alcanzar el boquete practicado por sus hombres, se detuvo.

Allí abajo el agua era aún más fría. Pitt observó las burbujas de aire que desprendía el regulador de su equipo y, al iluminarlas con la linterna, brillaron como luciérnagas en medio de la noche.

Tras unos instantes de indecisión, apoyó las manos en el extremo del boquete y se impulsó, penetrando en el corazón del camarote de Harvey Shields.

Aunque el traje le mantenía aislado de las gélidas aguas, un escalofrío recorrió su espina dorsal al verse asaltado por los espectros de su imaginación. Tal y como había descrito Collins, vio los esqueletos de tres personas en el camarote, pero a diferencia de los que solían mostrarse en las clases de anatomía, no eran de color blanco, sino que habían adoptado un extraño tono marrón y los huesos estaban grotescamente separados.

Tras echar un vistazo alrededor, advirtió que, junto al más voluminoso de los cráneos, había un montón de objetos cubiertos de lodo. Controlando sus crecientes náuseas, se acercó a ellos y empezó a removerlos con las manos, hasta que le pareció notar el contacto de un material blando. Sin pensarlo dos veces, tiró de él y una nubécula de partículas de polvo y algas se alzó frente a él. Se trataba de un viejo cinturón de seguridad.

Al cabo de unos segundos, tuvo la sensación de estar inmerso en una densa bruma, en la que ni siquiera el haz de luz de su linterna podía penetrar.

Tras habituar sus ojos a la intensa oscuridad, fue extrayendo del lodo los distintos objetos, con la perseverancia de un arqueólogo rescatando los restos del pasado: una vieja navaja de afeitar, un zapato y un pequeño frasco de medicina, cuya tapa seguía sellada y su contenido intacto.

Excitado ante la perspectiva de lograr su objetivo, Pitt no advirtió que, al deslizarse por el agujero de entrada al camarote, se había rasgado el traje térmico y

sufría varias heridas en la espalda y en las piernas. Ajeno a ello, siguió inspeccionando el camarote, hasta que le pareció ver, enterrada en el lodo, la empuñadura de una maleta. Cuando segundos más tarde tiró de ella, comprobó apesadumbrado que sus dedos sólo sostenían un pedazo de metal.

Consciente de que la reserva de oxígeno estaba a punto de agotarse, miró alrededor y sus ojos descubrieron lo que parecía ser otra empuñadura. Nadó con rapidez hacia ella, respiró hondo y la asió con fuerza.

De pronto, se encontró contemplando los restos de un pequeño maletín. Temiendo albergar falsas esperanzas, trató de abrirlo y, al hacerlo, descubrió en su interior un paquete sellado. No necesitaba comprobar su contenido para saber que sostenía entre sus dedos el Tratado Norteamericano.



El doctor Abner McGovern contempló con gesto pensativo el cadáver que yacía sobre la mesa de acero, al tiempo que mordisqueaba un sándwich de huevo duro con salsa picante.

El doctor estaba perplejo. El cuerpo inerte de Jules Guerrier se resistía a cooperar. Había repetido las pruebas varias veces; él y su ayudante habían analizado exhaustivamente los datos del laboratorio forense de la policía de Quebec, pero seguían sin poder determinar la causa exacta de la muerte.

McGovern era un hombre perseverante, incapaz de dejar las cosas a medias; el clásico individuo que pasaba toda la noche en vela para terminar una novela o unir las piezas de un rompecabezas. Aquella noche no iba a ser, pues, la excepción, especialmente porque estaba convencido de que el fin de una vida respondía siempre a una causa concreta.

Aunque el estado físico de Guerrier era lamentable, poseía una constitución robusta y un vehemente deseo por vivir, que jamás le habrían abandonado sin luchar por su vida.

Así pues, la causa de su muerte no podía deberse al repentino cese de sus funciones vitales. Por tanto, sospechaba que había sido provocada.

Todas las pruebas para detectar restos de veneno —incluso los más exóticos— en el organismo de Guerrier habían resultado negativas. Asimismo, no existía ninguna señal de aguja, ni bajo su cuero cabelludo, ni entre las uñas, ni entre los dedos de los pies o en los orificios nasales y auditivos.

La posibilidad de muerte por asfixia era, en su opinión, cada vez más fundada, ya que no dejaba rastro alguno.

Durante los cuarenta años que había trabajado en el Departamento de Patología Forense de la Policía Montada de Canadá, recordaba pocos dictámenes médicos de muerte por asfixia.

Tras enfundarse un par de guantes de látex, se acercó al «fiambre», como él solía llamar a sus «pacientes».

Luego, por tercera vez aquella misma tarde, analizó el interior de su boca. Una vez más, comprobó que no había ninguna herida y que la parte interior de los labios no había palidecido.

Confuso, se encaminó hacia su mesa y se dejó caer en la silla, apoyando las manos en sus rodillas, con la mirada perdida en el pulcro suelo de azulejos. De pronto, advirtió una ligera decoloración en el dedo pulgar de uno de sus guantes. De inmediato, cogió un pedazo de papel y apoyó su dedo en él, presionando con fuerza.

Algo parecido a una mancha grasienta de color rosa se dibujó en el papel.

Sin perder tiempo, se acercó de nuevo al cuerpo de Guerrier y, con sumo cuidado,

frotó sus labios y encías con una toalla, que luego analizó a través del cristal de una lupa.

—Ingenioso... —murmuró en voz alta como si estuviera hablando con el cadáver—. Realmente ingenioso...

Sarveaux se sentía terriblemente exhausto. Su política de no intervención en la independencia de Quebec había provocado una tormenta en el seno de su propio partido y de los leales anglófonos del oeste. Los miembros del Parlamento de las provincias marítimas se habían mostrado indignados ante la fragmentación de la unidad nacional. Sus protestas eran previsibles, pues la constitución de la nueva nación de Quebec les aislaba del resto de Canadá.

El primer ministro canadiense se encontraba en su estudio, tomando una copa para tratar de relajarse, cuando en aquel momento sonó el teléfono. Su secretaria personal le informó de que tenía una llamada urgente del comisario Finn.

Sarveaux suspiró en espera de que su secretaria le pasara la llamada.

—¿Señor Sarveaux...?

—Dígame.

—Fue un asesinato —dijo Finn sin preámbulos.

—¿Hay pruebas convincentes de ello?

—No tenemos la menor duda. Fue un asesinato —insistió Finn.

Sarveaux apretó el auricular del teléfono con cierto nerviosismo y pensó: «Dios mío, ¿cuándo terminará todo esto?» Luego preguntó a Finn:

—¿Cómo fue...?

—El primer ministro Guerrier murió asfixiado. Sin duda el asesino fue muy inteligente. Usó maquillaje de teatro para ocultar su identidad. En cuanto McGrover nos informó de ello, acudimos a la mansión y encontramos restos del mismo maquillaje en la almohada.

—¿Han arrestado a Boucher?

—Él no fue —respondió Finn con seguridad—. Verá, el informe del Servicio de Inteligencia británico que me entregó fue de lo más oportuno. La huella dactilar hallada en el timbre de la puerta coincide con el dedo índice derecho de Foss Gly.

Sarveaux cerró los ojos y trató de ordenar sus pensamientos.

—¿Cómo es posible que Boucher confundiera a Gly con Villon?

—No tengo la menor idea, señor, aunque a juzgar por la fotografía que aparece en el informe, existe un ligero parecido. Sin embargo, los restos de maquillaje hallados en la boca de Guerrier podrían ser la clave de este misterio.

—¿En qué está pensando?

—Bueno, es evidente que Gly se preocupó de confundir a nuestros forenses después de asesinar a Guerrier. Es decir, podríamos estar ante un maestro del disfraz. Ese hombre se disfrazó de Villon y consiguió confundir a Boucher.

—Habla de Gly como si aún estuviera vivo.

—Supongo que es costumbre en mí, hasta que no veo el cadáver —replicó Finn y luego preguntó—: ¿Desea que prosigamos con la investigación?

—Afirmativo, pero me gustaría que este asunto se llevara con suma discreción —dijo Sarveaux—. ¿Podría hacer que sus hombres mantuvieran la boca cerrada?

—Por supuesto, señor —respondió Finn.

—Mantenga a Villon bajo estrecha vigilancia y, en cuanto a Guerrier, devuélvalo a su tumba.

—Así lo haré, señor.

—Por cierto, comisario, de ahora en adelante infórmeme del asunto personalmente. Es posible que hayan intervenido mi teléfono.

—Entendido. Me pondré en contacto con usted lo antes posible. Buenas noches, primer ministro —se despidió Finn.

Después de que Sarveaux colgara el auricular del teléfono, se preguntó en silencio si Villon podía ser el jefe del SLQ y por qué razón Gly se hizo pasar por él.

El reactor de la NUMA aterrizó a escasos metros del lugar donde Sandecker y Moon esperaban. Segundos después de que la compuerta de pasajeros se abriera, Pitt bajó por la escalerilla llevando una voluminosa caja metálica.

Los ojos de Sandecker brillaron de preocupación al ver al hombre demacrado que descendía del avión, un hombre que, por su aspecto, había estado sometido a una gran tensión. Mientras Moon cogía la caja, él se acercó a Pitt y apoyó la mano en su hombro.

—Tienes un aspecto deplorable. ¿Cuándo dormiste por última vez?

—He perdido la cuenta —respondió Pitt—. ¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—En ese caso... no estoy seguro, pero creo que no he pegado ojo desde el lunes por la noche.

—¡Dios mío, hace cuatro días! —exclamó Sandecker.

En aquel momento llegó un automóvil y Moon depositó la caja en el maletero. A continuación, los tres hombres se sentaron en el asiento trasero y Pitt no tardó en quedarse dormido. Cuando el coche se detuvo frente a la puerta principal de la Facultad de Arqueología de Arlington, notó que Sandecker le zarandeaba para despertarle.

Un hombre vestido con una bata de laboratorio, acompañado por dos agentes de seguridad, les recibió.

El tipo, que rozaba los sesenta años de edad, caminaba con sigilo y su rostro recordaba al del doctor Jekyll después de convertirse en mister Hyde.

—Doctor Melvin Galasso —se presentó sin tenderles la mano—. ¿Lo ha traído...?

—Está allí —respondió Pitt, dirigiendo su mirada hacia el maletero del coche, donde Moon había dejado la caja metálica.

—Supongo que no habrá permitido que se seque.

—No se preocupe, a todos los efectos, tanto el maletín como el documento que contiene siguen sumergidos en el agua del St. Lawrence.

—¿Cómo lo encontró?

—Enterrado en el lodo.

Aparentemente satisfecho, Galasso asintió con la cabeza. Luego les hizo un gesto de que le siguieran a su laboratorio.

—Está bien, caballeros, veamos qué hay aquí dentro.

El doctor Galasso no era un hombre especialmente dotado para la diplomacia, aunque en todo momento se mostró respetuoso y cortés. Tardó dos horas en retirar el

hule que cubría herméticamente el maletín, describiendo con detalle cada uno de los pasos que siguió como si estuviera pronunciando una conferencia.

—El lodo ha protegido el maletín durante todos estos años —comentó—. Como pueden observar, el cuero se encuentra en un excelente estado de conservación.

Usando un escalpelo, Galasso practicó con meticulosa habilidad, para no dañar el contenido, una escisión rectangular en un lado del maletín. A continuación, recortó una fina hoja de plástico y la introdujo por la abertura.

—Ha sido muy inteligente por su parte, señor Pitt, no tocar el envoltorio. De haberlo intentado, el documento se hubiera materialmente desintegrado.

—¿El hule no debía protegerlo del agua? —inquirió Moon.

Galasso se detuvo y miró a Moon con acritud, como si se tratara de la pregunta de un mal alumno. Luego respondió:

—El agua es un elemento disolvente. En términos generales, es posible afirmar que, con el paso de los años, incluso es capaz de acabar con el casco de un buque de guerra. En cuanto al hule que tanto le preocupa, señor Moon, he de informarle de que a pesar de ser un material químicamente tratado puede llegar a convertirse en permeable.

Ignorando desde aquel momento a Moon, Galasso prosiguió con su trabajo. Tras introducir del todo la hoja de plástico, tiró suavemente de ella para extraer el documento que contenía el maletín y que, por primera vez desde hacía setenta y cinco años, vería la luz.

Expectantes, los cuatro hombres permanecieron en silencio. Incluso Galasso parecía cautivado por el trascendental momento que estaban a punto de vivir. Nerviosos, Moon no dejaba de frotarse las manos y Sandecker se mesaba la barba, mientras Pitt sorbía su cuarta taza de café.

Sumamente concentrado, Galasso se dispuso a retirar el envoltorio que protegía el documento. Lo primero que hizo fue secar cuidadosamente la superficie con un papel absorbente y a continuación lo examinó desde todos los ángulos. Finalmente, con la precisión de un cirujano, fue retirando las débiles capas de hule, hasta que al llegar a la última pontificó:

—Ha llegado el momento de la verdad.

De inmediato, Moon descolgó el auricular del teléfono del laboratorio y marcó el número privado del presidente. Sandecker se acercó aún más a la mesa y miró por encima del hombro de Galasso. Pitt, sin alterar la habitual expresión escéptica de su rostro, contemplaba la escena.

Cuando Galasso retiró la última capa del plástico, todas las esperanzas se desvanecieron. Las crueles aguas del St. Lawrence habían penetrado a través del material impermeable, convirtiendo la copia británica del Tratado Norteamericano en una masa pastosa de papel mojado.

**QUINTA PARTE:**  
***EL MANHATTAN LIMITED***

Mayo, 1989 - Quebec, Canadá.

El ensordecedor bramido de los motores decreció poco después de que el Boeing 757 despegara de una de las pistas del aeropuerto de Quebec. Cuando la señal luminosa de prohibido fumar se apagó, Heidi se desabrochó el cinturón de seguridad, estiró su pierna escayolada y miró a través de la ventanilla. Bajo sus pies, el río St. Lawrence fue quedando atrás mientras el avión viraba en dirección a Nueva York.

Con la mirada perdida, Heidi pasó revista mentalmente a los hechos ocurridos, estremeciéndose al recordar el caos incontenible y el dolor que siguieron a la explosión ocurrida bajo el *Ocean Venturer*. Tampoco podía olvidar las atenciones que el equipo médico y los marineros del *Phoenix* le prestaron, así como las amables sonrisas de los doctores y las enfermeras del hospital de Rimouski, donde le trataron su hombro dislocado, cada vez que intentaba hablar en francés. Todos ellos se habían convertido en figuras lejanas de un difuso sueño y, por un momento, Heidi se entristeció al pensar que nunca los volvería a ver.

Inmersa en sus pensamientos, no advirtió la presencia de un hombre que se sentó junto a ella hasta que éste la saludó.

—Hola, Heidi.

Heidi ladeó la cabeza y se quedó sin habla al ver el rostro de Brian Shaw.

—Sé lo que debes de estar pensando —murmuró él—, pero tengo que hablar contigo.

La sorpresa inicial de Heidi dejó paso a un evidente desdén.

—¿De dónde diablos has salido? —le preguntó con acritud.

—He de admitir que llevé a cabo una fría y calculada seducción. Lo único que puedo decir es que lo siento.

—Supongo que estabas haciendo tu trabajo —dijo ella con sorna—. Jamás hubiera esperado que fueras capaz de seducir a una mujer para obtener información y luego utilizarla para asesinar a una docena de hombres inocentes. Por lo que a mí respecta, señor Shaw, está acabado...

Shaw permaneció en silencio por unos segundos y pensó que las mujeres americanas tenían una forma totalmente distinta de expresar sus sentimientos que las inglesas.

—Fue una tragedia lamentable y carente de sentido —se excusó—. Quiero que, tanto tú como Dirk Pitt, sepáis que no fui responsable de lo ocurrido.

—Ya me has mentado una vez. ¿Por qué esperas que ahora te crea?

—Es posible que no me creas, pero Pitt sí lo hará cuando le comuniques de mi parte que fue Foss Gly quien colocó los explosivos en el *Empress of Ireland*.

—¿Foss Gly...?

—Pitt sabe de quién se trata.

Heidi le miró con escepticismo y comentó:

—Si estás tan interesado en denunciar a ese hombre, podrías haber hablado con Pitt personalmente. Dime, Shaw, ¿qué pretendes? ¿Sonsacarme más información?

¿Averiguar quizá si hemos recuperado la copia del tratado del *Empress of Ireland*?

—Eso es absurdo. Sé perfectamente que no habéis encontrado el maldito tratado..

—Estás dando palos de ciego.

—No conseguirás engañarme. Sé que Pitt estuvo en Washington y luego en Nueva York, y también que la operación en el río Hudson sigue adelante, lo que constituye una prueba más que suficiente de que no tenéis el tratado.

—Todavía no me has dicho qué quieres —insistió Heidi.

Shaw miró fijamente a Heidi en los ojos y respondió con tono autoritario:

—Tengo un mensaje de mi primer ministro para tu presidente que te encargarás personalmente de comunicarle.

Perpleja y enojada, Heidi exclamó:

—¡Te has vuelto loco!

—En absoluto. Para tu información, el gobierno de su majestad está al corriente de todos vuestros movimientos, pero considera que aún es demasiado pronto para desencadenar una confrontación directa. Dado que la situación es demasiado delicada para que nuestras naciones se comuniquen a través de los canales diplomáticos ordinarios, toda precaución es poca. Así pues, debemos buscar otras alternativas. Sé que no es una práctica muy común, pero de hecho, es la que suelen emplear los rusos.

—Pero yo... no tengo acceso directo al presidente —objetó Heidi.

—Es cierto, por eso deberás hablar primero con Alan Mercier, que se encargará de informar al presidente.

—¿Te refieres a su asesor de Seguridad Nacional?

Shaw asintió con la cabeza y contestó:

—El mismo.

—¿Cuál es ese mensaje?

—Lo único que tienes que decirle es que Inglaterra jamás permitirá que una de sus naciones de la Commonwealth deje de serlo por un pedazo de papel y que, si persiste en su empeño, desplegaremos una fuerte defensa militar contra cualquier incursión procedente de las naciones limítrofes.

—¿Estás sugiriendo un posible enfrentamiento entre América y...?

—Por supuesto, vosotros venceríais —le interrumpió Shaw—. Sin embargo, eso sería el fin de la OTAN. El primer ministro británico espera que vuestro país no cometa el error de pagar un precio tan excesivo para conseguir Canadá.



—¿Conseguir Canadá...? —repitió Heidi—. Eso es ridículo.

—¿De veras...? En ese caso, ¿por qué crees que todos tienen tanto interés por conseguir la copia del tratado?

—Debe de haber otras razones.

—Tal vez... —Tras dudar un instante, Shaw tomó la mano de Heidi y agregó—: Sin embargo, me niego a creerlo.

—Así pues, el tren está enterrado bajo los restos del viejo puente —dijo Pitt.

—Eso parece —confirmó Glen Chase, asintiendo con la cabeza—. Todo apunta hacia esa dirección.

—Es el único lugar donde puede estar —intervino Giordino.

Pitt se apoyó en la barandilla de estribor de la barcaza de salvamento y contempló los pasos previos a la operación de rescate del *Manhattan Limited*.

—A este paso —comentó Pitt, señalando hacia la grúa—, tardaremos varias semanas antes de alcanzar el lecho del río.

—No podemos excavar hasta retirar todos los escombros —aclaró Giordino.

Pitt se volvió hacia Chase y le preguntó:

—¿Alguno de tus hombres ha extraído algún fragmento de los pilares del puente? Si es así, me gustaría que fuera analizado por un laboratorio químico.

—¿Qué esperas descubrir? —inquirió Chase, sin responder a la pregunta de Pitt.

—Quizá el verdadero motivo por el que el puente se desplomó —respondió Pitt.

En aquel momento, uno de los trabajadores, que protegía su cabeza con un casco, llamó la atención de Pitt a través de un megáfono para que su voz pudiera oírse por encima del ensordecedor ruido de la grúa hidráulica:

—¡Señor Pitt, tiene una llamada telefónica!

Pitt se excusó y se dirigió a la sala de mando de la barcaza, donde contestó al teléfono.

—¿Alguna novedad? —preguntó Moon, al otro lado de la línea.

—Ninguna —respondió Pitt, escuetamente.

Tras una breve pausa, Moon dijo:

—El presidente debe tener en su poder la copia del tratado el próximo lunes.

Atónito, Pitt exclamó:

—¡Sólo quedan cinco días!

—Si el lunes por la tarde se presenta en Washington con las manos vacías, todas las operaciones de búsqueda serán canceladas.

—¡Maldita sea, Moon, el proyecto es demasiado complejo! ¡Lo que pide es sencillamente imposible!

—Lo siento, pero no hay otra alternativa.

—¿Por qué tienen tanta prisa?

—Sólo puedo decirle que la situación es crítica.

Enojado, Pitt apretó el auricular y guardó silencio.

—¿Sigue ahí, señor Pitt...?

—Sí, aquí estoy. ¿Adónde diablos quiere que vaya?

—El presidente está ansioso por conocer los progresos de la operación.

—¿De qué progresos está hablando?

—Usted debe de saberlo mejor que yo... —dijo Moon, tanteando el terreno.

—Todo sigue igual. Hasta que no demos con el tren y el vagón en que Essex viajaba, no habrá novedad alguna.

—¿Podría aventurar una estimación al respecto?

—Hay un viejo refrán entre los arqueólogos —dijo Pitt—: no se puede encontrar algo si no deseas encontrarlo.

—Estoy seguro de que el presidente preferiría un informe algo más optimista y preciso. ¿Qué debería contestar si me pregunta acerca de las posibilidades de disponer del tratado el próximo lunes?

—Dígale —respondió Pitt, sarcásticamente— que confíe en el poder de la oración.

Pitt llegó a medianoche a los laboratorios analíticos de la Fundación Heiser en Brooklyn. Tras estacionar la furgoneta de la NUMA en el aparcamiento, el doctor Walter McComb, jefe químico, y dos de sus ayudantes se acercaron a él a recibirle.

—Agradezco su presencia a estas horas, caballeros —se disculpó Pitt.

McComb, quince años mayor que Pitt, le ayudó a descargar de la furgoneta los pesados fragmentos del puente. Luego comentó:

—Es la primera vez que la Casa Blanca requiere mis servicios. ¿Cómo podía negarme?

Los cuatro hombres transportaron los fragmentos de acero a un pequeño almacén de la fundación, donde la gente del laboratorio seccionaba y clasificaba las muestras con sierras eléctricas, enviándolas más tarde a los laboratorios de análisis específicos.

Eran las cuatro de la madrugada cuando McComb, tras consultar con sus ayudantes, se acercó a Pitt, que aguardaba en la cantina de los empleados.

—Creo que tenemos algo muy interesante para usted —dijo, esbozando una sonrisa de satisfacción.

—¿Realmente interesante?

—Hemos resuelto el misterio del puente Deauville-Hudson.

McComb indicó a Pitt con un gesto que le siguiera a un laboratorio provisto de un sofisticado equipamiento químico. Una vez allí, le entregó una lupa y señaló dos objetos que había encima de una mesa.

—Compruébelo usted mismo.

Pitt acercó la lente a uno de los objetos y luego preguntó:

—¿Qué se supone que debo ver?

—Verá, señor Pitt, todo metal que soporta un peso excesivo termina por agrietarse. Esto es obvio en la muestra de la izquierda.

Pitt la analizó con detenimiento y convino:

—Es cierto.

—Sin embargo, si examina la muestra de la derecha, procedente del puente Deauville-Hudson, verá que la deformación de su superficie es excesiva para haber sido provocada por causas naturales. Hemos sometido la muestra al examen del escáner microscópico de neutrones y el resultado revela la presencia de residuos de sulfuro de hierro.

—¿Y eso qué demonios significa?

—Muy sencillo, señor Pitt, que el puente Deauvill-Hudson fue dinamitado.

—¡Un asunto espeluznante! —exclamó Preston Beatty con un brillo macabro en sus ojos—. Una cosa es matar y descuartizar a un ser humano y otra muy distinta servirlo como segundo plato para la cena.

—¿Le apetece otra cerveza? —preguntó Pitt.

—Por supuesto —aceptó Beatty, apurando de un trago su vaso—. Siempre he creído que Hattie y Nathan Pilcher eran fascinantes. Podría decirse que hallaron la solución perfecta para deshacerse del cuerpo del delito.

—Beatty echó un vistazo al bar, repleto de gente, y comentó—: La taberna en que nos encontramos se alza sobre los restos de la famosa posada de los Pilcher. Los habitantes de Poughkeepsie la quemaron en mil ochocientos veintitrés, cuando se enteraron de los repulsivos hechos que habían tenido lugar entre sus cuatro paredes.

Pitt hizo un gesto al camarero de que le sirviera un par de cervezas y luego dijo:

—¿Insinúa que los Pilcher asesinaban a sus huéspedes durante la noche para robarles su dinero y luego los servían en el menú?

—Así es —respondió Beatty, que parecía complacido con el tema de la conversación—. Aunque salvo algunos huesos, los cuerpos de sus víctimas jamás fueron hallados, se dice que llegaron a cocinar entre diecisiete y veinte viajeros inocentes durante los seis años que estuvieron al frente de su negocio.

El profesor Beatty era considerado una autoridad en crímenes no resueltos. Sus libros tenían mucho éxito en Canadá y Estados Unidos, e incluso en cierta ocasión estuvo incluido en la lista de los más vendidos. Tras apoyar su espalda en el respaldo de la silla, miró a Pitt y se mesó la barba. A juzgar por las abundantes canas que plateaban su cabello, Pitt supuso que debía de tener unos cincuenta años de edad y pensó que su aspecto respondía más al de un pirata que al de un reputado escritor.

—Lo más increíble de este caso —prosiguió Beatty— es cómo fueron descubiertos los asesinos.

—Deje que lo adivine... Un crítico gastronómico de la época desprestigió sus platos —ironizó Pitt.

—Aunque no lo crea, casi ha dado en el clavo —comentó Beatty, echándose a reír—. Verá, una noche se presentó en la posada un capitán de barco retirado. Iba acompañado por un sirviente indígena que había subido a bordo de su barco en uno de sus viajes a las islas Salomón. Lamentablemente para los Pilcher, el melanesio había practicado el canibalismo y su refinado paladar identificó de inmediato que la carne servida en el menú era humana.

—¿Qué les ocurrió a los Pilcher? ¿Fueron ejecutados?—preguntó Pitt.

—No —respondió Beatty—. Mientras esperaban a ser juzgados, escaparon y no se supo nada más de ellos.

En aquel momento el camarero les sirvió las cervezas y el profesor se interrumpió para beber un sorbo.

Luego siguió hablando:

—He investigado los informes de viejos crímenes aquí y en Canadá, tratando de conectar su *modus operandi* con otros asesinatos sin resolver, que han pasado al olvido junto con los de Jack *el Destripador*.

—¿Qué puede decirme acerca de Clement Massey?

—preguntó Pitt, tratando de conducir la conversación hacia el punto que le interesaba.

—¡Ah, sí, Clement Massey, alias Dapper Doyle! —exclamó Beatty, entusiasmado como si hablara de un buen amigo—. Un ladrón de guante blanco en su tiempo. Podría haber impartido clases al mejor de los ladrones.

—¿Era tan bueno como dicen?

—Además de tener un estilo propio, era increíblemente inteligente. Planeaba todos sus golpes de tal forma que la policía jamás le relacionaba con ellos. Por lo que he podido descubrir, cometió al menos seis robos de banco y asaltó tres trenes, aunque, como ya le he dicho, fueron atribuidos a otras personas.

—¿Cuáles eran sus antecedentes?

—Procedente de una acomodada familia de Boston, se graduó *cum laude* en Harvard y se estableció, ejerciendo de abogado, en Providence. Contrajo matrimonio con una dama de la alta sociedad. Tuvieron cuatro hijos. Fue elegido dos veces senador por Massachusetts.

—¿Y por qué se dedicaba a robar bancos? —inquirió Pitt con incredulidad.

—Por mero deporte —respondió Beatty—, aunque, y sé que le sorprenderá, donaba sus botines a distintas asociaciones benéficas.

—¿Cómo es posible que su nombre jamás apareciera mencionado en los periódicos o las revistas de la época?

—Porque desapareció poco antes de que se le atribuyeran algunas de sus múltiples fechorías. Al parecer, un periodista descubrió que la verdadera identidad de Dapper Doyle era Clement Massey. Naturalmente cuando sus influyentes amigos y colegas tuvieron conocimiento del escándalo, lo encubrieron. Así pues, la policía jamás contó con pruebas concluyentes para llevarle a juicio.

—Resulta difícil creer que nadie le reconociera durante alguno de sus golpes.

—Casi nunca actuaba solo —comentó el profesor con orgullo—. Como un general dirigiendo una batalla tras las líneas enemigas, Massey se limitaba a organizar los robos, pero no a ejecutarlos. Todos sus trabajos tenían lugar fuera del estado, e incluso los hombres de su banda desconocían la identidad de su cabecilla. No obstante, fue reconocido en una ocasión en que participó activamente en el golpe, pero el comisario encargado del caso desestimó la declaración de los testigos.

Después de todo, ¿quién hubiera creído que un respetado senador era un forajido?

—Parece extraño que, siendo tan previsor, Massey no fuera enmascarado.

—Una cuestión psicológica. Quizá sintió la necesidad de experimentar la sensación de tentar a la suerte.

Llevar una doble vida puede constituir un verdadero reto para un hombre y, dado que él la llevaba, es lógico pensar que en algún momento deseara que los demás lo supieran.

—Lo que no logro entender es por qué motivo organizó el robo de la estación de Wacketshire. ¿Por qué arriesgarlo todo por un botín de dieciocho miserables dólares?

—Le aseguro que he pasado más de una noche en vela tratando de resolver este enigma —dijo Beatty—. Salvo en este caso, Massey nunca planeó un trabajo que le reportara menos de veinticinco de los grandes.

—Según tengo entendido, se esfumó después de ese golpe.

—Yo hubiera hecho lo mismo, de haber causado la muerte de cien personas. —Beatty bebió un trago de cerveza y agregó—: Al ignorar las súplicas del jefe de estación para detener el tren y permitir que decenas de mujeres y niños murieran ahogados en las aguas del río Hudson, en lugar de ser recordado como una especie de Robin Hood, ha pasado a los anales del crimen como un asesino de masas.

—¿Cómo explica que un hombre tan inteligente cometiera semejante error?

—En realidad, lo que Massey había planeado era robar el tren —respondió Beatty con total convencimiento—. Sin embargo, esta vez algo salió mal. Como sabrá, aquella noche hubo una gran tormenta y el tren iba con retraso.

Tal vez, el propio Massey se retrasó. Nunca lo sabremos, el caso es que sus planes no salieron como lo había previsto.

—¿Qué había en el tren que despertara tanto interés en Massey?

—Dos millones en monedas de oro.

Sorprendido, Pitt abrió los ojos desorbitadamente y exclamó:

—¡Es increíble! ¡Jamás he hallado mención alguna de que el *Manhattan* transportara un cargamento de oro!

—La Casa de la Moneda de Filadelfia acuñó en mil novecientos catorce piezas de oro de veinte dólares para los bancos de Nueva York. Creo que nuestro amigo Massey, dada su posición, tuvo conocimiento de ello.

Los funcionarios de los ferrocarriles creyeron ser muy inteligentes al añadir un vagón al *Manhattan Limited* en Albany en lugar de cargar el oro en Filadelfia. Como es de suponer, no hay prueba alguna que lo demuestre. La pérdida del oro, en caso de que realmente se extraviara, jamás fue registrada por la compañía. Los peces gordos del banco probablemente creyeron que era mejor ocultar el hecho para conservar su reputación.

—Muy interesante —dijo Pitt y bebió un sorbo de cerveza.

—En efecto —asintió Beatty—. De todos los crímenes que he estudiado, el robo de Massey en la estación de Wacketshire es el más intrigante.

—Tal vez cuando escuche lo que tengo que decirle, algunas de sus dudas se disipen.

—¡Suéltelo! —exclamó Beatty, impaciente.

—Esta madrugada un laboratorio químico ha descubierto restos de sulfuro de hierro en unas muestras tomadas del puente Deauville-Hudson.

Al escuchar las palabras de Pitt, Beatty se atragantó y dijo:

—¡El sulfuro de hierro es un componente habitual de los explosivos!

—Así es —convino Pitt—. Todo parece indicar, pues, que Massey voló el puente.

Beatty se quedó perplejo ante aquella revelación e inquirió:

—Pero ¿por qué lo haría?

—Encontraremos las respuestas cuando hallemos el *Manhattan Limited*.

Mientras Pitt conducía de regreso al *De Soto*, su mente no dejaba de barajar una idea que hasta el momento le había parecido disparatada, pero que tras hablar con el profesor Beatty, había cobrado sentido repentinamente.

Al pasar junto a una gasolinera, se detuvo, bajó del coche y se dirigió a una cabina telefónica para llamar a Washington. Al cabo de unos segundos de espera, una voz masculina le respondió:

—Al habla Sandecker.

Pitt ni siquiera se molestó en identificarse y dijo:

—Necesito que me hagas un favor.

—Dispara.

—Quiero que me consigas un helicóptero de transporte.

—¿Te has vuelto loco?

Por el tono de voz de Sandecker, Pitt imaginó la expresión perpleja de su rostro.

—Necesito un helicóptero de transporte mañana al mediodía —insistió Pitt.

—¿Para qué diablos lo quieres?

Pitt respiró hondo y puso al corriente de sus planes a su superior.



Villon viró hacia la izquierda y el aparato se internó en una formación de nubes.

A través de la ventana del copiloto, Danielle contemplaba la frondosa moqueta de pinos verdes, que se extendía majestuosa a cientos de metros bajo sus pies.

—Es todo tan hermoso... —susurró.

—En un avión comercial no es posible disfrutar de esta magnífica panorámica —comentó Villon—. Vuelan a demasiada altura...

Danielle iba vestida totalmente de azul, con un jersey de algodón y una falda punto. Como siempre, su elegancia acentuaba su innata feminidad.

—Tu nuevo avión es sensacional.

—Una demostración de afecto de mis partidarios políticos más influyentes. No está a mi nombre, por supuesto, pero nadie, salvo yo, vuela en él.

Villon y Danielle permanecieron sentados en silencio durante unos minutos, mientras él mantenía el rumbo en dirección al corazón del parque de Laurentides.

De pronto, apareció ante sus ojos la visión de varios lagos azules que, como pequeños diamantes, parecían engarzados en una enorme esmeralda. A la altura en que se encontraban, se distinguía con claridad la silueta de algunos botes de pescadores.

—Me siento muy feliz de que me hayas invitado —dijo Danielle—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Sólo un par de semanas —puntualizó sin mirarla—.

He estado muy ocupado con la campaña.

—Pensé que... quizá no querías volver a verme nunca más.

—¿Qué te hizo albergar semejante idea?

—La última vez que estuvimos en la cabaña...

—¿Qué ocurrió? —preguntó él con aparente inocencia.

—Bueno, la verdad es que te comportaste de una manera extraña.

Villon ladeó la cabeza ligeramente tratando de recordar. Tras lanzar un suspiro, susurró, disculpándose:

—Lo siento, supongo que debía de estar preocupado.

Villon conectó el piloto automático y luego sonrió.

—Acompáñame. Ha llegado el momento de que solvente mi error...

Tomándola de la mano, la condujo al interior de la cabina de pasajeros, decorada con un amplio sofá, una alfombra, un mueble bar y una mesa. A continuación abrió una puerta, que conducía a un compartimiento privado donde había una cama.

—Un perfecto nido de amor —dijo él—. Íntimo, seductor y al margen del mundo.

Los rayos del sol se filtraban a través de las ventanillas iluminando las blancas sábanas de la cama. Danielle se incorporó mientras Villon le servía una copa.

—¿No existe ninguna ley que prohíba estas cosas?

—¿Te refieres a hacer el amor a mil quinientos metros de altura?

—No —repuso Danielle, acercando el vaso a sus labios—. Me refiero a permitir que un aeroplano vuele en círculos durante dos horas con el piloto automático.

—¿Bromeas...?

Danielle se tumbó en la cama con gesto seductor y dijo, gesticulando teatralmente:

—Puedo imaginar los titulares: «El nuevo presidente de Quebec descubierto mientras volaba a bordo de un burdel.»

—Todavía no soy el presidente —se lamentó Villon, lanzando una sonora carcajada.

—Lo serás después de las próximas elecciones.

—Aún faltan seis meses. Hasta entonces puede ocurrir cualquier cosa.

—Las encuestas confirman que eres el principal candidato.

—¿Qué opina Charles de ello?

—Nunca te menciona.

Villon se sentó en la cama y acarició con la yema de sus dedos el estómago desnudo de su amante.

—Ahora que el Parlamento ha decidido castigarle con un voto de censura, su poder se ha debilitado. ¿Por qué no le abandonas? Las cosas serían más fáciles para nosotros.

—Será mejor que de momento siga con él. Todavía tengo bastante que aprender acerca de la importancia de la independencia de Quebec.

—Por cierto, puesto que lo mencionas, hay algo que me gustaría preguntarte.

—¿De qué se trata?

—El presidente de Estados Unidos pronunciará un discurso en el Parlamento la próxima semana. Quisiera saber cuáles son sus intenciones. ¿Sabes algo acerca de ello? —inquirió Villon.

—No hay nada de que preocuparse. Precisamente ayer Charles me habló del asunto. Dijo que el presidente va a proponer una petición a nuestro Parlamento para que la transición de la independencia de Quebec se lleve a cabo pacíficamente.

—Lo sabía... —dijo Villon, sonriendo maliciosamente—, Odio a los americanos y sus consejos paternalistas.

De pronto, Danielle pareció inquietarse.

—Espero que hayas llenado el depósito antes de despegar de Ottawa —susurró.

—No te preocupes, tenemos combustible suficiente para otras cuatro horas de vuelo —la tranquilizó Villon e, inclinándose hacia ella, la besó apasionadamente.

—¿Estás seguro de que no se trata de un error?

—En absoluto, señor —respondió el comisario Finn, al otro lado del hilo

telefónico—. Mis hombres les vieron subir a bordo del avión del señor Villon. Desde que despegaron de Ottawa, les hemos controlado por radar.

Están sobrevolando en círculos sobre el parque Laurentides desde la una de la tarde.

—¿Le confirmaron que se trataba de Henri Villon?

—Totalmente, señor, no hay la menor duda.

—Gracias, comisario.

—No hay de qué, primer ministro. Seguiré informándole.

Sarveaux colgó el auricular del teléfono y apoyó su espalda en el respaldo de la silla con gesto pensativo.

Luego pulsó el botón del interfono y ordenó a su secretaria:

—Hágale pasar.

La expresión del rostro de Sarveaux parecía tensa.

Aunque era consciente de que sus sentidos le engañaban, su mente se esforzaba por negar la evidencia.

—Gracias por recibirme, Charles.

La fría expresión de aquel rostro y su tosca voz le resultaban familiares. El hombre que estaba de pie frente a él aparentemente era Henri Villon.

—Creí que... estabas... muy ocupado con tu campaña en Quebec —dijo Sarveaux, sin salir de su asombro.

—Me he tomado unas horas de descanso para venir a Ottawa, con la esperanza de que tú y yo firmemos una tregua.

—La distancia entre nuestros intereses y puntos de vista es demasiado amplia —repuso Sarveaux, manteniendo la compostura.

—Canadá y Quebec deben aprender a convivir sin fricciones. Los primeros en dar ejemplo deberíamos ser tú y yo.

—Ardo en deseos de escuchar tus argumentos. —En el tono de voz de Sarveaux se apreciaba un sutil reproche—. Siéntate, Henri, y explícame con detalle cuáles son tus planes.

Perplejo, Alan Mercier terminó de leer el contenido de un informe de alto secreto. Tras releer las páginas varias veces, se resistía a creerlo. La expresión horrorizada de su mirada era la de un hombre que sostenía entre sus manos una bomba de relojería.

Sentado frente a él, el presidente aguardaba paciente a que Mercier se pronunciase. En el salón reinaba un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el leve crujido de los troncos de madera que ardían en la chimenea.

Sobre la mesa que separaba a ambos hombres había dos bandejas de comida. Absorto en el informe que sostenía entre sus manos, Mercier parecía haber perdido el apetito, aunque el presidente devoró su cena con avidez.

Finalmente Mercier dejó el dossier sobre la mesa, se quitó las gafas con gesto solemne y, mirando al presidente, se decidió a hablar.

—No puedo creer que semejante complot sea cierto.

—Lo es, Alan.

—Conceptualmente es extraordinario —dijo Mercier y, tras suspirar, añadió—: Debemos analizarlo detenidamente.

—No esperaba menos de ti —replicó el presidente.

—¿Cómo es posible que haya permanecido en secreto durante todos estos años?

—Bueno, en realidad, recuerda que sólo dos personas tenían conocimiento de ello.

—Una de ellas era Douglas Oates, ¿verdad?

—Así es —convino el presidente, asintiendo con la cabeza— En cuanto dispuse del poder suficiente para poner en marcha el engranaje, el primer paso fue hacer que el Departamento de Estado interviniera en el asunto...

—Dejando al margen la Oficina de Seguridad Nacional —le interrumpió Mercier con acritud.

—No es nada personal, Alan. Tenía que cumplir metódicamente con mi plan, es decir, involucrar al resto de ministerios a su debido tiempo.

—Así pues, me ha llegado el turno —ironizó Mercier.

—Quiero que tú y tu equipo os encarguéis de influenciar a los canadienses partidarios de mi opinión.

Mercier sacó un pañuelo blanco de su bolsillo y se secó las gotas de sudor que perlaban su frente.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¿qué ocurrirá si este asunto fracasa y se hace pública la nefasta situación económica en que se encuentra nuestra nación...?

—Eso no ocurrirá, te lo aseguro —repuso el presidente con total convencimiento.

—Me temo que su plan es demasiado ambicioso, señor.

—Cierto —asintió el presidente—, pero piensa en las oportunidades de que

dispondremos si los canadienses aceptan mi propuesta.

—Después de pronunciar su discurso en el Parlamento canadiense el próximo lunes, dispondremos de los primeros indicios.

—Lo sé. El próximo lunes todo el mundo conocerá la verdad del asunto.

—Tengo que admitir, señor presidente, que ha obrado con suma inteligencia. Cuando rechazó intervenir en la independencia de Quebec, pensé que estaba cometiendo un grave error, pero estoy empezando a comprender lo que se proponía.

—Tan sólo hemos abierto una puerta —dijo el presidente.

—¿No teme haber depositado excesivas esperanzas en la recuperación del Tratado Norteamericano?

—Es muy posible que estés en lo cierto, Alan —convino el presidente, dirigiendo su mirada hacia la ventana—. No obstante, si desde este momento hasta el próximo lunes se produce un milagro en el río Hudson, quizá tengamos el privilegio de diseñar una nueva bandera.

La tripulación del *De Soto* salió a cubierta al escuchar el ruido de los rotores del helicóptero de transporte, que sobrevolaba en aquel momento el río Hudson.

La sorpresa de los hombres fue mayor cuando advirtieron que la colosal aeronave transportaba, suspendido de un cable de acero, un extraño artilugio. Salvo Pitt y Giordino, aquélla era la primera vez que cualquier miembro de la NUMA presente en el *De Soto* contemplaba el *Doodlebug*.

Pitt dirigió la operación de descenso por radio, ordenando al piloto del helicóptero que depositara su carga junto al *De Soto*. Cuando el *Doodlebug* fue descargado en el agua, un equipo de submarinistas se encargó de desenganchar los cables que lo unían al helicóptero que, segundos más tarde, se alejó de la zona.

Todos se preguntaron cuál sería la utilidad de aquel singular artilugio. En aquel instante, ante la perplejidad de los hombres, se abrió una escotilla situada en la parte superior del sumergible. A continuación, un hombre sacó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde diablos está Pitt?

—Estoy aquí —respondió el propio Pitt.

—Nunca lo adivinarías...

—No me lo digas, has encontrado otra botella de jarabe bajo el colchón de tu litera.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Sam Quayle, lanzando una sonora carcajada.

—¿Ha venido Lasky contigo?

—Sí, está aquí abajo; reactivando los controles de lastre para operar en aguas poco profundas.

—Habéis corrido un gran riesgo viajando a bordo de vuestro submarino desde Boston.

—Tal vez, pero así hemos ganado tiempo ya que, durante la travesía, hemos conectado los sistemas electrónicos.

—¿Cuándo estaréis preparados para la inmersión?

—Necesitaremos una hora.

Chase se acercó a Giordino y le preguntó con escepticismo:

—¿Se puede saber qué diablos es ese cacharro?

—Si tuvieras una idea de lo que cuesta —respondió Giordino con una imperturbable sonrisa—, no lo llamarías cacharro.

Tres horas más tarde, el *Doodlebug* se sumergió lentamente hasta el lecho del río. En su interior, la tensión de sus tripulantes era enorme, pues el casco del sumergible corría el peligro de colisionar con los restos hundidos del puente Deauville-Hudson.

Pitt tenía la mirada fija en los monitores de vídeo, mientras Bill Lasky

maniobraba el submarino contra corriente. A sus espaldas, Quayle controlaba el lector de detección en el panel de sistemas.

—¿Algún contacto? —preguntó Pitt por cuarta vez.

—Negativo —respondió Quayle—. He aumentado la intensidad del rayo láser para que cubra veinticinco metros a una profundidad de cien metros por debajo de la capa geológica, pero el lector sólo recoge la presencia de formaciones rocosas.

—Seguiremos intentándolo río arriba —dijo Pitt y, dirigiéndose a Lasky, ordenó —: rastreemos la zona una vez más.

El *Doodlebug* se abrió paso a través de los restos del puente. Pitt era consciente de que si colisionaban, sería responsable de la pérdida de una nave valorada en seiscientos millones de dólares.

Por su parte, Quayle, contrariado por la ausencia de datos significativos en el lector, parecía ajeno al peligro que corrían.

—Esta tostadora debe de estar averiada —farfulló—, A estas alturas, ya deberíamos haber dado con el objetivo.

—¿Puedes localizar el problema? —inquirió Pitt.

—¡No, maldita sea! —respondió Quayle, enojado—.

Todos los sistemas funcionan con normalidad. Tal vez me equivoqué en los cálculos cuando reprogramé los ordenadores de a bordo.

Las expectativas de localizar la posición del *Manhattan Limited* empezaron a desvanecerse. La frustración de los tres hombres empeoró a medida que las horas transcurrían. De pronto, mientras realizaban un último intento, la corriente del río empujó al *Doodlebug*, cuya quilla quedó encallada en un banco de lodo.

Lasky luchó durante casi una hora hasta conseguir recuperar el control del sumergible.

Cuando Pitt se disponía a proporcionar al tripulante las nuevas coordenadas, la voz de Giordino resonó a través del altavoz.

—De Soto a *Doodlebug*, ¿me reciben?

—Aquí Pitt, cambio.

—Chicos, estáis muy callados ahí abajo.

—No hay nada de que informar —dijo Pitt.

—Será mejor que, por el momento, os olvidéis del asunto. Se acerca una fuerte tormenta. Chase insiste en garantizar la seguridad de nuestro juguete electrónico antes de que la corriente se lo lleve.

Pitt se mostró contrariado por tener que interrumpir la operación de búsqueda, pero en aquellas circunstancias no tenía sentido seguir adelante. Además, el tiempo se les echaba encima y sabía que, aunque encontraran el tren, era casi imposible que el equipo de salvamento del *De Soto* pudiera llevar a cabo la excavación que les conduciría hasta el tratado antes del lunes.

—Está bien —dijo Pitt—. Preparaos para recibirnos.

Vamos a subir.

De pie en el puente, Giordino hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al contemplar las oscuras nubes que había en el cielo.

—Este proyecto ha estado maldito desde el primer momento —murmuró—. Por si no teníamos suficientes problemas, ahora llega esta tormenta.

—Alguien nos está perjudicando ahí arriba —dijo Chase, señalando hacia el cielo.

—¿Le echas la culpa a Dios, pagano?

—Por supuesto que no —respondió Chase con rotundidad—, me refiero al fantasma.

—¿Al fantasma...?

—Así es. Nadie a bordo quiere admitir que lo ha visto, pero es cierto.

—Habla por ti mismo —dijo Giordino, sonriendo—.

Yo sólo lo he oído...

—Su luz era más brillante que la del propio infierno cuando apareció la otra noche. No puedo creer que no lo vieras.

—Un momento —intervino Pitt—. No estarás hablando del tren fantasma, ¿verdad?

Giordino le miró fijamente y exclamó:

—¿Tú también...? ¡Dios mío, todo el mundo se ha vuelto loco en esta nave!

—Todos conocen la existencia del tren fantasma —respondió Pitt con aparente seriedad—. Se dice que el espectro del tren todavía trata de cruzar el puente Deauville-Hudson.

—Supongo que no creerás en semejante tontería —comentó Chase.

—Por supuesto que no, pero he de admitir que ese fantasma estuvo a punto de arrollarme.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses, cuando vine aquí para inspeccionar la zona.

Giordino meneó la cabeza e ironizó:

—En fin, al parecer no iremos solos al manicomio.

—¿Cuántas veces habéis visto al supuesto tren fantasma? —preguntó Pitt.

—Dos... es decir, tres veces —respondió Chase, mirando a Giordino para que éste lo confirmara.

—¿Decís que algunas noches sólo se oyen ruidos?

—Las dos primeras veces escuchamos el silbato de una locomotora —explicó Chase—. Sin embargo, la tercera vez, además de escuchar el silbato, nos cegó el intenso resplandor de una luz.

—Sí, yo también lo vi —dijo Pitt—. ¿Cuáles eran las condiciones meteorológicas



de aquella noche?

Al cabo de unos segundos, Chase respondió:

—Recuerdo que el cielo estaba despejado, aunque era una noche muy oscura.

—¡Eso es! —añadió Giordino—. Cuando brilla la luna, sólo se escucha el sonido.

—Quizá hayamos dado con la clave —dijo Pitt—. Tampoco había luna cuando yo tuve mi visión.

—No creo que esta charla acerca de fantasmas nos ayude a encontrar el verdadero tren —repuso Giordino con acritud—. Sugiero que volvamos a la realidad pensemos en la forma de llegar hasta el *Manhattan Limited*... —se interrumpió para consultar su reloj y agregó—: en las próximas setenta y cuatro horas.

—Pues yo tengo otra sugerencia —propuso Pitt—: mandarlo todo al diablo.

Giordino le miró para comprobar si Pitt estaba bromeando pero, a juzgar por su expresión, estaba hablando en serio.

—¿Y qué le dirás al presidente?

Una expresión distante se dibujó en el rostro de Pitt.

—Al presidente... —repitió con desdén—. Bueno, le diré que estábamos pescando en el aire; gastando una ingente cantidad de dinero y perdiendo el tiempo en la búsqueda de algo que no existe.

—Lo siento, amigo, pero no te sigo...

—Estoy hablando del *Manhattan Limited*. Nunca ha estado enterrado en el lecho del río Hudson.

Las nubes no tardaron en cubrir el sol y el cielo se oscureció amenazadoramente. Pitt y Giordino estaban de pie en la vieja vía escuchando los truenos, mientras la tormenta se acercaba. De pronto, un rayo iluminó el cielo y, segundos más tarde, empezó a llover.

El viento agitaba los árboles y la atmósfera estaba cargada de electricidad. La oscuridad de la noche, sólo alterada por la luz intermitente de los relámpagos, no tardó en envolverles.

Pitt se levantó el cuello de su gabardina, se encogió de hombros y clavó la mirada en la profunda oscuridad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que aparecerá?

—preguntó Giordino en medio del vendaval.

—Las condiciones meteorológicas son las mismas que las de la noche en que el tren desapareció —respondió Pitt—. Confío en que el tren fantasma tenga un sentido melodramático del tiempo.

—¡Estoy dispuesto a esperar una hora! —exclamó Chase—. Luego os juro que volveré al barco para tomar un reconfortante Jack Daniels.

Pitt les hizo un gesto de que le siguieran y propuso alzando la voz por encima del ensordecer rugido del viento:

—¡Vamos, caminemos por la vía hasta llegar al puente!

A regañadientes, Chase y Giordino le siguieron.

Después de recorrer casi un kilómetro, Pitt se detuvo y levantó la cabeza como si tratara de escuchar algo a lo lejos.

—Creo que he oído algo —dijo.

Giordino se detuvo y prestó atención hasta que, segundos más tarde, hizo gesto de asentimiento al percibir el inconfundible sonido del silbato de una locomotora.

—Justo a tiempo! —gritó Chase.

Expectantes, los tres hombres permanecieron un rato en silencio, mientras el sonido se hacía cada vez más intenso. De pronto, una luz cegadora, que surgió de la oscuridad, les iluminó. Ninguno de ellos se movió, limitándose a contemplar sus rostros, que reflejaban gran sorpresa.

Aunque eran conscientes de que no se trataba de un espejismo, se negaban a creer en lo que estaban viendo.

Giordino ladeó la cabeza para decir algo a Pitt y se quedó perplejo al ver que éste sonreía.

—¡No os mováis! —ordenó Pitt con firmeza—. ¡Cerrad los ojos y cubridlos con vuestras manos para que el resplandor no os ciegue!

Su instinto de conservación les impulsaba a hacer todo lo contrario, sin embargo,

las palabras de Pitt les disuadieron de salir corriendo o tumbarse en el suelo.

—¡No os mováis... y preparaos para abrir los ojos cuando yo os lo diga!

Nervioso, Giordino sentía los fuertes latidos de su corazón. Estaba convencido de que el tren los arrollaría y morirían en el acto.

El ensordecedor traqueteo de la locomotora era cada vez más intenso. Los tres se sentían impotentes, conscientes de que no había explicación racional alguna a lo que estaba ocurriendo.

De pronto, como si de un truco de magia se tratara, el tren fantasma pasó por encima de ellos.

—¡Ahora...! —exclamó Pitt.

Los tres levantaron la cabeza y abrieron los ojos. La luz se alejaba por la vía muerta y, con ella, el silbato de la locomotora. Asimismo, pudieron ver con claridad un objeto rectangular a dos metros del suelo, hasta que, al llegar al puente, desapareció en la oscuridad de la noche.

—¿Qué diablos era eso? —balbuceó Chase.

—El faro de una vieja locomotora y un amplificador —respondió Pitt.

—Por supuesto —gruñó Giordino con escepticismo—.

Las locomotoras suelen levitar en sus horas libres. Vamos, Pitt, ¿cómo lo explicas?

—Está suspendida del cable del viejo telégrafo.

—Tiene que haber una explicación más lógica —dijo Chase, meneando la cabeza—. Odio ver cómo las leyendas se desvanecen.

Pitt señaló el cielo con el dedo índice y exclamó:

—¡Sigue mirando! ¡Tu leyenda regresará de un momento a otro!

Los tres se encaminaron hacia el poste de telégrafo más cercano y levantaron la mirada. Un minuto más tarde, una silueta negra emergió de la oscuridad y se deslizó en silencio por encima de ellos, para fundirse de nuevo en las sombras de la noche.

—¡Por todos los diablos! —barruntó Giordino.

—¿De dónde ha salido eso? —inquirió Chase, perplejo —Muchachos, creo que ha llegado el momento de tomar un buen café caliente y un pedazo de tarta de manzana —se limitó a comentar Pitt.

Cuando llegaron a la puerta de Ansel Magee, los tres estaban calados hasta los huesos. El robusto escultor los invitó cordialmente a entrar en la casa. Mientras Pitt presentaba a sus dos amigos, Annie Magee se dirigió a la cocina para preparar café y servir una tarta, que en esta ocasión resultó ser de cerezas.

—¿Qué les ha traído hasta aquí en una noche como ésta, caballeros? —preguntó Magee.

—Cazábamos fantasmas —replicó Pitt.

—¿Han tenido suerte?

—¿Podríamos hablar de ello en la vieja oficina de la estación? —propuso Pitt.

Magee asintió con la cabeza y respondió:

—Por supuesto. Síganme, caballeros.

El viejo escultor aprovechó la circunstancia para contar a Chase y Giordino la historia de la oficina en que se encontraban y el fatal destino de sus antiguos ocupantes.

Mientras hablaba, encendió la estufa. Entretanto, Pitt se sentó en silencio al escritorio de Sam Harding, sin prestar atención a la familiar conferencia del escultor.

En el momento en que Magee narraba el episodio de la bala que había herido a Hiram Meecham, Annie entró llevando una bandeja con varios platos y tazas.

Después de tomar su café, Magee se dirigió a Pitt:

—Todavía no nos ha dicho si han encontrado algún fantasma.

—No hay fantasma alguno —repuso Pitt—. Sin embargo, hemos descubierto un ingenioso mecanismo que simula la aparición de un tren fantasma.

Magee se encogió de hombros y suspiró.

—Siempre supe que algún día alguien descubriría el secreto. Sabía que no lo haría ningún habitante del valle, pues se sienten orgullosos de tener un fantasma en la zona que, además, atrae a los turistas.

—¿Desde cuándo empezó a sospechar? —inquirió Annie.

—Desde la misma noche en que les visité —reveló Pitt.

—¿Descubrió entonces el mecanismo?

—No, la luz del foco me cegó. Cuando abrí los ojos, ya se había esfumado. Al principio, creí realmente que se trataba de una aparición, aunque mi sentido común se resistía a aceptarlo. Lo primero que hice fue buscar huellas en el suelo y, al no encontrarlas, aumentó mi confusión. Puesto que me considero un hombre observador, cuando vi intactos los postes del telégrafo, me pregunté por qué diablos seguían en pie. Guiado por la curiosidad, caminé siguiendo la línea telegráfica, y ésta me condujo hasta su línea de tren privada. Entonces advertí que su locomotora no tenía foco...

—Tengo que admitir, señor Pitt, que es usted un hombre muy inteligente.

—¿Cómo funciona el artilugio? —inquirió Giordino.

—Igual que un telesilla —respondió Magee—. El foco y un equipo de cuatro potentes amplificadores cuelgan suspendidos de un cable que se extiende a lo largo de los postes de telégrafo. Cuando alcanzan el borde del puente Deauville, un dispositivo automático desconecta la batería y a continuación retroceden en silencio hasta el punto de partida.

—¿Por qué algunas noches sólo se escucha el sonido y no se ven las luces? —preguntó Chase.

—El foco de la locomotora es fácilmente visible en las noches de luna llena. Así

que lo desconecto y sólo funciona el sistema acústico.

Giordino lanzó una sonora carcajada y exclamó:

—¡He de admitir que, por culpa de su invento, Chase y yo estuvimos a punto de convertirnos a la religión!

—Espero no haber causado ningún inconveniente innecesario —se disculpó Magee.

—Todo lo contrario. Ha sido un interesante tema de conversación.

—Annie y yo hemos observado las operaciones de rescate desde la orilla del río. ¿Han encontrado algún fragmento del *Manhattan Limited*?

—Ni siquiera un remache —respondió Pitt—. Estamos a punto de abandonar.

—Es una lástima —dijo Magee sinceramente—. Estaba convencido de que tendrían éxito. Quizá el tren desee seguir oculto.

—Pero no en el río... —puntualizó Pitt.

—¿Alguien quiere más café? —ofreció Annie.

—Tomaré otra taza, gracias —aceptó Pitt.

—Perdone, señor Pitt, ¿qué estaba diciendo? —preguntó Magee.

—Me preguntaba si, por casualidad, tendría en el almacén de la estación uno de esos vehículos que los operarios del ferrocarril utilizaban para reparar la vía.

—Tengo una vagoneta de más de ochenta y cinco años de antigüedad. Espero que esté en forma...

—¿Le importaría prestárnosla?

—¿Cuándo quieren usarla?

—En este preciso instante.

—¿En una noche como la de hoy?

—Especialmente en una noche tormentosa como la de hoy —respondió Pitt.

Giordino ocupó su puesto en el andén de la estación.

Hacia rato que el viento había dejado de soplar con fuerza y, bajo el techo del almacén, Giordino se resguardaba de la lluvia.

Chase no fue tan afortunado, pues se encontraba desprotegido sobre la vagoneta a medio kilómetro de la antigua estación. Por enésima vez comprobó el faro de la locomotora y los altavoces instalados en la parte delantera de la vagoneta.

Pitt se detuvo en el umbral de la puerta de la estación e hizo una señal con la mano. De inmediato, Giordino saltó a la vía y encendió la linterna que sostenía en la mano.

—¡Maldita tormenta! —murmuró Chase, malhumorado, mientras conectaba la batería y accionaba la palanca de la vagoneta.

El rayo del foco iluminó los raíles mojados y el ensordecedor silbato inundó el silencio de la noche. Pitt consultó la hora en su reloj mientras observaba cómo Chase avanzaba por la vía.

—Manos a la obra —dijo Pitt, entrando en la oficina de la estación.

—¿Qué espera descubrir recreando el robo? —inquirió Magee.

—Lo sabremos dentro de cinco minutos —señaló Pitt.

—Qué situación tan excitante —comentó Annie.

—Annie, usted representará el papel de Hiram Meechum, el telegrafista, y yo seré el jefe de estación, Sam Harding —dijo Pitt—. Para usted, señor Magee, dado que es una autoridad en la materia, le reservo el papel de Clement Massey. Dirigirá la acción paso a paso.

—Lo intentaré —dijo Magee—, pero es imposible reconstruir con exactitud los hechos ocurridos hace setenta y cinco años.

—No se preocupe, no necesitamos una representación memorable —bromeó Pitt.

El viejo escultor se encogió de hombros y, con gesto pensativo, dijo:

—Veamos... Meechum estaba sentado frente al tablero de ajedrez, mientras Harding hablaba por teléfono con el jefe de estación de Albany, por lo que sin duda se encontraba junto al aparato cuando Massey entró.

Magee se dirigió hacia la puerta y luego se volvió simulando sostener una pistola en la mano. En aquel momento, se escuchó el silbato de la locomotora entre los truenos de la tormenta. De pie en el umbral, el escultor aguardó unos segundos y exclamó:

—¡Esto es un atraco!

Annie miró a Pitt, esperando que éste le indicara lo que tenía que hacer.

—Tras la sorpresa inicial —dijo Pitt—, el jefe de estación debió de discutir con Massey.

—Así es —convino Magee—. Cuando entrevisté a Sam Harding, éste me explicó que trataron de convencer a Massey de que no había dinero en la caja fuerte, pero no lo lograron e insistió en que la abrieran.

—Supongo que debieron de resistirse.

—Al principio así fue —confirmó Magee—, pero finalmente Harding aceptó abrir la caja fuerte a condición de que le permitiera alertar al maquinista para que detuviera el tren. Massey se negó, se impacientó y, nervioso, disparó su arma contra el tablero de ajedrez de Meechum.

Tras unos segundos de indecisión, Annie empujó el tablero y todas las piezas cayeron al suelo.

—Harding trató de explicar a Massey que el puente se había desplomado, pero el atracador hizo caso omiso de sus súplicas.

En aquel instante, la luz del foco instalado en la vagoneta se filtró a través de la ventana de la oficina de la estación.

—¿Qué ocurrió después? —inquirió Pitt.

—Meechum cogió una linterna y trató de salir al andén para detener el tren, pero Massey le disparó en la cadera.

Pitt se volvió y, dirigiéndose a la mujer, dijo:

—Annie, por favor, le importaría...

Annie se levantó de la silla, caminó un par de pasos hacia la puerta y, antes de llegar, se tumbó en el suelo como si estuviera herida.

La vagoneta se encontraba a pocos metros de la estación, pues Pitt vio perfectamente el calendario colgado de la pared gracias a la luz del foco.

—¡La puerta! —exclamó Pitt repentinamente—. ¿Estaba abierta o cerrada?

Magee guardó silencio tratando de recordar.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —le instó Pitt.

—Según Harding, Massey cerró la puerta tras de sí.

De inmediato, Pitt cerró la puerta.

—¿Cuál fue su siguiente movimiento?

—¡Abre esa maldita caja fuerte! —exclamó Magee y luego agregó—: Sí... según el jefe de estación, ésas fueron las palabras textuales de Massey.

Pitt se dirigió hacia la caja fuerte y se arrodilló delante de ella.

Cinco segundos más tarde, la vagoneta pasó frente a la estación, inundándola con el ensordecedor sonido de los altavoces y el potente haz de luz de su foco.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del escultor que, por un instante, creyó haber sido transportado al pasado.

—¡Ha sido tan real...! —balbuceó Magee.

—Gracias a nuestra interpretación, hemos retrocedido hasta mil novecientos catorce.

Magee miró a Pitt y dijo:

—Sin embargo, aquella noche, en lugar de una vagoneta, fue el *Manhattan Limited* el que circuló por esa vía.

Pitt hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Se equivoca, Magee —repuso—. El *Manhattan Limited* nunca llegó a la estación de Wacketshire.

—¡Eso es imposible! Harding y Meechum lo vieron —objetó Magee.

—Eso es lo que creyeron...

—¡Es imposible...! —repitió el escultor, perplejo—.

Ambos trabajaban en el ferrocarril desde hacía años... Es imposible que se equivocaran.

—La puerta estaba cerrada. Meechum yacía tumbado en el suelo. —Pitt se dirigió a Annie y la ayudó a levantarse—. Harding se encontraba de rodillas frente a la caja fuerte y de espaldas a la ventana. Así pues, lo único que percibieron fueron sonidos... Sonidos de un viejo gramófono reproduciendo el silbato de una locomotora.

—Pero ¿el puente...? —balbuceó Magee—. Sin duda se desplomó al pasar el tren.

—No fue así. Massey voló el puente. Era consciente de que una gran explosión habría alertado a medio valle, por lo que colocó pequeñas cargas de dinamita en diversos puntos de la estructura del puente para que la parte central se viniera abajo.

Confuso, Magee se quedó sin habla.

—El robo de la estación no fue más que un truco; una tapadera —prosiguió Pitt—. Los intereses de Massey iban más allá de los dieciocho dólares que había en la caja fuerte. Su verdadero objetivo era apropiarse de los dos millones de dólares en monedas de oro que transportaba el *Manhattan Limited*.

—En ese caso, ¿por qué se molestó en montar esta pantomima?—preguntó Magee—. Lo más sencillo hubiera sido detener el tren y robar el oro.

—Así es como Hollywood lo hubiera filmado —dijo Pitt—. Sin embargo, en la realidad siempre surgen problemas. Esas monedas eran piezas de veinte dólares y pesaban treinta gramos cada una. Un simple cálculo aritmético confirma que el tren transportaba cien mil monedas, lo que supone tres toneladas de oro; un cargamento demasiado pesado para que un puñado de hombres lo descargaran antes de que los agentes del ferrocarril se lanzaran sobre ellos.

Giordino que, junto con Chase, había entrado en la oficina después de la recreación del robo, intervino:

—Sé que te parecerá absurdo, pero no dejo de preguntarme adónde diablos fue a parar el tren si no pasó frente a la estación ni se hundió en el río Hudson.

—Creo que Massey desenganchó la locomotora, desvió el tren de la vía principal y lo escondió en el lugar donde sospecho que siempre ha estado durante todos estos



años.

Si Pitt hubiera jurado ser un visitante de Venus o la reencarnación de Napoleón Bonaparte, los allí presentes hubieran prestado mayor credibilidad a sus palabras.

—En algunos aspectos, la teoría del señor Pitt no es tan descabellada como parece —intervino Annie, que parecía la única convencida del argumento.

Su esposo la miró con incredulidad y repuso:

—No hay pasajeros ni empleados del ferrocarril que puedan confirmar esta historia. Es imposible que, durante estos setenta y cinco años, nadie haya descubierto el paradero del tren.

—Quizá estemos ante el mayor truco de magia de todos los tiempos —ironizó Chase.

Pitt ignoró el mordaz comentario de su amigo y preguntó, dirigiéndose a Magee:

—¿A qué distancia está Albany de aquí?

—A unos cuarenta kilómetros. ¿Por que lo pregunta?

—El *Manhattan Limited* fue visto por última vez al abandonar la estación de Albany.

—No es posible que crea realmente que...

—La gente cree en lo que está dispuesta a creer —le interrumpió Pitt—. Mitos, fantasmas, religiones... Personalmente creo que ese tren no se desvaneció en el aire, sino que tan sólo fue desviado a un lugar donde nadie ha pensado en buscar.

Magee frunció el entrecejo e inquirió:

—¿Cuál es su plan?

—Me propongo rastrear cada centímetro de la vía muerta que se extiende desde esta estación hasta Albany hasta que dé con los restos de una desconocida vía secundaria que conduce a ninguna parte.

A las once y cuarto de la noche, mientras Sandecker leía un libro en la cama, sonó el teléfono.

—Buenas noches, soy Pitt.

El almirante se incorporó y preguntó:

—¿Desde dónde llamas esta vez?

—Desde Albany. Tengo noticias...

—¿Más problemas con el proyecto?

—En absoluto. Lo he mandado al infierno.

Sandecker respiró hondo.

—¿Te importaría explicarme por qué motivo? —inquirió.

—Estábamos buscando en el lugar equivocado.

—¡Santo cielo! —balbuceó Sandecker—. ¿Estás seguro?

—No puedo demostrarlo, pero mi intuición...

—No cuelgues, espera un momento.

Sandecker dejó el auricular sobre la mesilla de noche y cogió un cigarro puro de una tabaquera. A pesar de que el embargo comercial a Cuba había sido levantado en 1985, seguía prefiriendo el aroma y la textura de los cigarros procedentes de Honduras que los de La Habana. Sandecker era de la opinión que, ante una situación complicada, la mejor forma de hallar una solución era saboreando un cigarro puro. Así pues, lo encendió parsimoniosamente y a continuación volvió a coger el auricular.

—Dirk, ¿sigues ahí...?

—Aquí estoy.

—¿Qué demonios le digo al presidente?

Tras una pausa, Pitt respondió:

—Dile que las apuestas han pasado de un millón a cien contra uno.

—¿Has encontrado algo?

—Yo no he dicho eso.

—¡Maldita sea, Pitt, haz el favor de explicarme qué demonios estás tramando!

—Ya te he dicho que se trata de una de mis intuiciones.

—Cuando eso ocurre, siempre terminas pidiéndome un favor. ¿De qué se trata esta vez? —preguntó Sandecker.

—Por favor, ponte en contacto con Heidi Milligan.

Se aloja en el hotel Gramercy Park de Nueva York.

Dile que investigue los viejos archivos del ferrocarril y que busque los mapas de las líneas férreas de la New York & Quebec Northern Railroad, que se extendían entre Albany y el puente Deauville-Hudson en el período que va de mil ochocientos

ochenta a mil novecientos catorce.

—De acuerdo, me encargaré de ello. ¿Tienes su número?

—Lo siento, tendrás que llamar a información.

Sandecker aspiró el humo de su cigarro y luego preguntó:

—¿Qué perspectivas tenemos para el próximo lunes?

—Francamente no son muy halagüeñas. Estas cosas siempre van despacio.

—Pero el presidente necesita la copia del tratado.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes?

—Moon siempre responde con evasivas cuando se lo pregunto.

—El presidente tiene previsto pronunciar un discurso en el Parlamento canadiense. El tema del mismo se centrará en la posible unión de los dos países. Al Mercier me ha informado de ello esta misma mañana.

Desde que Quebec ha logrado su independencia, las provincias marítimas han ascendido a la categoría de estados. El presidente desea entablar conversaciones con las provincias del oeste para que también se unan.

Aquí es donde entra en juego la copia del Tratado Norteamericano. No pretende coaccionar a nadie, pero sí eliminar los molestos trámites burocráticos de la transición y evitar las posibles objeciones e interferencias del Reino Unido. Su propuesta para unificar políticamente Norteamérica saldrá a la luz dentro de cincuenta y ocho horas. ¿Comprendes ahora por qué es tan urgente hallar el tratado?

—Sí, ahora sí. Por cierto, agradece al presidente y sus secuaces el que me hayan informado del asunto en el último minuto.

—¿Qué hubiera cambiado si lo hubieras sabido antes?

—Nada. Supongo que tienes razón.

—¿Cómo puede Heidi ponerse en contacto contigo?

—El *De Soto* seguirá anclado junto al puente como cuartel general.

—Buena suerte —le deseó Sandecker.

—Gracias, la necesitaré.

Sandecker consiguió el número del hotel de Heidi en menos de un minuto.

—Buenos días. Hotel Gramercy Park —respondió una voz femenina, cansinamente.

—Póngame con la habitación de la capitana Milligan.

Tras una breve pausa, la recepcionista del hotel dijo:

—Sí, aquí está. Habitación trescientos sesenta y siete.

Espere un segundo.

—Hola —respondió una voz masculina.

—¿Es la habitación de la capitana Milligan? —preguntó Sandecker, impaciente.

—Se equivoca, señor. Está hablando con dirección.

La capitana ha salido.

—¿Tiene idea de cuándo va a regresar?

—No, señor. Salió del hotel sin dejar la llave.

—Debe usted de tener una excelente memoria.

—¿Por qué lo dice, señor?

—¿Reconoce a todos sus huéspedes cuando pasan por el vestíbulo?

—Sólo cuando se trata de atractivas damas, de más de metro ochenta de altura y con una pierna escayolada.

—Comprendo.

—¿Quiere dejarle algún mensaje?

Sandecker pensó durante unos segundos y respondió:

—No es necesario. Volveré a llamar.

—Espere un momento, señor. Creo que, mientras estábamos hablando, ha entrado en el hotel y se dirige al ascensor. No cuelgue, pasaré la llamada a su habitación.

En la habitación 367 Brian Shaw dejó el auricular del teléfono sobre la mesilla y se dirigió al cuarto de baño.

Heidi estaba en la bañera, inmersa en un baño de burbujas, con la pierna escayolada apoyada en el borde. Llevaba el cabello cubierto con un gorro de plástico y sostenía en la mano una copa de champán vacía.

—Venus emergiendo de la espuma del mar —comentó Shaw, sonriendo—. Me gustaría tomar una fotografía.

—No alcanzo la botella de champán —dijo Heidi, señalando con el dedo hacia una botella de Tattinger brut reserva, que reposaba en una cubeta llena de hielo sobre la repisa de la bañera.

Shaw asintió con la cabeza y le llenó la copa, derramando sobre el pecho desnudo de Heidi las últimas gotas de la botella.

Heidi gritó y le salpicó, pero Shaw dio un salto hacia atrás.

—Me las pagarás —bromeó Heidi.

—Antes de que me declares la guerra, será mejor que respondas al teléfono.

—¿Quién es?

—No se lo pregunté. Por su voz, diría que se trata de otro viejo vicioso como yo. —Shaw miró el teléfono que había sobre la bañera y dijo—: Puedes contestar aquí.

Colgaré el de la habitación.

Shaw, en lugar de colgar el auricular, escuchó en silencio la conversación que Heidi y Sandecker mantuvieron. Cuando terminaron de hablar, esperó a que ella colgara, pero no lo hizo.

«Una chica lista... —pensó—. No confía ni en su propia sombra.»

Cuando finalmente Heidi colgó el auricular, Shaw marcó en el dial el número de recepción del hotel.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó uno de los recepcionistas.

—Sí... ¿Podría llamar a la habitación trescientos sesenta y siete dentro de un minuto y preguntar por Brian Shaw? Por favor, no diga quién es.

—¿Algo más, señor?

—Cuando Shaw responda a la llamada, cuelgue de inmediato.

—Así lo haré, señor.

Shaw regresó al cuarto de baño y asomó su cabeza por el umbral de la puerta.

—¿Firmamos una tregua?

Heidi le miró y sonrió.

—¿Cómo te sentirías si yo hubiera hecho lo mismo?

—Creo que no hubiera podido resistirlo.

—¿Quieres probarlo? —sugirió Heidi maliciosamente.

—Tu oferta es muy tentadora.

Cuando Shaw se disponía a besarla, sonó el teléfono.

—Debe de ser para ti —dijo él.

Heidi descolgó de nuevo el auricular y, tras contestar, se lo entregó a su amante.

—Preguntan por Brian Shaw. Quizá prefieras contestar desde la otra habitación.

—No tengo secretos para ti —dijo esbozando una sonrisa cordial.

Shaw asentía con la cabeza mientras simulaba mantener una conversación, hasta que finalmente decidió colgar.

—¡Maldita sea! —exclamó, aparentemente enojado—.

Era del consulado. Tengo que reunirme con alguien.

—¿A estas horas de la noche? —inquirió Heidi, sorprendida.

Shaw se inclinó y besó los dedos del pie de Heidi, que asomaban por el borde de la escayola.

—Lo siento. Volveré dentro de un par de horas.

El encargado del museo Railroad de Long Island era un anciano contable retirado, apasionado de los trenes.

Mientras caminaba entre las reliquias que se exponían en las vitrinas del museo, murmuraba malhumorado por haber sido despertado en mitad de la noche para abrir el edificio a un agente del FBI.

Tras abrir la puerta de la sala principal y encender las luces, se detuvo y, bloqueando el paso a Shaw con el brazo, preguntó:

—¿Cómo puedo estar seguro de que usted es un agente del FBI?

Shaw miró al anciano y le mostró la falsa tarjeta de identidad por tercera vez.

—Le aseguro, señor Rheinhold...

—Rheingold —corrigió el anciano—, como la cerveza.

—Lo siento, pero le aseguro —insistió Shaw— que mi departamento no le hubiera molestado si el asunto no fuera de la máxima urgencia.

Rheingold miró a Shaw y preguntó:

—¿Podría explicarme de qué se trata?

—Lo lamento, pero es un secreto de estado.

—Seguro que se trata de un escándalo relacionado con la compañía ferroviaria.

—No puedo darle ninguna pista.

—Apuesto a que están investigando un robo. Debe de ser algo confidencial, pues en las noticias de las seis no han hablado de ello.

—¿Le importaría que fuéramos al grano? —dijo Shaw, impaciente—. No dispongo de mucho tiempo.

—Disculpe, agente. Era mera curiosidad.

Rheingold le hizo un gesto de que le siguiera y le condujo por un largo pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías que contenían archivos de información acerca de los ferrocarriles. El anciano se detuvo frente a una de ellas y, tras ajustarse las gafas, leyó la etiqueta en voz alta y cogió uno de los archivos.

—Veamos, trazados ferroviarios de la New Haven & Hartford, de la Lake Shore & Michigan Southern, la Boston & Albany... ¡Aquí está! —exclamó de pronto—.

La New York & Quebec Northern. —El anciano dejó sobre una mesa una carpeta polvorienta y comentó—: Una gran compañía... Su línea férrea abarcaba más de tres mil quinientos kilómetros. Por ella circulaba el famoso expreso *Manhattan Limited*. ¿Está interesado en algún punto concreto del trazado?

—Es usted muy amable, pero prefiero echar yo mismo un vistazo a esta carpeta —respondió Shaw.

—¿Le apetece una taza de café? Puedo subir a la oficina y prepararlo. Será cuestión de cinco minutos.

—Es usted un hombre muy razonable, señor Rheingold. Una taza de café a estas horas de la madrugada siempre se agradece.

Rheingold asintió con la cabeza y se alejó, arrastrando los pies, por el largo pasillo. Antes de cruzar la puerta, se volvió y vio a Shaw sentado a la mesa, estudiando los amarillentos mapas.

Sin embargo, cuando cinco minutos más tarde regresó con el café, encontró la carpeta vacía sobre la mesa.

—¿Señor Shaw...? —preguntó, pero no obtuvo respuesta. La biblioteca del museo estaba desierta.

Pitt se sentía inspirado, lleno de euforia. Al ser consciente de que estaba a punto de abrir una puerta que había permanecido cerrada durante varias generaciones, recuperó el optimismo que había perdido tras el desastre del *Ocean Venturer*. En pleno campo, esperaba la llegada del reactor bimotor.

A todos los efectos, aterrizar en aquel paraje boscoso parecía imposible. Tan sólo había un pequeño claro de unos quince metros, que terminaba en una imponente pared rocosa cubierta de musgo. Pitt pensaba que aparecería un helicóptero, pero cuando vio en el horizonte la silueta de un avión, se preguntó si el piloto se habría equivocado de aparato.

Al cabo de unos minutos, contempló fascinado cómo las alas y los motores se inclinaron lentamente hacia arriba, mientras el fuselaje y la cola permanecían en posición horizontal. Cuando las alas adoptaron una inclinación de 90 grados, el avión pareció suspendido en el aire como si fuera un helicóptero y luego empezó a descender.

Poco después de tomar tierra, Pitt se dirigió hacia la cabina y abrió la portezuela. El rostro jovial del piloto le saludó, sonriente.

—Buenos días, ¿es usted Dirk Pitt?

—El mismo.

—¿Adónde quiere que le lleve? —bromeó el piloto.

Pitt subió al avión, cerró la portezuela y se sentó en el asiento del copiloto.

—Esto es un VTOL, ¿verdad?

—En efecto —respondió el piloto, orgulloso—. Un VTOL modelo Scinletti cuatrocientos cuarenta de fabricación italiana. Despegue y aterrizaje vertical. Es un buen aparato, aunque a veces resulta un tanto imprevisible. Sin embargo, cuando eso ocurre, le canto un aria de Verdi y se tranquiliza.

—Esperaba que enviarían un helicóptero.

—Demasiadas vibraciones... Además, la calidad de las fotografías verticales es mucho mayor desde uno de estos pájaros. —El piloto se interrumpió para presentarse a Pitt—. Por cierto, mi nombre es Jack Westler.

Westler, en lugar de tender la mano a Pitt, inició la maniobra de despegue.

Cuando se encontraban a sesenta metros de altura, Pitt volvió la cabeza y contempló el movimiento de las alas mientras se situaban en posición horizontal. El piloto aumentó la potencia de los motores y el reactor no tardó en sobrevolar la zona.

—¿Qué zona desea fotografiar? —preguntó Westler.

—La vieja vía que se extiende al oeste del río Hudson hasta Albany.

—No está muy lejos de aquí.

—¿Conoce la zona?

—Por supuesto. He vivido en el valle del Hudson durante toda mi vida. ¿Ha oído hablar del tren fantasma?

—Será mejor que no hablemos de este asunto —repuso Pitt.

—Está bien —convino Westler y, cambiando el tema de la conversación, preguntó—: ¿Dónde quiere que empecemos a tomar fotografías?

—Empezaremos por la casa de Magee. —Pitt echó un vistazo a la cabina y se sorprendió al ver que no había equipamiento fotográfico alguno—. Por cierto, ¿dónde está la cámara y el operador?

—Bueno, en realidad, disponemos de dos cámaras.

De esta forma obtenemos mayor precisión. Están instaladas en los tanques situados debajo del fuselaje. Yo mismo puedo dispararlas desde la cabina.

—¿A qué altitud volaremos?

—Depende de las lentes focales. La altitud es computerizada matemática y ópticamente. Así pues, lo más probable es que sobrevolemos la zona a tres mil metros de altura.

Minutos más tarde, Pitt contempló desde la cabina el suntuoso paisaje del valle Hudson, salpicado de abundantes viñedos y atravesado por el río que, como si fuera una serpiente, reptaba por las distintas colinas.

Cuando el altímetro señaló que se encontraban a tres mil metros, Westler barrió la zona de oeste a norte. De pronto, apareció ante los ojos de Pitt la silueta del *De Soto* que, a tanta altura, parecía una pequeña maqueta.

—Cámaras... ¡acción! —exclamó Westler.

—Hablas como si se tratara de una producción cinematográfica.

—Casi lo es. Cada fotograma está unido al siguiente en un sesenta por ciento. De esta forma, cualquier objeto fotografiado aparecerá dos veces en distintos ángulos.

Esta técnica permite detectar cosas invisibles al nivel del suelo, incluso rastros de la más mínima perturbación geológica ocurrida hace cientos o miles de años.

Pitt contempló a través de la ventanilla el trazado de la línea férrea que, de pronto, desaparecía en un campo de alfalfa. Señalando hacia abajo, dijo:

—Supongamos que nuestro objetivo está completamente devastado por el paso del tiempo.

Westler asintió con la cabeza y comentó:

—También hemos previsto ese caso. Si la zona que nos interesa ha sido convertida en un campo de cultivo, la vegetación habrá adquirido un tono distinto debido a los elementos ajenos al terreno original. El cambio en cuestión puede pasar inadvertido a los ojos humanos, pero no para la sensible película de la cámara.

Media hora más tarde, Pitt tuvo la sensación de que se aproximaban a las afueras de la capital del estado de Nueva York. Distinguió a lo lejos varios cargueros amarrados en el puerto de Albany y una maraña de vías férreas que conducían a



viejos almacenes portuarios.

—Peinemos de nuevo la zona —dijo Pitt.

—Entendido —respondió Westler.

El reactor barrió otras cinco veces el recorrido del trazado férreo de la New York & Quebec Northern, pero Pitt no descubrió ninguna vía secundaria abandonada. Salvo que las cámaras lo hubieran detectado, la única esperanza que albergaba de encontrar el *Manhattan Limited* era Heidi Milligan.

Los mapas habían desaparecido del archivo del museo y Heidi no tenía la menor duda de quién los había robado.

Aquella noche, cuando Shaw regresó al hotel, hicieron el amor hasta altas horas de la madrugada. Sin embargo, cuando Heidi despertó por la mañana, él ya se había marchado. En aquel momento, comprendió que había escuchado su conversación con el almirante Sandecker.

Más de una vez, mientras hacían el amor, Heidi había pensado en Pitt. Con él era diferente. Jamás había conocido a un hombre tan apasionado y salvaje en la cama, que hacía del acto del amor una verdadera competición. Pitt la había transportado a un mundo de nuevas sensaciones que jamás hubiera sospechado. En lo más profundo de su ser, su sentido de la independencia se había visto obligado a abandonarse a los instintos sexuales de él.

En cambio, hacer el amor con Shaw era un acto de ternura y respeto, en el que ella podía controlar sus respuestas. Juntos se habían enriquecido como personas, a pesar de que ambos sabían que uno de los dos traicionaría al otro. Después de estar con Pitt, siempre tenía la sensación de haber sido utilizada y, sin embargo, deseaba volver con él, como alguien que desea reemprender un tormentoso viaje.

Sentada en una silla de la biblioteca del museo, Heidi cerró los ojos. Shaw había creído que, robando los mapas, le impediría obtener la información que Sandecker había solicitado. Sin embargo, ignoraba la existencia de otros archivos, de colecciones privadas o históricas en las que podría encontrar lo que buscaba.

—Está bien, señor Shaw —murmuró—. Ha llegado el momento de la venganza. No te saldrás con la tuya.

Heidi llamó al encargado, que no dejaba de refunfuñar por culpa de la desconsideración de los agentes del FBI.

—Me gustaría echar un vistazo a los viejos registros del ferrocarril.

El anciano meneó la cabeza y objetó:

—Señorita, ese material no está catalogado. Es demasiado voluminoso para archivarlo. Dígame lo que quiere y yo lo encontraré.

Heidi le informó y, un par de horas más tarde, el hombre le entregó la información que estaba buscando.

Heidi llegó al aeropuerto de Albany a las cuatro de la tarde. Al bajar del avión, Giordino la estaba esperando. Heidi prefirió caminar hasta el coche utilizando las muletas, en lugar de ser conducida al aparcamiento en silla de ruedas.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó a Giordino, que conducía el coche.

—No demasiado bien —respondió—. Cuando abandoné el barco, Pitt estaba estudiando las fotografías aéreas.

Hasta el momento no hemos hallado ninguna vía secundaria que pueda ser la clave.

—Creo que he descubierto algo interesante —dijo Heidi.

—¡Maldita sea, para variar, podríamos tener un poco de suerte! —murmuró Giordino.

—No parece muy optimista.

—El optimismo es algo que he perdido durante los últimos meses.

—¿Tan mal van las cosas?

—Peor. Mañana por la mañana el presidente pronunciará un discurso en el Parlamento canadiense. Estamos hasta el cuello, Heidi. ¿De dónde diablos vamos a sacar el tratado... si es que existe?

—¿Qué opina Pitt? ¿Sigue pensando que el tren no está en el fondo del río? —inquirió Heidi.

—Está convencido de que nunca cruzó el puente —respondió Giordino.

—¿Y tú estás de acuerdo con él?

Sin apartar la mirada de la carretera, Giordino guardó silencio y finalmente dijo:

—Creo que es una pérdida de tiempo discutir con Pitt.

—¿Porque es un testarudo?

—No —repuso él—. Porque normalmente ese hombre siempre tiene razón.

Pitt pasó cuatro horas analizando las fotografías tomadas desde el aire, interpretando todos y cada uno de los detalles captados por las cámaras: el trazado sinuoso de las vías que recorrían el valle, los automóviles y las casas... Sin embargo, no encontró rastro alguno de un remoto lugar donde Massey hubiera podido esconder el *Manhattan Limited*.

Cuando finalmente decidió abandonar el análisis de las fotografías, se sentó en una silla para descansar unos minutos. En aquel momento Heidi y Giordino entraron en la sala de mando del *De Soto*. Al verles, Pitt se levantó, se acercó a ella y la abrazó.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó.

—Mucho mejor, gracias.

Los dos hombres la ayudaron a sentarse en una silla y luego Giordino dejó la maleta de Heidi encima de una mesa.

—Al me ha dicho que estamos dando palos de ciego —comentó ella.

—Eso parece —convino Pitt.

—Pues lamento comunicarte que tengo malas noticias —dijo Heidi y luego agregó—: Brian Shaw está al corriente de todo.

Por la expresión de sus ojos, Pitt adivinó que se sentía incómoda.

—¿Cómo se ha enterado? —inquirió Pitt.

Heidi movió la cabeza con un gesto de resignación y respondió:

—Robó los mapas de la compañía en el museo antes de que yo pudiera estudiarlos.

—No le servirán de nada si desconoce su valor.

—Creo que también lo sabe —balbuceó Heidi.

Pitt se sentó en una silla con gesto pensativo, tratando de no reprochar a Heidi el error que había cometido.

Cómo Shaw había conseguido resolver la clave del enigma, era algo que ya no importaba. Sin embargo, no podía evitar sentir celos y preguntarse qué veía Heidi en aquel viejo.

—Así pues, Shaw está en la zona.

—Probablemente en estos momentos se encuentre en el valle —intervino Giordino.

Pitt miró a Heidi y comentó:

—Quizá los mapas no le sirvan de mucho. En las fotografías aéreas no se observa la presencia de ninguna vía secundaria.

Heidi cogió la maleta que Giordino había dejado encima de la mesa, la puso sobre sus rodillas y la abrió.

Luego corrigió a Pitt:

—Te equivocas. Sí existe una vía secundaria, que se separaba de la principal a la altura de un lugar llamado Mondragon Hook Junction.

La tensión aumentó repentinamente en la atmósfera de la sala de mando del *De Soto*.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó Pitt, impaciente.

—Es difícil situarlo con exactitud sin un viejo mapa de la zona —respondió Heidi.

Giordino se levantó de la silla como activado por un resorte y empezó a buscar entre los mapas topográficos del valle, apilados en una mesa.

—Aquí no hay nada. Estos mapas son demasiado recientes —señaló.

—¿Cómo te enteraste de la existencia de ese lugar?

—inquirió Pitt.

—Un mero razonamiento deductivo. Me pregunté dónde escondería una locomotora y siete vagones Pullman para que nadie los encontrara durante más de medio siglo. Deduje que el único lugar posible era bajo tierra. Así que empecé a investigar los archivos de la estación de Albany anteriores a mil novecientos catorce. Al principio, la búsqueda fue infructuosa, pero al cabo de unas horas, descubrí referencias acerca de ocho trenes de mercancías que transportaban minerales, concretamente piedra caliza.

—¿Piedra caliza? —repitió Giordino.

—Sí, el material era cargado en un cruce de vías llamado Mondragon Hook. Su destino era una planta de cemento en Nueva Jersey.

—¿De qué años estás hablando?

—De la última década del siglo pasado.

—Ese lugar, Mondragon Hook, podría estar a cientos de kilómetros de aquí —objetó Giordino.

—Te equivocas —replicó Heidi—. Sin duda debía de estar cerca de Albany.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Pitt.

—En los registros de la New York & Quebec Northern no hay mención alguna de trenes que transportaran piedra caliza a través de Albany, aunque en los archivos correspondientes a la estación de GermanTown sí aparezcan.

—¡GermanTown! —exclamó Pitt—. Se encuentra tan sólo a unos veinte kilómetros río abajo.

—El siguiente paso fue investigar los viejos mapas geológicos —prosiguió Heidi y, mientras extendía sobre la mesa un amarillento mapa, añadió, dibujando un círculo—: La única cantera de piedra caliza entre Albany y GermanTown está en este punto, a unos quince kilómetros al norte del puente Deauville-Hudson.

Pitt se levantó y volvió a mirar las fotografías aéreas.

—Aquí, donde según tus investigaciones debería encontrarse la cantera, hay una granja. La casa y los establos han eliminado por completo los restos del antiguo cruce de vías.

—Sí, ya lo he visto —asintió Heidi, excitada—. También hay una carretera asfaltada que conduce al estado de Nueva York.

—¿Eso significa que bajo los cultivos del valle subyace un viejo entramado de vías férreas? —inquirió Giordino.

—No es de extrañar —respondió Pitt—. Si observas las fotografías con detenimiento, se aprecian los restos de algunas traviesas.

Heidi analizó las fotografías y luego exclamó:

—Es sorprendente lo fácil que resulta ver las cosas cuando sabes dónde mirar.

—¿Has buscado información acerca de la cantera de piedra caliza? —inquirió Giordino.

—Esa parte fue la más fácil —respondió Heidi—. El propietario de la cantera y la vía que llegaba hasta allí era la compañía Forbes Excavation, que la explotó desde mil ochocientos ochenta hasta mil novecientos diez, fecha en que los recursos se agotaron. Entonces la compañía vendió las tierras a los granjeros de la zona.

—¿Es posible que la cantera fuera subterránea?

—Sé a qué te refieres —dijo Heidi—. Si la compañía Forbes extraía la piedra del interior de la montaña, es muy probable que Massey ocultara el tren allí. —Heidi volvió a observar las fotografías y comentó—: Con el paso de los años, es difícil localizar la cantera.

—Creo que lo mejor será ir allí y rastrear la zona —propuso Pitt.

—Buena idea —convino Giordino—. Te llevaré hasta allí.

—No, iré solo. Mientras tanto, llama a Moon y dile que envíe refuerzos, por ejemplo, un destacamento de marines, por si Shaw tiene la misma idea que nosotros.

Por cierto, pídele un ingeniero de minas, el mejor de todos. Heidi, en cuanto a ti, creo que deberías hablar con los directores de los periódicos locales e investigar sus archivos, en busca de noticias de la época relacionadas con la cantera.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Giordino—. El presidente pronunciará su discurso dentro de diecinueve horas.

—No es necesario que me lo recuerdes —repuso Pitt, poniéndose la gabardina—. La única esperanza que nos queda es encontrar esa cantera.

Hacía unos minutos que el sol había dado paso a la luna, y el aire de la noche era frío y cortante. Desde su posición privilegiada sobre la entrada de la vieja cantera, Shaw podía distinguir a lo lejos las luces de las distintas granjas diseminadas por el valle.

De pronto, escuchó el zumbido de un avión. Shaw se volvió y miró hacia el cielo, pero no vio nada. El aparato volaba con las luces de navegación apagadas. A juzgar por el sonido de los motores, supuso que estaba volando en círculos a pocos metros de la cima de la colina. Luego le pareció percibir el brillo de dos estrellas fugaces, pero de inmediato comprendió que se trataba de un grupo de paracaidistas.

Quince minutos más tarde, dos sombras emergieron entre los árboles y empezaron a ascender la ladera de la colina. Uno de los paracaidistas era Burton-Angus; el otro, de robusta complexión, Eric Caldweiler, el antiguo capataz de una mina de carbón en Gales.

—¿Cómo ha ido la maniobra? —preguntó Shaw.

—Creo que ha sido un salto perfecto —respondió Burton-Angus—. El piloto descendió todo lo posible.

El oficial al mando de esta operación es el teniente Macklin.

Ignorando los principios básicos de las operaciones nocturnas, Shaw encendió un cigarrillo.

—¿Han encontrado la entrada de la cantera? —preguntó.

—Será mejor que se olvide de ello —dijo Caldweiler—. Es imposible dar con ella en mitad de la noche.

—¿Está bajo tierra?

—Yo diría que a mayor profundidad que una bodega de whisky escocés.

—¿Hay alguna posibilidad de perforar la pared de la roca? —inquirió Shaw.

Caldweiler negó con la cabeza y respondió:

—Incluso contando con una enorme perforadora, tardaríamos dos o tres días.

—Durante ese tiempo los americanos nos descubrirían.

—Quizá ganaríamos algo de tiempo si nos adentráramos por una de las bocas de los viejos túneles —dijo Caldweiler, aspirando el humo de su pipa—, suponiendo que logremos encontrarlos, por supuesto.

Shaw miró al ingeniero de minas y preguntó, perplejo:

—¿De qué túneles está hablando?

—Cualquier mina comercial está provista de al menos dos aperturas adicionales: una de salida en caso de que la entrada principal se desplome, y un segundo túnel de ventilación.

—¿Cuándo empezamos la búsqueda? —preguntó Shaw, inquieto.

Caldweiler, que parecía un hombre tranquilo, dijo parsimoniosamente:

—Veamos, en mi opinión, debe de haber un túnel en la ladera de la colina y otro situado en algún lugar de su base. Este último sin duda estará orientado hacia el norte.

—¿Por qué hacia el norte?

—Para aprovechar el viento. No olvide que en aquella época no existían generadores de aire.

—Así pues, el túnel de ventilación debe de estar cerca del bosque —dijo Shaw.

—¡Oh, no, otro safari por la montaña! —se lamentó Burton-Angus.

—Ya veo que prefiere las recepciones de la embajada al trabajo duro —ironizó Shaw, al tiempo que tiraba la colilla de su cigarrillo al suelo—. No se preocupe. Yo iré.

Shaw se volvió y descendió entre los matorrales por la ladera. A pocos metros de la vía férrea secundaria, tropezó con la raíz de un árbol y cayó de espaldas al suelo.

Mientras trataba de incorporarse, vio la silueta de un hombre recortada contra el cielo y notó el frío cañón de un rifle contra su frente.

—Espero que usted sea el señor Shaw —dijo el desconocido que le apuntaba.

—Sí... soy Shaw —balbuceó con la voz entrecortada.

—Encantado de conocerle, señor Shaw —dijo retirando el rifle—. Permítame que le ayude.

—¿Teniente Macklin...?

—No, señor. Soy el sargento Bentley.

Bentley iba vestido con un uniforme militar de camuflaje. Una boina negra cubría su cabeza y tenía las manos y el rostro teñidos de betún.

En aquel momento otro hombre se acercó a ellos entre las sombras de la oscuridad.

—¿Algún problema, sargento? —preguntó.

—El señor Shaw ha sufrido un pequeño accidente.

Eso es todo.

—Usted debe de ser Macklin, ¿me equivoco? —inquirió Shaw.

—No, señor.

—Con este atuendo es difícil diferenciarles.

—Lo siento, señor.

—¿Han tenido un buen salto?

—Los quince miembros del comando están a su disposición, lo que personalmente considero que es todo un éxito teniendo en cuenta las condiciones de la operación.

—Necesito que busquen un túnel en la colina, indicios de excavaciones o cualquier depresión natural del terreno —dijo Shaw—. Empiecen rastreando la base y asciendan hasta la vertiente norte.

Macklin se dirigió a Bentley y ordenó:

—Sargento, reúna a los hombres y ponga manos a la obra.

—A la orden, señor —respondió Bentley.

—Me preguntaba... —dijo Macklin.

—¿Hay algún problema? —le interrumpió Shaw.

—Los americanos. ¿Cómo reaccionarán cuando descubran que un comando de paracaidistas de la armada británica ha invadido el estado de Nueva York?

—Es difícil de prever. No obstante, los americanos tienen un amplio sentido del humor.

—No creo que se echen a reír cuando abramos fuego contra ellos.

—¿Cuándo fue la última vez...? —murmuró Shaw como si pensara en voz alta.

—¿Se refiere a la última vez que los ingleses invadieron Estados Unidos?

—Sí, estaba pensando en algo así.

—Creo que fue a principios del siglo pasado —respondió Macklin—, cuando sir Edward Parkenham atacó Nueva Orleans.

—En esa ocasión perdimos la batalla.

—En efecto, sin embargo los yanquis montaron en cólera cuando quemamos Washington.

De pronto, los dos hombres guardaron silencio al escuchar el motor de un coche acercándose a la colina.

Shaw y Macklin se escondieron detrás de unos arbustos.

Desde su posición, observaron cómo el vehículo se detenía en un claro. Sin apagar las luces, un hombre bajó del coche y se encaminó hacia la colina.

Shaw se preguntó cuál sería su reacción cuando volviera a encontrarse cara a cara con Dirk Pitt. ¿Debía matarle personalmente u ordenar a Macklin y sus hombres que acabaran con él?

Pitt se detuvo y contempló la colina durante un minuto, como si la estuviera retando. Después se agachó, cogió una piedra, la lanzó con todas sus fuerzas y regresó al vehículo. Cuando éste se alejó, Shaw y Macklin salieron de su improvisado escondite.

—Por un momento, creí que me ordenaría que acabara con ese intruso —dijo Macklin.

—He de admitir que esa idea ha pasado por mi mente. Sin embargo, de haber atacado a ese hombre, hubiéramos mordido su anzuelo.

—¿Quién era?

—El enemigo —respondió Shaw.



Sarveaux se sentía satisfecho de compartir la velada con su esposa. Vestida con un elegante traje de noche de seda verde, Danielle estaba radiante. Llevaba el cabello recogido en un moño adornado con una guirnalda de flores y lucía una gargantilla de oro en el cuello. Las luces de las velas realzaban el esplendor de su belleza y el brillo de sus ojos.

Mientras una sirvienta recogía la mesa, Sarveaux tomó la mano de Danielle y la besó con ternura.

—¿De veras tienes que marcharte?

—Lo siento, querido —se disculpó, sirviéndole una copa de coñac—. Esta mañana he recibido una llamada de Vivonnes, informándome de que mi nuevo vestuario de otoño está a punto. Mañana por la mañana tengo una cita con ellos para escoger los últimos complementos.

—¿Por qué tienes que ir a Quebec cuando aquí, en Ottawa, dispones de excelentes modistos?

Danielle se esforzó en sonreír y mesó el cabello de su marido. Luego respondió:

—Porque los diseños de Quebec son mucho más modernos que los de Ottawa.

—Al parecer, no podemos estar ni un minuto a solas —se lamentó Sarveaux.

—No me extraña, estás muy ocupado gobernando el país...

—Es cierto, aunque debes admitir que, cuando consigo hacer un hueco en mi agenda para estar contigo, siempre tienes mejores cosas que hacer...

—¡Soy la esposa del primer ministro! —exclamó ella, sonriendo de nuevo—. No puedo dar la espalda a mis obligaciones de primera dama.

—Cancela tu cita y quédate conmigo —suplicó Sarveaux.

—Estoy segura de que no querrás que asista a las reuniones sociales vestida con harapos.

—¿Dónde pasarás la noche?

—Donde siempre lo hago cuando voy a Quebec: en casa de Nancy Sault.

—Preferiría que pasaras el día conmigo —insistió él.

—No ocurrirá nada, Charles —musitó Danielle, besándole la mejilla—. Estaré de vuelta mañana por la tarde.

—Te amo, Danielle —dijo Sarveaux—. Mi más preciado deseo es envejecer a tu lado.

Danielle se volvió y la única respuesta que Sarveaux obtuvo de ella fue el ruido de la puerta al cerrarse.

La casa de Quebec estaba a nombre de Nancy Sault, algo que incluso la propia Nancy desconocía.

Desde hacía años, la popular novelista canadiense vivía en Irlanda para evadir los impuestos. Sus visitas a sus amigos y parientes en Vancouver eran cada vez menos frecuentes, y no había puesto un pie en Quebec desde hacía veinte años.

Como siempre, Danielle representó su papel, lo que había llegado a convertirse para ella en una rutina. En cuanto el vehículo oficial la conducía a la casa de Nancy, un policía custodiaba la puerta principal. Luego recorría todas y cada una de las habitaciones, encendía las luces y conectaba la radio para asegurarse de que el oficial de guardia se convencía de que se encontraba en la casa. A continuación, se dirigía al dormitorio principal y abría un armario en el que, oculta tras la ropa, había una puerta secreta que conducía al garaje del edificio contiguo.

Como de costumbre, sentado al volante de su Mercedes, la esperaba puntualmente Henri Villon. Tras abrir la portezuela, Danielle se sentó en el asiento delantero y su amante la besó.

—Espero que se trate de algo importante —dijo Villon con acritud—. En las circunstancias actuales nuestros encuentros furtivos resultan bastante peligrosos.

—Es increíble que seas el mismo hombre que solía hacerme el amor apasionadamente en la mansión del primer ministro —comentó Danielle, consciente de que su relación ya no era tan intensa como al principio.

—Por aquel entonces no estaba a punto de ser elegido presidente de Quebec —dijo Villon y luego preguntó—: ¿Vamos a algún sitio en particular?

—No, límitate a conducir.

Pulsando un botón, Villon abrió la puerta automática del garaje y el Mercedes subió por la rampa. Segundos más tarde, el vehículo avanzó por las desiertas calles de la ciudad, hasta sumarse a la cola de los coches que aguardaban para embarcarse en el transbordador que cruzaba el río. Ambos se mantuvieron en silencio hasta que Villon detuvo el Mercedes junto a la proa del transbordador, desde donde contemplaron las diminutas luces de las diferentes embarcaciones que navegaban por el río St. Lawrence.

—Creo que estamos en crisis —dijo Danielle finalmente.

—¿Te refieres a nosotros o a Quebec?

—A los tres.

—Pareces decepcionada.

—Lo estoy —respondió Danielle—. Charles va a dimitir de su cargo de primer ministro de Canadá para presentarse a candidato de la presidencia de Quebec.

Villon volvió la cabeza y la miró fijamente.

—Repite lo que acabas de decir.

—Mi marido va a anunciar en breve su candidatura a la presidencia de Quebec.

Villon hizo un gesto de negación y exclamó:

—¡No puedo creer que me haga una cosa así! Es la idea más absurda que jamás

he oído. ¿Por qué iba a cometer semejante estupidez?

—Me temo que lo hace por mero rencor.

—¿Hasta tal punto me odia?

—Juraría que sospecha de nosotros. Quizá quiera vengarse...

—Eso es absurdo —repuso Villon—. Charles jamás reaccionaría como un adolescente.

—Siempre he sido muy discreta. Es posible que alguna vez me haya seguido. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido descubrirlo?

—Porque yo se lo dije —respondió Villon, lanzando una carcajada.

—¡No puedo creerlo...! —exclamó Danielle, exasperada.

—¡Al diablo con ese estúpido bastardo! Dejemos que se hunda en su propia miseria. Es imposible que el arrogante de tu marido gane las elecciones. Charles Sarveaux cuenta con muy pocos amigos en el Partido Quebequés.

Casi todos me apoyan a mí.

Cuando el transbordador se encontraba a unos cien metros de la orilla, un hombre bajó de su coche y se encaminó lentamente hacia el Mercedes de Villon. Al llegar, abrió la portezuela de atrás y se sentó en el asiento.

—Madame Sarveaux, monsieur Villon... buenas noches —saludó.

La confusión inicial de Danielle y Villon se convirtió en pavor cuando vieron que el desconocido les apuntaba con una Magnum 44.

Al volver la cabeza, Villon se quedó perplejo. El hombre sentado en el asiento trasero de su coche era su viva imagen. De no haber sido por el contacto del cañón de la Magnum sobre su mejilla, Danielle hubiera lanzado un grito de histeria.

—Le aseguro que no tengo prejuicios a la hora de golpear a las mujeres, así que, por favor, tranquilícese y no oponga resistencia alguna.

Aquel hombre, además de ser el doble de Villon, imitaba su voz a la perfección.

—¿Quién diablos es usted? ¿Qué se propone? —preguntó Villon.

—Me siento orgulloso de que no me reconozca bajo este disfraz —dijo el hombre con desdén—. Soy Foss Gly, y he venido a matarles.

Una ligera llovizna empezó a caer y Villon conectó los limpiaparabrisas, mientras notaba que Gly apoyaba el cañón de la Magnum en su nuca.

Desde que abandonaron el transbordador, Danielle había permanecido en silencio. Su aspecto era el de una mujer inmersa en una terrible pesadilla.

Todas las preguntas y súplicas de Villon fueron inútiles. Gly sólo habló para indicarle la dirección que debía seguir. Una hora más tarde, se adentraron en una zona rural casi desierta. Villon no tenía más remedio que obedecer las órdenes de Gly. Su única esperanza era llamar la atención de algún motorista o toparse con una patrulla de carreteras.

—Más despacio... —le ordenó Gly—. Dentro de unos metros gira a la izquierda y sigue por el camino vecinal.

Tras asentir con la cabeza, Villon abandonó la carretera principal y se adentró por un camino sin asfaltar.

—Creí que estabas muerto —dijo Villon, tratando de entablar conversación con Gly, pero éste no respondió—.

El agente Brian Shaw me comentó que te habías estrellado en un avión.

—¿Mencionó que jamás hallaron mi cuerpo? Por fin había conseguido que Gly rompiera su silencio.

—Sólo dijo que hubo una gran explosión...

—En efecto, la hubo, pero salté antes de que mi avión se estrellara contra un carguero japonés.

—¿Por qué llevas ese disfraz?

—¿No resulta obvio? Después de que mueras, te suplantaré. Yo seré el nuevo presidente de Quebec.

Villon tardó cinco segundos en comprender lo que Gly se proponía.

—¡En el nombre de Dios, esto es una locura! —exclamó.

—¿Locura? Lo dudo. Diría más bien que se trata de un plan genial.

—Jamás lo conseguirás. Alguien acabará descubriéndote.

—Te equivocas. Hasta el momento, nadie lo ha hecho —señaló Gly con orgullo—. ¿Cómo diablos crees que entré en la mansión de Jules Guerrier, saludé a su guardaespaldas, subí a su habitación y le maté...? Me he sentado a la mesa de tu despacho, he conocido a la mayoría de tus amigos, he discutido de temas políticos con Charles Sarveaux y he hecho varias apariciones en el Parlamento. Ah, por cierto, quizá te interese saber que he hecho el amor a tu esposa y a tu amante, aquí presente.

—¡Es mentira...! —exclamó Villon—. ¡Mi mujer no...!

—Sí, Henri, es cierto. Incluso puedo describir su anatomía empezando por...

—¡No! —gritó Villon, frenando en seco y girando el volante hacia la derecha.

El Mercedes derrapó, pero Gly se mantuvo firme en su posición. De pronto, apretó el gatillo de su pistola y una bala atravesó la clavícula de Villon antes de impactar en la luna del parabrisas.

Villon soltó el volante y el vehículo fue a parar a la cuneta. Luego Gly bajó y, tras abrir la portezuela, empujó a Villon y se sentó en el asiento del conductor.

—¡A partir de ahora, conduciré yo! —exclamó y colocó el cañón de la pistola bajo la axila de Villon—. No vuelvas a intentarlo, o la próxima vez...

Gly hizo una maniobra y el coche volvió a la carretera. Tras recorrer un kilómetro, los focos del Mercedes iluminaron una excavadora estacionada fuera del camino. Junto a ésta, había una zanja de tres metros de profundidad por cuatro de ancho. Al pasar junto a ella, Danielle vio un enorme camión hormigonera justo al lado.

Gly condujo el coche hasta el borde de la zanja y, sin pensarlo dos veces, lo hizo descender por una improvisada rampa de metal. A continuación, sacó un par de esposas del bolsillo de su abrigo e inmovilizó a Villon y Danielle.

—¿Qué está haciendo? —balbuceó ella, horrorizada.

—Me estoy asegurando de que vuestro amor sea eterno —ironizó Gly.

—No hay razón alguna para matarla a ella —farfulló Villon—. ¡Por el amor de Dios, deja que se vaya!

—Lo siento —dijo Gly—. Ella forma parte del negocio.

—¿De qué negocio estás hablando?

Gly no respondió a la pregunta de Villon, limitándose a bajar del coche, salir de la zanja y desaparecer en la oscuridad de la noche. Al cabo de unos minutos, Danielle y Villon escucharon el zumbido de un motor diesel y, un instante después, vieron cómo la hormigonera se acercaba a la boca de la fosa.

—¡Oh, Dios mío, nos va a enterrar vivos...! —gritó Danielle al contemplar que una avalancha de hormigón se precipitaba sobre el techo del Mercedes—. ¡Henri, no me dejes morir así! —exclamó, mientras trataba de liberarse de las esposas.

Villon no parecía prestarle atención. Era consciente de que su fin estaba próximo, la suerte le había abandonado.

—Qué cruel ironía —susurró— que el último hombre que muera por la libertad de Quebec sea yo.

El Mercedes no tardó en quedar casi cubierto de hormigón. Sin embargo, una parte del parabrisas todavía era visible. En aquel momento la silueta de un hombre que no era Foss Gly se acercó al borde de la zanja y miró hacia abajo. Su rostro parecía estar sumido en un profundo dolor y las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Por un breve instante, Danielle le miró perpleja. Su rostro palideció y trató de tender la mano hacia el parabrisas en un gesto de súplica. Luego clavó su mirada en él y balbuceó antes de morir:

—Perdóname...

Cuando la zanja quedó completamente cubierta, Charles Sarveaux se volvió y se alejó del lugar.

El aeródromo del lago St. Joseph, situado entre las montañas del noroeste de la ciudad de Quebec, era una de las bases de la fuerza aérea canadiense clausurada debido al recorte de los presupuestos del gobierno. No obstante, el ejército seguía utilizándola en casos de emergencia.

El avión de Henri Villon se encontraba frente a uno de los hangares. Un camión cisterna estaba aparcado junto al reactor y un hombre, ataviado con una gabardina, revisaba el aparato antes de que éste emprendiera el vuelo. Desde la ventana de la oficina del hangar, Charles Sarveaux y el comisario Finn contemplaban los preparativos.

Tumbado en un sofá, con las manos tras la nuca y una expresión de plena satisfacción en el rostro, Foss Gly tenía la mirada perdida en las vigas de acero que sostenían el techo del edificio.

Tras saltar al suelo desde una de las alas del avión, el piloto corrió hacia el hangar y asomó la cabeza por la puerta de la oficina.

—Cuando quieras, Gly. Todo está a punto...

Gly se incorporó y dirigiéndose al piloto le preguntó:

—¿Algo sospechoso...?

—Está limpio. He inspeccionado todos los sistemas, incluso los depósitos de gasóleo y aceite.

—Perfecto, pon en marcha los motores.

El piloto asintió con la cabeza y corrió de vuelta al avión bajo una ligera llovizna.

—Bueno, caballeros —dijo Gly—, supongo que ha llegado el momento de despedirnos...

Sarveaux hizo una señal al comisario Finn y éste depositó sobre la mesa dos maletas.

—Treinta jugosos millones de dólares canadienses...

—dijo Finn tras abrirlas.

Gly sacó de su bolsillo un monóculo y, tras ajustado en su ojo derecho, pasó diez minutos analizando la calidad de los billetes.

—Al parecer, no bromeaba cuando dijo que los billetes eran jugosos. Incluso se puede leer el número de serie. —Gly se acercó a Sarveaux y le tendió la mano. Luego dijo—: Es un verdadero placer negociar con usted, primer ministro.

Sarveaux rehusó estrechar su mano y comentó:

—Me alegro de haber descubierto a tiempo su plan.

Gly se encogió de hombros y se metió la mano en el bolsillo.

—Nunca lo sabremos. Quizá hubiera sido mejor presidente que Villon.

—He tenido suerte de impedírselo —insistió Sarveaux—.

Si el comisario Finn no hubiera conocido el paradero exacto del verdadero Villon, cuando usted entró en mi despacho jamás lo hubiéramos atrapado. Personalmente lo único que lamento es no verle colgado en la horca.

—Estoy seguro de ello. Por eso decidí guardar un as en la manga —dijo Gly con arrogancia—. Como por ejemplo, un diario de mis trabajos para la Sociedad Libre de Quebec, grabaciones de mis conversaciones con Villon y cintas de vídeo de su esposa en la cama con el ministro de Interior. Si esta información viera la luz, sin duda se produciría el mayor escándalo del siglo. Yo diría que es un trato justo.

—¿Cuándo ostrará en mi poder? —inquirió Sarveaux, impaciente.

—Más adelante, después de que yo haya abandonado el país, recibirá la dirección exacta donde podrá hallar el material.

—¿Qué garantías tengo de ello? ¿Cómo puedo saber que no intentará chantajearme?

—Ninguna —respondió Gly fríamente.

—Es usted un hombre despreciable —dijo Sarveaux, enfurecido—; la mayor escoria del planeta.

—¿Acaso se considera mejor que yo? Tras su aparente santidad, se oculta un hombre ambicioso que tuvo la sangre fría de contemplar cómo su más directo rival político y su esposa morían. Para colmo, paga el trabajo sucio con los fondos del gobierno. Es usted peor que yo, Sarveaux. Así que será mejor que guarde los insultos y los sermones para usted mismo.

Sarveaux, a punto de perder los nervios, señaló hacia la puerta y exclamó:

—¡Salga de aquí! ¡Lárguese de Canadá y no vuelva jamás!

—Será un placer.

—Adiós, señor Gly. Quizá volvamos a encontrarnos en el infierno.

—¿Dónde cree que estamos? —farfulló Gly y, tras cerrar las maletas, salió de la oficina del hangar para dirigirse al avión. Mientras el piloto realizaba las maniobras de despegue, se sentó en el sofá del compartimiento privado de Villon y se sirvió una copa. «No está mal —pensó—. Treinta millones y un avión privado. No hay nada como una salida triunfal.»

De pronto, sonó el teléfono y Gly descolgó el auricular.

—Todo listo para el despegue —le informó el piloto—.

¿Podrías darme las instrucciones de vuelo?

—Sigue la ruta sur hacia Estados Unidos. Vuela bajo para evitar los radares. A mil seiscientos kilómetros de la frontera cambia el rumbo y dirígete a Montserrat.

—Nunca había oído hablar de ese lugar.

—Es una isla de las Antillas situada al sudeste de Puerto Rico. Despiértame cuando llegemos allí.



—Que tenga dulces sueños, jefe.

Gly saboreó su copa sin preocuparse de abrocharse el cinturón de seguridad. En aquel momento se sentía un ser inmortal. A través de la ventanilla, vio a contraluz las siluetas de Sarveaux y Finn, de pie junto al hangar.

Pensó que Charles Sarveaux estaba loco. Si él hubiera estado en la piel del primer ministro, hubiera colocado una bomba en el avión o quizá ordenado a las fuerzas aéreas que les abatieran en el aire. Aunque no podía descartar la última posibilidad, sabía que no había bomba alguna en el avión, pues el piloto lo había registrado de arriba abajo.

Mientras el aparato despegaba, Sarveaux miró a Finn y preguntó:

—¿Cómo ocurrirá?

—Cuando el piloto automático sea conectado, el avión empezará a ascender gradualmente. Los altímetros han sido manipulados para que no registren una altitud superior a tres mil metros. Los sistemas de presurización y oxígeno no funcionarán. Cuando el piloto advierta que algo va mal, será demasiado tarde.

—¿Podría desconectar el piloto automático?

—Imposible, nos hemos asegurado de ello.

—Así pues, morirán asfixiados, ¿verdad?

—Sí, y lo más probable es que caigan en medio del océano cuando se les agote el combustible.

—¿Significa eso que podrían estrellarse en tierra?

—Esa posibilidad también ha sido tenida en cuenta —explicó Finn—. Puesto que Gly pretenderá alejarse lo más posible antes de aterrizar, las probabilidades de que el avión se precipite en el océano son muy altas.

—¿Ha preparado los comunicados de prensa?

—Están redactados y en espera de ser enviados a las agencias de información.

El comisario Finn abrió un paraguas y ambos se encaminaron a la limusina del primer ministro.

Una vez en el interior del vehículo, Sarveaux dirigió su mirada hacia el cielo para contemplar la última estela visible dibujada en el aire por el avión de Gly. Luego comentó:

—Es una lástima que Gly muera sin ser consciente de que se pasó de listo.

A la mañana siguiente, las agencias nacionales e internacionales de información recibieron el siguiente comunicado:

*OTTAWA, 6/10 (Urgente). El avión en que viajaban Danielle Sarveaux y Henri Villon se estrelló esta madrugada en el océano Atlántico a 320 kilómetros al noroeste de Cayenne, Guayana francesa.*

*El candidato presidencial de la nueva nación de Quebec pilotaba su propio avión*

*y madame Sarveaux era el único pasajero a bordo. Al parecer, su destino inicial era la ciudad de Quebec, pero cuando el reactor Albatros se disponía a iniciar la maniobra de aterrizaje, perdió todo contacto con los controladores aéreos canadienses. Hasta que un Concorde de Air France informó de haber detectado la presencia de un reactor volando sin rumbo fijo a dieciséis mil metros de altitud —dos mil quinientos metros por encima de la altitud máxima— los controladores no supieron que el avión se había internado en el espacio aéreo de Estados Unidos.*

*El teniente Arthur Hancock, piloto militar destinado al portaaviones de la armada estadounidense Kitty Hawk, fue el primero en avistar al Albatros y a su piloto tratando de controlar el aparato. El teniente siguió al Albatros hasta que, tras entrar en barrena, se precipitó al océano.*

*Ian Stone, portavoz de la autoridad aérea canadiense, manifestó: «Todavía no contamos con datos suficientes para confirmar la causa del accidente. La única hipótesis que parece tener cierto sentido es que madame Sarveaux y el señor Villon perdieron el conocimiento a causa de la falta de oxígeno y que el avión, que volaba con el piloto automático, se desvió cinco mil kilómetros de su rumbo antes de agotar su combustible.» Tras la pertinente operación de rescate, no se ha hallado resto alguno del avión siniestrado y de sus ocupantes.*

*El primer ministro, Charles Sarveaux, permanece recluido en su mansión y todavía no ha realizado ninguna declaración.*

Aquella mañana, el valle del Hudson había amanecido cubierto por una densa neblina. En la ladera opuesta a la entrada de la cantera, Pitt había instalado un improvisado cuartel general en una caravana, que le había prestado un granjero de la zona. Irónicamente, ni él ni Shaw conocían la localización exacta del otro aunque, en realidad, sólo les separaban dos kilómetros de bosque.

Saturado de café, Pitt se sentía aturdido de no haber dormido durante días. Ardía en deseos de saborear una buena copa de coñac, pero sabía que, en aquellas circunstancias, habría sido un error. Ante la importante operación que estaba a punto de iniciarse, no podía permitirse el lujo de perder la lucidez.

De pie en la puerta de la caravana, contempló cómo Nicholas Riley y el equipo de inmersión del *De Soto* descargaban su equipamiento, mientras Glen Chase y Al Giordino sostenían un pesado soplete oxiacetilénico para arrancar de la pared rocosa una reja de hierro.

—Tengo mis dudas de que tras esta reja se encuentre la entrada de un pozo minero —dijo Jerry Lubin—. Sin embargo, apostaría a que es el lugar idóneo para empezar.

Lubin, experto ingeniero de minas de la Agencia Federal de Energía, había llegado hacía pocas horas de Washington acompañado por el almirante Sandecker.

Era un tipo de baja estatura, prominente nariz y un peculiar e irónico sentido del humor.

—Alguien trabajó duro para borrar cualquier indicio que condujera hasta la cantera —dijo Lubin, echando un vistazo al terreno.

—Fue el granjero que compró las tierras —intervino Heidi, que estaba sentada en una roca.

—¿Cómo diablos lo han averiguado?

—La editora de un periódico local tuvo la amabilidad de levantarse de la cama para acompañarme a la redacción y mostrarme sus viejos archivos. Según he podido averiguar, hace treinta años tres submarinistas se metieron en un pozo subterráneo completamente inundado de agua. Los cuerpos de dos de ellos jamás fueron hallados. Ante semejante tragedia, el granjero decidió sellar la entrada del pozo para evitar que volviera a ocurrir algo semejante.

—¿Hay noticias de algún derrumbamiento? —preguntó Pitt.

—Lo siento, pero todos los archivos anteriores a mil novecientos cuarenta y seis fueron destruidos por un incendio.

Sandecker se mesó la barba con gesto pensativo.

—Me pregunto hasta dónde llegaron esos pobres bastardos antes de morir ahogados en ese maldito pozo...

—Lo más probable es que descendieran hasta el fondo de la cantera y se quedaran sin oxígeno —especuló Pitt.

—Pero entonces, debieron de ver lo que hay en su interior —intervino Heidi.

Sandecker miró fijamente a Pitt con gesto de preocupación y dijo:

—No permitiré que cometas el mismo error.

—No se preocupe, jefe, esos hombres eran unos aficionados, no contaban con el moderno equipamiento de la NUMA.

—Me sentiría mucho más tranquilo si hubiera un modo mejor de entrar en esa cantera —insistió el almirante.

—La salida de aire podría ser una posibilidad —intervino Lubin.

—¡Por supuesto! —exclamó Sandecker—. Toda mina subterránea necesita un túnel de ventilación.

—No lo había mencionado antes porque tardaríamos siglos en encontrarlo en medio de esta niebla. Además, cuando una mina es clausurada, se suele sellar el túnel de ventilación.

—Tengo el presentimiento de que nuestro querido amigo Brian Shaw debe de haber pensado en lo mismo —dijo Pitt.

—¿Quién es Brian Shaw? —preguntó Lubin.

—Un inteligente competidor y enemigo —respondió Pitt—. Shaw tiene tanto o más interés en penetrar en esta cantera como yo mismo.

Lubin se encogió de hombros y comentó:

—En tal caso, no le envidio. Practicar un agujero en un túnel sellado por profesionales es un trabajo de perros...

De haber escuchado el comentario de Lubin, los ingleses no habrían dudado en darle la razón.

Trabajando sin tregua durante toda la noche, los hombres del teniente Macklin habían dado con el túnel de ventilación. La galería era tan estrecha que sólo podía trabajar en ella un hombre, sustituido por otro cuando caía agotado por el esfuerzo infrahumano de cavar y apuntalar el túnel para evitar que se derrumbara.

—¿A qué profundidad nos encontramos? —preguntó Macklin.

—A unos doce metros —respondió Caldweiler.

—¿Cuánto calcula que debemos seguir cavando?

El galés frunció el entrecejo y contestó:

—Creo que la galería principal debe de encontrarse a unos treinta metros de profundidad.

—Espero que esté en lo cierto —dijo Macklin—. A este ritmo, mis hombres no aguantarán mucho tiempo.

—¿Algún rastro de los americanos? —inquirió Shaw.

—Hemos oído los motores de algunos vehículos al otro lado de la colina.

Shaw encendió el último de sus cigarrillos.

—Debía haber previsto que no tardarían en instalarse cerca de aquí.

—No se preocupe, señor. Cuando aparezcan, estaremos preparados para darles la bienvenida —dijo Macklin.

—He oído que las prisiones americanas están abarrotadas —comentó Caldweiler—. No me gustaría pasar el resto de mi vida en una de ellas.

—Un hombre experto en túneles no debería preocuparse. Saldría de allí en cuestión de semanas —bromeó Shaw.

Caldweiler vació la chimenea de su pipa y dijo:

—No hay nada como tomarse las cosas con humor aunque, pensándolo bien, todavía no comprendo qué diablos hago aquí.

—Como todos nosotros, es usted voluntario —intervino Macklin.

Shaw dio una calada al cigarrillo y comentó:

—Si viven lo suficiente para regresar a Inglaterra, el primer ministro les concederá la medalla del honor.

—¿Y todo esto sólo para encontrar un viejo y amarillento pedazo de papel?

—Ese pedazo de papel es mucho más importante de lo que imagina —dijo Shaw.

—Después de todos nuestros esfuerzos, espero que así sea —agregó Caldweiler.

Un pequeño convoy de vehículos blindados se detuvo al pie de la colina. Un oficial, vestido con uniforme de campaña, dio una orden y un destacamento de marines equipados con armas automáticas, bajaron de los vehículos y se alinearon.

El oficial al mando se dirigió al almirante Sandecker.

—Se presenta el teniente Sánchez, del tercer batallón de marines, fuerzas especiales de reconocimiento. A sus órdenes, almirante Sandecker.

—Bienvenido, teniente —le saludó Sandecker—. ¿Con cuántos hombres cuenta?

—Contándome a mí, somos cuarenta. En total, tres pelotones.

—Quiero que uno de sus pelotones acordone la zona —ordenó Sandecker— y que los otros dos patrullen los bosques alrededor de la colina.

—A sus órdenes, señor.

—Por cierto, teniente Sánchez, no sabemos a qué nos enfrentamos. Comunique a sus hombres que estén alerta.

Sandecker giró sobre sus talones y caminó hasta la boca del supuesto pozo para reunirse con Pitt y los demás, que contemplaban aquella siniestra entrada como si se tratara de la mismísima puerta del infierno.

Equipado con un traje de submarinista, tras comprobar el arnés que sujetaba la botella de oxígeno, Pitt se dirigió a Riley y al equipo de inmersión del *De Soto* y dijo:

—Manos a la obra, chicos. Ha llegado el momento de la ronda nocturna...

Sandecker le miró y preguntó:

—¿Una «ronda nocturna»?

—Un viejo término, empleado por los arqueólogos, que significa explorar las oscuras profundidades de las cuevas subterráneas.

—Id con cuidado y no corráis riesgos innecesarios...

—Cruza los dedos y deséanos suerte. Esta vez daremos con el tratado.

—Si Shaw no se nos ha adelantado...

—No descarto la posibilidad... —murmuró Pitt y, sin pensarlo dos veces, se adentró en la oscuridad del pozo.

El viejo pozo minero se adentraba hasta las entrañas de la colina. En sus paredes de dos metros de altura se apreciaban las marcas de los picos. La atmósfera, llena de humedad, parecía la de un mausoleo abandonado y un fuerte hedor a cerrado impregnaba el ambiente. Tras recorrer veinte metros en línea recta, el angosto pasaje se desviaba hacia un lado y, de pronto, las luces del exterior desaparecieron.

Tras encender las linternas, Pitt, seguido de Riley y otros tres hombres, siguieron avanzando mientras escuchaban el eco de sus pisadas.

Al pasar junto a una vagoneta, cuyas ruedas oxidadas de acero todavía reposaban sobre unos viejos raíles, vieron varios picos y palas apoyadas en la pared, como si esperaran que las callosas manos de los mineros volvieran a utilizarlas.

Unos metros más allá, el túnel estaba bloqueado por un montón de rocas desprendidas del techo. Tardaron veinte minutos en retirarlas para poder seguir adelante.

Mientras avanzaban, no podían evitar mirar hacia el techo apuntalado con maderos. Aunque todos temían acabar sepultados bajo varias toneladas de roca, nadie hizo comentario alguno y siguieron caminando, hasta que, al cabo de unos minutos, advirtieron que en el suelo había agua. Cuando el nivel del agua alcanzó sus rodillas, Pitt volvió la cabeza e hizo un gesto a sus hombres de que se detuvieran. Luego dijo:

—El nivel del agua no tardará en subir. Creo que será mejor que el equipo de seguridad se instale aquí.

Riley asintió con la cabeza y ordenó a los tres submarinistas que les esperaran allí con los equipos de reserva.

Después de que Pitt y Riley cambiaran sus botas por unas zapatillas de goma, reemprendieron la marcha tirando de un carrete de cuerda fluorescente para no extraviarse.

Cuando el agua les llegó a la altura de la cintura, se ajustaron las gafas de submarinismo y se llevaron a la boca el tubo de oxígeno antes de sumergirse.

El agua era turbia y estaba muy fría, aunque la visibilidad era superior a la que esperaban. Pitt tuvo una extraña sensación al ver algo parecido a una salamandra que, adaptándose al medio, había prescindido de glóbulos oculares, y se maravilló de que en aquella tumba subterránea pudieran existir formas de vida.

Al cabo de diez minutos, se detuvieron y comprobaron por los indicadores de profundidad que se encontraban a treinta y dos metros de la superficie. El pozo parecía estrecharse como un embudo y Pitt miró a Riley para asegurarse de que todo iba bien. El jefe de submarinistas del *De Soto* asintió con la cabeza e hizo un gesto a Pitt de que siguiera adelante.

Sorprendentemente el pozo se ensanchó. Por fin parecía que habían alcanzado

una de las galerías de la cantera, pues las paredes eran de piedra caliza. Al comprobar que el nivel de profundidad era menor, Pitt dirigió su linterna hacia arriba y el haz de luz iluminó el techo, lleno de estalactitas. Como un fantasma, Pitt ascendió hasta sacar la cabeza fuera del agua y vio que se encontraban en una enorme cámara abovedada, cuyo bajo techo quedaba a escasos centímetros de su rostro.

De inmediato, trató de advertir a Riley, pero éste emergió del agua con tanta fuerza, que su cabeza impactó contra una estalactita.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Riley—. ¿Por qué no hay luz...?

—Has chocado contra una estalactita —respondió Pitt—. Tu linterna se ha roto y yo he perdido la mía.

—¡Estoy ciego! —exclamó Riley, horrorizado.

—Vamos, Riley, volverás a ver el sol —dijo Pitt, ajustándole de nuevo las gafas, maltrechas a causa del golpe.

—¿Por qué tendré tan mala suerte...?

—Deja de compadecerte. Podría haber sido mucho peor.

—Supongo que, dadas las circunstancias, deberíamos regresar —comentó Riley.

—Vete tú. Yo sigo adelante.

—¿Has comprobado tu nivel de oxígeno?

—Tendré suficiente. No te preocupes.

—No seas estúpido. Regresa conmigo.

Pitt ató la cuerda de seguridad alrededor de una estalactita e indicó a Riley:

—Sigue la cuerda y procura no romperte la cabeza.

—Eres un insensato. ¿Qué se supone que debo decirle al almirante? —preguntó Riley y, antes de que Pitt respondiera, agregó—: El viejo me castrará cuando sepa que te he dejado solo aquí abajo.

—Dije que tenía que coger un tren —bromeó Pitt.

El cabo Richard Wilapa se sentía como en su propia casa mientras caminaba por los frondosos bosques del valle del Hudson. Descendiente directo de los indios chinok del noroeste del Pacífico, había pasado la mayor parte de su juventud en los bosques del estado de Washington.

Su experiencia como explorador le hizo advertir de inmediato las huellas recientes de un hombre en el suelo. Debía de tratarse de un tipo de baja estatura, que calzaba unas botas de combate similares a las suyas. Asimismo, dedujo que no hacía ni media hora que había pasado por allí.

Al escuchar el crujido de unas ramas, Wilapa se volvió y echó un vistazo alrededor, pero no vio a ningún compañero de su pelotón. Su sargento le había ordenado adelantarse para rastrear la zona.

Caminando con sigilo, Wilapa se detuvo frente a un árbol y trepó por él. Desde allí, distinguió con claridad el perfil de un hombre.



—¡Alto! —gritó Wilapa—. ¡Sal con las manos en alto!

La respuesta del desconocido no se hizo esperar y abrió fuego contra él.

—¡Dios mío...! —balbuceó, perplejo.

De inmediato, Wilapa retiró el seguro de su arma y disparó.

Los disparos resonaron en todo el valle.

Alertado, el teniente Sánchez conectó su radio de campaña.

—Sargento Ryan, ¿me recibe?

—Aquí Ryan, señor.

—¿Qué diablos está ocurriendo?

—¡Nos hemos metido en la boca del lobo! ¡Estamos en medio de una auténtica batalla! ¡Tengo tres heridos, señor!

Sánchez se quedó perplejo al escuchar aquellas noticias y preguntó:

—¿Quién coño os está disparando?

—Le aseguro que no son granjeros. Nos enfrentamos a un grupo de élite.

—¡Explíquese, maldita sea! —ordenó el teniente.

—Nos disparan con rifles de asalto y le juro que esos bastardos saben cómo usarlos...

—Esos yanquis no son unos aficionados —exclamó Macklin—. Tratan de ganar tiempo para contraatacar.

—Cuanto más esperen, mejor —dijo Shaw que, junto a Caldweiler, observaba los trabajos de excavación. Luego preguntó—: ¿Cómo va eso?

—Cuando lleguemos, será el primero en saberlo —gruñó Caldweiler—. Por el momento, sólo puedo decirle que casi hemos alcanzado veinte metros de profundidad. Será mejor que descanse un rato.

Shaw miró al galés con acritud y se acercó a Burton Angus que, atrincherado en una pequeña depresión de la colina, parecía divertirse respondiendo a los disparos del enemigo.

—¿Ha alcanzado a alguno? —inquirió Shaw.

—Esos tipos son muy escurridizos —respondió Burton-Angus—. Aprendieron la lección en Vietnam.

Tras pronunciar estas palabras, Burton-Angus se levantó y disparó de nuevo. De pronto, ante la mirada perpleja de Shaw, una lluvia de balas alcanzaron el pecho del teniente, que se desplomó en el suelo.

—Mala suerte... —farfulló, mirando a Shaw a los ojos—. Morir en suelo americano... ¿Quién lo hubiera creído...? —se preguntó antes de cerrar los ojos para siempre.

El sargento Bentley abandonó su refugio en unos matorrales para dirigirse a la trinchera donde yacía Burton-Angus.

—Están muriendo demasiados hombres buenos —dijo a Shaw. A continuación la

expresión de su rostro se endureció y, apuntando su rifle semiautomático hacia el bosque, disparó seis ráfagas.

A unos metros delante de él, contempló con satisfacción cómo el cuerpo de un marine caía desde lo alto de un árbol.

El cabo Richard Wilapa jamás volvería a caminar por los bosques de su tierra natal.

Poco después de que el tiroteo cesara, el almirante Sandecker envió una llamada radiofónica de emergencia a los hospitales locales, que respondieron casi de inmediato. En cuanto se escucharon las primeras sirenas de ambulancia aproximándose a la zona, los heridos empezaron a descender por la colina.

Con los ojos llenos de lágrimas, Heidi les prestó los primeros auxilios. Se sentía profundamente apenada porque en los joviales rostros de aquellos muchachos heridos —la mayoría no tenían más de veinte años de edad— podía apreciarse el miedo y el pavor. Sin duda ninguno de ellos había imaginado que algún día morirían en territorio propio, a manos de un enemigo que ni siquiera conocían.

En aquel momento, Heidi miró a la entrada del túnel y vio cómo Riley, ayudado por dos miembros del equipo de submarinistas, salía del interior con el rostro ensangrentado. Una extraña sensación de terror la invadió al ver que Pitt no estaba con ellos.

«Dios mío —pensó—. Ha muerto...»

—¿Dónde está Pitt? —inquirió Sandecker, impaciente.

—Sigue allí abajo —balbuceó Riley—. Se negó a regresar. Lo intenté, almirante. Le juro por Dios que traté de disuadirle, pero no me escuchó.

—Conociéndole, no esperaba menos de él.

—Pitt no es la clase de hombre que abandona fácilmente —intervino Giordino.

—Me dio un mensaje para usted, almirante.

—¿Un mensaje...?

—Así es. Dijo que le comunicara que tenía que coger un tren.

—Quizá en estos momentos se encuentre en la galería principal —comentó Giordino, esperanzado.

—Lo dudo —replicó Riley—. No le quedaba demasiado oxígeno...

Morir en la oscuridad de una caverna era lo último en lo que cualquier hombre pensaba. La idea era demasiado aterradora. Quizá por ello, la mente de Pitt se obstinaba en desterrar tales pensamientos. Su instinto de supervivencia le impulsaba a seguir adelante, tratando de mantener la calma. Sin embargo, el indicador de la presión de oxígeno señalaba que casi se había agotado. ¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que se agotara por completo?

Tras recuperar su linterna, avanzó en la penumbra con la extraña sensación de que la fuerza de la gravedad había desaparecido. De pronto, el haz de luz de su linterna iluminó una bifurcación. Consciente de que no podía perder tiempo tomando una decisión, se internó en el túnel de la izquierda. En aquel momento, le pareció ver a un buzo tumbado en el fondo. Pitt se acercó a él y al iluminar su rostro retrocedió horrorizado al ver, bajo el cristal de sus gafas, una calavera. Sin duda se trataba de

uno de los submarinistas extraviados de los que Heidi había hablado. Sin saberlo, aquel pobre hombre le había salvado la vida, pues de inmediato, Pitt dedujo que aquel túnel no tenía salida. Así pues, nadó en dirección contraria hasta alcanzar la bifurcación e internarse en el corredor de la derecha.

Tras comprobar de nuevo el indicador de oxígeno comprendió que tan sólo le quedaban unos segundos.

Trató de contener la respiración, pero empezaba a sentirse mareado. Tenía la boca seca y sentía escalofríos.

Había permanecido demasiado tiempo bajo las gélidas aguas y no tardó en adivinar que estaba sufriendo los primeros síntomas de una hipotermia.

Tras inhalar la última bocanada de oxígeno, se desprendió de las botellas. No sintió dolor cuando sus rodillas flaquearon. Sabía que le quedaba un minuto de vida y, de pronto, recordó la horrible imagen del submarinista atrapado en el otro corredor.

Aunque sintió una punzada de dolor en los pulmones, Pitt siguió nadando hacia adelante. Estaba dispuesto a no detenerse hasta que sus funciones vitales cesaran.

A punto de perder el conocimiento, vio el destello de un objeto brillante situado al final del corredor. Parecía estar a kilómetros de distancia. Pitt trató de nadar, pero las fuerzas le fallaron. Había agotado todo el oxígeno de sus pulmones. Su ronda nocturna había concluido.

Lenta pero implacablemente la red se estrechaba mientras las reducidas fuerzas de Macklin seguían luchando. El sol había desvanecido la niebla y ahora podían distinguir, al igual que el enemigo, sus objetivos con claridad. Aunque los ingleses no parecían amedrentarse, eran conscientes de sus escasas posibilidades de escapar.

Macklin, con una herida en el brazo, se dirigió a Shaw.

—Lamento haber perdido el rumbo, señor. No podremos resistir por más tiempo.

—Usted y sus hombres han hecho un buen trabajo, teniente —replicó Shaw—. Mucho más de lo que cabía esperar.

—Son buenos muchachos, se han esforzado al máximo —comentó Macklin con evidente orgullo—. Por cierto, ¿cómo van los trabajos de excavación?

—Temo salir mal parado si vuelvo a hacer algún otro comentario del asunto a Caldweiler.

—En mi opinión, lo mejor sería dinamitar este maldito agujero de una puñetera vez...

Shaw miró a Macklin con gesto pensativo y a continuación se dirigió con paso decidido hasta el lugar de la excavación. Exhaustos y casi sin aliento, un par de hombres descansaban tumbados en el suelo.

—¿Dónde está Caldweiler? —preguntó Shaw.

—Ahí abajo —respondió uno de los hombres, señalando cansinamente con el dedo hacia la boca del túnel—.

Ha dicho que no hay nadie que pueda excavar más rápido que él.

Shaw asomó la cabeza por la entrada de la galería y, al no ver al galés, gritó su nombre.

—¡Maldita sea! —barruntó Caldweiler, avanzando por el túnel mientras secaba el sudor de su frente con un pañuelo más negro que hollín—. ¿Qué diablos quiere ahora?

—¡No tenemos más tiempo! —exclamó Shaw—. ¿Qué posibilidades hay si usamos explosivos?

—¿Explosivos? —repitió el galés, fuera de sus casillas desde el fondo del túnel—. Las paredes podrían desplomarse...

—Correremos el riesgo.

Caldweiler se encogió de hombros y exclamó:

—¡Está bien...! Ordene a un hombre que me traiga una carga.

Al cabo de un minuto, el sargento Bentley hizo descender hasta el fondo del túnel una cartera que contenía explosivos plásticos. Caldweiler colocó con sumo cuidado las cargas apilables en distintos boquetes, activó los detonadores y tiró de la cuerda, sujeta al arnés que le sostenía, para que le sacaran del pozo. Cuando la cabeza del

galés apareció por el agujero de la entrada, Shaw le agarró por las axilas y le ayudó a salir.

Caldweiler palideció al contemplar la carnicería que había tenido lugar mientras él trabajaba en el túnel. De los hombres de Macklin sólo cuatro habían resultado ilesos.

De pronto, el suelo tembló bajo sus pies y a continuación una nube de polvo les envolvió. Sin pensarlo dos veces, Caldweiler se metió en el túnel.

—¿Se han derrumbado las paredes? —preguntó Shaw, impaciente desde la entrada, pero en lugar de obtener una respuesta sólo escuchó la tos seca del galés.

Temiendo por la vida de Caldweiler, Shaw tiró de la cuerda con fuerza hasta conseguir subirlo de nuevo a la superficie.

—¡Lo hemos conseguido! —balbuceó con la voz entrecortada y, tras carraspear, añadió—: ¡Hemos alcanzado la cantera!

Tras estrechar la mano de Shaw, Macklin dijo:

—Por si no volvemos a vernos, señor, le deseo suerte.

—Necesitaré esto, señor —intervino el sargento Bentley, entregando a Shaw una linterna.

Caldweiler unió tres cuerdas y, ayudándole a colocarse el arnés, dijo:

—El maldito agujero es todo suyo.

Shaw se adentró en el angosto túnel y empezó a descender por él.

Los hombres del teniente Sánchez seguían atrincherados en la zona boscosa que se extendía frente a la colina y sin dejar de disparar. Desde que aquella extraña contienda se había iniciado sólo había tenido una baja y ocho heridos. Incluso el propio Sánchez había sido alcanzado por una bala en el muslo.

—Parece que han aflojado —comentó el sargento Hooper mientras masticaba tabaco.

—Es un milagro que algunos de esos bastardos sigan con vida —dijo Sánchez, practicándose un torniquete en la pierna con un pañuelo.

—Nadie lucha con tanta vehemencia, salvo los terroristas.

—Tengo que reconocer que esos tipos están bien entrenados... —el teniente se interrumpió al advertir que, por un momento, el fuego había cesado—. ¡Escucha!

Hooper frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Qué ocurre, señor?

—Han dejado de disparar.

—Podría ser una maniobra para desviar nuestra atención.

—Lo dudo —replicó Sánchez y a continuación añadió—: Pasa la orden de que cese el tiroteo.

Un misterioso silencio se cernió sobre los bosques del valle Hudson. De pronto, un hombre, con los brazos levantados y sujetando el rifle por encima de su cabeza,

salió de entre los matorrales.

—¡Maldito hijo de puta! —farfulló Hooper—. ¡Va vestido con uniforme de campaña!

Sánchez se levantó y encendió un cigarrillo.

—Voy a su encuentro. Si se rasca la nariz, acaba con él —ordenó el teniente.

—Tranquilo, señor, cubro su retaguardia.

Sánchez asintió con la cabeza, avanzó lentamente y se detuvo a tan sólo un metro de distancia de su enemigo. El sargento Bentley, que llevaba la cara teñida de betún y cubría su cabeza con un casco militar, miró a Sánchez sin parpadear y le saludó:

—Buenos días, señor.

—¿Es usted quien está al mando?

—No, señor. Si tiene la amabilidad de acompañarme, le conduciré hasta él.

—¿Se rinden?

—Así es, señor —respondió Bentley, asintiendo con la cabeza.

Sánchez le hizo un gesto con el cañón de su rifle de que empezara a caminar y luego dijo:

—Adelante, le sigo.

Al llegar a un área del bosque completamente devastada a causa de las balas, Bentley se detuvo y ordenó a dos de los que montaban guardia que bajaran sus armas.

Sánchez no podía dar crédito a sus ojos. Aquellos hombres no parecían miembros de un comando terrorista, sino soldados uniformados, eficientemente disciplinados y entrenados para el combate. Tras conducirlo hasta una trinchera, Bentley se retiró. Sánchez bajó la mirada y vio a un hombre herido que le saludaba con gesto marcial.

—Buenos días.

—¿Es usted el oficial al mando?

—En efecto, así es —replicó Macklin—. ¿Podría tener el honor de conocer su nombre, señor?

—Teniente Richard Sánchez, cuerpo de marines de Estados Unidos.

—Duelo de titanes... Teniente Difby Macklin, cuerpo de marines de la armada de Su Majestad.

Sánchez se quedó perplejo. Las únicas palabras que logró articular fueron:

—¡Maldita sea, estoy perdido...!

Lo primero que percibió Shaw mientras descendía por el túnel de ventilación fue el frío y la humedad que se calaban en sus huesos. Tras encender su linterna, el haz de luz iluminó una amplia caverna de al menos quince metros de altura. Salvo por un montón de escombros apilados en un rincón, la gruta estaba vacía. La cuerda que sujetaba su arnés era demasiado corta y Shaw quedó suspendido en el aire a tres metros del suelo. Sin pensarlo dos veces, colocó la linterna bajo su axila, respiró hondo y desató la cuerda. Mientras caía, se sintió como una piedra lanzada al vacío.

Cuando su cuerpo impactó contra el suelo, Shaw lanzó un sonoro grito que resonó por toda la cueva. Tras comprobar que sus piernas habían resultado ilesas, se dispuso a levantarse, pero al apoyar la palma de la mano en el suelo, escuchó un leve crujido, seguido de un intenso dolor, y comprendió que tenía la muñeca fracturada.

Shaw permaneció sentado en el suelo durante varios minutos, mordiéndose los labios y compadeciéndose de sí mismo. Sin embargo, consciente de que los americanos no tardarían en aparecer, ignorando su dolor se levantó. Bajo ningún concepto estaba dispuesto a que le encontraran en aquel lamentable estado.

Tras encender la linterna e iluminar la gruta de un lado a otro, descubrió atónito los raíles de una vieja vía de tren que se internaba en un túnel.

Tratando de no tropezar con las traviesas, Shaw echó a andar por la vía. Tras recorrer cincuenta metros, se detuvo para iluminar la profunda oscuridad que se extendía delante de él. De pronto, tuvo la sensación de que los enormes ojos rojos de un monstruo le acechaban.

Con suma cautela, caminó hacia adelante y su pie tropezó con algo sólido. Al enfocar el suelo con la linterna, comprobó que se trataba de un cruce de raíles. Sin saber exactamente el motivo, decidió cambiar de dirección y tomar la bifurcación, que le condujo al interior de una enorme caverna. Shaw tuvo la impresión de que había entrado en una cripta mortuoria.

Lo que al principio le habían parecido dos grandes ojos, eran en realidad los faroles traseros de un vagón de tren. Apoyados en la barandilla exterior del vagón, había dos cuerpos momificados, que parecían contemplar a través de las cuencas vacías de sus ojos, la eterna oscuridad.

El vello de la espalda de Shaw se erizó y, por un momento, olvidó por completo el insoportable dolor de su muñeca herida. Pitt estaba en lo cierto. La cantera subterránea albergaba el terrible secreto del *Manhattan Limited*.

Instintivamente Shaw echó un vistazo alrededor como si esperara que, de un momento a otro, apareciera la figura de la muerte blandiendo su guadaña y señalándole con su dedo descarnado. Tratando de borrar de su mente tales pensamientos, pasó junto al vagón y se sorprendió de su buen estado de conservación. Al llegar al siguiente vagón, vio que otra grotesca momia asomaba su cabeza por una ventanilla. Con morbosa curiosidad, se detuvo para observarla de cerca. Bajo la luz de la linterna, comprobó que la piel de aquel pobre infeliz tenía un color grisáceo y la misma consistencia del cuero curtido. Con el paso de los años, los cuerpos de los pasajeros se habían momificado a causa del aire seco y fétido que se respiraba en el interior de la cantera. Los vagones estaban repletos de cadáveres, cuyo ropaje se conservaba en tan buen estado como el propio tren, por lo que Shaw no tuvo dificultad alguna en distinguir los hombres de las mujeres. Casi todos reflejaban la sensación de la muerte en sus rostros y sorprendentemente sus cuerpos habían



adoptado una rigidez sobrenatural.

Shaw siguió adelante hasta llegar al furgón de equipajes, cuyas puertas estaban abiertas. En el interior, vio un par de cuerpos arrodillados frente a una caja de seguridad —uno de ellos apretando contra su pecho un pequeño objeto rectangular—. Tras soplar con fuerza para quitar el polvo que lo cubría, descubrió que se trataba de un lingote de oro. De inmediato, al ver que el suelo del furgón estaba lleno de lingotes similares, pensó: «Dios mío, al precio actual, debe de haber casi trescientos millones de dólares en oro.»

Empapado de sudor, Shaw fue dejando atrás los distintos vagones hasta alcanzar la locomotora. El enorme coloso de acero estaba cubierto por la capa de polvo acumulada durante un siglo. Sin embargo, pudo distinguir el número 88 y la franja roja de su costado. La momia del maquinista, rígida como en una fotografía intemporal, permanecía de pie con la gorra puesta.

A unos cuarenta metros de la locomotora, Shaw vio varios bloques de roca obturando la entrada principal de la caverna. Junto a ellos, había docenas de personas tendidas en el suelo asiendo picos y palas. Sin duda habían hecho todo lo posible, pero ni cien hombres hubieran conseguido perforar aquella colosal pared de piedra.

¿Cómo podía haber ocurrido aquello? Inconscientemente Shaw empezó a temblar al imaginar la horrible muerte de los pasajeros del *Manhattan Limited* y al preguntarse qué habría pasado por sus mentes en aquel fatídico instante.

Tras respirar hondo, rodeó la locomotora y se decidió a subir al primer vagón. Temeroso, caminó por el pasillo y lo primero que vio fue a una mujer rodeando con sus brazos a dos niños.

Por unos segundos, contempló la macabra escena sin moverse. Luego, recobrando su decisión, siguió adelante tratando de encontrar un maletín que se pareciera remotamente al que debía de contener el Tratado Norteamericano. A medida que avanzaba, su frustración fue en aumento y, al advertir que la luz de su linterna era cada vez más débil, aceleró el paso hasta llegar al séptimo vagón, en cuya puerta había grabado el emblema del águila americana. Sin dudar, abrió la puerta y entró.

Por un instante, se quedó perplejo al contemplar la opulencia de aquel coche privado.

Sentado en una vieja silla giratoria, un tipo, que cubría su cabeza con un bombín, sostenía un periódico amarillento a escasos centímetros de su rostro. Sus dos compañeros de viaje estaban sentados a una mesa de caoba con la cabeza oculta entre sus brazos. Ambos iban vestidos con elegantes trajes de la época, aunque sólo uno de ellos llamó la atención de Shaw, ya que sostenía en la mano un pequeño maletín de viaje.

Como si temiera arrebatárselo a su propietario, Shaw tiró con fuerza del maletín.

En aquel momento, un escalofrío recorrió su espalda al percibir de reojo que algo

se había movido a sus espaldas. Tratando de mantener la calma, no tardó en convencerse de que se trataba de una ilusión.

De repente, su corazón se detuvo. Cualquier cardiólogo hubiera afirmado que era imposible, sin embargo, tuvo la viva impresión de que su corazón había dejado de latir al contemplar la imagen que se reflejaba en la ventanilla. Justo detrás de él, el cadáver del tipo con el bombín se había vuelto y, tras bajar el periódico que cubría su rostro, le miró y luego le sonrió.

—Ahí no encontrará lo que está buscando —dijo Dirk Pitt, señalando el maletín.

Aterrorizado, Shaw se dejó caer en una silla en espera de recuperar el ritmo cardíaco. Al cabo de unos segundos, balbuceó:

—Tiene una desconcertante forma de anunciar su presencia.

—Siempre supe que nací demasiado tarde. ¿Se da cuenta, Shaw? —dijo Pitt, mostrándole el periódico—.

Aquí anuncian la venta de un Stutz Bearcat Speedster por seiscientos setenta y cinco dólares.

Shaw, que no estaba de humor para soportar bromas, inquirió con acritud:

—¿Cómo diablos ha llegado hasta aquí?

Sin prestarle atención, Pitt siguió ojeando los anuncios de automóviles mientras respondía:

—Entré en este agujero a través de un pozo inundado. Me quedé sin oxígeno y estuve a punto de unirme a nuestros amigos del *Manhattan*... lo que sin duda hubiera ocurrido si la corriente no me hubiera arrastrado hasta un túnel.

Shaw miró alrededor y preguntó:

—¿Qué ocurrió aquí?

Pitt señaló con el dedo hacia los cuerpos de los dos hombres sentados a la mesa y respondió:

—El tipo del maletín es... mejor dicho, era Richard Essex, antiguo subsecretario de Estado. El de enfrente es Clement Massey. Junto a su mano, hay una carta dirigida a su esposa en que le explica la trágica historia.

Shaw se levantó de la silla y cogió la carta de Massey.

Tras leer los primeros párrafos, comentó:

—Así que el tal Massey era un ladrón de trenes.

—En efecto, y en esta ocasión iba tras un importante botín de oro.

—Lo he visto, Pitt. En este, tren hay oro suficiente para comprar el Banco de Inglaterra.

—El plan de Massey era increíblemente complejo para su época. Él y sus hombres desviaron el tren en una intersección abandonada, llamada Mondragon Hook, donde obligaron al maquinista a conducir el *Manhattan Limited* por una vía secundaria hasta la cantera en que nos encontramos, sin que ninguno de los pasajeros se diera cuenta de ello.

—Al parecer, obtuvo mucho más de lo que esperaba.

—Así es —convino Pitt—. Tras inmovilizar a los agentes que custodiaban el furgón, se hizo con el botín fácilmente. Sin embargo, no tuvo en cuenta los cuatro guardias de seguridad que escoltaban a Essex y al tratado hasta Washington. Cuando

el tiroteo cesó, los agentes resultaron muertos o heridos y Massey perdió a tres de sus hombres.

—Aparentemente esto no le detuvo —dijo Shaw, mientras seguía leyendo la carta.

—En efecto. Siguió adelante y provocó el derrumbamiento del puente Deauville-Hudson. Más tarde, volvió a la cantera, colocó cargas de dinamita en la entrada y la bloqueó. Disponía de todo el tiempo del mundo para descargar el oro y escapar por el jodido túnel de ventilación.

—Pero si estaba lleno de agua... —objetó Shaw.

—Ya sabe, no existe el crimen perfecto —puntualizó Pitt—. Actualmente ese túnel está por encima de la cantera, pero hace setenta y cinco años, cuando Massey secuestró el *Manhattan Limited*, no había ni una sola gota de agua en él. Sin embargo, la explosión provocó grietas en el túnel y la corriente de agua subterránea lo inundó, condenando a Massey y los cien pasajeros a una horrible muerte.

—Pobres infelices —murmuró Shaw—. Debieron de tardar varias semanas antes de morir de inanición.

—Parece extraño que Essex y Massey aceptaran morir sentados a la misma mesa. Me pregunto qué tendrían en común.

Shaw enfocó el rostro de Pitt con su linterna y preguntó:

—Dígame, señor Pitt, ¿ha venido solo?

—Sí, el equipo que me acompañaba decidió salir a tomar unas copas —bromeó Pitt.

—Debo suponer, por tanto, que tiene en su poder el tratado.

Pitt miró a Shaw por encima del periódico y respondió:

—No se equivoca, amigo.

—En ese caso, le ordeno que me lo entregue —dijo Shaw, apuntándole con una Beretta.

—¿Para destruirlo?

Shaw asintió en silencio.

—Lo lamento, Shaw, pero jamás le entregaré ese documento.

—Me temo que no comprende cuál es la situación.

—Veamos, creo que es obvio que me está apuntando con una pistola.

—En efecto, Pitt, está en inferioridad de condiciones, puesto que va desarmado.

Pitt se encogió de hombros y dijo:

—Maldita sea, sabía que había olvidado algo al salir de casa.

—Basta de bromas. El tratado, señor Pitt, por favor.

—Siempre tan británico, Shaw...

Shaw guardó silencio durante un instante. Finalmente dijo:

—Le debo mi vida, así que sería muy desconsiderado de mi parte matarle. Sin

embargo, la copia de ese tratado es mucho más importante para mi país que cualquier deuda entre caballeros.

—Su copia se hundió con el *Empress of Ireland* —dijo Pitt sin perder la calma—. Ésta pertenece a Estados Unidos.

—Es posible, pero Canadá fue colonia británica, así que...

—Hace muchos años que Gran Bretaña dejó de ser un imperio.

—India, Egipto y Birmania, por mencionar algunos países, nunca nos pertenecieron del todo, pero Canadá fue fundada y construida por los británicos.

—Me temo que, cegado por su absurdo patriotismo, ha tergiversado su historia, Shaw. Los primeros en llegar a Canadá fueron los franceses, luego los ingleses y, después de ustedes, los colonos emigrantes, alemanes, polacos, escandinavos e incluso americanos, que se trasladaron allí desde el oeste. Su gobierno trató de conservar una estructura de poder dirigida por gente nacida y educada en Inglaterra, exactamente como hicieron con el resto de países de la Commonwealth. El gobierno local y las grandes empresas podían ser dirigidas por nativos, pero los hombres que debían tomar las decisiones de peso eran ingleses.

—Un sistema que se ha demostrado efectivo a lo largo de la historia.

—La geografía y la distancia pueden acabar con el mismo —puntualizó Pitt—. Ningún país puede gobernar otro con total eficiencia a miles de kilómetros.

—Si Canadá abandona la Commonwealth, también lo hará Australia, Nueva Zelanda e incluso Escocia y Gales.

—¿A quién puede importarle que dentro de mil años sigan existiendo fronteras...?

—A mí, señor Pitt. Por favor, entrégueme el tratado —insistió Shaw.

Pitt no respondió, pero volvió su cabeza al escuchar el eco de unas voces procedentes de los túneles.

—Sus amigos me han seguido por el túnel de ventilación —dijo Shaw—. Su tiempo se ha acabado.

—Si me mata, ellos acabarán con usted.

—Lo lamento —se disculpó Shaw y apuntó a Pitt entre los ojos.

Al cabo de unos segundos, el estruendo de un disparo resonó en el interior del vagón. Sin embargo, no había sido realizado por una Beretta de pequeño calibre, sino por una potente Mauser automática. Shaw ladeó la cabeza antes de caer al suelo.

Pitt contempló durante unos segundos el agujero que había en el centro de su periódico. Luego se levantó, dejó la Mauser sobre la mesa y ayudó a Shaw a sentarse en el suelo.

En aquel momento Giordino irrumpió en el vagón sosteniendo un rifle de asalto. Perplejo, se detuvo al ver el bombín sobre la cabeza de Pitt y, a continuación, preguntó señalando a Shaw:

—¿Está muerto?

—La bala sólo le rozó —respondió Pitt—. El viejo tendrá jaquecas durante unas semanas, eso es todo.

—¿De dónde sacaste el arma?

—Massey me la prestó.

—¿Tienes el tratado? —inquirió Giordino, impaciente.

Pitt sacó, de entre las páginas del periódico, un papel amarillento y respondió:

—Salvo por el agujero de en medio, está casi intacto.

Es perfectamente legible.

En la antesala del Parlamento canadiense, el presidente de Estados Unidos recorría la estancia de un lado a otro con evidente nerviosismo.

—¿Alguna noticia? —preguntó cuando Alan Mercier y Harrison Moon entraron en la sala.

—Ninguna —respondió Mercier.

—Según el último mensaje del almirante Sandecker, es posible que Pitt haya muerto en el interior de la cantera —le informó Moon.

Desolado, el presidente apoyó su mano en el hombro de Mercier y se lamentó:

—No tenía derecho a esperar un milagro.

—Aunque las apuestas estén a favor, siempre se corre un riesgo —comentó Mercier.

—Cierto, Alan, pero es duro aceptar el fracaso —balbuceó el presidente con la voz entrecortada.

En aquel momento, Oates, el secretario de Estado abrió la puerta y anunció:

—El primer ministro y el gobernador general acaban de llegar al Parlamento, señor presidente. Los miembros del Parlamento esperan su comparecencia.

El presidente miró a Mercier y a Moon y sentenció:

—Estados Unidos ha perdido la batalla contra el tiempo, caballeros.

A medida que el Scinletti VTOL se aproximaba al aeropuerto de Ottawa, la Peace Tower, que se alzaba majestuosa en el edificio del Parlamento, parecía cada vez más alta.

—Si no somos retenidos a causa del tráfico aéreo, pisaremos suelo canadiense dentro de cinco minutos.

—Olvida el aeropuerto y aterriza en los jardines del Parlamento —ordenó Pitt.

—No puedo hacer semejante locura —exclamó Westler con los ojos desorbitados—. Perdería mi licencia de piloto.

—Te lo pondré más fácil —dijo Pitt, al tiempo que sacaba la vieja Mauser del maletín de Richard Essex y apuntaba a Westler—. Obedece.

—Si disparas, nos estrellaremos —vaticinó el piloto.

—¿Acaso te consideras indispensable? —inquirió Pitt con acritud—. Para tu información, tengo muchas más horas de vuelo que tú.

El rostro de Westler palideció y, de inmediato, inició la maniobra de descenso.

Una multitud de turistas que fotografiaban el edificio del Parlamento se quedaron atónitos al escuchar el rugido de los motores del VTOL y corrieron despavoridos en cuanto éste descendió lentamente hasta tomar tierra.

Antes de que los policías que custodiaban el Parlamento reaccionaran, los

curiosos turistas se agolparon frente a la puerta de la Peace Tower en espera de poder fotografiar al mismísimo presidente. Aprovechando la confusión, Pitt bajó del avión y se dirigió a toda prisa hacia el edificio del Parlamento. Al entrar en el vestíbulo, se detuvo unos segundos, preguntándose qué dirección debía tomar. Sin embargo, no tardó en advertir la presencia de una docena de cables de televisión y se decidió a seguirlos, consciente de que le conducirían a la cámara del Parlamento.

Cuando casi había llegado, un agente de la Policía Montada le cerró el paso.

—Deténgase, señor.

—Lléveme ante la presencia del presidente. ¡Rápido!

—ordenó Pitt que, mientras pronunciaba aquellas palabras, comprendió de inmediato que el agente no daría crédito a sus oídos.

En lugar de responder, el policía miró a Pitt de arriba abajo al contemplar su pintoresco aspecto. En efecto, tras salir de la cantera, Pitt sólo había tenido tiempo de quitarse la parte superior del traje de submarinista y de pedir prestada la cazadora a Giordino —dos tallas más grande que la suya— antes de subir al avión. Así pues, seguía llevando los pantalones de goma de su equipo de buzo y los pies descalzos.

De pronto, otros dos policías se acercaron a él.

—Registradle, chicos —dijo uno de ellos—. Podría llevar una bomba en ese maletín.

—Aquí no hay nada más que un pedazo de papel —aseguró Pitt.

—Será mejor que nos acompañes —ordenó uno de los policías, arrebatándole el maletín.

Aquella era la primera vez que Pitt se sentía impotente.

—¡Por el amor de Dios, escúchenme! —imploró.

En aquel momento un hombre elegantemente vestido con un traje azul pasó junto a ellos y, mirando por encima del hombro a Pitt, se volvió hacia los policías y preguntó, mostrándoles su tarjeta de identificación del Servicio Secreto de Estados Unidos:

—¿Algún problema, agentes?

—Este tipo, que debe de pertenecer a un grupo radical, pretendía entrar en la cámara del Parlamento.

—¡Si es usted americano, ayúdeme! —dijo Pitt, sin darse cuenta de que estaba gritando.

—Tranquilízate, muchacho —dijo el hombre vestido de azul.

—¿No lo entiende? Tengo un documento muy importante que entregar al presidente. Mi nombre es Pitt. Me está esperando. ¡Tiene que conducirme hasta él!

Los policías agarraron a Pitt por ambos brazos, pero el agente americano les hizo un gesto de que le soltaran.

—Aunque quisiera, no podría conducirte ante el presidente —dijo con



escepticismo.

—¡Pues lléveme hasta Harrison Moon! —exclamó.

—¿Moon... le conoce?

—Será mejor que no lo pongas en duda.

Mercier, Oates y Moon estaban sentados en la antesala de la cámara del Parlamento viendo al presidente a través de un monitor de televisión, cuando de pronto una horda de agentes del servicio secreto, policías y guardias de seguridad, empujaron a Pitt al interior.

—¡Informen al presidente de que lo tengo! —gritó Pitt.

Al escuchar aquellas palabras, Mercier saltó de la silla.

—¿Quién diablos es este hombre? —inquirió Oates.

—¡Dios mío, pero si es Pitt! —exclamó Moon.

—¡La copia del tratado está aquí! —dijo Pitt, señalando el maletín que llevaba uno de los policías.

Mientras Mercier liberaba a Pitt y ordenaba a los agentes de seguridad que abandonaran la sala, Oates sacó el tratado del maletín y lo leyó a toda prisa.

—¿Es auténtico...? Es decir, ¿no hay posibilidades de que sea una farsa? —preguntó.

Exhausto, Pitt se dejó caer en una silla y respondió:

—Puede estar completamente seguro de ello, señor subsecretario. Lo que tiene entre sus manos es un documento histórico.

Mercier se dirigió hacia la puerta y echó un vistazo a la copia del discurso del presidente.

—Quedan exactamente tres minutos para que el presidente finalice su intervención.

—Será mejor que le entreguemos el tratado lo antes posible —dijo Moon.

Mercier miró a Pitt y sugirió:

—Creo que el señor Pitt merece el honor de entregárselo personalmente. Él representa a los muchos hombres que han perdido su vida por culpa de este documento.

—¿Yo...? —inquirió Pitt, boquiabierto—. No puedo aparecer ante medio mundo e interrumpir el discurso del presidente disfrazado de fantoche.

—No será necesario —dijo Mercier, esbozando una sonrisa—. Yo mismo le interrumpiré y le pediré que venga a la antesala para que usted pueda entregarle el tratado.

Sentados en los confortables sillones de la cámara del Parlamento, los líderes del gobierno canadiense se quedaron perplejos al escuchar la invitación del presidente de Estados Unidos de iniciar negociaciones para fusionar ambas naciones. Aquélla era la primera vez que oían hablar del asunto. Sólo Sarveaux parecía imperturbable.

Un murmullo generalizado se hizo patente cuando el asesor de Seguridad Nacional del presidente se acercó al estrado y le susurró algo al oído. Interrumpir un discurso era una falta de ética que no podía ser pasado por alto.

—Disculpen la interrupción, caballeros, pero un asunto de máxima urgencia me obliga a abandonar la cámara durante unos minutos... —dijo el presidente y, tras bajar del estrado se dirigió hacia la antesala.

A los ojos del presidente, Pitt parecía un condenado expulsado del infierno. Con sincera gratitud, se acercó a él y le tendió la mano.

—Señor Pitt, no puede imaginar lo feliz que me siento de verle.

—Lamento haber llegado tarde —dijo Pitt con la voz entrecortada, y a continuación le entregó el documento esbozando una sonrisa de compromiso—. El Tratado Norteamericano, señor.

El presidente cogió el tratado y echó un vistazo a su contenido. Cuando levantó la mirada, Pitt se quedó perplejo al advertir que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Gracias —balbuceó profundamente emocionado.

Cuando el presidente abandonó la antesala para regresar a la cámara del Parlamento, Mercier y Moon se sentaron frente al televisor para escuchar su discurso.

—Debo reiterar mis disculpas ante ustedes, caballeros, pero me acaban de hacer entrega de un documento de gran valor histórico. El documento en cuestión es el Tratado Norteamericano...

Diez minutos más tarde, el presidente pronunció las últimas palabras de su discurso:

—Así pues, aunque durante setenta y cinco años Canadá y Estados Unidos hayan sido dos naciones independientes, según los términos de este tratado y, por supuesto de las leyes internacionales, somos un solo país. —Desde la antesala, Mercier suspiró aliviado y murmuró:

—¡Gracias a Dios, no ha alardeado de que Canadá nos pertenece!

—El futuro no será fácil —prosiguió el presidente—, si consideramos el desolador potencial que hemos heredado de nuestros anteriores líderes. Sin embargo, no debemos seguir separados como lo hemos estado en el pasado.

No debemos seguir identificándonos como anglocanadienses, angloamericanos o franco americanos. A partir de ahora, debemos considerarnos simplemente americanos.

Porque eso es lo que somos, norteamericanos...

Los ministros del gobierno canadiense y los primeros ministros de las distintas provincias reaccionaron de muy distinta forma. Mientras algunos de ellos parecían no dar crédito a las palabras del presidente estadounidense, otros asentían con la cabeza apoyándole incondicionalmente. Aunque su discurso había sido moderado, todos eran conscientes de que el documento que sostenía en su mano no era el decálogo de

normas éticas de un club de golf y de que nunca podrían poner en duda quién ostentaba el poder...

—Nuestras historias son una única y común historia.

Nuestras gentes comparten un único y común estilo de vida. Lo único que nos diferencia son nuestros distintos puntos de vista acerca de la tradición...

Si las provincias de Canadá abogan por su independencia, tendrán que recorrer un angosto camino que las conducirá irremediabilmente a su autodestrucción. Por el bien de todos, no debemos permitir que eso ocurra.

Por lo tanto, desde este estrado, hago un llamamiento y les invito a unirse a mí para que juntos consolidemos la mayor nación del mundo... Estados Unidos de Canadá.

En la cámara del Parlamento canadiense los aplausos que siguieron a la propuesta del presidente fueron moderados.

Mercier suspiró y, tras desconectar el televisor, musitó:

—¡Lo hemos conseguido!

—¡Gracias a Dios que el tratado llegó a tiempo de evitar el mayor fracaso político del siglo!

Ambos políticos volvieron la cabeza hacia Pitt para agradecer y felicitar al verdadero héroe de aquella hazaña que, exhausto, se había quedado profundamente dormido.

El Rolls-Royce del primer ministro canadiense se detuvo frente al avión que lucía el sello presidencial de Estados Unidos. Los hombres del Servicio Secreto bajaron de inmediato de los automóviles que lo escoltaban y acordonaron la rampa de embarque.

Entretanto, en el interior del Rolls-Royce, Sarveaux abrió un pequeño mueble bar, sacó una licorera de cristal que contenía whisky Seagrams Crown Royal y sirvió dos vasos.

—Por dos viejos e íntimos amigos que han recorrido un largo camino —brindó Sarveaux.

—Por nosotros —dijo el presidente, alzando su vaso—.

Si alguna vez alguien hubiera descubierto que tú y yo trabajábamos en secreto para conseguir crear una nueva nación, habríamos sido asesinados.

—Quizá hubiéramos perdido nuestros respectivos cargos, nada más... —replicó Sarveaux, esbozando una sonrisa.

El presidente saboreó su whisky con gesto pensativo y luego comentó:

—Parece mentira que la charla que mantuvieron hace tantos años un joven ministro del Parlamento y un senador novel, frente al fuego de la chimenea de una cabaña de caza, haya podido cambiar el curso de la historia.

—El momento y lugar oportunos para dos hombres que compartían el mismo sueño —dijo Sarveaux, recordando con nostalgia el pasado.

—El nacimiento de Estados Unidos de Canadá es un hecho. Si no lo conseguimos en dos años, tarde o temprano será realidad.

—Espero que no tengamos que lamentarlo nunca.

—Un continente unificado con una densidad de población y territorio superior a la Unión Soviética será la salvación de nuestros países.

—Estados Unidos de Canadá... —repitió Sarveaux—.

¡Me gusta como suena!

—¿Qué futuro nos auguras, Charles?

—Las provincias marítimas, Terranova, Nueva Escocia y Nueva Brunswick, no son partidarias de la independencia de Quebec y no tardarán en apoyar tu propuesta. Por lo que respecta a Manitoba y Saskatchewan, la decisión será fácil, no hay que olvidar que estas dos provincias siempre han mantenido un estrecho vínculo con vuestros estados del noroeste. A continuación, la Columbia británica abrirá negociaciones y, cuando los puertos del Pacífico y el Atlántico se unifiquen, el resto de provincias seguirán la misma línea.

—¿Y qué me dices de Quebec?

—Es evidente que los franceses seguirán reclamando temporalmente su independencia. Sin embargo, estoy convencido de que ante la dificultad de mantener

un autogobierno, no tendrán más remedio que ceder.

—¿Cómo crees que reaccionarán los ingleses?

—Igual que cuando perdieron definitivamente India, Sudáfrica y el resto de sus antiguas colonias.

—¿Qué planes tienes, Charles?

—Presentar mi candidatura en las próximas elecciones para la presidencia de Quebec —respondió Sarveaux.

—No te envidio, te espera una lucha sin cuartel.

—Lo sé, pero si gano, la consolidación de nuestra común nación será un hecho. Por cierto, no olvides que, como presidente de Quebec, garantizaré el fluido energético de la central hidroeléctrica de la bahía de James a Estados Unidos y me aseguraré de que reciba los pertinentes beneficios de la futura explotación del yacimiento petrolífero que descubristeis en la bahía de Ungava.

El presidente dejó su vaso sobre el mueble bar y miró a Sarveaux con evidente pesar.

—Siento lo de Danielle. Me resultó muy difícil tener que informarte del idilio que mantenía con Henri Vinon. No estaba seguro de cómo reaccionarías y de si me creerías.

—Jamás puse en duda tu palabra porque... —Sarveaux se interrumpió con tristeza— hacía tiempo que lo sospechaba.

—Si hubiera habido otra forma de...

—No la había, Charles. No la había...

Tras aquella larga conversación, el presidente abrió la portezuela del Rolls-Royce. Cuando se disponía a bajar, Sarveaux le agarró por el brazo.

—Antes de partir, me gustaría aclarar una cuestión —dijo.

—¿De qué se trata?

—Está relacionada con el Tratado Norteamericano.

Si nuestro plan fallara, ¿obligarías a que Canadá cumpliera los términos?

—Sí —replicó el presidente—. Ya no podemos volver atrás. Si es necesario, no dudaré en hacerlo.

Cuando Heidi entró cojeando en la sala de espera del aeropuerto Kennedy, llovía. Bajo una gabardina azul, llevaba su uniforme de la armada y cubría su larga cabellera recogida con una gorra reglamentaria. Tras dejar en el suelo el petate, se sentó en uno de los sofás.

Después de los intensos acontecimientos vividos en las últimas semanas, la perspectiva de volver a la rutina diaria la deprimía. No había visto a Pitt desde el día en que éste tuvo que salir a toda prisa hacia Ottawa. En cuanto a Brian Shaw, ni siquiera le habían permitido estar a su lado antes de que le trasladaran inconsciente a un hospital militar. En medio de aquella excitación, todos, salvo Sandecker, parecían haberse olvidado de ella. Gracias a la caballerosidad del almirante, había disfrutado de un merecido descanso en el hotel Plaza y recibido una reserva en primera clase para el vuelo de la TWA, que la llevaría de vuelta a su destino en San Diego.

Con la mirada perdida, contempló a través de la ventana de la sala de embarque las luces multicolores que se reflejaban en los charcos de agua. De haber estado sola, se habría permitido la indulgencia de echarse a llorar. En lo más profundo de su ser, sentía nostalgia al recordar las manos de Shaw acariciando su piel. Shaw había entrado en su vida y no podía dejar de reprochárselo. Sin embargo, no sentía remordimiento alguno por ello, sino sólo un sentimiento contenido de rabia contra sí misma por haberlo permitido.

Ajena al bullicio de la gente que atestaba la sala, Heidi intentó ordenar sus sentimientos.

—He visto muchas criaturas sumidas en la melancolía —le susurró una voz familiar al oído—, pero usted se lleva la palma, señorita.

—¿Es tan evidente?

—Como una nube negra ocultando el sol —dijo Pitt con su habitual sonrisa maliciosa—. ¿Acaso me creías capaz de dejarte partir sin despedirme?

—Por lo menos, todavía hay alguien que piensa en mí —comentó Heidi con resentimiento, pero no tardó en disculparse—: No me hagas caso. Hoy tengo un mal día.

—Quizá esto te ayude a mejorarlo —dijo Pitt, dejando sobre su regazo un ramo de flores.

—¡Es magnífico! —exclamó ella—. Creo que voy a llorar.

—Por favor, no lo hagas —le suplicó Pitt con ternura—.

Siempre deseé comprar una floristería entera para una bella mujer. Ponme en evidencia y te juro que jamás volveré a regalar un ramo de flores a nadie.

Heidi agarró a Pitt de la solapa para que se inclinara hacia ella y le besó en la mejilla con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, Dirk. Siempre serás mi mejor amigo.

—¿Amigo...? —inquirió, aparentemente molesto—. ¿Es eso a lo máximo que puedo aspirar?

—¿Acaso crees que tú y yo podríamos llegar a ser algo más que amigos?

—No... Supongo que tienes razón —respondió Pitt y, tomando la mano de Heidi, la besó. Luego agregó—: Resulta paradójico que dos personas que se han entregado mutuamente sin reservas sean incapaces de enamorarse.

—Dirk, mi corazón pertenece a otro.

—¡Mujeres! —exclamó Pitt con ironía—. Siempre terminan enamorándose del tipo que peor las trata...

Heidi evitó la mirada de Pitt y susurró:

—Es difícil controlar los sentimientos.

—¿Shaw te ama?

—Lo dudo.

—¿Y tú... le amas?

—Sí, muy a pesar, le amo. Los dos consumimos la llama de la pasión. Si me llamara, no dudaría en correr a su lado... pero eso nunca ocurrirá.

—¡Oh, no, no vuelvas a llorar...! —suplicó Pitt—. No puedo permitir que una mujer hermosa suba a un avión con los ojos llenos de lágrimas. No tendré más remedio que hechizarte con uno de mis trucos de magia.

—¿Desde cuándo practicas la magia?

—¿Jamás habías oído hablar de Pitt *el Magnífico*?

—La verdad es que no —repuso Heidi.

—Está bien, incrédula. Cierra los ojos.

—¿Bromeas...?

—Cierra los ojos y cuenta hasta diez —insistió él.

Tal y como le había indicado, cerró los ojos y, al abrirlos, en lugar de Pitt vio a Brian Shaw. Sin poder evitarlo, le abrazó y se echó a llorar.

—Creí que te habían encerrado —dijo entre sollozos.

Shaw levantó ligeramente la gabardina para mostrarle que llevaba las manos esposadas.

—Pitt ha hecho todo lo posible para que pudiera venir a despedirte.

—¿Estás bien? —le preguntó, acariciando el vendaje que cubría su cabeza.

—Sí, he recuperado gran parte de mi visión.

En aquel momento, la azafata de la TWA anunció el aviso de embarque.

—¿Qué será de ti? —inquirió, temerosa de abandonarle.

—Sospecho que me enviarán a una de vuestras prisiones federales.

—¿Me creerás si te digo que te amo?

—¿Crearás tú que miento si te digo lo mismo?

—No —respondió Heidi que, en lo más hondo de sí misma, sabía que estaba siendo sincero.

—Te prometo que algún día volveremos a estar juntos.

Heidi sabía que Shaw nunca podría cumplir aquella promesa.

—Debo irme —susurró Heidi.

Shaw leyó en el brillo de sus ojos un profundo dolor y, tras acompañarla a la puerta de embarque, la besó tiernamente en los labios y se despidió de ella.

Después de que Heidi se alejara por el pasillo, Pitt se acercó a Shaw y comentó:

—Magnífica mujer. Sería una lástima perderla.

—Una mujer inigualable —asintió Shaw.

—Si no se apresura, se largará sin usted. Desaparecerá para siempre de su vida.

Perplejo, Shaw miró a Pitt e inquirió:

—¿De qué diablos está hablando?

Pitt introdujo en el bolsillo superior de la chaqueta de Shaw un billete de avión y dijo:

—He conseguido que tengan asientos contiguos.

—Pero... si estoy bajo orden de arresto.

—El presidente me debe un favor.

—¿Sabe él lo que se propone?

—Todavía no. Todo a su debido tiempo, amigo.

—Si me deja escapar, tendrá problemas —le advirtió Shaw.

—No será la primera vez, se lo aseguro —dijo Pitt, tendiéndole la mano—. No lo olvide, prometió que me enseñaría a jugar al backgammon...

Cuando Pitt se disponía a quitarle las esposas, comprobó que Shaw ya se había librado de ellas e ironizó:

—Estoy en baja forma. Solía hacerlo con mucha más rapidez.

—James Bond estaría orgulloso de usted —bromeó Pitt.

—¿Bond?

—Sí, se rumorea que usted y él son íntimos amigos.

—Eso es imposible. Se trata de un personaje de ficción.

—¿De veras?

Shaw se encogió de hombros y miró a Pitt. Luego preguntó:

—¿Por qué me ayuda después de todo el daño que le he hecho a Heidi?

—Porque Heidi le ama.

—¿Cómo lo sabe?

—Le aseguro que en estos casos mi intuición es infalible. Además, me encanta hacer cosas fuera de lo común.

Antes de que Shaw se despidiera, Pitt se volvió y se mezcló entre la multitud que atestaba el aeropuerto.



Había dejado de llover y Pitt recogió la capota de su Ford Cobra. En dirección a Washington, condujo bajo la amenazadora presencia de un cielo encapotado de nubarrones. La gélida brisa nocturna mecía su cabello y, tras respirar hondo, percibió el agradable aroma de hierba húmeda.

Sujetando con firmeza el volante, pisó el acelerador a fondo y sintió el excitante riesgo de la velocidad.



CLIVE CUSSLER, nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The mediterranean Caper (Peligro en el mediterráneo)*. Fue con su tercera novela, *Raise the titanic (Rescaten el titanic)* con la

que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así por que es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*» («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «Royal Geographic Society» de Londres, y la «American Society of Oceanographers». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

- Personajes

Puesto que casi todos sus libros tienen un universo común, son muchos los personajes que aparecen repetidos en sus libros.

Los más importantes son:

- Dirk Pitt

Dirk Pitt es un importante personaje de la novela de aventuras. Hay una forma perfecta de definirle: Mezclar un tercio de James Bond (chicas guapas, coches veloces, aventuras a nivel mundial, cachivaches de alta tecnología, y malvados megalómanos), otro tercio de Indiana Jones (tesoros ocultos, tumbas secretas, trampas, e historia), y un tercio más de Han Solo (un carácter con poco afecto por las reglas, vacilón, pillo, y un tanto chuleta). Se mezcla todo con agua de mar, y, ese sería Dirk Pitt.

Dirk Pitt es el alter ego de Clive Cussler. Los dos sirvieron en las fuerzas armadas, donde los dos conocieron a un ítaloamericano (al Giordano en el caso de Cussler, y Al Giordino en el caso de Pitt) que se convirtió en un gran amigo (si bien la amistad ha durado mucho más en el caso de Pitt). Ambos miden 1,90 , tienen el pelo negro y ondulado (aunque Cussler ya está bastante mayor), los ojos verdes, y una impresionante colección de coches antiguos, de hecho muchos de los que aparecen en los libros son coches reales que posee Cussler. Además, los dos también tienen un reloj Doxa con la esfera naranja (que cuesta unos 1.300 dólares). Pitt se llama Dirk en honor al hijo de Cussler.

Respecto a la colección de coches de Pitt, el personaje vive en un antiguo hangar restaurado en el aeropuerto de Washington. En él se encuentran expuestos su colección de coches, que más que de coches es un recuerdo de sus muchas aventuras. Además de los coches, en el hangar se encuentra un Messerschmit Me 262, un Ford Trimotor, un vagón restaurante Pullman, un totem indio, y una bañera con un motor fueraborda atado.

Dirk Pitt es director de proyectos especiales de la NUMA (National Underwater Marine Agency), una organización de investigación oceanográfica con la que ha encontrado numerosos tesoros y barcos hundidos.

- Al Giordino

Se trata del fiel compañero y amigo de Pitt. Si Pitt es el héroe, Giordino es la roca sobre la que se apoya. Se trata de un italiano menudo y fornido de cabellos ensortijados que siempre está quejándose por todo. Mujeriego y leal, se entiende con Pitt a la perfección. Perdió el meñique derecho al salvar a Pitt de la muerte en *El triángulo del pacífico*, cuando metió el dedo en el cañón de un arma que iba a disparar a Pitt. Conoce a Pitt desde el colegio, y ambos jugaban juntos al fútbol americano en el instituto y en las

fuerzas aéreas, con Pitt como quaterback (organizador) y Giordino como tackle ( que es el que ha de interceptar los pases del contrario, y a la vez proteger a su quaterback, es alguien rápido y fuerte). En las novelas se mantiene eso, con Pitt pensando y Giordino poniendo el músculo (aunque a veces intercambien papeles). Le ha confesado a Pitt lo que quiere que pongan en su tumba, y le pega perfectamente: «Ha sido una gran fiesta mientras duró. Espero que continúe en otro sitio».

- Almirante James Sandecker

Se trata del director de la NUMA. Conoce a Pitt desde que éste le salvó en Vietnam, cuando estaba retenido por los vietnamitas. Le contrató para la NUMA, y Pitt es su ojito derecho. Tiene un carácter irascible, y no es muy delicado, aunque en el fondo es un trozo de pan. Es pelirrojo, lleva perilla a lo Van Dyke, y fuma puros habanos que le hacen por encargo. Aún no ha descubierto cómo es que Giordino fuma sus mismos puros sin que le falte nunca ni uno de los suyos.

- Rudi Gunn

Es el subdirector de la NUMA, primero de su clase en la academia Naval, y llegó a ser Comandante de la Armada. Estuvo nominado al Nobel de la paz por su gestión de la crisis de *Sahara*, pero no ganó. Siempre ha sido un académico, pero no tiene ningún problema en mancharse las manos (y liarse a tiros) si es necesario. Pitt y Giordino le adoran; puesto que estos tienen una tendencia natural a saltarse todas las reglas y especialmente las órdenes que les da Sandecker, Gunn siempre les respalda y nunca se chiva.

- Hiram Yeager y Max

Hiram Yeager es el típico hippie: lleva vaqueros, botas de cowboy, y el pelo recogido en una coleta. Pese a ellos, es el jefe de informática de la NUMA, y Sandecker le ha dado presupuesto ilimitado para montar el mayor laboratorio de informática dedicado al mar en el mundo. Está conectado con todas las bibliotecas y museos del mundo, y como gran parte del personal de la NUMA, tiene poca afición a las reglas, con lo que suele saltarse los sistemas de seguridad para obtener los datos que necesita. Como parte de este laboratorio, Yeager creó a «Max», un holograma con personalidad propia inspirada en la mujer de Yeager. Max es capaz de entender la voz humana, de comunicarse hablando y de pensar por sí misma. De hecho, es bastante graciosa.

- St. Julien Perlmutter

Perlmutter es un hombre de más de 170 kilos de peso y casi dos metros de altura, que es un reconocido historiador marítimo, y tiene la mayor colección de libros, mapas, y diarios del mundo, y se niega a venderla a cualquier precio. No tiene ni un solo ordenador en su casa, y no hay ningún registro de todo lo que contiene su casa...excepto en su cabeza. Perlmutter afirma que puede encontrar información de cualquier tema que tenga en su enorme casa en menos de un minuto. Pitt y sus amigos suelen recurrir a Perlmutter para obtener información acerca de los misterios con los que se encuentran en sus aventuras. Además, Perlmutter es un gran gourmet, posee una despensa refrigerada siempre llena a reventar y una bodega con más de 1000 botellas de excepcional calidad. También ayuda a Kurt Austin en sus investigaciones

- Loren Smith

Es una congresista por Colorado, y Pitt y ella se aman mutuamente y mantienen una relación intermitente desde hace años. Ella afirma que los dos están casados con su trabajo, por lo que no aparece en todas las aventuras de Pitt. Sin embargo, cuando aparece, se trata de un gran aliado de Pitt, ayudándole a obtener apoyos del congreso y logrando que salve la vida varias veces. En las últimas novelas, a medida que Pitt y ella van haciéndose mayores, su relación se hace más estable.